

AD AU
IÓN GE

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO
128 St. George Street
Toronto, Ontario M5S 1A5

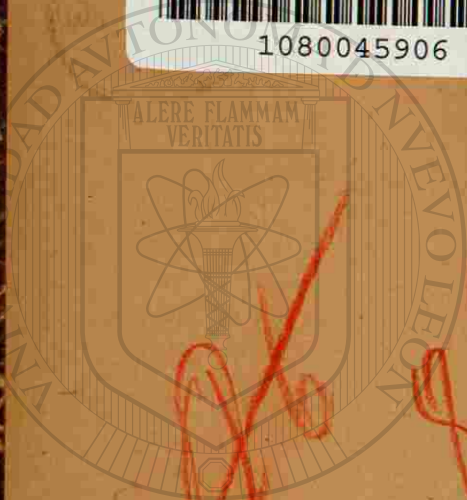
THE UNIVERSITY OF TORONTO
LIBRARY

PQ2257
.G2
S6
V.1
c.1

LIBRARY OF THE
UNIVERSITY OF TORONTO
128 St. George Street
Toronto, Ontario M5S 1A5



1080045906



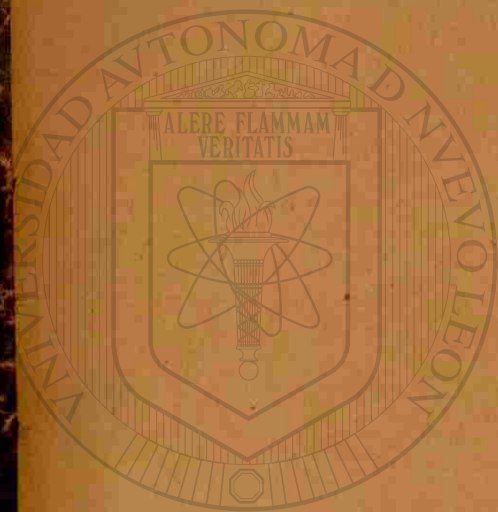
Handwritten red ink markings, including a large scribble and the number '86-3'.

Handwritten numbers in black ink: '863' and 'E# 160'.

JUANIL

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

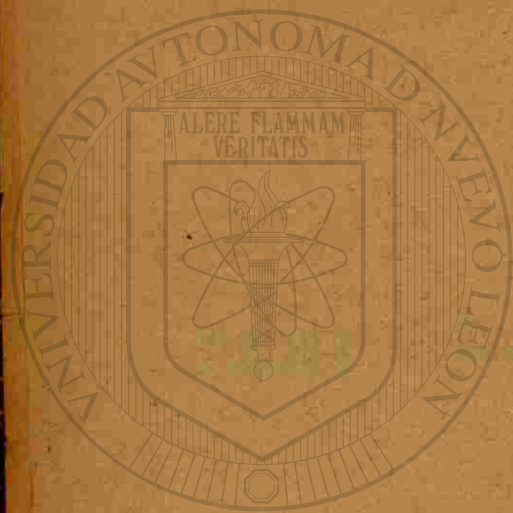


64-3-4
LA SOGA AL CUELLO.

U A N L

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN

DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



BIBLIOTECA DE "EL UNIVERSAL."

EMILIO GABORIAU.

LA SOGA AL CUELLO

NOVELA FRANCESA.

TOMO I.



UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS MEXICO.

IMP. EN LAS OFICINAS DE "EL UNIVERSAL,"

San José el Real núm. 9.

1894.

33061



A MI QUERIDÍSIMO AMIGO

JORGE GOINDREAU

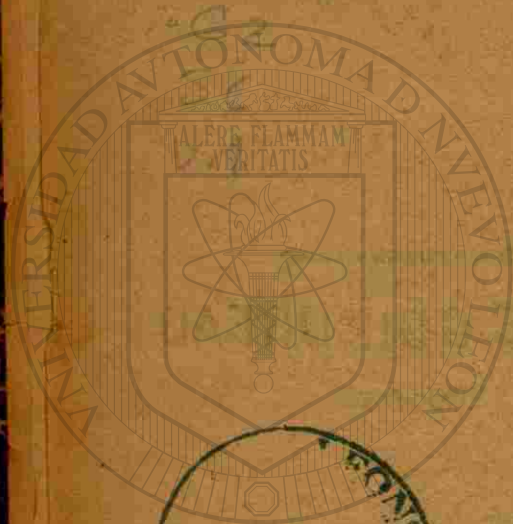
ABOGADO

Emilia Gabarinas

UNIVERSIDAD AUTÓNOMA DE NUEVO LEÓN
DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS



PQ 2257



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

132561



LA SOGA AL CUELLO

PRIMERA PARTE.

EL INCENDIO DE VALPINSON.

I

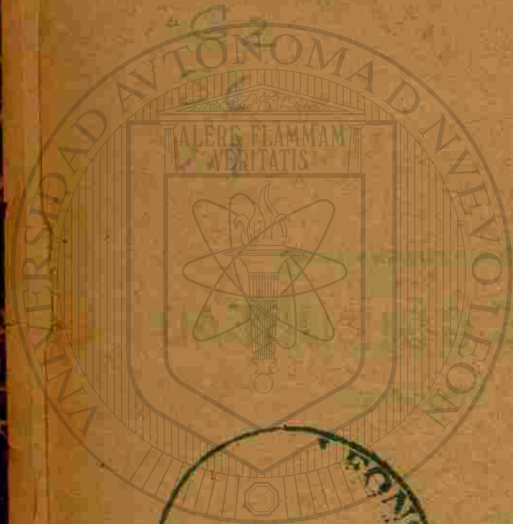
En la noche del 22 al 23 de Junio de 1871, cerca de la una, el arrabal de Paris, que es el principal y más poblado de la bonita ciudad de Sauveterre, se puso en alarma por el ruido que producía en el desigual empedrado el frenético galope de un caballo.

Muchos vecinos se precipitaron á sus ventanas.

Entre las sombras de la noche solo distinguieron á un campesino que, en mangas de camisa y sin sombrero, montaba en pelo una robusta yegua blanca, que espoleaba furiosamente, dándole á la vez furiosos fustazos.

El campesino, después de atravesar todo el

PQ 2257



BIBLIOTECA PÚBLICA
DEL ESTADO DE NUEVO LEÓN

132561



LA SOGA AL CUELLO

PRIMERA PARTE.

EL INCENDIO DE VALPINSON.

I

En la noche del 22 al 23 de Junio de 1871, cerca de la una, el arrabal de Paris, que es el principal y más poblado de la bonita ciudad de Sauveterre, se puso en alarma por el ruido que producía en el desigual empedrado el frenético galope de un caballo.

Muchos vecinos se precipitaron á sus ventanas.

Entre las sombras de la noche solo distinguieron á un campesino que, en mangas de camisa y sin sombrero, montaba en pelo una robusta yegua blanca, que espoleaba furiosamente, dándole á la vez furiosos fustazos.

El campesino, después de atravesar todo el

arrabal, tomó á la derecha la calle Nacional—en otro tiempo calle Imperial—cruzó la plaza del Mercado Nuevo, volvió hacia la calle Mautrec, y se detuvo frente á la hermosa casa que forma el ángulo de la calle del Castillo.

Aquella casa la ocupaba el corregidor de Sauveterre, el señor Seneschal, antiguo abogado y miembro del consejo general.

Después de echar pie á tierra, el campesino tomó la campanilla y la hizo sonar con tanta violencia, que en el acto se levantaron todos los de la casa.

Minutos después, un criado de cuerpo bastante gordo, con los ojos todavía cargados de sueño, vino á abrir, y con irritado acento exclamó en el acto:

—¿Quién sois? ¿Qué queréis? ¿Habéis bebido mucho? ¿Ignoráis en casa de quién habéis tocado la campacilla?

—Quiero hablar al señor corregidor, respondió el campesino; al instante mismo, despertarle...

El señor Seneschal estaba muy despierto.

Vestido con una ancha bata de bayeta gris, llevando una palmatoria en la mano, lleno de una inquietud que disimulaba mal, acababa de presentarse en el vestibulo y los había escuchado.

—Allí está el corregidor, pronunció con un

tone bastante desagradable. ¿Qué le queréis á la hora en que toda la gente honrada está descomulgando?

Apartando bruscamente al criado, adelantose el labriego, que por lo urgente del caso no observó las formas de la política, y sin haber saludado siquiera al corregidor, le dijo:

—Vengo á deciros que nos mandéis á los bomberos.

—¿Los bomberos!...

—Sí, al instante, ¡despachad!...

El corregidor movió la cabeza.

—¡Ca!... murmuró con un tono que equivalía en él á la manifestación de la más vieja perplejidad. ¡ca!... ¡ca!...

¡Y quién en su lugar no estuviera indeciso!...

Para reunir á los bomberos, era indispensable hacer sonar la alarma, y en plena noche era tanto como poner en trastorno á toda la ciudad, era tanto como hacer saltar llenos de espanto y en su cama á los valientes hijos de Sauveterre, quienes demasiado habían oído esta lúgubre batería hacia un año, con motivo de la invasión prusiana, y después durante la Comuna. 1

Hé aquí el motivo por el cual preguntó el señor Seneschal si se encendió.

... ¡Completo! exclamó el campesino; ¡cómo no lo ha de ser con el viento que sopla, capaz de desecornar á los toros.

— ¡Hum! murmuró otra vez el corregidor, ¡hum... ¡hum!...

No era aquella la primera vez, desde que administraba á Sauveterre, que hubiera sido despertado de ese modo por un aldeano que llegaba gritando á sus ventanas: « ¡Socorro! ¡fuego! »...

Muy al principio, y arrastrado por la compasión, apresuró á reunir á los bomberos, y poniéndose á su cabeza, corría al lugar del siniestro.

Y una vez llegada, jadeante, sudoroso, después de haber corrido cinco ó seis kilómetros á paso de carga, encontrábase con un miserable pajar, que valiéndose una friolera, acababa de consumirse. Se había molestado mucho inútilmente.

Tantas veces los aldeanos de los alrededores habían gritado que llegaba el lobo cuando apenas veían la sombra, que al presentarse de veras, costaba trabajo para hacerlo creer.

— En definitiva, replicó el señor Sereschal, ¿qué es lo que se está quemando?

En presencia de tanta calma, el campesino mordía con rabia el mango de su fuete.

— O: repito, interrumpió, que todo arde,

que todo es llama, granjas, gavilleros, trojes, casas, castillo, todo... Si tardais un poco, no encontraréis piedra sobre piedra en Valpinson.

El efecto de ese nombre fué prodigioso.

— ¡Cómo! preguntó el corregidor con voz entrecortada, ¿es Valpinson el que arde...

— Sí.

— ¿La casa del conde de Chaudieuse?

— ¡Precisamente! pardiez...

— ¡Imbécil! ¿por qué no lo dijisteis inmediatamente? exclamó el corregidor.

No vaciló más.

— Al avío, dijo á su criado; trae mis ropas. Espera, no. Me ayudará la señora, porque no hay un segundo que perder... Tú, corre, á la casa de Bolton, el tambor, que haga sonar la alarma, sin hacer tiempo y por todas partes... Irás en seguida á la casa del capitán Parenteau, le explicarás lo que hay, y le dirás que tome la llave de las bombas en la habitación del conserje... ¡Espera... Hecho eso volverás aquí, y pondrás el coche....

¡El fuego en Valpinson!... ¡Acompañaré á los bomberos!... Vamos, corre, llama á las puertas, grita: ¡fuego! ¡fuego! Que se reúnan todos en la plaza del Mercado Nuevo!...

El criado volvióse sombra en la velocidad de su carrera.

—Por lo que hace á vos, amigo, replicó el señor Seneschal dirigiéndose al campesino, montad en vuestro animal y apresuraos para irle á decir al señor de Claudieuse, que no pierda el valor, que redoble los esfuerzos, los socorros llegarán....

El campesino no se movió.

—Antes de regresar á Valpinson, dijo, tengo que desempeñar una comision en la ciudad.

—¿Cómo decís?

—Es preciso que vaya á buscar, para llevarlo conmigo, al señor Seigaebois, el médico...

—¿El doctor!..... ¿Ha habido algun herido?

—Sí, el amo, el señor de Claudieuse.

—Habrá sido imprudente; se habrá arrojado al peligro, segun su costumbre....

—¿Oh! no. Es que he recibido dos tiros de fusil.

El corregidor de Sauveterre estuvo á punto de soltar la palmatoria.

—¿Dos tiros de fusil!..... exclamó. ¿Dónde? ¿Cuándo? ¿Cómo? ¿De quién?

—¿Ah! no lo sé.

—Sin embargo....

—Todo lo que puedo deciros es que lo han llevado á una pequeña granja, en donde no se

ha comunicado todavía el fuego. Es allí donde lo he visto, tendido sobre un haz de paja, blanco como una sábana, los ojos cerrados y todo cubierto de sangre...

—¿Dios mio!.... ¿habrá muerto ya?

—Solo sé decir que al salir de allí, ¡lo dejé con vida.

—¿Y la condesa?

—La señora de Claudieuse, respondió el campesino, con un marcado acento de veneracion, estaba en la granja, arrodilada a lado del señor conde, lavando sus heridas con agua fria.... Allí estaban también las dos niñas....

El señor Seneschal se estremeció.

—Entonces se ha cometido un crimen, murmuró.

—En cuanto á eso si, seguramente.

—¿Por quién? ¿Con qué objeto?

—¿Ah! ¿quién sabe!

—El señor de Claudieuse es muy colérico, es verdad, demasiado violento; pero es el mejor y más justo de los hombres, todo el mundo lo sabe....

—Es el bienhechor de Sauveterre y sus alrededores.

—Nadie se atreveria á decir lo contrario.

—En cuanto á la condesa....

—¡Oh! exclamó con presteza el labriego, es una saza entre las santas.

El corregidor probó dar término á la conversacion.

—El culpable, prosiguió sin dudar alguna que es extranjero. Estamos infestados de vagabundos, de mendigos de tránsito. No hay día en que no se presenten en la alcaidía algunos pidiendo socorros para continuar su camino, hombres de rostro patibulario....

El campesino aprobó con un movimiento de cabeza.

—Tal es mi idea, dijo, y la prueba de ello es que al venir aqui proyectaba que no seria del todo mal, prevenir á la justicia despues de avisar al médico....

—¡Es inútil! interrumpió el señor Seneschal, este asunto lo tomo á mi cargo.... Antes de diez minutos estaré en la casa del procurador de la República.... Vamos, partid en el acto y avisad á la señora de Cludieuse que os seguimos.

Nunca en su vida administrativa se habia visto el corregidor de Sauveterre, tan rudamente emocionado. Perdía la cabeza, ni más ni menos que aquel famoso día en que de una manera imprevista le cayeron novecientos soldados á los que tenia que proporcionarles

alojamiento y viveres. Jamás sin el auxilio de su mujer, se hubiera acabado de vestir.

A pesar de todo, al presentarse el criado ya estaba listo.

El buen muchacho habia cumplido con todas sus comisiones y ya se escuchaban á lo lejos de la ciudad los serdos redobles de la alarma.

—Ahora engancha, le dijo el señor Seneschal. Que el cocha esté listo á mi regreso.

Fuera, todo estaba en movimiento. En cada ventana se alargaba curiosa ó aterrorizada una cabeza. Por todas partes se oía el golpear de las puertas bruscamente cerradas.

—¡Quiera Dios, pensaba, que encuentre á Daubigeon en su casa

Sucesivamente procurador imperial y despues procurador de la República, el señor Daubigeon era uno de los grandes amigos del señor Seneschal.

Era un hombre de cuarenta años, de mirada penetrante, de rostro sonriente; se habia obstinado en permanecer celibaterio de lo que solia envaneçerse.

Los vecinos de Sauveterre no encontraban en él, ni el carácter ni el exterior de su severa profesion.

Es verdad que mucho se le estimaba, pero le reprochaban amargamente su filosofia optimista; su bondad inalterable y sobre todo la

blandura de su carácter que degeneraba según decían, en una culpable inercia que alentaba el crimen.

Se hacía, así mismo, el cargo de carecer del sacro fuego, por lo que solía decir que robaba á la fría Themis, largas horas, consagrándolas á las musas familiares, y dejándole solo á aquélla unos cortos instantes.

Grande era su pasión por los bellos libros, las ediciones raras, las preciosas encuadernaciones, las hermosas tiradas de grabados, en cuyas compras gastaba la mayor parte de sus diez mil francos de renta.

Erudito de la antigua escuela, y coleccionador esclarecido, tenía á los poetas latinos, á Virgilio, á Juvenal, y con especialidad á Horacio, en tal estima ó veneración, que no dejaba pasar un momento sin traerlos á buena cita.

Despertado, y con sobresalto como todo el mundo, este digno y galante hombre apresurábase á vestirse para ir en busca de noticias, cuando su antigua ama de llaves, muy azorada, vino á anunciarle la visita del señor Seneschal.

—¡Que entre! exclamó, ¡que entre!

Y cuando el corregidor se presentó:

—Ahora me váis á decir, continuó, por qué

es ese tumulto, esos gritos y esos redobles de tambor que anuncian la alarma.

.... *Clamorque virum, changorque tubarum.*

—Para una espantosa desgracia, pronunció el señor Seneschal.

Era tal su acento, que cualquiera hubiera jurado que era á él á quien le acontecía. Impresionó mucho al señor Daubigeon.

—¡Qué pasa, mi querido amigo! dijo. *¿Quid?* Daos valor, ¡voto á tal! ¡tened sangre fría!... Recordad que el poeta aconseja que en la adversidad se muestre el espíritu siempre el mismo.

*Æquan, momento, rebus in arduis
Servare mentem....*

—Unos malhechores han incendiado á Valpinson! interrumpió el corregidor.

—¡Qué me decís! ¡gran Dios!

*O Júpiter,
Quod verbum audio.*

—Víctima de una cobarde tentativa de asesinato, el conde de Claudicuse, se muere tal vez en este momento.

—¡Oh!...

—El tambor que escucháis reúne á los bomberos, que voy á enviar para combatir el fuego, y si me presento en vuestra casa á esta hora, es con carácter oficial, para denuncia-

ros el crimen y pediros buena y pronta justicia.

No se necesitaba más para que dejara las citas de sus libros el procurador de la República.

—¡Basta! dijo vivamente. Acompañadme, vamos a tomar nuestras medidas para que los culpables no puedan escapar...

Cuando llegaron a la calle Nacional, estaba más animada que en pleno día, porque Sauveterre era una de esas subprefecturas, donde las distracciones son demasiado raras para que la gente no acoja con avidez cualquier pretexto de emoción.

Ya habían sido conocidos y comentados los tristes acontecimientos.

Al principio todos dudaron; pero se convencieron después, cuando vieron pasar a gran galope el cabriolé del Dr. Seigneboz, escoltado por un alano a caballo.

Por un lado, los bomberos no habían perdido el tiempo.

Luego que el corregidor y el Sr. Daubignon llegaron a la plaza del Mercado Nuevo, el capitán Parenteau se precipitó a su encuentro y llevando militarmente la mano derecha al casco:

—Mis hombres están listos, declaró.

—¿Todo?

—Apenas faltan diez. Cuando se trata de llevar socorros al conde y a la condesa de Claudieuse, ¡truenos y bombas!... comprenderéis que nada puedo esperar a que le den un tirón de oreja.

—Ahora, partid y dad pruebas de vuestra actividad, recomendó el señor Senechal. Os alcanzaremos en el camino, pues hemos de ir primero por el señor Galpin-Daveline, el juez de instrucción que nos debe acompañar.

No tuvieron que ir por él muy lejos.

El juez hacia precisamente media hora que les andaba buscando por la ciudad y los apercibió cuando llegaron a la plaza.

Vivo contraste del procurador de la República, el Sr. Galpin Daveline tenía hasta la exageración todas las apariencias de un hombre de su profesión.

Todo en él de la cabeza a los pies, desde sus polainas de pafio hasta sus rubias patillas rizadas, acusaba al magistrado.

No era de aspecto grave, era la encarnación de la gravedad.

Nadie, aunque todavía era joven, podía jactarse de haberlo visto sonreírse ó hacerse el gracioso.

Era el Sr. Galpin, según decía el Sr. Daubignon, tan rígido, que parecía tener el cuerpo

desde la cabeza atravesado por la espada de la ley, lo que no le permitía tener la más mínima elasticidad.

En Sauveterre, el Sr. Galpin-Daveline, tenía la reputación de un hombre superior. El pensaba serlo.

Se sentía indignado al tener que obrar en un teatro demasiado estrecho, gastando las grandes facultades de que se creía dotado, en tareas vulgares, buscando á los autores de un robo insignificante ó al que fracturaba la cerradura de la puerta de un gallinero.

Los esfuerzos desesperados que había hecho para obtener un puesto elevado, habían fracasado siempre.

En vano había puesto en juego á todos sus amigos.

En secreto se había mezclado, aunque inútilmente, en la política, dispuesto á servir á un partido cualquiera que fuera, con tal de sacar algún provecho.

Pero la ambición del señor Galpin Daveline no era de aquellas que se desalentaban, y últimamente, después de un viaje á París, había dado á entender que un brillante matrimonio no tardaría en asegurarle la protección que hasta entonces había faltado á sus méritos.

Cuando se reunió con los señores Seneschal y Daubigeon:

—¡Y bien! comenzó, hé aquí un terrible negocio, que ciertamente va á meter mucho ruido.

El corregidor quiso darle algunos detalles.

—Es inútil, le dijo. Ya me es conocido todo lo que sabéis. Encontré al campesino que ha estado con vos y lo he interrogado.

Después, volviéndose hacia el procurador de la República:

—Creo, señor, prosiguió, que nuestro deber es el de trasportarnos inmediatamente al teatro del crimen....

—Iba á proponérselo, contestó el señor Daubigeon.

—Será necesario avisar á la gendarmería...

—El señor Seneschal acaba de prevenirla.

La agitación del juez instructor era grande, tan grande, que á veces parecía resplandecer en su fisonomía llena de impasible frialdad.

—Es un delito flagrante, replicó.

—Evidentemente.

—De modo que poniéndonos de acuerdo y obrando paralelamente cada uno según nuestras funciones, vos requiriendo, yo actuando conforme á todas vuestras requisiciones...

Una irónica sonrisa se deslizó de los labios del procurador de la República.

—Me conocéis ya demasiado, respondió, para saber que conmigo jamás puede haber conflicto de atribuciones: no soy más que un viejo bonachon, amigo de la tranquilidad y del estudio.

Sum piger et semor Pierfilumque comes...

—Ahora, nada nos detiene aquí, exclamó el señor Seneschal que ardía en impaciencia; mi coche está puesto. Partamos ..

II

El camino de Sauveterre á Valpinson mide una legua de distancia; nada más que es una legua del país, de siete kilómetros.

Pero el señor Seneschal tenía un buen caballo, el mejor tal vez de los alrededores, afirmaba él, subiendo al coche con las señoras Galpin-Daveline y Daubigeon.

El hecho es que en menos de diez minutos alcanzaron á los bomberos que habían salido mucho antes que ellos.

Estas buenas gentes, casi todos maestros obreros de Sauveterre, albañiles, carpinteros y algunos de los que se ocupan en cubrir los techos de las casas, apresurábanse empleando toda su energía.

Alumbrados por una media docena de humosas antorchas, seguían con mucha pena y sofocados, el escabroso camino, empujando

—Me conocéis ya demasiado, respondió, para saber que conmigo jamás puede haber conflicto de atribuciones: no soy más que un viejo bonachon, amigo de la tranquilidad y del estudio.

Sum piger et semor Pierfilumque comes...

—Ahora, nada nos detiene aquí, exclamó el señor Seneschal que ardía en impaciencia; mi coche está puesto. Partamos ..

II

El camino de Sauveterre á Valpinson mide una legua de distancia; nada más que es una legua del país, de siete kilómetros.

Pero el señor Seneschal tenía un buen caballo, el mejor tal vez de los alrededores, afirmaba él, subiendo al coche con las señoras Galpin-Daveline y Daubigeon.

El hecho es que en menos de diez minutos alcanzaron á los bomberos que habían salido mucho antes que ellos.

Estas buenas gentes, casi todos maestros obreros de Sauveterre, albañiles, carpinteros y algunos de los que se ocupan en cubrir los techos de las casas, apresurábanse empleando toda su energía.

Alumbrados por una media docena de humosas antorchas, seguían con mucha pena y sofocados, el escabroso camino, empujando

sus dos bombas y el carro que contenía el material de salvamento.

—Valor, amigos míos, les gritaba el corregidor, caminando delante de ellos. ¡Mucho valor!...

Tres minutos después, galopando en la noche lo mismo que un caballero de balada, un campesino á caballo se presentó en el camino.

El señor Daubigeon le mandó que se detuviera. Obedeció.

Era el mismo hombre que había llegado á Sauveterre á dar la noticia de alarma.

—¡Regresais de Valpinso? le preguntó el señor Seneschal.

—Sí, respondió el campesino.

—¿Cómo sigue el conde de Claudieuse?

—Ha recobrado el conocimiento.

—¿Qué dice el médico?

—Que el conde sanará probablemente. Y yo corro á la botica en busca de las medicinas.

Para escucharlo mejor, el señor Galpin Daveline, el juez de instrucción, se inclinó hacia fuera del coche.

—¿Hay alguno á quien acuse el rumor público? le preguntó.

—No hay ninguno.

—¿Y el incendio?

—¡Hay agua, respondió el campesino, pero faltan las bombas; qué queréis que se haga!

¡Y el viento que redobla su fuerza!.... ¡Ah, qué desgracia; qué desgracia!

Apresuró el paso, en tanto que el señor Seneschal azotaba á su pobre caballo, el cual, bajo aquel tratamiento extraordinario, lejos de avanzar aprisa, se encabritaba y armaba.

Era que el excelente corregidor estaba desesperado. Era que el crimen le parecía como un desafío á su destreza y la más cruel injuria que pudiera hacerle á su administración.

—Porque, en fin, repetía por la décima vez á sus compañeros de camino, ¿es natural, os lo pregunto, es lógico que un malhechor se haya dirigido precisamente al conde y á la condesa de Claudieuse, al hombre más importante y considerado del distrito, ó una mujer cuyo nombre es el sinónimo de la virtud y de la caridad?

E inagotable, á pesar de los vaivenes del coche, el señor Seneschal tornaba á relatar lo que sabía de la historia de los propietarios de Valpinson.

El conde Trivulco de Claudieuse era el último vástago de una de las más antiguas familias de aquel lugar.

A los diez y seis años, hacia 1829, se embarcó en calidad de alférez de navio, y durante muchos años no hizo en Sauveterre, sino raras y breves apariciones.

Era capitán de marina en 1859 y designado para el grado de contraalmirante, cuando de repente presentó su dimisión, viniendo á instalarse en el castillo de Valpiscen, el cual se encontraba de su antiguo esplendor, dos torreones amenazando ruina en medio de enormes montañas de piedras ennegrecidas y mohosas.

Durante los dos años que permaneció en él, logró reedificar bien que mal la parte principal del edificio y con los mendrugos sobrantes de la fortuna de sus mayores se reconstruyó, á fuerza de cuidado y de actividad una modesta situación.

Todos creían que acabaría sus días así, cuando espárciese el rumor de que iba á casarse. Y cosa rara, tornóse el rumor en verdad.

Un día, el señor Claudieuse salió para París, y por las esquelas en que daba parte, que llegaron poco después, se supo que acababa de casarse con la hija de uno de sus antiguos compañeros de promoción, la señorita Genoveva de Tassar de Bruc.

Grande fué el asombro.

El conde tenía un aire muy distinguido y era notablemente bien conservado; pero acababa de cumplir cuarenta y siete años y la señorita Tassar de Bruc apenas contaba veinte

¡Ah! si la recién casada hubiera sido pobre,

comprendido y aprobado habria sido el matrimonio.

Es tan natural que una joven sin dote sacrifique su corazón á la necesidad del pan cotidiano!

Pero no era ese el caso. El marqués de Tassar de Bruc que pasaba por rico, habia, decían, entregado á su yerno doscientos cincuenta mil francos.

Entonces, se imaginaron que la joven condesa debia ser tan fea que causara miedo, enfermisa ó contrahecha por lo menos, idiota tal vez ó de un carácter impasible.

Error. Cuando se presentó, todos quedaron admirados de su noble y rara belleza. Al hablar, dejó á todos bajo el dominio de sus encantos.

¡Acaso, como se aseguraba en Sauveterre, ese matrimonio lo habia producido el afecto!

Así se creyó. Lo cual no impidió que algunas viejas damas inclinaran la cabeza y declararan que una diferencia de veintisiete años, era demasiado entre dos esposos y que esta union no podia ser feliz.

Los hechos no tardaron en desmentir estos sombríos pronósticos.

En diez leguas á la redonda no existia un matrimonio perfectamente unido como el señor y la señora de Claudieuse: dos niñas, dos hijas que habian tenido un intervalo de cua-

tro años, debían llevar para siempre la felicidad á su tranquilo hogar.

De su antigua profesion y de los años en que administraba las apartadas posesiones de Francia, cierto es que el conde habia conservado las costumbres altivas del mando, una actitud severa y fria, una palabra bastante breve.

Era además de una violencia tan extrema, que la más ligera contrariedad enrojecía su semblante.

Pero la condesa era la calma y la dulzura misma, y como ella sabia interponerse entre la cólera de su marido y quien la provocaba, como ambos eran justos, buenos hasta la debilidad y compasivos con los desgraciados, se les adoraba.

Solo en materia de caza el señor de Claudiseuse no escuchaba razones.

Cazador apasionado, cuidaba todo el año su soto con el interés inquieto de un avaro; multiplicar los guardas y los medios de defensa, perseguía á los cazadores furtivos con un encarnizamiento tal, que decían: "Vale más robarle cualquier cantidad de dinero que matarle un mirlo."

Además, los señores de Claudiseuse vivían bastante aislados, absorbidos por los cuida-

dos de un vasta explotación agrícola y la educación de sus hijas.

Rara vez recibían; no se les llegaba á ver en el invierno más de cuatro veces en Sauverterre, cuando iban á la casa de las señoritas de Lavarande ó del viejo barchon de Chandoré.

Cada año, al fin del mes de Julio, se instalaban un mes en Royan, en donde tenían un *chalet*.

Igualmente todos los años, al principiar la caza, la condesa iba con sus hijas á pasar unas semanas al lado de sus parientes que vivían en Paris.

Para trastornar esa pacífica existencia, fué menester que llegara la catástrofe de 1870.

Al saber que los prusianos vencedores hollaban el suelo sagrado de la patria, el antiguo capitán de marina sintió despertarse en él todos sus instintos de francés y de soldado.

Aunque intentaron detenerlo, se fué. Legitimista obstinado, declaró que estaba dispuesto á morir por la República, con tal de que se salvara la Francia.

Sin la sombra de una vacilacion, ofreció su espada á Gambetta, á quien detestaba.

Nombrado coronel de un regimiento de marcha, se batió como un león desde el primero hasta el último día, en que fué tirado al suelo y pisoteado al intentar detener la espan-

tosa desbandada de uno de los cuerpos del ejército de Chanzy.

Cuando volvió Valpinson, al firmarse el armisticio, nadie, ni su misma mujer, lograron arrancarle una palabra acerca de aquella dolorosa campaña.

Se empeñaron en que se presentara en las elecciones, con la seguridad de que saldría electo: se rehusó, diciendo que sabía batirse pero no discurrir.

El procurador de la República y el juez de instrucción solo escucharon á medias aquellos detalles que conocían tan bien como el Señor Seneschal.

Entonces y de repente:

—¡No avanzamos, pues! preguntó el señor Galpin-Daveline; inútil es que procure ver, no apereibo ninguna apariencia de incendio,

—Es que estamos en un bosque muy espeso, respondió el corregidor. Nos aproximamos, y cuando nos encontremos en lo alto de ese lado que encumbramos, tranquilizaos, vereis. . . .

Ese lugar era muy conocido en el departamento y aun goza de cierta celebridad bajo el nombre de montaña de Sauveterre.

No tenía vegetación y estaba formada de un granito tan duro, que los ingenieros que trazaron el camino nacional de Burdeos á

Nantes, tuvieron que hacer un rodeo de media legua para evitarlo.

Domina todos aquellos alrededores y cuando se encontraron en su cima, el señor Seneschal y sus compañeros no pudieron contener un grito.

—¡Horresco! murmuró el procurador de la República.

El punto céntrico del incendio aparecía oculto todavía por la gran boqueñad de Rochepommier; pero la luz producida por las llamas subía mucho más alto que los grandes árboles, iluminando todo el horizonte con sus niestros resplandores. . . .

Todo el campo estaba en movimiento.

El toque de alarma sonaba con precipitados golpes en la iglesia de Bréohy, cuyo trucoado campanario se dibujaba en negra silueta sobre un cielo purpuriso.

Entre las sombras se escuchaba el ronco mugido de las conchas marinas de que se sirven para llamar á los obreros de los campos.

A lo largo de los senderos sonaban los pasos de los aldeanos que pasaban corriendo con un cubo en cada mano.

—¡Los socorridos llegarán demasiado tarde! dijo el señor Galpin-Daveline.

—¡Una propiedad tan hermosa, añadió el

corregidor, y administrada con tanta inteligencia!...

Y con riesgo de un accidente, lanzó su caballo á galope sobre la orilla de la costa, porque Valpinsen está en el fondo de un vallado, á quinientos metros del pequeño río.

Todo era allí terror, desorden, confusión.

Y sin embargo, no escaseaban los brazos ni la buena voluntad.

A los primeros gritos de alarma, todas las gentes de los alrededores se presentaron y seguían todavía llegando á cada minuto; pero no se encontraba allí una persona que los dirigiera.

Lo que les preocupaba sobre todo, era salvar el moviliario. Los más atrevidos saltaban en las habitaciones y presas de una especie de vértigo arrojaban por las ventanas todo lo que caía bajo sus manos.

En el centro del patio se amontonaban desordenadamente las camas, los colchones, las sillas, las sábanas, los libros, los vestidos.

Sin embargo, un inmenso clamor saludó la llegada del señor Seneschal y sus compañeros.

—¡Aquí está el señor corregidor!... exclamaron los aldeanos animados por su presencia y dispuestos á obedecerle.

El señor Seneschal por su parte juzgó con un golpe de vista la situación.

—Sí, soy yo, amigos míos, dijo, y os felicito por vuestro apresuramiento. Se trata ahora de no desperdiciar nuestras fuerzas. Las siembras y los edificios de explotación se han perdido, abandonémosles.... Concentremos nuestros esfuerzos en el castillo..... Organizémonos..... El río está muy cerca, formemos la cadena, hombres y mujeres.... Y agua..... agua.... que ya llegan las bombas.

Con efecto, venían volando con la velocidad del rayo.

Los bamberos se presentaron.

El capitán Parenteau tomó la dirección de los socorros.

El señor Seneschal pudo al fin informarse del conde de Claudieuse.

—El amo está allí, respondió una vieja mostrando á cien pasos de distancia una casita de techo de rastrojo: el médico mandó que se le trasportara....

—Vamos á verlo, señores, dijo el corregidor al procurador de la República y al juez de instrucción.

Pero se detuvieron en el dintel de la única pieza de esa pobre habitación.

Era una gran pieza, de paredes de adobe y vigas ennegrecidas, llena de herramientas y cargas de grano.

Dos camas de columnas torcidas con corti-

nas de sarga roja, dos de esas grandes camas de Saintonge, ocupaban todo el fondo.

Sobre la de la izquierda, dormía una niña de cuatro á cinco años, arrebujada en un coberter, al cuidado de su hermana, de tres años mayor de edad.

Veíase tendido en la cama de la derecha, el conde de Claudieuse, ó mejor dicho sentado, pues habían colocado detrás de él todas las almohadas que pudieron salvar del incendio.

Su dorso hallábase desnudo y chorreando sangre, y hacía él inclinado un hombre en mangas de camisa, levantadas hasta el vértice del codo, con una esponja en una mano y un bisturi en la otra, parecía estar absorbido por alguna operación grave á la vez que delicada.

Ese hombre era el doctor Seignebois.

Vestida con un traje de muselina clara, al pie del lecho de su marido, pálida, pero en su blime calma y resignada firmeza, veíase á la condesa de Claudieuse.

Tenia una lámpara en la mano, dirigiendo la luz según las indicaciones del doctor.

En un rincón, dos criadas sentadas sobre un cofre y cubiertas con un paño hasta la cabeza, loraban.

Profundamente conmovido el corregidor de Sauveterre, tomó la resolución de entrar.

El primero que lo vió fué el conde de Claudieuse.

¡Ah! es el buen Seneschal! dijo. Aproximáos, querido amigo, aproximáos..... Este año de 1871, lo veis, es un año fatal. De todo lo que poseía no me queda hoy más que algunas paletadas de cenizas.

—Es una gran desgracia, respondió el digno corregidor; pero ya no hemos de tener otra más irreparable.... Gracias á Dios, vivireis....

—¡Quién sabe!... Sufro terriblemente.... La señora de Claudieuse sé estremeció.

—¡Trívalce! murmuró con voz dulcemente suplicante. ¡Trívalce!

El señor Claudieuse envolvió á su mujer con la mirada más tierna que jamás ha dirigido un amante al sér á quien ha adorado.

—Perdóname, querida Geneveva, perdona mi falta de valor...

Un espasmo nervioso le cortó la palabra, y bien pronto con una voz fuerte como la de una trompeta:

—¡Señor!.... exclamó, ¡doctor! ¡Trueno del cielo.... Me habeis desollado....

—Estoy provisto de cloroformo, dijo el médico con frialdad.

—¡No lo quiero!....

—Resignaos entonces á sufrir... Permaneced

sed quieto, porque cada uno de vuestros movimientos aumentan los sufrimientos.

Después, limpiando la sangre que acababa de arrojar sobre su bisturi:

—Ahora, agregó, necesitamos tomar algunos minutos de reposo.... Mis ojos y mis manos se fatigan.... Decididamente ya no soy joven

El doctor Seignebos, tenía sesenta años. Era un hombrecillo de temperamento bilioso, delgado, calvo, muy abandonado en su traje; llevaba unos anteojos de oro, con los que pasaba su vida, quitándoselos y limpiándolos para volver á ponérselos.

Su reputación medical era grande, y se citaban de él, en Sauveterre, curas maravillosas; sin embargo, contaba con pocos amigos.

Los obreros le reprochaban su tono desdichoso, los aldeanos su avaricia por la ganancia, y la clase media sus opiniones políticas.

Se contaba que una noche en un banquete, exclamó levantando su vaso. "Bebo á la memoria del único médico á quien he envidiado su pura y noble gloria: á la memoria de mi compatriota el doctor Guillotin de Saintes!"

¡Había pronunciado realmente aquel brindis! Lo positivo era que se jactaba de ser un demócrata feroz, y que era el alma y el oráculo de los pequeños conciliábulos socialistas de

los alrededores. Cansaba admiración cuando trataba del capítulo de las reformas que soñaba y los progresos que concebía. Hacía estremecer su tono cuando hablaba de "llevar el fierro y al fuego al fondo de las entrañas podridas de la sociedad."

Sus opiniones, teóricas utilitarias, con frecuencia extrañas, ciertas experiencias todavía más extrañas que perseguía á la vista de todos, hacían dudar algunas veces, de la integridad del intelecto del doctor Seignebos. Los más benévolos decían: Es un original.

Aquel original, como era de pensarse, no quería el señor Seneschal, un antiguo abogado reaccionario.

Tenia poca estimación para el procurador de la República, un inútil coleccionador de libros viejos. Detestaba cordialmente al señor Galpin—Daveline...

Sin embargo, saludó á los tres, y sin preocuparse de que fuera ó no escuchado por el enfermo:

—Encontrais, les dijo, al señor de Claudieu en un estado bien lamentable.... Le han tirado con un fusil cargado de plomo de caza, y las consecuencias de las heridas de este origen, son incalculables.. Me inclinaria á creer que ningun órgano esencial ha sido interesado, pero no responderia de ello.... He visto

con frecuencia en mi práctica, lesiones mínimas, tales como las que puede producir un grana de plomo, lesiones mortales sin embargo, que no se descubren sino después de doce ó quince horas.

Habría continuado largo tiempo, sino hubiera sido bruscamente interrumpido.

—Señor doctor, pronunció el juez de instrucción; tan solo porque se ha cometido un crimen, me encuentro aquí. Es preciso hallar al culpable y castigarlo. En nombre de la justicia requiero en este momento el concurso de vuestras luces...

III

Con esta sola frase, el señor Galpin Davelle se apoderaba despóticamente de la situación y relegaba á un segundo término al doctor Seignebois, al señor Simeschal y al mismo procurador de la República.

Allí solo existía un crimen, cuyo autor había que encontrar y un juez que era él.

Pero á pesar de que había exagerado su inflexibilidad habitual y ese desdén de los sentimientos humanos que ha proporcionado á la justicia más enemigos que sus más crueles errores, todo en él se extremaba con una satisfacción contenida, toda, hasta los pelos de su barba, tallada como los arbustos de Versailles.

—Luego, señor doctor, añadió, ¿decidme si hay algún inconveniente para que interrogué al herido?

con frecuencia en mi práctica, lesiones mínimas, tales como las que puede producir un grano de plomo, lesiones mortales sin embargo, que no se descubren sino después de doce ó quince horas.

Habría continuado largo tiempo, sino hubiera sido bruscamente interrumpido.

—Señor doctor, pronunció el juez de instrucción; tan solo porque se ha cometido un crimen, me encuentro aquí. Es preciso hallar al culpable y castigarlo. En nombre de la justicia requiero en este momento el concurso de vuestras luces...

III

Con esta sola frase, el señor Galpin Davelle se apoderaba despóticamente de la situación y relegaba á un segundo término al doctor Seignebois, al señor Sameschal y al mismo procurador de la República.

Allí solo existía un crimen, cuyo autor había que encontrar y un juez que era él.

Pero á pesar de que había exagerado su inflexibilidad habitual y ese desdén de los sentimientos humanos que ha proporcionado á la justicia más enemigos que sus más crueles errores, todo en él se extremaba con una satisfacción contenida, toda, hasta los pelos de su barba, tallada como los arbustos de Versailles.

—Luego, señor doctor, añadió, ¿decidme si hay algún inconveniente para que interrogué al herido?

—Mejor valdria ciertamente dejarlo en reposo, gruñó el doctor Seignebois: acabo de martirizarlo durante una hora, voy dentro de un momento á comenzar otra vez la extracción de los granos de plomo de que están acribilladas sus carnes..... Sin embargo, si querés....

—Insisto en ello....

—¡Está bien! despachaos, porque la fiebre no tardará en sobrevenirle.

El señor Daubignon no ocultó su descontento.

—¡Daveline! decia á media voz ¡Daveline....

El juez de instruccion no le hizo caso.

Entonces sacó de su bolsa un cuaderno que le servia para recopilar notas, y un lápiz; se aproximó al lecho del señor Claudieuse y siempre con el mismo tono.

—¿Os encontráis en estado, señor conde, le pregunté, de contestar á mis preguntas?

—¡Oh! perfectamente.

Entonces, os ruego me digáis lo que sepáis acerca de los funestos acontecimientos de esta noche.

Ayudado de su mujer y del doctor Seignebois, el conde se alzó sobre sus almohadas.

—Lo que sé, comenzó, no creo que ayude á las investigaciones de la justicia.... Serian

las onces, aunque no puedo precisar la hora con exactitud; ya me habia acostado, habia pasado un gran rato después de haber apagado mi bugía, cuando un reflejo demasiado vivo, vino á dar sobre mi vidriera... Me extrañó porque me hallaba en ese estado, término medio entre el sueño y la vigilia.

Me acuerdo haberme preguntado qué significaba eso, pero no me levanté. Fué un gran ruido, como el del estrépito de una pared al derrumbarse, lo que me posesionó del sentimiento de la realidad. ¡Oh! entonces, saltando fuera de mi lecho, me dije: "Es el fuego!".... Lo que redoblaba mi inquietud, era el acordarme de que habia en el patio cerca del edificio, diez y seis mil tercios de leña de la tala del último año. A medio vestir me lancé por las escaleras. Estaba muy turbado, lo confieso, hasta el punto de haber tenido las mayores penas del mundo para abrir la puerta exterior. Lo conseguí sin embargo. Pero apenas puse un pie en el dintel, cuando sentí en el costado derecho, un tanto encima de la cadera, un espantoso dolor, y escuché muy cerca de mí una detonacion....

Con un gesto lo interrumpió el juez de instruccion.

—Vuestra relacion, señor conde, dijo, es en verdad, de una exactitud notable. Sin embar-

go, hay un detalle que precisar. ¿Fué en el instante mismo de salir cuando os hirieron?

—Sí, señor.

—Entonces el asesino estaba cerca, en acecho.... Sabía que fatalmente el incendio os haría salir y esperó....

—Tal ha sido, tal es todavía mi impresión, declaró el conde.

El señor Galpin Daveline se volvió hacia el señor Daubigeon,

—Entonces, le dijo, el asesinato es el hecho principal que deba contener la prevención; el incendio no es sino una circunstancia agravante, el medio imaginado por el culpable, para llegar con más seguridad á la perpetración del crimen....

—Paseguid, señor, dijo el juez de instrucción.

—Al sentirme herido, continuó el señor de Claudieuse, mi primer movimiento—movimiento completamente instintivo—fué el de precipitarme hácia el lugar de donde creía había salido el tiro de fusil!..... Esta segunda herida fué más grave que la primera, porque me faltó el corazón, tuve un vértigo y caí....

—¿No pudisteis ver al matador?

—Esperad. En el momento de caer, me pareció ver un hombre que se lanzaba detrás

de unos tercios de leño, atravesar el patio y desaparecer en el campo....

—¿Lo reconoceríais?

—No.

—¿Habeis visto qué traje llevaba, y poco más ó ménos, podríais descubrir el aspecto que tenía?

—De ningún modo. Una especie de nube atajaba mi vista y él pasó como una sombra.

El juez de instrucción disimuló difícilmente un movimiento de despecho.

—No importa, dijo, lo encontraremos.. Pero continuad, señor.

El conde inclinó la cabeza.

—No hago ningún otro informe que daros, señor, respondió. Me encontraba desvanecido, y no fué sino después de algunas horas, cuando recibí el conocimiento, aquí, sobre este lecho.

Con cuidado extremo, el señor Galpin Daveline anotó todas las respuestas del conde.

Luego terminó;

—Volveremos, replicó, á ocuparnos minuciosamente de las circunstancias del homicidio. Por el momento, señor conde, importa saber lo que pasó después de vuestra caída. ¿Quién podrá informarme?

—Mi mujer, señor.

—Lo había pensado. La señora condesa ha debido levantarse al mismo tiempo que vos.

—Mi mujer no estaba acostada, señor.

El juez se volvió vivamente hacia la condesa y de una simple ojeada pudo reconocer que el traje de la condesa no era el de una mujer despertada en sobresalto, por el incendio de su casa.

—En efecto, murmuró.

—Berta, prosiguió el conde, la más chica de nuestras hijas que está sobre esa cama, rebujada con un cobertor, está pinta por el sarampion y tiene muy sérios sufrimientos.... Desgraciadamente las ventanas del dormitorio de nuestras hijas dan al jardín, del lado opuesto á aquel donde se declaró el fuego.

—¿Cómo, pues, fué la señora condesa advertida del desastre? preguntó el juez de instrucción.

Sin esperar una pregunta más directa, la señora de Claudieuse se adelantó.

—Tal y como mi marido os lo acaba de decir, señor, respondió: había temido que velar á mi pobre Berta.... Habiendo pasado á su lado la noche precedente, estaba un poco cansada y el sueño se había apoderado de mí, cuando fui despertada por una detonación.... según me pareció. Me preguntaba si sería aquello una ilusión, cuando se escuchó un segun-

do tiro, casi inmediatamente. Más bien asombrada que inquieta, dejé la recámara de mis hijas.... ¡Ah, señor! era ya tal la violencia del incendio, que la escalera se encontraba alumbrada como si fuera el medio día.... Bajé corriendo. La puerta exterior estaba abierta y salí.... A cinco ó seis pasos, al reflejo de las llamas ví el cuerpo de mi marido.... Me arrojé sobre él, no me escuchaba, su corazón había dejado de latir, lo creí muerto y pedí socorro con una voz desesperada....

La señora Seneschal y Daubigeon se estremecieron.

—¡Bien! aprobó con aire satisfecho el señor Galpia Daveline, ¡muy bien!

—Debeis de saber, señor, prosiguió la condesa, cuán profundo es el sueño de los campesinos.... Me parece que estuve mucho tiempo sola, arrodillada junto á mi marido..... Mucho tiempo tardaron los fulgores del incendio en despertar á los que viven en la quinta, á nuestros obreros arrendatarios, á nuestros criados. Lanzáronse fuera, gritando: "Quemazon!" Me vieron, y corrieren á ayudarme á trasportar á mi esposo lejos del peligro, que aumentaba minuto á minuto. Atizado por un viento furioso, el incendio se propagaba con horrenda rapidez. Tornáronse las granjas en una inmensa hornaza, las ra-

terías ardían, el aguardiente de las pipas lizaban lenguas de fuego, la llamarada corría sobre nuestra techumbre devorándola..... Nadie conservaba su ánimo sereno.... De tal modo fui aturdida, que puse en el olvido á mis hijas, cuya habitacion humeaba ya, cuando un honrado y valeroso muchacho fué arrancárlas del más horrible de los peligros.... Para volver en mí, fuéme precisa la llegada del doctor Seignebo y sus palabras de esperanza.... Quizá este incendio nos arruina: qué me importa, puesto que mis hijas y mi marido se han salvado!....

Con un aire de impaciencia desdefiosa, el doctor Seignebo asistía á aquel prólogo inevitable.

Los demás, tales como el señor Seneschal, el procurador de la República y aun las dos sirvientas, disimulaban su emoción á duras penas.

El doctor, alzando los hombros, gruñía entre dientes:

—¡Formalidades! ¡Susceptibilidades! ¡Puerilidades!....

Quitóse sus anteojos de oro, límpíolos, y volviéndolos á su nariz, sentóse delante de la mesa coja de la pobre habitacion, y empezó á contar y alinear en una escudilla los quinientos veinte granos de plomo que había ex-

traído de las heridas del conde de Claudieuse.

Pero á las últimas palabras de la condesa se levantó, y con tono breve, dirigiéndose al señor Galpin Daveline:

—¡Ahora, señor, dijo, sin duda me entregareis á mi enfermo?....

Ofendido, pues tenía motivo para ello, el juez de instruccion frunció el entrecejo.

—Comprendo, señor, dijo con frialdad, la importancia de vuestro cuilado; pero mi misión no es ni ménos grave, ni ménos urgente.

—¡Oh!....

—Ea consecuencia, me concedereis todavía cinco minutos, señor doctor...

—Diez si lo exigís, señor juez. Solamente os declaro que cada minuto que corra en adelante, puede comprometer la vida del herido....

Se habían aproximado, y con la cabeza echada hácia atrás, se cruzaron una mirada en que brillaba la más violenta animosidad.

¿Acaso iban á trabar querrela á la cabecera del mismo señor de Claudieuse?

Así lo temió la condesa, porque con un acento de reproche:

—Señores; exclamó, señores, por favor....

Tal vez su intervencion no hubiera basta-

do, si los señores Seneschal y Daubigeon no hubieron intervenido cada uno dirigiéndose al mismo tiempo á uno de los adversarios.

De los dos, el señor Galpin-Daveline era todavia el más obstinado porque, á despecho de todo, volvió á tomar la palabra.

—No tengo ya, señor, dijo al señor de Claudieuse, más que una pregunta que haceros: ¿Dónde y cómo estabais colocado? ¿Dónde y cómo creéis que estaba colocado el asesino en el momento del crimen?

—Señor, respondí el conde con voz evidentemente fatigada; yo estaba, ya os lo he dicho, de pie en el dintel de mi puerta, frente al patio. El asesino debió estar apostado á unos veinte pasos, á mi derecha, detrás de unos remeros de leña.

Después de haber escrito la respuesta del herido, el juez se volvió hácia el médico,

—Lo habeis oido, señor, la dijo. Os toca ahora fijar la prevencion sobre este punto decisivo: ¿á qué distancia se hallaba el asesino cuando hizo fuego?

—No soy adivino, respondió bruscamente el médico.

—¡Ah! tened cuidado, señor, insistió el señor Galpin-Daveline, la justicia, de la que soy aquí su representante, tiene el derecho y los medios de hacerse respetar. Sois médico, se-

fior, y la medicina está obligada responder de una manera casi matemática, á la pregunta que os he dirigido....

El señor Saiguebos se rió burlona mente.

—¿Verdaderamente, la medicina ha llegado á ese prolijo?... dijo. Cuál medicina? La medicina legal sin duda, que ha adelantado á tal punto que se ha sometido á la discrecion de los presidentes de los tribunales, y obedeco á los fiscales.

—¡Señor!....

Pero el médico no era de carácter capaz de soportar un segundo golpe.

—Ya sé lo que me vais á decir, prosiguió tranquilamente. No hay un manual de medicina legal que no resuelva soberanamente el problema de que se trata. He estudiado esos manuales que son las armas de vosotros los señores magistrados instructores.... Conozco la opinion de Devergis y la de Orfila, tambien la de Casper, Tardieu, Biant y Chauday.... No ignoro que esos señores pretenden decidir con exactitud matemática, como si la midieran á compás, la distancia á que ha sido disparado un tiro de fusil.... No soy tan fuerte. Soy un pobre médico del campo, un simple curandero. Y ántes de dar una opinion que puede hacer caer la cabeza de un pobre diablo, la cabeza de un inocente tal vez,

necesito reflexionar, consultar. recurrir á experiencias.

Tenia evidentemente, razon en cuanto al fondo si no en la forma, de tal manera, que el señor Galpin-Daveline se ablandó.

—Era á título de simple indicio, señor, dijo, por lo que os pedia vuestro parecer. Vues tra opinion razonada y definitiva será necesariamente objeto de un relato circunstanciado....

—¡ Ah!.... siendo así....

—¿ Quisiérais comunicarme officiosamente las conjeturas que os ha inspirado el exámen de las heridas del conde de Claudiuse?

Con un gesto pretencioso el señor Seignebois se ajustó sus anteojos.

—Mi opinisn, respondió, bajo toda reserva se entiende, es la de que el señor de Claudiuse se ha dado perfectamente razon de los hechos. Creo de buena voluntad, que el asesino estaba emboscado á la distancia que él indica. Lo que puedo afirmar, por ejemplo, es que los dos tiros de fusil se han disparado á diferente distancia: el uno mucho más cerca que el otro; y la prueba es que si uno de ellos, el del costado, le ha tocado, esparciéndosele como un abanico, el de la espalda le ha herido casi de lleno.

—¿ Pero se conoce á cuántos metros hace

efecto la bala de un fusil? interrumpió el señor Seneschal, que oia con desagrado el tono dogmático del doctor....

—¿ Se conoce?... dijo. ¿ Quién lo conoce? ¿ Vos, señor corregidor? Lo que es yo declaro que lo ignoro. Verdad es que no olvido, como vos pareceis olvidarlo, que no tenemos ya como el otro tiempo dos ó tres clases solamente de fusiles de caza. ¿ Habiéis reflexionado en la inmensa variedad de armas, francesas, inglesas, americanas y alemanas que en el dia hay por todas partes.... ¿ Cómo os atreveis, señor, á hablar así tan deliberadamente? ¿ Ignorais, pues, vos, un antiguo abogado y magistrado municipal, que sobre esta grave cuestion rolará todo el debate en el jurado?....

Después de lo cual, con el propósito de no contestar nada más, el médico recobraba ya su bisturi y sus pinzas, cuando de repente se escucharon fuera clamores tan terribles que los señores Seignebois, Daubigeon y la señora de Claudiuse misma, se precipitaron hácia la puerta.

Aquellos clamores, ¡ ay! estaban muy justificados.

El techo del edificio principal acababa de desplomarse, sepultando entre sus abrasados escombros al pobre tambor Bolton que dos

horas antes había tocado la generala, y un bombero, llamado Guillebault, el más estimado de los carpinteros de Sauveterre, padre de cinco niños.

El capitán Parentau parecía próximo á volverse loco, luchando por arrancar de la más horrible de las muertes á aquellos desgraciados, cuyos gritos desesperados se escuchaban no obstante el estruendo del incendio.

Todas las tentativas para socorrerlos debieron ser inútiles.

Un gendarme y un arrendatario de los alrededores, que trataron de llegar hasta ellos, se quedaron dentro de la horraza, de donde no pudieron ser sacados sino á costa de inauditos esfuerzos, en el más triste estado, sobre todo, el gendarme.

Entonces fué cuando se dieron verdaderamente cuenta del abominable crimen del incendiario....

Entonces, y al mismo tiempo que las columnas de humo y los terbellinos de chispas, subieron hácia el cielo los gritos de venganza.

— ¡A muerte el incendiario, á muerte!

En aquel momento, el más legítimo de los fureros inspiró al señor Seneschal.

Sabía lo que es la prudencia de los campos

y lo difícil de arrancar á un capesino lo que sobe.

Subiéndose sobre un montón de ruinas, con voz clara y fuerte:

— Si, amigos míos, exclamó, si; teneis razon: á muerte!.... Si, las valerosas victimas del más cobarde de los crimenes, deben ser vengadas.... Es preciso encontrar al incendiario, absolutamente preciso!.... ¡Lo quereis, no es así!.... Eso depende de vosotros.... Es imposible que no haya entre vosotros un hombre que sepa alguna cosa.... Si lo hay, que se presente y hable.... Tened en cuenta que el más ligero indicio puede guiar á la justicia..... Callarse, amigos míos, es hacerse cómplice..... Reflexionad, consultad....

Rápidos cuchicheos corrieron por entre la turba, cuando de repente:

— Hay uno, dijo una voz, que puede hablar.

— ¡Quién!

— ¡Cocolé!.... Ha estado allí desde el principio. Es él quien ha ido á buscar á su recáma á las hijas de la señora de Claudiuse. ¡Qué se ha hecho! ¡Cocolé!.... ¡Cocolé!....

Es necesario haber vivido en el fondo de las aldeas, en pleno campo, para imaginarse, para comprender la emocion y la cólera de todas aquellas valerosas gentes que se preci-

pitaban al rededor de las ruinas abrazadas de Valpison.

Al habitante de las ciudades no le preocupa el bandido siniestro que para robar mata.

Tiene gas, sólidas puertas y la policia vela su sueño.

Teme poco al incendio; á la primera chispa, siempre hay un vecino que se encuentra para gritar: "¡Fuego!"

Acuden las bombas y el agua brota como por encanto.

El campesino, por el contrario, tiene la conciencia de los peligros de su aislamiento. Un sencillo picaporte de madera cierra sus puertas y nadie está encargado de darle seguridad en la noche. Atacado por un asesino, si llama, sus gritos no serán escuchados. Si incendian su casa, se convertirá en cenizas antes de que lleguen los primeros auxilios, y se considerará demasiado feliz si se salva y logra salvar de las llamas a su familia.

Entonces, todos aquellos campesinos á quienes movió la palabra del señor Seneschal, se ocuparon con mucho ardor en buscar por todas partes al que pensaban que debía saber alguna cosa. Cocolé.

Todos le conocian bien, hacia mucho tiempo.

No habia uno sólo entre ellos, que no le hubiera dado un pedazo de pan ó un plato de sopa, cuando tenia hambre; no habia uno solo que no le hubiese proporcionado fuego en el rincón de una caballeriza, cuando llovía ó hacia frio y queria dormir.

Era Cocolé uno de esos infortunados que arrastran á través de los campos el peso de alguna deformidad física ó moral.

Hacia ya veinte años que uno de los grandes propietarios de Bréchy, habia construido un edificio y hecho venir á Angulema una media docena de pintores decoradores que pasaron en su casa todo el verano.

Uno de esos pintores habia seducido á la hija de un pobre arrendatario de los alrededores, llamada Coleta, que se habia enloquecido con su larga blusa blanca, su fino bigote negro, su carácter alegre, sus cauciones y sus dichos galantes.

Mas una vez acabados los trabajos, el seductor se fué con sus compañeros, sin ocuparse más de la desgraciada, que del último cigarro que se habia fumado.

Quando ya no pudo disimular su estado, fué arrojada á la puerta de la casa donde estaba colocada, y sus padres, que apenas podian cubrir sus propias necesidades, la rechazaron sin piedad.

Entonces, despedazada por el dolor, la vergüenza y los remordimientos, anduvo de granja en granja pidiendo limosna, siendo objeto de los insultos, de las burlas y de un trato algunas veces brutal.

En el extremo de un bosque, una noche de invierno, estando sola y sin socorros, dió á luz un niño....

¡Cómo no murieron de frío, de hambre y de miseria la madre y el niño!.... Hay favores providenciales incomprensibles.

Durante algunos años se les vió arrastrar sus andrajos por los alrededores de Sauveterre viviendo de la generosidad que bien caro pagaban á los campesinos.

Poco después murió la madre, abandonada, como había vivido. Una mañana recogieron su cuerpo á orillas de un foso.

El niño quedó solo.

Tenia ocho años y estaba bastante fuerte para su edad; su arrendatario tuvo piedad de él y lo tomó para cuidar sus vacas.

El pequeño miserable era incapaz para ello. Mientras le vivió su madre, habían atribuido á su existencia salvaje su mutismo, sus miradas extraviadas y sus apariencias de bestia feroz.

Quando trataron de ocuparse de él, descu-

brieron que ninguna inteligencia se había despertado en su pobre y deprimido cerebro.

Estaba idiota, y además atacado de una de esas espantosas enfermedades nerviosas, cuyos accesos comunican á todo el cuerpo, y particularmente á los músculos de la cara, movimientos convulsivos.

No era mudo, pero necesitaba esfuerzos inauditos y tartamudear lamentablemente, para llegar á articular siquiera algunas sílabas.

Cuando los aldeanos estaban de buen humor, le decían:

—Dínos cómo te llamas y te damos un centavo.

Tenia que tartamudear cinco minutos, con toda clase de contorsiones, para decir el nombre de su madre.

—Co ... co.... co.... le.... ta.

De allí provenia indudablemente su sobrenombre.

Fué en aquella época cuando el doctor Seignebos, yendo á sus visitas, se lo encontró una mañana en el camino real.

Este excelente doctor, entre otras teorías sorprendentes, sostenia entonces que la imbecilidad no es sino un modo de ser del cerebro, un olvido de la naturaleza fácil de reparar por la aplicación de ciertas sustancias conocidas, el fóforo, por ejemplo.

La ocasión de una experiencia memorable era demasiado hermosa para que no se apresurase á aprovecharla.

Hizo subir á Cocolé con él en su cabriolé, lo instaló en su casa, y lo sometió á un tratamiento cuyo secreto ha permanecido entre él y un farmacéutico de Sauveterre, bastante conocido por sus avanzadas opiniones.

Al cabo de diez y ocho meses, Cocolé se halla enflaquecido de un modo considerable.

Habíaba tal vez un poco menos mal; pero su inteligencia no había hecho ningún progreso de importancia.

Desalentado el doctor Seignebos, hizo un bulto de la ropa que había dado á su pensionado, y poniéndoselo en la mano lo lanzó de su casa, prohibiéndole volver á ella.

El médico había hecho un triste servicio á Cocolé.

Habiendo perdido la costumbre de las privaciones y de andar de puerta en puerta pidiendo un pedazo de pan, el pobre idiota habría perecido de necesidad si su buena estrella no lo hubiera conducido á Valpinson.

Conmovidos de su abandono el conde y la condesa de Claudiuse, resolvieron tomarlo á su cargo.

Nada más que fuerza inútiles las tentativas

que hicieron para dejarlo quieto en una alquería, donde habían hecho darle una cama.

El instinto vagabundo de Cocolé lo llevaba por todas partes, sin respetar ni al hambre.

El invierno, por el frío y la nieve, era lo único que lograba detenerlo. Pero apenas brotaban las primeras hojas, volvía á sus correrías sin objeto, á través de los bosques y campos, permaneciendo con frecuencia, semanas enteras sin reaparecer.

Por lo tanto, después de algún tiempo, se había despertado en él algo que se parecía mucho al instinto de un animal doméstico educado con mucha paciencia.

Su afición por la señora de Claudiuse se traducía como la de un perro, por brincoos y gritos de alegría en cuanto la veía.

Muchas veces, cuando ella salía, la acompañaba corriendo y saltando en su rededor, siempre como un perro.

Quería bastante á sus hijas, y parecía sufrir separado de ellas, pues lo separaron por temor de que aquellas niñas tan pequeñas se contagiarian con sus gestos nerviosos.

Llegó con el tiempo á ser útil para estar algunos pequeños servicios, y hacer unos que otros mandados sencillos que consideraban podía desempeñar. Regaba las flores, iba á lla-

mar á un criado y á dejar una carta al correo de Bréchy.

Pero sus progresos llegaron á hacerse muy notables para inspirar dudas á algunos desconfiados aldeanos que pretendian que Cocolé no era tan inocente como parecia; por el contrario, era un "bribon" que se hacia el tonto para vivir sin trabajar.

—¡Ya lo tenemos! exclamaron al fin algunas voces: ¡miradlo! ¡miradlo!

La turba se hizo á un lado vivamente, y casi al instante, tomado de las manos y empujado hácia adelante por varios hombres, apareció un muchacho.

—Estaba oculto allá, detrás de una carreta, dijeron los hombres: ¡el bribon no queria venir!

El desorden del vestido de Cocolé atestiguaba, en efecto, una pícarra resistencia.

Era un muchacho de diez y ocho años, imberbe, muy alto, extraordinariamente delgado y tan sin gracia, que parecia contrahecho.

Una selva de toscos cabellos azafrañados se amontonaba en su estrecha y fugitiva frente. Sus ojillos, su ancha boca que dejaba ver sus dientes agudos, su nariz demasiado aplastada y sus enormes orejas, daban á su fisono-

mía una expresion extraña de extravío y de idiotismo, á la vez que de astucia brutal.

—¡Qué hacemos con él? preguntaron los aldeanos al señor Seneschal.

—Es preciso llevarlo ante el juez de instruccion, amigos míos, respondió el corregidor; allí en la casita donde habeis conducido al señor de Claudieuse.

—Será necesario que hable, grufieron los aldeanos.... Lo entiendes, ¿no es así? ¡Vamos! acércate....



Poniendo su amor propio en una lucha de fiereza y de impasibilidad, ni el doctor Seignebos, ni el señor Galpin-Daveline habían hecho un sólo movimiento para averiguar lo que pasaba fuera.

El médico se disponía á continuar su operación, metódicamente, con la misma tranquilidad que si estuviera en su casa trabajando en su gabinete, lavaba la esponja de que acababa de servirse y limpiaba sus pinzas y sus bisturis.

El juez de instrucción, de pie en medio de la pieza, con los brazos cruzados, parecía seguir con la mirada en el vacío, ciertas combinaciones inaccesibles.

Tal vez pensaba que su buena estrella lo había guiado, al fin, hacia aquella causa ruidosa

que por tanto tiempo y tan inútilmente había deseado con todos sus votos.

Pero el señor de Claudieuse estaba lejos de participar de su indiferencia. Se agitaba en su lecho, y cuando el señor Seneschel y el señor Daubigeon volvieron á presentarse, pálidos y trastornados:

—¿Cuál es la causa de ese tumulto? preguntó.

Entonces, y cuando supo la catástrofe:

—¡Dios mío!... exclamó, y yo que gemía por verme en parte, arruinado. ¡Des hombres muertos!... ¡Esa es la verdadera desgracia! ¡Pobres gentes, víctimas de su valor!... ¡Eolton, un joven de treinta años! ¡Guillebault, un padre de familia que deja cinco hijos desamparados!...

La condesa, que entraba en aquel momento, había escuchado las últimas palabras pronunciadas por su marido.

—Mientras nos quede un pedazo de pan que comer, interrumpió ella con voz profundamente turbada, ni á la madre de Bolton ni á los hijos de Guillebault les faltará nada.

No pudo decir más.

Los aldeanos que habían descubierto á Cololé invadieron la habitación, empujando delante de ellos á su prisionero.

—¿Dónde está el juez? preguntaron. Aquí está el testigo.

—¡Cómo! ¡Cocolé! exclamó el conde.

—Sí, él sabe alguna cosa y lo ha dicho; es necesario que lo repita á la justicia para que se encuentre al incendiario.

El señor Seignebois frunció el ceño.

¡El querido doctor execraba á Cocolé, y su presencia le recordaba aquella famosa experiencia que lo habia valido algunas burlas en Sauveterre.

—Vais realmente á interrogarlo? preguntó al señor Galpin-Daveline.

—¡Por qué no! dijo secamente el juez.

—Porque es completamente un imbécil, señor, un estúpido, un idiota. Porque es incapaz de comprender el valor de vuestras preguntas y la importancia de sus respuestas...

—Puede facilitarnos algun indicio precioso, señor....

—¡El!.... ¡un ser desprovisto de razon!....

¡Ni le penseis!.... ¡Es imposible que la justicia tome en cuenta las respuestas incoherentes de un loco!

El descontento del señor Galpin-Daveline se traducia por el aumento de su inflexibilidad.

—Sé lo que debo hacer, señor, dijo.

—Y yo, respondió el médico, conozco mi

deber. Habeis solicitado el concurso de mis luces y os lo traigo. Declaro que el estado mental de este machacho es tal, que no puede ser escuchado, ni á título de presunciones. Apelo al señor procurador de la República.

Esperaba una palabra del señor Daubigeon que lo animara. Como la palabra no se dejaba oír:

Tened cuidado, señor, agregó; os metais en un sendero sin salida. ¿Qué hareis si este desgraciado responde á vuestras preguntas, con una acusacion formal?... ¿Perseguireis á quien acuse?

Los aldeanos escuchaban con la boca abierta, aquella discusion.

—¡Oh! Cocolé no es tan inocente como se cree, dijo uno de ellos.

—¡El bribon sabe decir bien lo que quiere! agregó otro.

—A pesar de todo, le debo la vida de mis hijas, declaró dulcemente la señora de Claudiense. Se acordó de ellas cuando todas las olvidaron, estando yo como herida por un vértigo. Acércate, Cocolé, acércate amigo mío, no tengas miedo, nadie te quiere mal....

Tenia necesidad de aquellas palabras consoladoras.

Espantado por las brutales expresiones de

que habia sido objeto, el pobre idiota temblaba tanto, que sus dientes chocaban.

—Yo.... yo.... no ten.... go.... miedo... tartamudeó

—Protesto una vez más, insistió el médico. Acababa de reconocer que no solo él era de aquella opinion.

—Creo, en efecto, que puede ser peligroso interrogar á Cocolé, dijo el señor de Claudieuse.

—Tambien lo creo, apoyó el señor Daubignon.

Pero el juez era el dueño de la situacion, armado de los poderes casi ilimitados que la ley confiere al magistrado instructor.

—Os suplico, señores, dijo con un tono que no admitia réplica, que me dejéis proceder mi modo.

Y tomando asiento se dirigió á Cocolé.

—Vamos, amigo mio, replicó con la mejor voz que pudo, escúchame bien y procura comprenderme. ¿Sabes lo que ha habido esta noche en Valpinson?

—El fuego, respondió el idiota.

—Si amigo mio, el fuego que ha destruido la casa de tus bienhechores, en que acaban de perecer dos pobres bomberos.... Y no es eso todo, han trasido de ascender al conde de Claudieuse. ¿Lo ves en ese lecho, herido y en

bierto de sangre? ¡Mira el dolor de la señora de Claudieuse!...

¡Comprendió Cocolé? Su gesticuladora cara no traicionó lo que pasaba en su interior.

—¡Absurdo! gruñía el doctor. ¡Temeridad! ¡Tenacidad!....

El señor Galpin Daveline lo escuchó

—¡Señor! pronunció brayemente, no me obliguéis á recordar que hay aqui muy cerca gente encargada de hacer respetar mi carácter.

Y volviéndose hacia el pobre idiota:

—Todas esas desgracias, amigo mio, prosiguió, son la obra de un cobarde incendiario. Lo detestas ¿no es verdad? ¿olias á esa miserable?...

—Si, dijo Cocolé.

—Deseas que sea castigado....

—¡Si! ¡si!....

—Pues bien; es preciso ayudarme á descubrirlo, para que sea detenido por los gendarmes y reducido á prision. Lo conoces, tú mismo has dicho que lo conocias....

Se detuvo, y al cabo de un instante, viende que Cocolé seguia callado:

—¡Pero, preguntó, á quién ha hablado este pobre diablo!

Esto es lo que ningún aldeano pudo decir. Se tomaron informes inútilmente. Tal vez Cocolé no habia dicho lo que se le atribuia.

—Lo que es seguro, declaró uno de los trabajadores de Valpinson, es que ese pobre imbécil casi nunca duerme, y que todas las noches ronda como un perro de guarda, al redor de las habitaciones....

Aquello fué para el señor Galpin Davelino como un rayo de luz.

Cambiando bruscamente la forma de interrogatorio:

—¿Donde has pasado la noche? preguntó á Cocolé.

—En.... en.... el.... patio....

—¿Dormías cuando se declaró el incendio?

—No.

—¿Lo has visto comenzar?

—Sí.

—¿Cómo comenzó?

Obtinadamente, el idiota tenia sus miradas fijas en la señora de Claudieuse, con la expresión temerosa y sumisa del perro que quiere leer en los ojos de su amo.

—Responde, amigo mio, insistió dulcemente la condesa; obedece, habla....

Una luz brilló en los ojos de Cocolé.

—Haa.... prendió el fuego.... tartamudeó.

—¿Intencionalmente?

—Sí.

—¿Quién?

—Un señor....

No habia uno de los testigos de aquella escena, que no contuviera la respiración para escuchar mejor. Solo el doctor se irguió.

—¿Este interrogatorio es insensato! exclamó.

Pero el juez de instrucción pareció no escucharlo, y aproximándose á Cocolé con una voz que alteraba la emoción.

—¿Viste á ese señor? preguntó.

—Sí.

—¿Lo conoces?

—Muy.... muy.... bien.

—¿Sabes su nombre?

—¡Oh! sí.

—¿Cómo se llama?

Una expresión de espantosa angustia contrajo el pálido semblante de Cocolé; titubeó, pero al fin haciendo un violento esfuerzo respondió:

—Bois.... Bois.... Boiscoran.

Murmullos de descontento y burlas incrédulas acogieron aquel nombre.

No habia ni una sombra de duda, de vacilación.

—¿El señor de Boiscoran, un incendiario? decian los aldeanos; ¿quién creará eso jamás?

—¡Eso es absurdo! declaró el señor de Claudieuse.

—¡Insensato! aprobaron los señores Seneschal y Daubigeon.

El doctor Seignebois se quitó los anteojos, y limpiándose con aire de triunfo:

—¡Qué había yo dicho! exclamé. Pero el señor juez de instrucción no se ha dignado tomar en cuenta mis observaciones....

El señor juez de instrucción estaba mucho más emocionado que todos. Se había puesto excesivamente pálido, y eran muy visibles los esfuerzos que hacía para guardar su impasible frialdad.

El procurador de la República se inclinó hacia él.

—En vuestro lugar, murmuró, dejaría las cosas en tal estado, considerando como no sucedido lo que acaba de pasar.

Pero el señor Galpin Daveline era uno de esos hombres á quienes ciega el orgullo exagerado que tienen de sí mismos y que se dejarían partir en pedazos, antes de confesar que se habían equivocado.

—Llegaré hasta el fin, respondió.

Y dirigiéndose de nuevo á Cocolé, en medio de un silencio tan profundo que se podría escuchar el aleteo de una mosca:

—¡Comprendes bien, muchacho, le preguntó, lo que he dicho? ¡Comprendes que acusas á un hombre de un crimen abominable?

Que Cocolé comprendiera ó no, estaba en todo caso agitado por una angustia manifiesta. Gotas de sudor brotaban de sus deprimidas sienes y corrían por sus mejillas; accesos fuerisimos sacudían sus nervios, produciendo á la vez en su rostro ciertas convulsiones.

—Yo.... yo.... he dicho.... la verdad, tartamudeó.

—¿Es el señor de Boiscoran el que ha prendido fuego á Valpinson?

—Sí.

—¿De qué medios se ha valido?

La mirada extraviada de Cocolé se dirigía incesantemente, del conde de Claudieuse que parecía indignado, á la condesa que escuchaba con aire de dolorosa sorpresa.

—¡Habla! insistió el juez de instrucción.

Después de un momento de vacilación, el idiota trató de explicar lo que había visto, y estuvo durante cinco minutos de esfuerzos, de contorsiones y de balbucientes palabras, tratando de hacer comprender que había visto al señor de Boiscoran, á quien conocía bien, sacar de su bolsa unos periódicos, encenderlos con una cerilla y ponerlos debajo de un montón de paja que estaba muy cerca de dos enormes montones de leña, recargados contra un depósito, abastecido de aguardiente.

— ¡Esa es demencia!... exclamó el doctor traduciendo ciertamente la opinión de todos.

Pero ya el señor Galpin Daveline había logrado dominar su turbación, y paseando en su derredor una feroz mirada:

— A la primera señal de aprobación ó reprobación, declaró, llamo á los gendarmes y hago salir á todo el mundo.

Dicho esto volviéndose hácia Cocolé:

— Puesto que viste bien al señor de Boiscoran, le preguntó, ¿de qué modo estaba vestido?

— Tenía un pantalon blaquisco, respondió el idiota siempre farfullando horriblemente; un saco obscuro y un sombrero grande. Elevaba el pantalon metido entre las botas.

— Dos ó tres alleanos se entrevieron como si hubieran sido heridos por una misma sospecha.

Estaban acostumbrados á encontrar al señor de Boiscoran, tal como había sido descrito por Cocolé.

— Y cuando hubo prendido el fuego, prosiguió el juez, ¿qué hizo?

— Se ocultó detrás de la leña.

— ¡Y después?

— Preparó su fusil, y cuando salió el amo le tiró.

Ovidiando el dolor de sus heridas, el señor

de Claudieuse saltaba de indignación en su lecho.

Es monstruoso, exclamó, dejar á ese miserable idiota manchar á un hombre honrado, con sus estúpidas acusaciones. Si ha visto al señor de Boiscoran prender el fuego y ocultarse detrás de la leña para asesinarne, ¿por qué no ha dado la alarma? ¿por qué no ha gritado?

Dócilmente, con la gran sorpresa de los señores Senaschal y Daubigeon, el señor Galpin Daveline repitió la pregunta.

— ¡Por qué no l'amaste? preguntó á Cocolé.

Pero los esfuerzos que había hecho durante media hora, dejaron agotadas las fuerzas del desgraciado idiota.

Soltó una risa estúpida, y casi al momento fué presa de una crisis de su mal; cayó en el suelo deb tiéndose y gritando; fué necesario sacarlo.

El juez de instrucción estaba de pie, pálido, asombrado, fruncido el ceño, los labios contraídos: parecía reflexionar.

— ¡Qué vais á hacer? le preguntó al oído el procurador de la República.

— Continuar... dijo en voz baja.

— ¡Oh!

— ¡Puedo hacer otra cosa en mi situación? Dios es testigo de que preguntando á ese des-

graciado idiota, mi objeto era el de hacer brillar lo absurdo de su acusación. El resultado ha equivocado mi propósito.

—Y ahora....

—Ya no hay que vacilar: diez testigos han asistido al interrogatorio, mi honor está de por medio; es preciso que demuestre la inocencia ó la culpabilidad del hombre acusado por Cocolé....

Y en el momento, aproximándose al lecho del señor Claudiense:

—¿Queréis ahora, señor, decirme cuáles son vuestras relaciones con el señor de Boiscoran?

La sorpresa y la indignación enrojecieron las mejillas de conde.

—¿Es posible, señor, exclamó, que deis crédito á lo que acabais de escuchar!....

—Nada creo, señor, pronunció el juez. Tengo la misión de descubrir la verdad, la busco....

—El doctor os ha dicho cuál es el estado mental de Cocolé....

—Señor, os suplico que me contesteis.

El señor de Claudiense hizo un gesto de cólera y vivamente:

—Pues bien, respondió, mis relaciones con el señor de Boiscoran no son ni buenas ni malas; no las tenemos.

—Pretenden, lo he oído decir, que estais en mala armonía....

—Ni buena ni mala. No salgo de Valpinson. El señor de Boiscoran vive en Paris, tres cuartas partes del año. Nunca ha venido á mi casa y jamás he puesto los pies en la suya....

—Han escuchado que os habeis expresado de él en términos poco mesurados....

—Eso es posible. No tenemos ni la misma edad, ni los mismos gustos, ni las mismas opiniones, ni las mismas creencias. El es joven y yo viejo. A él le gusta Paris y el mundo; yo amo la soledad y la caza. Soy legitimista y él fué orleanista y se ha vuelto demócrata. Creo que solo el descendiente de nuestros reyes legítimos puede salvar nuestro país. Uede uno ser enemigo político sin dejar de estimarse. El señor de Boiscoran es un hombre galante. Es uno de los que durante la guerra, han cumplido perfectamente con su deber, se ha batido bien y ha salido herido.

El señor Galpin Daveline anotaba cuidadosamente las respuestas del conde. Cuando acabó:

—No se trata solamente de disentimientos políticos, replicó. Habeis tenido con el señor de Boiscoran conflictos de interés.....

—Insignificantes.

—Perdonad, habeis tenido pleitos.

—Nuestras tierras se tocan, señor. Hay entre nosotros un desgraciado curso de agua, que es para los rivereños un eterno motivo de disgustos.

El señor Galpin-Daveline inclinó la cabeza.

—Vosotros no sólo habeis tenido diferencias, señor, dijo. Habeis tenido, y esto todo el mundo lo ha sabido, al tercados violentos.

El conde de Claudieuse estaba como desolado.

—Es verdad, nos hemos cambiado algunas frases..... El Señor de Boiscoran tenia dos malditos perros, que siempre se escapaban de su perrera, para venir á metarse en mis terrenos.... Es increíble lo que destruyeron los sotos....

—Precisamente... Y un día en que encontrásteis al señor de Boiscoran, lo amenazásteis con matar á sus perros....

—Estaba furioso, lo reconozco; pero estaba en un error, lo cofesaré mil veces, lo amenacé....

—Todo eso es exacto. Ambos estabais armados, os acalorásteis, fué amenazado por vos, y apuntó para dispararos.... No lo neguéis; diez personas lo han visto, lo sé, él me lo ha dicho.

No habia una sola persona de la poblacion que no supiera de qué mal tan espantoso habia sido atacado Cocolé; todos estaban persuadidos de que cuantos cuidados se le prodigaban eran inútiles.

Los dos hombres que lo habian llevado, creian que habian hecho bastante con dejarlo sobre un monton de paja húmeda. Lo abandonaron en seguida y fueron á mezclarse entre la tur a para referir lo que habian oido.

Es un acto de justicia decir que de los centenares de aldeanos que apresuradamente se presentaron al derredor de los escombros humentes de Valpisoa, su primer movimiento fué el de abrumar con sus pullas y maldiciones, al sér sin cerebro que habia atribuido el incendio al señor de Boiscoran.

—Perdonad, habeis tenido pleitos.

—Nuestras tierras se tocan, señor. Hay entre nosotros un desgraciado curso de agua, que es para los rivereños un eterno motivo de disgustos.

El señor Galpin-Daveline inclinó la cabeza.

—Vosotros no sólo habeis tenido diferencias, señor, dijo. Habeis tenido, y esto todo el mundo lo ha sabido, al tercados violentos.

El conde de Claudieuse estaba como desolado.

—Es verdad, nos hemos cambiado algunas frases..... El Señor de Boiscoran tenia dos malditos perros, que siempre se escapaban de su perrera, para venir á metarse en mis terrenos.... Es increíble lo que destruyeron los sotos....

—Precisamente... Y un día en que encontrásteis al señor de Boiscoran, lo amenazásteis con matar á sus perros....

—Estaba furioso, lo reconozco; pero estaba en un error, lo cofesaré mil veces, lo amenacé....

—Todo eso es exacto. Ambos estabais armados, os acalorásteis, fué amenazado por vos, y apuntó para dispararos.... No lo neguéis; diez personas lo han visto, lo sé, él me lo ha dicho.

No habia una sola persona de la poblacion que no supiera de qué mal tan espantoso habia sido atacado Cocolé; todos estaban persuadidos de que cuantos cuidados se le prodigaban eran inútiles.

Los dos hombres que lo habian llevado, creian que habian hecho bastante con dejarlo sobre un monton de paja húmeda. Lo abandonaron en seguida y fueron á mezclarse entre la tur a para referir lo que habian oido.

Es un acto de justicia decir que de los centenares de aldeanos que apresuradamente se presentaron al derredor de los escombros humentes de Valpisoa, su primer movimiento fué el de abrumar con sus pullas y maldiciones, al sér sin cerebro que habia atribuido el incendio al señor de Boiscoran.

Desgraciadamente los primeros movimientos, los buenos, son de muy corta duracion.

Uno de esos malvados pícaros, perezosos, borrachos y bajamente envidiosos, que lo mismo se encuentran en el fondo de los campos como en las ciudades, exclamó:

— ¡Por qué no ha de ser!

Estas solas palabras llegaron á ser el punto de partida de las más atrevidas suposiciones.

Las querellas del conde de Claudieueo y del señor de Boiscoran habian sido públicas.

Era bien sabido qué casi todos los primeros disgustos, habian prevenido del conde y que siempre su joven amigo habia acabado por ceder.

¡Por qué el señor de Boiscoran, humillado, no habia de recurrir á aquel medio para vengarse de un hombre que debia odiar, pensaban, y sobre todo temer!...

— ¡Es acaso porque él es noble y rico! decía con mofa el pícaro.

De allí á buscar circunstancias en apoyo de las afirmaciones de Cocolé, no habia más que un paso, que pronto fué franqueado. De los grupos que se formaron, hubo dos hombres y una mujer que con cierto modo dieron á entender que tal vez llegarían, á sorprenderse si ellos decían lo que sabían. Se les ins-

tó para que hablaran, y como era natural, se rehusaron. Pero ya habian dicho demasiado.

De buena ó mal grados fueron conducidos á la casa, donde en aquel momento el señor Galpin-Daveline interrogaba al conde de Claudieuse.

Era tal la animacion de la turba, y tan grande el ruido que formaban, que el señor Seneschal, estremeciéndose ante la idea de un nuevo accidente, se precipitó hácia la puerta.

— ¡Qué hay ahora! gritó.

— ¡Testigos! aquí están otros testigos! respondieron los aldeanos.

— Os traen testigos, señor, dijo al juez.

Sin duda alguna, el señor Galpin-Daveline maldijo la interrupcion.

Pero conocia bastante á los aldeanos para saber que era importante preferir su buena voluntad, y que no obtendria nada si dejaba á su cautelosa prudencia recobrar la ventaja.

— Volveremos más tarde a nuestra.... conversacion, señor conde, dijo al señor de Claudieuse.

Y respondiendo al señor Seneschal.

— Que entren esos testigos, dijo, pero solos y uno á uno....

El primero que se presentó fué el hijo único

de un acomodado arrendatario de la pequeña población de Bréchy, llamado Ribot. Era un muchacho de veinticinco años, anchas de espaldas, con una cabeza muy pequeña, una estrecha frente y enormes orejas de un colorado muy vivo.

Tenia, en dos leguas á la redonda, la reputación de un seductor irresistible y de tener un carácter algo altivo.

Después de haberle preguntado su nombre, profesión y edad:

—¿Qué es lo que sabeis? prosiguió.

El muchacho Ribot se irguió y con un aire de fatuidad que al ser comprendido hizo estallar la risa en todos los aldeanos:

—Tenia esta tarde, respondió, un negocio... muy importante, del otro lado del castillo de Boisecoran. Me esperaban y como habia tardado, tomé el camino más cierto por las lagunas. Sabia que por las frecuentes lluvias de los días pasados, los fosos debian estar llenos de agua; pero para un negocio como el que yo llevaba, siempre se tiene piernas....

—Evitadnos esos detalles celosos, pronunció friamente el juez.

El guapo muchacho pareció más sorprendido que disgustado de la interrupción.

—Como guste el señor juez, dijo. Por entonces, serian poco más de las ocho, habia

entrado ya la noche, cuando llegué á los estanques de la Seille. Estaban tan llenos, que el agua pasaba más de dos pulgadas arriba de las piedras por donde se derrama. Me preguntaba cómo haria para atravesar sin mojarme, cuando del otro lado, viniendo en sentido inverso del mio, apercibí al señor de Boisecoran,

—¿Estais bien seguro de que él era?

—¡Vaya! si hasta le he hablado!... Pero escuchadme. No tuvo él miedo de mojarse. Sin vacilar, se levantó sus pantalones, metiéndoselos en sus grandes botas coloradas, y pasó— Solo entonces fué cuando me vió y pareció admirarse. Yo no lo estaba ménos—¿Cómo, vos por aquí, señor! le dije. El me respondió— Sí, he tenido que ver á una persona en Bréchy, Aquello era muy posible; sin embargo le dije todavía:—Pero me parece que habeis equivocado el camino! Se puso á reir.—No sabia que los estanques se hubieran desbordado, respondió, y esperaba sacar algunos pájaros del agua.... Y al decir esto me mostró su fusil. En vista de eso nada tuve ya que replicar, pero sin embargo, despues de todo lo que ha pasado, encuentro que es muy extraño....

Esta declaración, el señor Galpin Daveline

la había escrito palabra por palabra. Después:

—¿Cómo estaba vestido el señor de Boiscoran? preguntó.

—Esperad.... tenía unos pantalones grises una chaqueta de terciopelo marrón y un panamá de grande ala....

El estupor y la inquietud se pintaban en los semblantes del conde y la condesa de Claudiuse, del señor Daubigeon y del mismo doctor Seigebos.

Una circunstancia de la contestación de Ribot llamaba sobre todo, la atención: había visto al señor de Boiscoran con los pantalones metidos en las botas, para pasar los derrames de agua.

—Podéis retiraros, dijo el señor Galpin Davelias al muchachón Rivot; que se presente otro testigo.

Ese otro era un viejo de un renombre bastante desagradable, que habitaba solo unas ruinas á media legua de Valpinson.

Se llamaba el padre Gaudry.

Lo mismo que el hijo de Ribot había mostrado seguridad, aquel hombre, vestido de sucios y pestilentes harapos, parecía humilde y temeroso.

Después de haber dado su nombre:

—Serian las once de la noche, declaró, cuan-

do atravesaba yo por un pequeño sendero del bosque de Rochepommier....

—¡Ibais á robar leña!.... dijo severamente el juez.

—¡Día del buen Dios! gimió el viejo juntando sus manos; es muy fácil decir una cosa semejante.... ¡Robar leña, yo!.... No, mi buen señor; iba sencillamente á acostarme en lo más retirado del bosque, para estar dispuesto á levantarme á la salida del sol, para buscar hongos y cepas que iria á vender á Sauveterre.... Seguía pues, mi camino, cuando de repente, detrás de mí escuché los pasos de un hombre.... Naturalmente, tuve miedo....

—¿Porque robais!....

—¡Oh! no, mi buen señor; estaba solo y era de noche, comprended.... En fin, me oculté detrás de un árbol, y casi al momento vi pasar al señor de Boiscoran, á quien reconocí muy bien á pesar de la obscuridad; debía tener mucha cólera, porque hablaba bastante alto, lanzaba juramentos, gesticulaba, y hubo un momento en que arrancó de las ramas un montón de hojas....

—¿Tenia un fusil?....

—Si, mi buen señor, precisamente el fusil habiam causado miedo, lo había tomado por un guarda....

El tercer y último testigo era una buena y

atraviesa quintera, la señora Courtois, cuya quinta estaba situada del otro lado del bosque de Rochepommier.

Interrogada, después de un momento de indecisión:

—Lo que sólo es bien poco, respondió; pero quiero siempre decirlo: Como esperábamos tener muchos obreros estos días, quería hacer una hornada mañana: me había ido en mi burro al molino de la montaña de Sauveterre para buscar harina. No tenía yo prisa y como el molinero me dijo que me la daría si quería esperar, me quedé con él á comer. Cosa de las diez, me dió un saco que los muchachos amarraron sobre mi burro y me puse en camino. Había caminado más de la mitad y debían ser cerca de las once, cuando al llegar al bosque de Rochepommier, mi burro dió un paso en falso y tiró el saco. Estaba muy acongojada porque no me encontraba con fuerzas para cargarlo sola, cuando á diez pasos de mí, salió un hombre del bosque. Lo llamé y vino. Era el señor Boiscoran. Lo pedí que me ayudara y sin hacerse del rogar, puso su fusil en la tierra, tomó el saco y lo colocó en el burro. Le di las gracias, me dijo que no había de qué y... eso es todo.

Siempre de pie en el dintel de la puerta de la plaza donde disputaba el paso á la ávida

curiosidad de los aldeanos, el corregidor de Sauveterre se resignaba á las humildes funciones de un alguacil.

Cuando la señora Courtois se retiró toda confusa, y tal vez arrepentida de lo que acababa de decir:

—¡Hay todavía á alguien que sepa alguna cosa! gritó.

Y como ninguno se presentara, cerró sin ceremonia la puerta, agregando:

—Entonces alejados, amigos míos, y dejad á la justicia que obre en paz.

La justicia, en la persona del juez de instrucción, era entonces presa de las más crueles perplejidades.

Consternado hasta el punto de no saber por donde comenzar, el señor Galpin Devuline estaba con los codos apoyados en la mesa, delante de la cual se había sentado para escribir: tenía la frente entre las manos, parecía buscar una salida á la dificultad en que se había metido.

De repente se irguió, y olvidándose de su orgullo acostumbrado, dejó caer su máscara de glacial impassibilidad.

—¡Y bien! dijo, como si en la angustia de su espíritu esperara alguna sacorra ó implorara un consejo, ¡y bien!...

Nadie le respondió.

Su estupor había contagiado á todos los que lo rodeaban: al conde y la condesa de Claudiuse, al señor Seneschal, al procurador de la República y al mismo doctor Seignebo.

Cada uno de ellos se debatía aún contra aquel resultado inverosímil, inconcebible, inaudito....

En fin, despues de un momento de silencio:

—Lo habeis visto, señores, dijo el juez con una extraña amargura: tenía razon en interrogar á Cecolé.... ¡Oh! no trateis de negarlo: participais ahora de mis mismas dudas y sospechas. ¡Quién de vosotros se atreveria á sostener que, bajo el imperio de una emocion terrible, ese desgraciado no haya recobrado durante algunos minutos, la plenitud de su razon! Luego que os ha dicho haber visto el crimen y os ha dado el nombre del culpable, habeis alzado los hombros. Pero han venido otros testigos y del conjunto de sus deposiciones resulta un lío de presunciones terribles...

Se animaba.

La costumbre profesional, más fuerte que todo, recobra su superioridad.

—El señor de Boiscoran, prosiguió, ha venido esta noche á Valpinson. Este hecho es incontestable. Pero ¿cómo ha venido? Ocultándose. Del castillo de Boiscoran á Valpinson hay dos caminos frecuentados; el de Bréchy y

el que rodea los estanques. ¿Cuál de los dos ha tomado el señor de Boiscoran? Ninguno. Para llegar ha cortado derecho á través de las lagunas, con riesgo de quedarse en un pantano ó verse obligado á meterse en el agua hasta los hombros. Para regresar se mete en el bosque de Rechepommier, á despecho de la obscuridad y á pesar del peligro evidente de perderse y andar errante hasta el día siguiente. ¿Qué esperaba, pues? No ser visto, eso se desprende de todo sentido. Y de hecho, ¿á quién encontró? A un acosador de mujeres, á Ribot, que tambien se oculta para ir á sus citas amorosas; á un ladrón de leña, Gaudry, cuyo único objeto es el de escapar de los gendarmes; á una arrendadora, en fin, la señora Courtois, retardada por una circunstancia fortuita. Había tomado todas sus precauciones, pero la Providencia velaba....

—¡Oh!..... ¡la Providencia!..... gruñó el doctor Signebos, ¡la Providencia!....

Pero el señor Galpin-Daveline no escuchó la interrupcion.

Y siempre más aprisa:

—¿Podemos al menos, continuó, invocar en favor del señor de Boiscoran ciertas discorancias del tiempo?... No. ¿Ea qué momento fué apercibido en su camine? A la caída de la noche. Ribot declaró que eran las ocho y

media de la noche cuando el señor de Boiscoran atravesó los derrames de los estanques de la Seille. Entonces, ¿cómo pudo estar á las nueve y media en Valpinson? A esa hora no se había cometido el crimen todavía. ¿A qué hora lo encontraron volviendo para su casa? Gaudry y la señora Courtois os lo han dicho: despues de las once, hora en que ya estaba herido el señor de Claudieuse y Valpinson ardía. ¿Sabemos alguna cosa de las disposiciones del espíritu del señor de Boiscoran? Sí, sabemos algo. Venía con toda su sangre fría. Se sorprendió mucho de encontrar á Ribot, y sin embargo, le explicó su presencia en aquel estrecho, casi peligroso, y también por qué llevaba en su espalda un fusil.

Tenia, asegura él, que ver á una persona de Bréchy y pensaba tirar á los pájaros del agua. ¿Es eso admisible? ¿Es eso ve así mil? Sin embargo, examinemos su actitud al regreso. Caminaba muy aprisa, declara Gaudry, parecía furioso y arrancaba puñados de hojas á las ramas. ¿Qué ha dicho á la señora Courtois? Cuando ella lo llamó, no se atrevió á huir, hay que confesarlo; pero no fué sino con mucha prisa como le prestó el servicio que ella le pidió. ¿Y despues? Su camino durante un cuarto de hora, es el mismo que el de esa mujer; ¿caminaba con ella? Nó. La deja precipi-

tadamente, tomando la delantera y se apresura á entrar á su casa porque cree que el señor de Claudieuse ha muerto; porque sabe que Valpinson está convertido en llamas, porque tiembla al escuchar el toque de arrebato de las campanas y el grito de ¡fuego!...

La justicia no procede generalmente con esa facilidad familiar: aquellos que la representan se estiman muy por encima del común de los mortales, para explicar sus impresiones, dar cuenta de sus movimientos y al parecer pedir consejo.

Sin embargo, cuando se trata de una indagación, no es posible, hablando con propiedad, tener reglas fijas.

Desde el momento en que un juez de instrucción se posesiona de un crimen, toda latitud le es permitida para llegar hasta el culpable.

Dueño absoluto, sin más consejero que su conciencia, armado de poderes exorbitantes, procede á su modo....

Pero en el negocio de Valpinson, el señor Galpin-Daveline había sido llevado por la rapidez de los acontecimientos.

Entre la primera pregunta dirigida á Cocolé y el momento presente, no había tenido tiempo de reconocerse.

Y su proceder, habiendo sido público, lo había llevado fatalmente á la explicacion....

— ¡Decididamente es una requisitoria en regla!... exclamó el doctor Seignebo.

Se había quitado y fue te á poner furiosamente sus anteojos de oro.

— ¡Y basada sobre qué! prosiguió con demasiada vehemencia, para que se le hubiera podido interrumpir: basada sobre las respuestas de un desgraciado, que yo, médico, he declarado inconscientes sus palabras. Es que la inteligencia no se ilumina ni se extingue en un cerebro como gas de un reverbero. ¿Es ó no idiota? siempre lo ha sido, lo seguirá siendo. Decís que las otras declaraciones son concluyentes. ¿Pero por qué os parecen como tales? Porque la declaracion de Cocolé os ha influenciado. Sin ella, ¿os otuparíais de lo que ha hecho ó no el señor de Boiscoran? ¿Se ha paseado toda la noche! ¿Acaso no tenia ese derecho? Ha atravesado las lagunas. ¿Quién se lo impediría? Ha pasado por los bosques. ¿Es esto prohibido? ¿Lo han encontrado? ¿No era eso natural? Pero no, un idiota lo acusa; todos sus gestos son sospechosos. ¡Habla! Es la sangre fria del malvado endurecido. ¡Calla! Remordimientos del culpable que tiembla de miedo. En lugar de recordar al señor de Boiscoran, Cocolé pudo pronunciar mi nombre. En

tonces acriminaríais todos mis movimientos, y estad tranquilo, encontraríais mil pruebas de mi culpabilidad. Por lo demás, haría yo un bonito papel. No son mis opiniones todavía más avanzadas que las del señor de Boiscoran?... Hé aquí la gran palabra contra su maldad: el señor de Boiscoran es republicano; el señor de Boiscoran no reconoce otra soberanía ni otra magistratura que las del pueblo....

— Doctor, interrumpió el procurador de la República; doctor, no pensáis en lo que decís....

— Si pienso, ¡voto á tal! y aun....

Pero fué de nuevo interrumpido por el señor de Claudicuse, esta vez.

— Por lo que toca á mí, declaró el conde, reconozco la fuerza de las probabilidades que invoca el señor juez de instruccion. Pero sobre esas probabilidades coloco un hecho positivo: el carácter del hombre acusado. El señor de Boiscoran es un hombre honrado y de corazón, incapaz de un crimen cobarde y odioso. Los demás a probaron.

— Y yo, pronunció el señor Seneschal, diré: ¿Por qué ese crimen? ¡Ah! si el señor de Boiscoran no tuviera nada que perder!... No hay en la tierra un hombre más feliz que él, que es joven, todavía más de lo que parece, dota-

do de una salud admirable, inmensamente rico, estimado y buscado por todos! En fin, hay un hecho que permanece todavía en secreto de familia, que puedo decirlo y que destruirá toda sospecha: el señor de Boiscoran ama profundamente á la señorita Dionisia de Chandoré, está casi loco por ella, y desde hace veinte días su casamiento se ha fijado para el 20 del mes próximo...

El tiempo pasaba, sin embargo....

Las cuatro y media acababan de sonar en el campanario de Bréchy.

El día se aproximaba, haciendo palidecer la luz de las lámparas.

Se desvanecían las brumas matinales, el sol hería las vidrieras con sus alegres rayos.

Pero no lo habían notado ninguno de aquellos hombres, á quienes tan poderosas consideraciones habían reunido en derredor del lecho del señor de Claudieuse.

Sin una palabra, sin un gesto, el señor Galpin Daveline había escuchado las objeciones que se le habían presentado, y ya era bastante dueño de sí mismo para que fuera difícil discernir las impresiones que presentía.

Al fin, irguiendo gravemente la cabeza:

—Mis que vosotros, señores, pronuncio, tengo necesidad de creer en la inocencia del señor de Boiscoran..... El señor Daubigeou,

que sabe lo que digo, puede afirmarlo.... Mi corazón, antes que el vuestro, aboga en su favor.... Pero soy el representante de la ley, y antes que mis afeciones está el cumplimiento del deber. ¿Depende acaso de mí el destruir, por absurda y estúpida que parezca, la acusación de Cocolé? ¿Puedo hacer que tres declaraciones inesperadas no lleguen á dar á esa denuncia, un carácter verdaderamente inquietante!....

El conde de Claudieuse estaba desconsolado.

—Lo que hay de espantoso, decía, es que el señor de Boiscoran me cree su enemigo. Con tal que no llegue á imaginarse que esas sospechas indignas han sido sugeridas por mí. ¡Que no pueda levantarme!... A menos, señores, que el Sr. de Boiscoran sepa bien que he declarado que respondo de él como de mí mismo!... ¡Cocolé, detestable idiota!... ¡Ah! ¡Genoveva, mi muy querida esposa, para qué lo han obligado á hablar!... Se habría callado obstinadamente sin tu insistencia.

La señora de Claudieuse sucumbió entonces ante las angustias de aquella espantosa noche.

Durante las primeras horas, había estado sostenida por aquella exaltación que sigue á las grandes crisis; pero después había caído en cierta postración, cerca del lecho de sus do-

hijas; y con la cabeza hundida en la almohada, parecía dormir.

Sin embargo, no dormía.

Al reproche de su marido se irguió, pálida, con las facciones hinchadas y la voz penetrante.

—¡Cómo!... exclamó, has intentado asesinar á Trivulce; nuestras hijas han podido morir presas de las llamas, y habia de dejar escapar un medio de descubrir al miserable asesino, al cobarde incendiario!... ¡No! He hecho lo que debía. Cualesquiera que sean las consecuencias, no retrocedo....

—Pero el señor de Boiscoran no es culpable, Geneveva, es imposible que lo sea. ¡Cómo un hombre, que tiene la dicha inmensa de ser amado por Dionisia de Chandoré, que cuenta los días que lo separan de su enlace, habia de cometer un crimen tan abominable!...

—¡Que demuestre, pues, su inocencia! dijo altivamente la condesa.

Con la mayor impertinencia del mundo, el doctor hizo chasquear sus labios.

—Esa es siempre la lógica de las mujeres, dijo con una especie de gruñido.

—Es cierto, replicó el señor Seneschal, que no tardará en reconocerse la inocencia del señor de Boiscoran. No resultará más que sospecho; pero es tal la indole de nuestro pue-

blo, que esa sospecha hará sombra á su vida entera. De aquí á veinte años, hablando del señor de Boiscoran, se dirá todavía: "¡Ah! sí, él fué quien incendió á Valpinson!...."

No fué entonces el señor Galvin-Daveline quien respondió, sino el procurador de la República.

—No podré, dijo tristemente, participar con el señor corregidor de la manera de ver las cosas, pero poco importa. Después de lo que ha pasado, el señor juez de instruccion no puede retroceder, su deber se lo prohíbe y todavía más el interés del hombre acusado. ¡Qué dirían los campesinos de estos lugares que han escuchado la declaracion de Cocolé y de los demás testigos, si se prescindiera de la indagacion? Dirían que el señor de Boiscoran era culpable y que si no se le perseguía era por ser noble y rico. Por mi honor, creo en su inocencia absoluta. Pero precisamente porque esa es mi conviccion, sostengo que es necesario ponerlo en el caso de demostrarlo victoriosamente. Debe tener los medios. Cuando encontré á Rivot le dije que se dirigia á Béchy para ver á un....

—¡Y si no fué! objetó el señor Seneschal. ¡Y si no vió á nadie? ¡Y si todo eso fué un pretexto para satisfacer la indiscreta curiosidad de Ribot....

—Entonces nada perderá por decir la verdad á la justicia. No estoy con inquietud. Además, hay una prueba material que mejor que todo, disculpa al señor de Boisecran. Y es que, por imposible que parezca, si hubiese tenido el propósito de matar al Sr. de Claudieuse, habría cargado su fusil con bala, en lugar de hacerlo con plomo de caza....

—Y no hubiera errado el tiro á diez pasos, dijo el conde.

Dos precipitados golpes que sonaron en la puerta los interrumpieron.

—¡Adelante! gritó el Sr. Seneschal.

La puerta se abrió, y se presentaron tres aldeanos, azorados, pero visiblemente satisfechos.

—Acabamos, dijo uno de ellos, de encontrar una cosa singular.

—¿Cuál? preguntó el señor Galpin-Daveline.

—¡A fé mia! se diría que es un estuche, pero Pitard asegura que es la envoltura de un cartucho.

El señor de Claudieuse se levantó sobre sus almohadas.

—¡Muestra! dijo apresuradamente. He disparado hace dias algunos tiros de fusil al rededor de la casa, para espantar á los pá-

jaros que se comian nuestras frutas: veré si esa envoltura proviene de mí.

El aldeano se la presentó.

Era una envoltura de plomo, como las que tienen los cartuchos de dos ó tres sistemas de fusiles de caza americanos.

—¡Cosa singular! estaba ennegrecida por la inflamacion de la pólvora; pero no estaba rota ni habia fallado por la explosion.

Estaba tan perfectamente intacta, que podia leerse todavia con letras realzadas, el nombre del fabricante: "Klebb."

Esta envoltura jamás me ha pertenecido... dijo el conde.

Pero al acabar de hablar se habia puesto tan extraordinariamente pálido, que su mujer se le aproximó, é interrogándole con una mirada en la que se leia la más horrible angustia:

—¿Y bien? dijo.

El conde no respondió.

Era tal en aquel momento la elocuencia decisiva de su silencio, que la condesa, comprendiendo la causa de que se pusiera malo, murmuró:

—¡Coccolé tania, pues, toda su razon!...

Ni un detalle de esta rápida escena se habia escapado al señor Galpin-Daveline. En todos

los semblantes que se encontraban en su alrededor había podido sorprender como una expresión de espanto.

Pero tuvo buen cuidado de no dar á comprender nada.

Tomó de las manos del señor de Claudieuse aquella envoltura metálica, que podía llegar á ser una pieza de convicción de la más terrible importancia: durante un minuto la volvió en todos sentidos, y jugando con ella, la examinó con una escrupulosa atención.

Después, dirigiéndose á los aldeanos que de pie y respetuosamente descubiertos estaban en la entrada:

—¿Dónde habéis encontrado esos restos de cartucho, amigos míos? preguntó.

—Muy cerca de esa antigua torre que queda del viejo castillo donde se guarda la herramienta y que está cubierta de yedra.

Ya el señor Seneschal había dominado el estupor que lo había sobrecogido, viendo palidecer y callarse al conde de Claudieuse.

—Seguramente, dijo, no fué allí donde tiró el asesino. De ese lugar no se ve la entrada de la casa.

—Es posible, respondió el juez; pero la envoltura de un cartucho no cae necesariamente, en el lugar donde se hace fuego. Cae cuan-

do se abre el cañón del fusil para recargar.

Era á propósito tan exacto, que el mismo doctor Seignebois no se atrevió á protestar.

—Ahora, amigos míos, dijo el señor Galpin. Davaline, decidme ¿quién de vosotros ha encontrado los restos del cartucho?

—Estábamos juntos cuando lo apercibimos y lo alzamos. ...

—¡Y bien! decidme los tres vuestros nombres y vuestros domicilios, para que pueda, en caso de que sea necesario, citaros con regularidad.

Obedecieron, y llenada aquella formalidad, se retiraron saludando con muchas caravanas, cuando llegó á la casa un caballo cuyo galope hacía zumbir el aire.

Un instante después, el hombre que había sido enviado á Sauveterre para buscar las medicinas, entró. Estaba furioso.

—¡Pícaro farmacéutico!... exclamó, creí que nunca me abriría.

El doctor Seignebois se apoleró de los objetos que le habían traído.

Inclinándose entonces delante del juez de instrucción, con aire de irónico respeto:

—Ignoro, señor, dijo, lo urgente que sea cortar el cuello del asesino, pero creo que por

lo pronto debemos salvar la vida del asesinado. He interrumpido la curacion del señor de Claudieuse tal vez más de lo que permitia la prudencia.... Os suplico tengáis la bondad de dejarme solo, para cumplir en paz con mi mision....

VI

Desde aquel momento, nada detenia ya al juez de instruccion, al procurador de la República y al señor Seneschal.

Es seguro que el señor Seignebos pudo expresarse de una manera más conveniente; pero el querido doctor habia empleado maneras demasiado bruscas, siendo inaudita la facilidad con la cual, en nuestro pais de cortesias, los seres más vulgares se hacen respetar bajo el pretexto de que son así, y es preciso recibirlos tal cual ellos son.

Así es que después de haber saludado á la condesa de Claudieuse y de estrechar la mano del conde, prometiéndole prontas y seguras informaciones, salieron.

Falto de combustible el incendio se extinguió.

Unas cuantas horas habian bastado para hacer desaparecer el fruto de tantos años de cuidados y trabajos incesantes.

De aquel dominio tan encantador y envidiado de Valpinsen, solo quedaban algunos tramos de calcinadas paredes que estaban derrumbándose, montones de negras cenizas y escombros de los que todavia salian espirales de humo.

Gracias al capitán Perenteau, todo lo que habia podido escapar de las llamas se trasportó á cierta distancia y se puso al abrigo, cerca de las ruinas del antiguo castillo.

Allí estaban amontonados los muebles y los objetos salvados. Allí se veian carros, instrumentos de agricultura, arneros, barricas vacías, sacos de avena y de trigo. Allí estaban atadas las bestias que habian sobrevivido al precio de mil peigros para sacarlas de sus caballerizas: caballos, bueyes, algunos carneros y una docena de vacas que mugían lamentablemente.

Pocas gentes se habian alejado.

Con más encarnizamiento que nunca, los bomberos, ayudados de los campesinos, continuaban inundando los restos del edificio principal. Ya no tenian temor del fuego, pero canservaban la vega esperanza de preservar de una carbonización completa los cuerpos de

Bolton y Gaillebault, esos dos infortunados que habian perecido víctimas de su valor...

—¡Qué calamidad es el fuego! murmuró el señor Seneschal.

Ni el señor Daubigeon ni el señor Galpin-Daveline respondieron.

Ellos también, después de tantas emociones, violentas se sentian con el corazon oprimido por el siniestro espectáculo que se presentaba á su vista.

Un incendio no es nada, en el mismo momento, mientras dura la fiebre del peligro y la esperanza de salvacion, mientras las llamas alumbran el horizonte con sus rojizos reflejos... Solamente al día siguiente, cuando todo ha acabado, extinguido, entonces es cuando se mide el horror del desastre....

Los bomberos acababan de ver al corregidor de Sauveterre, y lo saludaron con aclamaciones.

Rápidamente se dirigí hacia ellos, y por la primera vez, desde que se dió el toque de alarma, el juez de instruccion y el procurador de la República se encontraron solos.

Estaban de pie, muy juntos; durante un rato guardaron silencio, buscando cada uno el modo de sorprender en los ojos del otro, el secreto de sus pensamientos.

En fin:

- ¿Y bien?... preguntó el señor Daubigeon. El señor Galpin-Daveline se estremeció.
- ¿Es un negocio espantoso!.... murmuró
- ¿Cuál es vuestra opinión?....
- ¡Eh!... ¡lo sé acaso!.... Tengo la cabeza perdida, me parece que soy el juguete de una infernal pesadilla!....
- ¿Creis, pues, en la culpabilidad del señor de Boiscoran?
- Nada creo. Mi razon me dice que es inocente, que no puede ser culpable y sin embargo, veo levantarle contra él dos cargos concluyentes.
- El procurador de la Republica estaba consternado.
- ¡Ay de mí! murmuró, por qué os habeis obstinado en contra de todo, para interrogar á Coccolé, un desgraciado idiota!
- Pero el juez de instruccion se volvió.
- Me reprochareis pues, señor, dijo interrumpiéndolo violentamente, haber obedecido á las inspiraciones de mi conciencia?
- Nada os reprocho.
- Un crimen abominable se ha cometido; en todo lo que es humanamente posible, mi deber me manda que intente los medios de descubrir al autor.
- ¡Si!..... El hombre á quien se acusa es vuestro amigo, ayer todavía considerábais su

nombre entre vuestras mejores combinaciones para el porvenir....

—¡Señor!....

—¡O! admira que esté tan perfectamente informado?... ¡Vaya! nada se escapa á la curiosidad de los desocupados, en las pequeñas poblaciones..... Sé que vuestra esperanza más querida era la de formar parte de la familia del señor de Boiscoran, y que contábais con su apoyo para obtener la mano de una de sus primas....

—No lo niego.

—Desgraciadamente, habeis sido seducido por la perspectiva de un negocio de resonancia, habeis olvidado toda prudencia y vuestros proyectos se han ido por agua. El señor de Boiscoran será inocente ó culpable, pero su familia jamás perdonará vuestra intervencion. Culpable, os reprochará el haberlo entregado al tribunal de justicia; inocente, reprochará con más crueldad todavía, vuestra sospecha.

Tal vez para ocultar su turbacion, el señor Galpin-Daveline inclinó la cabeza.

—¿Qué harías en mi lugar, señor? preguntó.

—Me excusaría, respondió el señor Daubigeon, aunque tal vez fuera tarde.

—Eso sería comprometer mi carrera.

—Eso valdria más que encargarse de un ne-

gocio, en el cual no llevareis ni la calma ni la fría imparcialidad que con las primeras y las más indispensables virtudes de un magistrado instructor....

El juez poco á poco se irritaba.

—¡ Señor! exclamó, ¿no creéis acaso uno de esos hombres que se desentienden de su deber por consideraciones de amistad ó de interés personal?....

—No digo eso.

—¡No acabáis de verme en el trabajo! ¡He vacilado, cuando el nombre del señor de Boiscoran ha salido de los labios de Cocoléf! Si se tratara de algun otro, tal vez me habria detenido. Pero el señor de Boiscoran es mi amigo, tengo mucho que esperar de él, y por eso precisamente he insistido y persistido, insisto y persisto todavía.

El procurador de la República alzó los hombros.

—Esto es, dijo. Porque el señor de Boiscoran es vuestro amigo, de miedo de que os tachen de debilidad, vais á ser con él despiadado, tal vez injusto..... Porque teneis mucho que esperar de él, queréis en lo absoluto encontrarlo culpable.... ¡Y decís que sois imparcial?....

El señor Galpin Daveline se irguió con todo su orgullo acostumbrado.

—¡ Estoy seguro de mí! pronunció.

—¡ Tened cuidado!....

—Mi partido está tomado, señor.

Ya era tiempo, el señor Seneschal volvía, acompañado del capitán Parenteau.

—¡ Y bien! señores, preguntó, ¿qué habeis resuelto?

—Vamos á partir para Boiscoran, respondió el juez de instruccion.

—¡ Cómo! ¿tan pronto?

—Sí. Tengo que encontrar al señor de Boiscoran antes que se levante. Me importa tanto, que me la pasaré sin mi escribano.

El capitán Parenteau se inclinó.

—Vuestro escribano está aquí, señor, dijo; ha preguntado por vos hace un instante....

Entonces con meliflua voz, se puso á llamarlo:

—¡ Méchinot! ¡ Méchinot!....

Un hombrecillo canoso, jovial y molli tudo se presentó casi al momento, y en seguida se puso á contar cómo un vecino habia ido á prevenirle de los acontecimientos y de la partida del juez de instruccion, y cómo no escuchando más que su celo, se puso en camino solo y á pie.

—¡ Cómo váis, señor, á dirigiros á Boiscoran! preguntó el corregidor al señor Galpin Daveline.

—Lo ignoro. Méchinet va á ponerse en busca de un medio de locomocion.

Rápido como el rayo iba á lanzarse el escribano cuando el señor Seneschal lo detuvo.

—No busqueis, dijo, pongo á vuestra disposicion mi caballo y mi coche. El primer campesino que llegue os conducirá. El capitán Parenteau y yo preferimos para regresar á Sauveterre, el cabriolé de un arrendatario de Bréchy, porque tenemos que estar allí lo mas pronto posible. Acabo de recibir noticias inquietantes. Temo algún desorden. Las aldeanas que iban á la plaza, han contado con toda clase de exageraciones, las desgracias ya bastante grandes de esta noche. Han asegurado que diez ó doce hombres han sido matados y heridos, y que el incendiario, el señor de Boiscoran, está ya preso. La turba se ha dirigido á la casa de la viuda del desgraciado Guillebault, y se está haciendo una manifestacion frente á la casa de las señoritas de Lavarande, donde vive la prometida del señor de Boiscoran, la señorita Dionisia de Chandoré...

Por nada del mundo, en tiempos ordinarios, el señor Seneschal hubiera consentido en confiar á manos extrañas su buen caballo Caraby, el mejor tal vez del distrito.

Pero estaba espantosamente trastornado, se le conocia bien, á pesar de sus esfuerzos para

conservar aquella impasible dignidad que tan bien sentaba á su autoridad.

Hizo una señal y al momento estuvo el coche listo.

Solamente que al llamar á alguno para conducirlo, nadie se presentó.

Todos aquellos valientes campesinos que habian pasado aquella noche fuera, tenian prisa por regresar á sus casas, donde les reclamaba el cuidado que debian á sus ganados.

Al ver la vacilacion de los demás:

— ¡Y bien! soy yo quien conducirá á la justicia, declaró el hijo Ribot, aquel aventajado muchacho que habia encontrado al señor de Boiscoran en los derrames de la Seille.

Se apoderó del fuete y de las riendas, instalándose en el asiento del pescante, mientras tomaban lugar el procurador de la República, el juez de instruccion y su escribano.

—Sobre todo, cuida á Caraby, recomendó el señor Seneschal que sentia en aquel instante supremo, despertarse toda su inquietud.

—No tengais cuidado, señor corregidor, respondió el muchacho conduciendo vigorosamente el caballo, si lo azoto con fuerza, el señor Méchinet me contendrá....

Méchinet, el escribano del juez de instruccion era en Sauveterre, casi un poder, pues lo

necesitaban aun las personas más importantes.

Las funciones oficiales eran humildes y poco retribuidas, pero tenía mucho arte para sacar partido de todo, sin que el tribunal tuviera nada que reprocharle; se entregaba á una infinidad de ocupaciones parásitas que aumentaban singularmente su importancia y sextuplicaban sus ganancias.

Litógrafo distinguido, era el que hacia todas las tarjetas de visitas que le encomendaban el señor Serpin, el primer impresor de la ciudad, propietario y gerente responsable de la *Independencia de Sauveterre*. Calculador experimentado, llevaba los libros y desarrollaba las cuentas en las casas de varios negociantes. Daba tambien consultas de Derecho á los campesinos, y redactaba hábilmente actos privados. Después de mucho tiempo habia llegado á ser el jefe de la música de los bomberos y director de orfeon. Corresponsal de la sociedad de autores dramáticos, por lo que percibia derechos, daba á ese título sus entradas al teatro, no solamente al salon por la puerta del público, sino á los bastidores, por los pasillos estrechos y sùcicos, reservados á los artistas. En fin, daba segun la voluntad de las personas, lecciones de escritura y francés á

las niñas, y de flauta y corneta á los jóvenes aficionados.

Tantos talentos diversos le habian atraido durante largo tiempo la sorda enemistad de otros empleados de la localidad, del secretario de la alcaldía, del *factotum* de la subprefectura, del primer encargado de las hipotecas y aun del apoderado de la administracion de rentas.

Pero todos sus enemigos habian acabado por desarmarse delante de una superioridad universalmente reconocida.

Y lo mismo, que todo el mundo cuando algun acontecimiento imprevisto les sorprendia inesperadamente:

—Vamos á consultar á Méchinot, decian.

Disimulaba bajo las apariencias agradables de un eterno buen humor, la ambicion que le devoraba de llegar á ser rico y uno de los primeros personajes de Sauveterre.

Era Méchinot un diplomático astuto, muy vivo é inteligente.

Lo habia probado bien, realizando el problema de llenar la ciudad de movimiento con su inquieta personalidad, mezclándose en todo y por todo, sin llegar á hacerse de un enemigo declarado.

El hecho es que se le temia y que tenían á su lengua un miedo terrible.

No porque hubiera hecho mal á nadie, era tan tonto, pero á causa del mal que hubiera podido hacer, ya que él era el hombre más al tanto de todos los pequeños secretos de Sauveterre y el más exáctamente informado de todas las intrigas, de todas las mezquindades y de todas las villanías.

Esto era una consecuencia de su situación particular.

Celibatario, vivía con sus hermanas, las señoritas Méchinot, que eran las primeras costureras de la ciudad y las más célebres devotas, afiliadas en todas las congregaciones religiosas.

Gracias á ellas tenía la vista y el oído en la buena sociedad, sabía el objeto y la última palabra de los diceros de la ciudad, cuyo eco recogía, ya en su imprenta, ya en el palacio.

Decía con cierta complacencia:

—¡Cómo se me ha de escapar alguna cosa teniendo para saberlo la iglesia y el periódico, el tribunal y el teatro...

Un hombre así, desempeñaría su papel de un modo incompleto, si no supiera al dedillo, cuanto podía conocerse acerca de los antecedentes del señor de Boiscoran.

Así es que mientras rodaba el coche por el compacto camino en una hermosa mañana

del mes de Junio, relataba lo que llamaba el pasado judicial del acusado.

El señor de Boiscoran, de nombre Santiago, no se había radicado en su propiedad, en donde rara vez se presentaba, morando en ella cuando más un mes.

Vivía en París, donde su familia posaba en la calle de la Universidad una confortable casa, pues sus parientes existían todavía.

Su padre, el marqués de Boiscoran, dueño de una hermosa fortuna territorial, diputado en la época de Luis Felipe, representante en 1848, se había retirado de la política cuando el advenimiento del segundo imperio, y gastaba desde aquella época cuanto tenía de actividad y de capital, en coleccionar toda clase de juguetes artísticos y objetos de porcelana y leza, sobre lo que había escrito una monografía.

Su madre, había tenido la reputación de una de las más encantadoras y más espirituales mujeres de la corte del rey ciudadano — También en cierta época, hácia 1845 ó 1846, había sido, pretendían los maldicientes, la heroína de una interesante aventura, en la que el héroe fue un galante sustituto, que después llegó á ser el más austero de los magistrados.

Al envejecer, la marquesa de Boiscoran se

había inclinado á la política como otras se dedican á la devoción.

Y mientras que su marido se envanecía de no haber abierto un periódico en los últimos diez años, ella había hecho de su salón un pequeño centro parlamentario que no carecía de influencias.

Teniendo todavía á su padre, y á su madre, Santiago de Boiscoran poseía además una importante fortuna: veinticinco ó treinta mil francos de renta.

Aquella fortuna, que comprendía el castillo de Boiscoran, sus tierras, sus praderas y sus bosques, le había sido legada por uno de sus tios, que era hermano mayor de su padre, el cual murió viudo y sin hijos en el año de 1868....

Santiago de Boiscoran era entonces un joven de veinticinco á veintises años, moreno, de elevada estatura, vigoroso, bien desarrollado, no era precisamente hermoso, pero tenía lo que vale más, una de esas fisonomías francas é inteligentes que previenen en su favor.

Su carácter era en Sauveterre ménos conocido que su persona. Las gentes que habían tenido relaciones con él, decían que era leal y generoso, gran amigo del placer, espiritual y

alegre, con esa buena y franca alegría que ha llegado á hacerse rara.

— Cuando la invasión prusiana, había sido nombrado capitán de una de las compañías móviles de los alrededores y aun— causa vergüenza decirlo, pero es preciso— había encontrado gentes en aquellos lugares quienes le habían reprochado el no haber sabido, como otros jefes, evitar el peligro.

Había llevado valientemente á sus hombres al combate y se portó tan bien, que el general Chanzy había creído deber aplicar á una de las heridas que había recibido, la condecoración de la legión de honor.

— ¡Y que tal hombre haya cometido el crimen tan cobarde de Valpison! dijo el señor Daubigeon al juez de instrucción. ¡No! eso no es posible, él vá desde la primeras palabras á disipar las dudas espantosas que nos rodean.

— Eso será muy pronto, dijo el muchacho Ribot, porque hemos llegado....

En Saintonge, lugar que disfruta de comodidades, pero donde las grandes fortunas son bastante raras, dan pomposamente el nombre de castillo á la más insignificante bicca, teniendo una bandera sobre un techo puntagudo.

Pero Boiscoran es un bonito y buen castillo.

Es una contracción del fin del siglo XVII de un gusto deplorable, pero macizo como una fortaleza.

El sitio es encantador.

Todo en derredor verdegusa por sus bosques y praderas y en la parte baja de los jardines, en pendiente, corre sobre un lecho de gujarros un riachuelo que sin duda por estar sus aguas perpetuamente murmurando se llama la Fibola.

VII

Eran las siete cuando el coche "qué llevaba á la justicia" entró al patio de Boiscoran—un vasto patio plantado de tilos y rodeado de departamentos de explotación.

La servidumbre del castillo ya estaba despierta.

Delante de la puerta de su pieza, la quitana estaba limpiando el caldero don le había cocido la sopa de la mañana; unas muchachas iban y venían y cerca de la caballeriza, un muchacho aseaba con una bruza, un caballo de sangre.

De pie en las gradas que conducen á las habitaciones, estaba el camarista del señor de Boiscoran, Antonio, vigilando todo y tomando el sol firmemente su cigarro.

Era un hombre de cincuenta años, muy lí-

to todavía, que había sido legado á Santiago de Boiscoran por su tío, juntamente con su fortuna.

Se había casado y había perdido á su mujer, pero su hija estaba al servicio de la marquesa de Boiscoran.

Nacido en la familia, nunca la había abandonado, se consideraba como si formara parte de ella, no veía ninguna diferencia entre su interés y el de sus amos.

Y de hecho, lo trataban más bien como amigo que como servidor; creía no ignorar nada de los negocios del señor de Boiscoran...

Viendo bajar del coche al juez de instrucción y al procurador de la República, arrojó su cigarro y adelantándose rápidamente hacia ellos, los saludó con la más agradable sonrisa.

—¡Ah, señores! dije, ¡qué buena sorpresa! ¡El señor vá á ponerse muy contento!

Con los extraños, Antonio no se hubiera permitido aquella familiaridad, porque era circunspecto; pero ya había visto en el castillo al señor Dauvignon, y sabía qué proyectos mediaban entre su amo y el señor Galpin-Daveline.

Pero se admiró singularmente de la altivez embarazosa de aquellos señores y del acento con que el juez de instrucción le pregunté.

—¿Se ha levantado el señor de Boiscoran?

—Todavía no, respondió, y aun me ha recomendado bien el señor que no lo despertara... Como llegó bastante tarde, se ha propuesto dormir toda la mañana ..

Instintivamente el juez de instrucción y el procurador de la República, volvieron la cabeza, temiendo cada uno encontrar la mirada del otro.

—¡Ah! El señor de Boiscoran entró tarde, prosiguió el señor Galpin-Baveline.

—Hacia media noche; más bien después que ántes.

—¿Había salido?... .

—Cosa de las ocho.

—¿Cómo estaba vestido!

—Como de costumbre. Tenía un pantalón de terciopelo gris claro, una chaqueta también de terciopelo, de color castaño, y un sombrero de pajita de grandes alas.

—¿Llevó su fusil?

—Si, señor.

—¿Sabeis donde fué?

Solo el respeto que profesaba Antonio á los amigos de su amo, había podido determinarle á responder á aquel interrogatorio, que por su parte, juzgaba de la más alta inconveniencia.

Pero le pareció que aquella última pregunta pasó de los límites.

Y con un tono de reserva ofensiva respondió:

—No tengo la costumbre de preguntar al señor á donde va cuando sale, ni de donde viene cuando regresa.

El señor Daubigeon comprendió á qué generoso sentimiento obedecía el honrado camarista. Y con un aire de convicción que imponía, tomó la palabra:

—No creais, amigo mio, dijo, que una vana curiosidad nos obliga á haceros estas preguntas. Responded. Vuestra franqueza puede servir á vuestro amo más de lo que os imaginais.

Con una mirada completamente estupefacta examinó Antonio al juez de instrucción y al procurador de la República, al escribano Méchainet y en fin, á Ribot que bajando del peacante, alargó la rienda de Caraby para atarlo de un árbol.

—Os juro, señores, respondió, que ignoro donde ha pasado el señor de Boiscoran la noche.

—¿Ni lo sospecháis por lo menos?

—No.

—¿Puede ser, que haya ido á Brechy y á casa de alguno de sus amigos?

—No sé que tenga amigos en Brechy.

—¿Qué hizo al entrar?

La inquietud visiblemente ganaba al digno servidor.

—¡Esperad!... respondió. Al entrar el señor subió á su recámara y permaneció allí cuatro ó cinco minutos. En seguida bajó, se comió un pedazo de pastel y se bebió un vaso de vino.... Despues encendió un cigarro y me dijo que me fuera á acostar, que descaba dar una vuelta y que se desnudaria solo....

—¿Y os fuisteis á acostar?

—Naturalmente.

—¿De suerte que ignorais lo que haya podido hacer vuestro amo?

—Ferdinand: escuché que abría la puerta que dá sobre el jardin.

—¿Y aquello no os ha parecido extraordinario? ...

—No.... así lo hacía siempre: estaba tal vez un poco más alegre porque cantaba....

—¿Podriais enseñarme el fusil que llevó?

—No.... el señor lo ha dejado en su recámara.

El señor Daubigeon abrió la boca para presentar una objeccion; pero el juez lo detuvo con un gesto y rápidamente:

—¿Hace mucho tiempo, preguntó al criado, que el señor de Boiscoran y el señor de Claudius no se han encontrado?

—Mucho tiempo.... respondió, creo que un mes.

—No ignorais que se llevaban mal....

—¡Oh!

—Tenian con frecuencia los altercados más violentos....

—Disgustos cuando mucho.... Como no se veian con frecuencia, no podian odiarse.... Además, veinte veces he oido decir al señor, que tenia al conde de Claudieuse por el mejor y más leal de los hombres y que lo respetaba infinitamente....

Durante más de un minuto el señor Galpin Daveline guardó silencioso, procurando no olvidar nada.

Luego de repente:

—¿Qué distancia hay de aquí á Valpinson? preguntó.

—Seis kilómetros señor, respondió Antonio.

—Si tuvierais que ir á la casa del señor de Claudieuse ¿qué camino tomariais?

—El camino Real que pasa por Bréchy.

—No atravesariais la laguna?

—La verdad, no....

—¿Por qué?

—Porque la Seille está deebordada, señor, y los fosos llenos de agua.

—Y cortando á través del bosque, ¿no se abreviaria?....

—El camino seria más corto, pero se emplearia más tiempo.... los senderos están mal trazados y llenos de estorbos.

El procurador de la República disimulaba un verdadero dolor.

Las respuestas de Antonio le parecian más y más desfavorables.

—Ahora, dijo el juez, si Boiscoran fuera prendido por el fuego, ¿se veria desde el centro de Valpinson el incendio?....

—No lo creo, señor, estamos separados por colinas y bosques....

—¿Y desde aquí escucháis las campanas de Bréchy?

—Cuando sopla el viento del Norte, si, señor.

—¿Y ayer en la noche?

—El viento era del Oeste, como siempre que hay tempestad.

—De fuerte que nada sabeis, ni habeis oido hablar de un.... accidente espantoso.

—Un accidente..... No sé lo que el señor quiere decir.

Aquel interrogatorio tenia lugar en el patio, y despues de las últimas palabras, se presentaron á caballo dos gendarmes que el señor Galpin Daveline, antes de dejar á Valpinson, habia recomendado que se le fueran á unir.

Al apercibirlos:

—¡Dios mio! ...exclamó el viejo Antonio, ¿qué es lo que significa esto?... ¡Corro á des-
pertar al señor....

El juez lo detuvo.

—¡Ni un movimiento, le dijo con dureza, ni una palabra!...

Y mostrando á Ribot á los gendarmes que acababan de echar pié á tierra:

—Vais á cuidar de vista á este muchacho, agregò, impidiéndole que se comunique con alguno, cualquiera que sea.

Despues, volviéndose á Antonio:

—Ahora, dijo, os ordeno que nos conduzcais á la habitacion del señor de Boisco an!....

VIII

Con sus apariencias de mansión feudal, el castillo de Boiscoran no era en realidad sino un apeadero notablemente descuidado.

De ochenta ó cien piezas que tenia, á lo más estarían amuebladas ocho ó diez, y esto de la manera más rudimentaria. Un salon, un comedor, algunas piezas para amigos, era todo lo que se necesitaba para la morada del señor de Boiscoran.

El mismo ocupaba en el primer piso un departamento muy pequeño, cuya puerta se abría sobre la mesa de la gran escalera.

Cuando llegaron al frente de esa puerta, guiados por el viejo Antonio, el juez de instrucción, el procurador de la República y el escribano Méchainet:

—Tocad, ordenó el señor Galpin Davelineal camarista,

—¡Dios mio! ...exclamó el viejo Antonio, ¿qué es lo que significa esto?... ¡Corro á des-
pertar al señor....

El juez lo detuvo.

—¡Ni un movimiento, le dijo con dureza, ni
una palabra!...

Y mostrando á Ribot á los gendarmes que
acababan de echar pié á tierra:

—Vais á cuidar de vista á este muchacho,
agregó, impidiéndole que se comunique con al-
guno, cualquiera que sea.

Después, volviéndose á Antonio:

—Ahora, dijo, os ordeno que nos conduzcáis
á la habitación del señor de Boisco an!....

VIII

Con sus apariencias de mansión feudal, el
castillo de Boiscoran no era en realidad sino un
apeadero notablemente descuidado.

De ochenta ó cien piezas que tenia, á lo más
estarian amuebladas ocho ó diez, y esto de la
manera más rudimentaria. Un salon, un ce-
medor, algunas piezas para amigos, era todo
lo que se necesitaba para la morada del señor
de Boiscoran.

El mismo ocupaba en el primer piso un de-
partamento muy pequeño, cuya puerta se abría
sobre la mesa de la gran escalera.

Cuando llegaron al frente de esa puerta,
guiados por el viejo Antonio, el juez de ins-
trucción, el procurador de la República y el
escribano Méchainet:

—Tocad, ordenó el señor Galpin Davelineal
camarista,

El buen hombre obedeció y al momento del interior:

— ¡Quién es? gritó una voz joven y fuerte.

— Soy yo, resplandió el fiel servidor, quisiera...

— ¡Vete al diablo!... interrumpió la voz.

— Sin embargo, señor....

— Déjame dormir, verdugo, no he cerrado los ojos hasta que amaneció....

Impacientado el juez de instrucción, apartó á un lado al criado, y tocando con el puño la puerta, trató de abrirla; estaba cerrada por dentro.

Pero pronto tomó un partido.

— Soy yo, señor de Boiscoran, pronunció, abrid....

— ¡Eh! ¡es el querido Daveline!... dijo alegremente la voz.

— Es preciso que os hable....

— ¡Estoy con vos, magistrado muy ilustre! Dejadme cubrir de un modo conveniente mis formas apolonianas y me presentaré.

En efecto, momentos despues, se abrió la puerta y el señor de Boiscoran se mostró con los cabellos alborotados, los ojos todavía cargados de sueño, pero apareciendo joven y lleno de salud; el labio sonriente y la mano extendida para saludar.

— ¡A fé mia! dijo, esta es una famosa inspi-

ración que os ha ocurrido, mi querido Daveline, para pedirme de almorzar.

Y saludando al señor Daubigeon:

— Sin cortar, agregó, que no sabré agradecer demasiado el haber decidido para que os acompañe, á nuestro procurador de la República. Esta es una verdadera visita de justicia....

Pero se detuvo, halado por la expresión del rostro del señor Daubigeon, estupefacto de ver al señor Galpin Daveline retroceder, en lugar de tomar y estrechar la mano que le tendía.

— ¡Ah! dijo, ¡qué es lo que pasa mi querido amigo!....

Jamás el juez de instrucción se había mostrado con mayor altivez.

— Es preciso olvidar nuestras relaciones, señor, pronunció. No es el amigo el que se presenta hoy en vuestra casa, es el juez.

El señor de Boiscoran parecía confundido, pero ninguna nube de inquietud sombreó su franca y leal fisonomía.

— Quiero que me cuelguen, comenzó si comprendo....

— ¡Entremos! dijo el señor Daveline.

Entraron, y al momento de pasar la puerta:

— Señor, murmuró Méchainet al oído del señor Daubigeon, este hombre es con seguridad,

inocente. Nunca un culpable nos hubiera recibido así.

—¡Silencio! señor, dijo severamente el procurador de la República que sin embargo estaba de acuerdo con la opinion del escribano: ¡silencio!...

Grave y lleno de tristeza éste, fué á tomar lugar junto á una ventana.

El señor Galpin Daveline estaba de pié en el centro de la habitacion, esforzándose en recoger y fijar en su espíritu hasta los más insignificantes detalles.

El desórden de aquella pieza demostraba la precipitacion con que el señor de Boiscoran se habia acostado la vispera. Su traje, sus botas, su camisa, el chaleco, la chaqueta y su sombrero de paja habian sido arrojados como al azar, sobre los muebles ó en el pavimento. Tenia puestos sus pantalones de color gris claro, reconocidos y designados sucesivamente por Cocolé, Ribot, Gaudry y la señora Courtois.

—Ahora, señor, comenzó el señor de Boiscoran con aquella muestra de descontento de un hombre que se pregunta á sí mismo si se burlan de él: me explicareis, puesto que ya no soy vuestro amigo, lo que me vale el honor de vuestra visita.

Ni un músculo de la fisonomía se le movió al señor Galpin Daveline.

Y como si la pregunta se hubiera dirigido á otro y no á él:

—¡Queréis, señor, mostrarme vuestras manos? le dijo friamente.

Un vivo rubor coloreó las mejillas del señor de Boiscoran y en sus ojos se leyó una singular perplejidad.

—¡Si todo esto ha sido una diversion, dijo, me parece que se ha prolongado demasiado!

Era indudable que iba á volver la espalda. El señor Daubigeon creyó deber intervenir.

—Desgraciadamente, señor, pronunció, nunca se ha presentado una situacion más grave. Haced lo que os manda el señor juez de instruccion.

De mayor en mayor sorpresa, el señor de Boiscoran paseaba en su derredo una rápida mirada.

En el marco de la puerta, Antonio, el viejo camarista, estaba de pie, con la angustía pintada en el semblante. Cerca de la chimenea, el escribano Méchainet habia visto una mesa y fué á instalarse en ella con sus papeles, sus plumas y su escritorio de cuerno.

Entónces con un movimiento de hombros que anunciaba que decididamente renunciaba

á comprender, el señor de Boiscoran ensució sus manos.

Etaban perfectamente blancas y limpias. Las uñas, bastante largas, estaban cuidadosamente afeadas.

—¿Cuándo fué la última vez que os lavasteis las manos? preguntó el señor Galpin-Daveline, despues de un minucioso exámen.

Al oír esta pregunta, el rostro del señor de Boiscoran se iluminó y soltando la ríca:

—¡A fé mía! exclamó, confieso que he eido ccgido. Iba á violentarme. Casi he tenido miedo....

—No os falta razon para tener miedo, señor, pronunció el señor Galpin-Daveline, por que pesa sobre vos una acusacion terrible. Y de vuestra respuesta á la pregunta que acabo de dirigiros y que os parece ridícula, depende tal vez vuestro honor y vuestra libertad....

¡Ah! ya no era posible ver con desprecio aquello.

El señor de Boiscoran se sintió sobrecogido de ese espanto que la justicia inspira á los más honrrados, por seguros que estén de sí mismos.....

Palideció y con voz turbada:

¡Cómo! dijo, una acusacion pesa sobre mí, y sois vos, señor Galpin-Daveline, quien

se presenta en mi casa para interrogarme....

—¡Señ magistrado, señor!

—Pero sois tambien mi amigo. Si alguno, delante de mí se hubiera atrevido á acusaros de un crimen, de una cobardia, de una infamia, os habria defendido, con toda mi energia, sin vacilacion, sin reflexionar.... Os habria defendido hasta que me hubiesen presentado pruebas deslumbrantes, irrecusables, materiales, de vuestra culpabilidad. Y si al fin me hubieran demostrado que erais culpable, no os acusaria, me acordaria que en cierto momento os he estimado demasiado, para felicitar una alianza que de hecho nos hacia parientes.... ¡Mientras que vos!.... Me acusan, no sé de qué, evidentemente con falsedad, y ea el acto dais fé á la acusacion absurda y aceptais ser mi juez... ¡Y bien! ¡qué sea! Me lavé las manos anoche, al llegar.

Con razon hizo el señor Galpin-Daveline alarde de su sangre fria y de dominarse á sí mismo. Sin pestañar ante aquel rudo apéetrofo y siempre con el mismo tono.

—¿Qué ha sido del agua de que os habeis servido? preguntó

—Debe estar allí todavia, en mi gabinete de aseo.

El juez de intruccion se dirigió al lugar indicado.

Sobre la mesa de mármol estaba un a palangana de porcelana llena de agua. Esa agua estaba negra y sucia.

En el fondo, se veían distintamente residuos de carbón.

En la superficie, mezclados con la espuma del jabón, sobrenadaban algunos fragmentos de una extrema tenuidad, pero sin embargo perceptibles de papel quemado.

Con precauciones infinitas, el juez de instrucción fué personalmente á colocar la palangana sobre la mesa donde escribía Méchiné y mostrándola al señor de Boiscoran:

—¿Es ésta, le preguntó, el agua con la que os habeis lavado las manos al entrar?

Con un tono suficientemente desdefioso.

—Sí, respondió el señor de Boiscoran.

—¿Habeis manejado carbón, tocado materias inflamables?...

—¡Lo veis bien!....

Colocados casi frente uno del otro, el procurador de la República y el escribano Méchiné se cambiaron una rápida mirada.

Al mismo tiempo habian sentido igual impresión.

Si el señor de Boiscoran no era inocente, era con seguridad un hombre de una audacia y energía extraordinarias, y que obedecía á un plan mucho tiempo meditado, porque sus

respuestas, como otras tantas pruebas, parecia que lo entregaban atado de pies y manos, á la prevención.

El mismo juez de instrucción, pareció sobrecogido de estupor.

Pero aquello sólo fué un destello, porque volviéndose hácia su escribano,

—¡Escribid! le mandó.

Y le dictó el proceso verbal de aquella escena, exacta y minuciosamente, refrenándose á sí mismo, para llegar á la expresión justa, castigando su estilo,

Habiendo terminado:

—Continuemos, señor, dijo al señor de Boiscoran. ¿Habeis pasado fuera, la noche de ayer?

—Sí, señor.

—Salisteis á las ocho, regresando á media noche.

—Después de media noche.

—¿Habeis llevado un fusil?

—Sí.

—¿Dónde está?

Con un gesto de suficiencia, el señor de Boiscoran lo mostró en un ángulo de la chimenea, diciendo:

—¡Vedlo allí!....

El señor Galpin-Daveline se apoderó de él rápidamente.

Era una arma de lujo, de doble cañon, de un trabajo y de una finura excepcionales. Sobre las incrustaciones de la culata, se leía el nombre del fabricante: "Klebb".

—¿Cuándo habeis hecho fuego con este fusil por última vez? preguntó el juez de instruccion.

—Hace cuatro ó cinco dias.

—¿Con qué motivo?

—Con el de matar los conejos que devoraban mis bosques.

Con toda la atencion de que era capaz, el señor Galpin Daveline examinó é hizo jugar la bateria de aquella arma, cuyo mecanismo tenia cierta analogia con el sistema de Rémiington.

Muy pronto reconoció que el fusil estaba cargado.

En cada uno de sus cañones tenia un cartucho con envoltura de plomo.

Después, colocando el arma en su lugar, y sacando de su bolsa la envoltura metálica, recogida por Pitard, se la presentó al señor de Boiscoran, preguntándole:

—¿La reconocéis?

—¡Perfectamente! respondió el señor de Boiscoran. Es la envoltura de uno de mis cartuchos que arrojé después de haberlo quemado.

—¿Creis, pues, ser el único que en la población tenga una arma de ese sistema?

—No sólo lo creo, sino que lo aseguro.

—De tal manera, que una envoltura de un cartucho Klebb ésta por ejemplo, encontrada en un lugar cualquiera, atestiguaría necesariamente vuestra presencia?

—Necesariamente, no. He visto más de una vez á los niños despedazar las envolturas que he acabado de arrojar, jugando con ellas.

Haciendo volar su pluma sobre el papel, el escribano Méchinot se permitía ciertos gestos muy significativos.

Conocia demasiado la forma de una instruccion criminal para no darse cuenta de la táctica del señor Galpin Daveline; táctica horriblemente peligrosa y pèrfida, que consistia en desorientar al prevenido antes de atacarlo seriamente.

—Ataca con brio, murmuró, inclinándose hácia el señor Daubigeon.

El juez de instruccion habia tomado asiento.

—Resuelto lo anterior, replicó, os ruego, señor, tengáis la bondad de explicarme el empleo que hicisteis de vuestra noche, de las ocho á las doce. . . . No os apresuréis, reflexionad, podéis tomar tiempo para ello; vuestra respuesta será indudablemente de una influencia decisiva. . . .

El señor de Boiscoran hasta aquel momento había estado en calma; pero esa calma inquietante, precursora de terribles tempestades, difícilmente es contenida.

Las advertencias del juez, y todavía más, el tono con el cual eran pronunciadas, le dieron á conocer la más horrible de las hipocresías, y dejando de contenerse, con la mirada llena de fuego:

—En fin, señor, ¿qué deseáis de mí... ¿De qué se me acusa?

El señor Galpin-Daveline no manifestó inquietud.

—Lo sabréis, señor, cuando llegue su oportunidad, agregó. Comenzad por responder, y creedme, está en vuestro interés contestar francamente. ¿Qué habeis hecho anoche?

—¡Eh!... ¿lo sé acaso?... ¡me he paseado!...

—Eso no es una respuesta.

—Sin embargo, es la verdad. Salí sin objeto, caminando al azar....

—Con vuestro fusil en la espalda.

—Siempre llevo mi fusil, os lo puede decir mi criado.

—¿No habeis atravesado las legunas de la Sille?

—No.

El juez de instruccion inclinó gravemente la cabeza.

—No decís la verdad, señor, pronunció.

—¡Señor!....

—Vuestras botas que estoy viendo al pie de vuestro lecho, os dan el mentis más formal. ¿De dónde proviene el lodo de que están cubiertas?

—Las praderas, al redor de Boiscoran, están húmedas....

—No insistáis. Os han visto.

—Sin embargo...

—Os ha encontrado el hijo de Ribot, en el momento que atravesábais los derrames de los estanques.

El señor de Boiscoran no respondió.

—¿Dónde fuisteis? preguntó el juez.

Por la primera vez una inquietud real contrajo la fisonomía del señor de Boiscoran; la inquietud de un hombre que ve de repente abrirse un precipicio que no sospechaba.

Se estremeció, y comprendiendo que negar era inútil:

—Fuí á Bréchy, respondió.

—¿A la casa de quién?

—A la casa de un comerciante de maderas, á quien le vendí mis cortes de 1870. No lo encontré y me volví por el camino real....

Un gesto del señor Galpin-Daveline lo dejó.

—¡Es falso! pronunció duramente.

—¡Oh!

—No habéis ido á B-échy.

—Permitidme....

—Y la prueba es que á las once atravesásteis con apresurado paso, los bosques de Rochepommier.

—¡Yo!....

—Vos mismo. Y no digais que no, porque teneis todavía vuestros pantalones erizados de espinas de los breñales que habeis atravesado.

—Es que no sólo hay breñales en los alrededores de los bosques de Rochepommier.

—Es verdad; pero allí os han visto.

—¿Quién?

—Gaudry, el cazador furtivo. Y os ha visto bien, que ha notado el humor que llevabais. Estábais turbado y lleno de cólera, hablásteis en voz alta, jurásteis, arrancásteis hojas de los árboles,

Y hablando así el juez de instruccion, se puso en pie y fué á tomar de un sillón la chaqueta del señor de Boiscoran.

Buscó en las bolsas y sacó un puñado de hojas despedazadas.

—Aquí teneis una prueba de la veracidad de Gaudry.

—¡Pero mirad! ¡es que por todas partes hay árboles! murmuró el señor de Boiscoran.

—Sí; pero una mujer, la señora Courtois, os ha visto salir del bosque de Rochepommier. Fuísteis á ayudarla á cargar sobre un burro, un saco que ella no podia levantar sola. ¿Lo negais? No. Teneis razon, porque ahí se os ve una mancha y sobre vuestra chaqueta se percibe el polvo blanco que, con seguridad, es la harina....

El señor de Boiscoran bajó la cabeza.

—Confesad, pues, insistió el juez de instruccion, que ayer en la noche, entre diez y once, estábais en Valpinson.

—Nunca, señor, eso no.

—Sin embargo, es en Valpinson, cerca de las ruinas del antiguo castillo, donde han levantado esa envoltura de cartucho de Klebb, que acabo de mostraros....

—¡Eh! señor, interrumpió el señor de Boiscoran, no os he dicho que veinte veces he visto niños que recojen para jugar, esas envolturas metálicas....

Y tratando de defenderse:

—Si hubiera estado en Valpinson, agregó, ¿qué interés tendría en negarlo?

El señor Galpin-Daveline se irguió, y con su voz más solemne:

—Os lo voy á decir, pronunció. Anoche, en-

tre diez y once, han prendido fuego á Valpison, del que solo quedan las cenizas....

—¡Oh!...

—Anoche han hecho fuego dos veces, con un fusil, al conde de Claudieuse....

—¡Gran Dios!...

—Y la justicia cree, porque tiene muy poderosas razones para ello, que el incendiario, que el asesino, sois vos, Santiago de Boiscoran.

IX

Tal como un hombre acometido de un vértigo, pálido como si toda la sangre de sus venas hubiera fluido á su corazón, Santiago de Boiscoran dirigió en su derredor miradas extraviadas.

No encontró sino semblantes tristes y consternados.

Antonio, su viejo camarista, se apoyó vacilando, en el marco de la puerta.

El escribano Móchinot permaneció con la pluma en el aire, lleno de estupor.

El señor Dubigeon inclinó la cabeza....

—¡Esto es horrible! murmuró, ¡horrible!...

Y bruscamente se dejó caer sobre un sillón, comprimiendo con sus dos manos los sollozos que rompían su pecho.

Sólo el señor Galpin Daveline no parecía emocionado.

tre diez y once, han prendido fuego á Valpison, del que solo quedan las cenizas....

—¡Oh!....

—Anoche han hecho fuego dos veces, con un fusil, al conde de Claudieuse....

—¡Gran Dios!....

—Y la justicia cree, porque tiene muy poderosas razones para ello, que el incendiario, que el asesino, sois vos, Santiago de Boiscoran.

IX

Tal como un hombre acometido de un vértigo, pálido como si toda la sangre de sus venas hubiera fluido á su corazón, Santiago de Boiscoran dirigió en su derredor miradas extraviadas.

No encontró sino semblantes tristes y consternados.

Antonio, su viejo camarista, se apoyó vacilando, en el marco de la puerta.

El escribano Móchinet permaneció con la pluma en el aire, lleno de estupor.

El señor Dubigeon inclinó la cabeza....

—¡Esto es horrible! murmuró, ¡horrible....

Y bruscamente se dejó caer sobre un sillón, comprimiendo con sus dos manos los sollozos que rompían su pecho.

Sólo el señor Galpin Daveline no parecía emocionado.

La ley, de la que se consideraba él una imponente manifestación, no siente emociones.

Pero el pliegue de sus de'gados labios traicionaba como el bosquejo de una sonrisa bastante reprimida; la fría sonrisa del ambicioso, contento de haber desempeñado bien su papel.

Después de un minuto de silencio que pareció un siglo, poniéndose de pie, con los brazos cruzados, delante del infortunado.:

—¿Confesais?... interrogó.

Como si hubiera sido movido por un resorte, el señor de Boiscoran se irguió.

—¿Qué? dijo, ¿qué queréis que confiese?

—Que sois el autor del crimen de Valpinson.

Con un movimiento convulsivo, el desgraciado joven se pasó las manos por la frente.

—¿Pero esa es una locura!... exclamó, ¿Yo, el autor de tal crimen, tan odioso, tan cobarde!... ¿Es posible, es verosímil!... ¿Si lo confesara, llegaríais á créermelo!... ¿No, no me lo creeríais!...

Antes llegaría á conmover el mármol de la chimenea, que al señor Galpin Daveline.

—No se trata de mí, dijo el magistrado con un tono glacial. ¿Por qué volver sobre unas relaciones que deben ser olvidadas? Aquí, no es el amigo, no es el hombre el que os habla, es el juez. Os han visto....

—¿Quién es el miserable?... .

—Cocolé.

El señor de Boiscoran pareció confundido.

—¿Cocolé, balbuceó, ese pobre idiota epiléptico, recogido por la condesa de Claudiuse!...

—El mismo.

—Y han bastado las palabras incoherentes de un desgraciado herido de imbecilidad, para que se me crea culpable de un incendio, de un asesinato....

Nunca el juez de instrucción había hecho tantos esfuerzos para conseguir aquella solemnidad que conmueve á los espíritus y se les impone.

—Durante una hora, al menos, señor, el pobre Cocolé ha hablado con la plenitud de su razón. Los designios de la Providencia son impenetrables....

—¡Ah! señor....

—¿Qué ha dicho Cocolé? Que os ha visto prender el incendio con vuestras manos, después os habeis ocultado detrás de unas cargas de leña y habeis disparado al conde de Claudiuse, dos tiros de fusil....

—¡Y eso os á parecido tan sencillo!....

—No. He dudado como todo el mundo. Parecía que estabais sobre todas las sospechas. Pero hé aquí que un instante después, llevaron al teatro del crimen una envoltura de

cartucho, que no puede pertenecer más que á vos. En seguida, llegando yo aquí á lo imprevisto, encuentro negra de carbon y con restos de papel quemado, el agua en que os habeis lavado las manos al entrar....

—Sí, murmuró el señor de Boiscoran, es una fatalidad.

—No es eso todo, prosiguió el juez inflando la voz más y más. Os interrogó y confesais haber estado fuera ayer de ocho á doce de la noche. Os preguntó el empleo de esas cuatro horas y rehusais decirlo. Insisto y mentís. Estoy obligado, para confundiros, á producir los testimonios de Ribot, Gaudry y la señora Courtois que os han reconocido en donde pretendéis no haber ido. Sólo esta última circunstancia os condena. ¡Cual ha sido, pues, el empleo de esa noche, que no podeis hacerlo conocer?... Pretendéis ser inocente. Ayudadme á esclarecer vuestra inocencia. Hablad. ¡Qué habeis hecho de las ocho á las doce de la noche!...

El señor de Boiscoran no tuvo tiempo de responder.

Haria ya un momento que subian del patio como sordos clamores, y el tumulto de una turba irritada.

Entró un gendarme muy azorado.

—Señores, dijo, dirigiéndose al juez de in-

truccion y al procurador de la República, hay abajo un centenar de campesinos, hombres y mujeres, que quieren jugar una mala partida al señor de Boiscoran; lo piden y dicen que quieren arrastrarlo hácia el rio.... Algunos hombres están armados de horcas, pero las mujeres son las que están mas llenas de furor.... Mi compañero y yo, á duras penas hemos podido contenerlos....

Y en efecto, como para apoyar sus aserciones, los clamores se aproximaban redoblandose y muy distintamente se escuchaba gritar:

—¡Al agua Boiscoran! ¡Al agua el incendiario!....

El procurador de la República se levantó.

—Bajad á decir á esa gente, ordenó, que la justicia interroga al prevenido y que vienen á perturbarla, que si continúan, será conmigo con quien tengan que hacer!....

El gendarme obedeció.

El señor de Boiscoran llegó á ponerse lívido.

—¡Todos esos desgraciados me creen, pues, culpable! murmuró.

—Sí, respondió el señor Galpin-Daveline, y comprenderiais su indignacion, hasta cierto punto justificada, si conociérais los deplorables acontecimientos de la noche....

—¡Todavía más!....

—Dos bomberos de Sauveterre, de los cua-

les, uno es padre de cinco niños, han parecido en las llamas. Dos hombres, un arrendatario de Bréchy y un gendarme, han tratado de impartirles socorro y han salido tan gravemente quemados, que se teme por sus vidas.

El señor de Boiscoran guardó silencio.

—Es á vos, prosiguió el juez, á quien acusan esos desgraciados.... Ya veis cuán importante es el que os justifiquéis....

—¡Ah!.... ¡lo puedo acaso!....

—Si sois inocente, sí. Hacedme conocer el empleo de vuestra noche....

—Os he dicho cuanto podía decir....

El juez de instrucción, durante un buen minuto, pareció reflexionar, después:

—Tened cuidado, señor de Boiscoran, pronuncié, voy á verme obligado á dictar contra vos una orden.

—Hacedlo.

—Tendré que verme en el caso de haceros arrestar en el acto, para enviaros á la prisión de Sauveterre.

—Sea.

—¡Confesais, pues!....

—Confieso que soy víctima de un conjunto inesperado de circunstancias. Confieso..... que tenéis razón, es preciso la idea de una Providencia para explicar ciertas fatalidades. Pe-

ro, por todo lo que hay de santo en el mundo, juro que soy inocente.

—¡Probadlo!

—¡Ah! lo hubiera hecho si me fuera posible.

—Por ahora, procurad vestiros, señor, y preparáos á seguir á los gendarmes.

Sin pronunciar una palabra, el señor de Boiscoran pasó á su gabinete de aseo, seguido de su camarista, que llevaba su ropa,

Ocupado tan solo de dictar á su escribano la última palabra del interrogatorio, el señor Galpin Daveline parecía olvidar á "su prevenido."

El viejo Antonio se aprovechó.

--Señor, dijo al oído de su amo, parece que todo ayuda.

—¡A qué?

—¡Chut!.... ¡Más bajo!.... La ventana del fondo del gabinete está abierta..... No hay más que veinte pies de altura sobre el piso del jardín.... La tierra, abajo, está floja.... Muy cerca están las entradas de las cuevas, y en el fondo está el escondrijo que conocéis.... La mar está á cinco leguas distante, tendré listo un buen caballo, esta noche, á la entrada del parque....

Una amarga sonrisa asomó á los labios del señor de Boiscoran.

—Y tú también, dijo, tú, mi viejo amigo, ¿me crees culpable?

—Os conjuro, señor, insistió Antonio, que respondo de todo; no hay más que veinte pies. ¡En nombre de vuestra madre!...

Pero en lugar de responder, Santiago de Boiscoran se volvió, llamando al juez de instrucción.

Y cuando el señor Galpin-Daveline se acercó:

—Ved esa ventana, señor, le dijo. Tengo dinero, buenos caballos, y el mar á cinco leguas. Un culpable se habría escapado. Soy inocente, me quedo.

En un punto por lo menos, el señor de Boiscoran decía la verdad: nada le era más fácil que evadirse ganando el jardín, y con buenas probabilidades su camarista le proponía aquella retirada.

¿Y después?

Tenia, era incontestable, con la ayuda de Antonio sobre todo, algunos medios de sustraerse á todas las indagaciones. Pero era más probable, mil veces, que sería descubierto en su mismo escondrijo, antes de que pudiera llegar á la costa.

Si se hubiera resuelto á huir, ¿qué sucedería? ¿En qué país y con cuál disfraz evitaría una extradición siempre amenazante?

Sería una cosa muy distinta si lo reaprehendieran. Su situación, ya comprometida, sería entonces perdida sin recursos. Fatalmente su tentativa de fuga sería considerada como la más explícita de las confesiones.

En tales condiciones, resistir á la tentación de evadirse, y hacerlo notar á la justicia y quedar voluntariamente en sus manos, era, más que demostrar su inocencia, dar la prueba de una rara habilidad.

Hé aquí lo que con un golpe de vista creyó apercibir el señor Galpin-Daveline.

Juzgaba á los demás por sí mismo.

Calculador astuto y circunspecto, no admitía las súbitas inspiraciones ni los movimientos reflexivos.

Y con aquel acento de fría burla del hombre que hace comprender que no se deja engañar:

—Basta, señor, dijo. Esa circunstancia, como todas las demás, será relecta en el proceso verbal.

Muy diferentes eran las ideas del procurador de la República y el escribano Méchiaet.

Si el juez de instrucción era demasiado ciego por sus prevenciones para no discernir, ellos habían notado muy bien cuán extrañas y diversas emociones habían pasado por el acusado.

Aturdido desde luego, hasta el punto de parecer creer en una broma de mal gusto, su actitud había demostrado en seguida la más violenta cólera, el miedo, y después el abatimiento más completo. Pero á medida que los cargos se iban acumulando, cada vez más concluyentes, y que el círculo de la acusación se iba estrechando, bien lejos de desmoralizarse demasiado, parecía que había llegado á recobrar su seguridad.

—Todo esto es muy singular, gruñó Méchinnet.

El señor Daubigeon no dijo nada. Pero cuando el señor de Boiscoran salió de su gabinete, vestido y dispuesto:

—Todavía una pregunta, señor, dijo.

El desgraciado se inclinó. Estaba pálido, pero calmado y dueño de sí.

—Estoy, dijo, dispuesto á responder,

—Seré breve. Parece que os habéis sorprendido é indignado de que se hayan atrevido á acusaros. Institución humana; la justicia no puede juzgar sino por las apariencias. Reflexionad, y reconoceréis que todas las apariencias están en vuestra contra.

—Demasiado lo reconozco.

—Jurado, no vacilaríais en condenar á un acusado que se encontrara en la misma situación que vos.

—No, señor, ¡no! ...

El procurador de la República saltó de su asiento.

—No sois sincero, dijo.

El señor de Boiscoran inclinó tristemente la cabeza.

—No tengo esperanzas de convenceros, señor, respondió; pero os hablo con toda sinceridad. No, no condenaría al hombre que decís, si él afirmaba que era inocente y si yo no discernía el móvil de sus acciones. Porque en fin, á menos de estar loco, no se comete un crimen por cometerlo. Ahora, os lo pregunto yo, para quien el destino solo ha tenido sonrisas, estando en la víspera de un matrimonio ardientemente deseado, ¿por qué, con qué objeto, en interés de quién había de incendiar á Valpinson, intentando asesinar al conde de Claudieuse? ...

Con una impaciencia mal disimulada, el señor Galpin-Daveline había visto al señor Daubigeon dirigir la palabra.

Se aprovechó de la ocasión que se le presentaba de intervenir.

—Vuestro móvil, señor, interrumpió, era el odio. Odiábais mortalmente al conde y á la condesa de Claudieuse. No protestéis, sería inútil; toda la población lo sabe, á mí mismo me lo habéis dicho.

Santiago de Boiscoran se puso todavía más pálido, y con un tono de imponente desdén:

—Aun cuando eso hubiera sido, dijo, no sé con qué derecho abusáis de las confianzas de un amigo, vos que proclamásteis al entrar aquí, que entre nosotros ya no existía la amistad. Eso no importa. Nunca os he dicho cosa semejante. Mis sentimientos no han variado, y puedo repetir mis palabras textualmente. Os he dicho que el señor de Claudieuse era un vecino desagradable, encasquetado en sus derechos y celoso de su caza hasta lo absurdo. Agregué: que si él declaraba mis opiniones políticas execrables, yo estimaba las suyas, ridículas y peligrosas. Por lo que toca á la condesa, os he dicho sencillamente, en tono de broma, que una persona tan perfecta no era de mi agrado, y que me consideraría desgraciado al tener por mujer una especie de Madona que cruzaba la vida casi sin dignarse tocar la tierra con la punta del pie....

—¿Entonces es únicamente por eso por lo que habéis ido á apuntarle una vez al conde de Claudieuse?... Una ola de sangre más en vuestro cerebro, y el homicidio hubiera tenido sin duda su verificativo....

Un gesto terrible traicionó la cólera del señor de Boiscoran, pero dominándose:

—Mi cólera ha sido menos grande de lo que

ha debido parecer, dijo. Tengo para el carácter del señor de Claudieuse, la más profunda estimación. Es un gran dolor, agregado á otros muchos, pensar que ha podido acusarme....

—No os ha acusado, interrumpió el señor Daubigeon, al contrario, ha sido el primero y más obstinado en defenderos....

Y en despecho de las señales que le hacia el señor Galpin-Daveline.

—Desgraciadamente, prosiguió el procurador de la República, todo eso no influye en la evidencia de los hechos que os acusan. Si os obstináis en callar, os aguarda el tribunal de justicia, el presidio. Si sois inocente, ¿por qué no tratáis de justificaros?... ¿Qué esperáis?...

—Nada....

Méchinot había concluido la redacción del proceso verbal.

—Es preciso partir, dijo el señor Galpin Daveline.

—¿Me será permitido, preguntó el señor de Boiscoran, escribir algunas líneas á mi padre y á mi madre! Son ancianos y tal acontecimiento podría matarlos....

—¡Imposible! dijo el juez.

Y dirigiéndose al viejo Antonio:

—Voy á poner los sellos en esta pieza, dijo, de la que se reís provisoriamente el guardian... Sabeis á qué obrevigilancia estais obligado y

qué penas se os serán impuestas si la justicia no encuentra las piezas de convicción descritas en el proceso.... Ahora, ¿cómo volver á Sauveterre?

Después de una madura deliberación fué resuelto que el señor de Boiscoran haría el camino en un coche suyo, en el cual subiría un gendarme.

El señor Daubigeon, el juez de instrucción y el escribano, volverían á tomar el carruaje del corregidor, siempre conducido por Ribot, que estaba furioso por haberlo dejado vigilado.

—Bijemos, dijo el juez cuando las últimas formalidades fueron llenadas.

Santiago de Boiscoran bajó lentamente.

Sabía que el patio estaba lleno de gente furiosa y esperaba oír sus aullidos.

Se equivocó.

El gendarme despachado por el señor Daubigeon había cumplido bien su misión, pues ya no se escuchaba un grito.

Pero cuando hubo tomado lugar en su coche y el caballo partió al trote, se elevaron maldiciones frenéticas y fué lanzada una lluvia de piedras, de las que una hirió al gendarme en la frente.

—¡Dolidamente llevais la desgracia mi acusado, dijo este hombre que era un amigo del

que había sido cruelmente herido en Valpinson.

El señor de Boiscoran no respondió.

Se sumergió en un rincón y pareció caer en un aniquilamiento del que no salió sino en el momento en que el coche se detuvo en el patio de la prisión de Sauveterre.

En el diel de la cárcel, el carcelero, maese Blangin, esperaba, sonriendo ante la idea de poseer un prisionero de aquella importancia.

—Voy á conducirlos á la mejor habitación, señor, dijo al desgraciado; pero necesito antes dar un recibo al gendarme y asentar vuestro nombre en el registro de la cárcel.

En efecto, anotó su registro, escribiendo el nombre de Santiago de Boiscoran a ajo del de Frumencio de Cheminot, un vagabundo detenido la vispera, en el momento en que hacía un escalamiento por remate de cuenta.

Era un hecho: Santiago de Boiscoran estaba preso é incomunicado....



SEGUNDA PARTE.

EL NEGOCIO BOISCORAN.

I

La gran casa de Boiscoran, situada en la calle de la Universidad número 216, era de modesta apariencia.

Estrecho era el patio de la entrada, y era atrevido dar el nombre de jardín á algunos metros de tierra húmeda que seguían despues.

No había que fiarse en el exterior.

El cuerpo principal del edificio era una obra maestra en lo confortable, donde manos pacientes y cuidadosas habían reunido todo lo necesario á la vida con ese lujo sólido, cuyo gusto y secreto se pierden.

El pavimento del vestíbulo era un mosaico admirable, traído de Venecia en 1798, por un Boiscoran que había acabado mal, uniéndose á la fortuna de Bonaparte.

La rampa de la escalera era una obra perfecta de cerrajería, y el enmaderamiento del comedor no tenía rival en París, después que se habían dispersado en venta de remate, las famosas maderas del castillo de Berey,

El salón en donde á la marquesa le gustaba rodearse de los hombres políticos, se encontraba á la altura de su magnificencia.

No había un mueble que hubiera sido admitido sin tener un valor artístico.

Se haría una buena adquisición comprando á peso de oro la guarnición de la chimenea.

La araña era una maravilla.

Cada una de las ocho telas suspendidas del artesonado, era la mejor obra de un maestro ilustre.

Sin embargo, todo aquello era nada, comparado con el gabinete de curiosidades del marqués de Boiscoran.

Situado en el segundo piso de la gran casa, donde ocupa todo el fondo y la mitad del largo, dispuesto en forma de taller, recibe luz por lo alto y haría las delicias de un artista.

En vastos armarios colocados en todo el alrededor, se encuentran las colecciones del marqués, tesoros de todas las épocas, sus marfiles, sus esmaltes, sus bronceos, sus manuscritos únicos, sus porcelanas incomparables, y sobre to-

do sus lozas, sus queridas lozas, la alegría y el tormento de su vejez.

El hombre era digno del cuadro.

A los sesenta y un años que tenía entonces, el marqués estaba derecho como una I, siendo aunque delgado de la figura más aristocrática. Tenía una enorme nariz que no cesaba de llenar de tabaco, la boca larga pero no despoblada; unos ojillos brillantes, en que se leía toda la malicia de un aficionado en constante lucha con los artistas comerciantes de curiosidades y los parroquianos de remates al martillo.

En el año 1845 fué cuando llegó al apogeo de su carrera, señalándose por un gran discurso sobre el "derecho de reunión"; por lo que parecía que su reloj se detuvo en ese año.

Todas sus ideas traicionaban al hombre de la monarquía de Julio, lo mismo que su exterior, sus costumbres, su alta corbata, sus patillas, su cabello peinado en bucles sobre su frente, denunciaban al admirador del rey ciudadano.

No era motivo para que se ocupara de política, y hay más, para decir la verdad, no se ocupaba de nada.

Con la sola condición de respetar la incensiva pasión de su marido, la señora de Boiscoran, reinaba despóticamente en su casa administrando su fortuna, regenteando á su hijo

único Santiago, decidiendo sin apelacion sobre todas las cosas.

Era inútil pedir algo al marqués, su respuesta era invariable:

—Dirijios á mi mujer.

Aquel excelente hombre habia comprado la vispera, casi por azar, un lote muy considerable de loza, representando escenas de la Revolucion; serian las tres de la tarde cuando instalado en su gabinete, con una pieza convexa en la mano, se ocupaba de averiguar el origen y el valor de sus platonos y platos, cuando la puerta se abrió bruscamente.

Entró la marquesa llevando en la mano un papel azul.

Seis ú ocho años más joven que su marido, la señora de Boiscoran bien era la compañera que necesitaba aquel espíritu perezoso y amigo del reposo,

En su paso, en su gesto, en su voz, se reconocía en el acto á la mujer que lleva el gobierno, que manda y quiere ser obedecida á toda costa.

De una belleza en otro tiempo célebre, conservaba todavía algunos restos muy notables para dejar excusadas sus pretensiones. No tenia ninguna, afirmaba ella, diciendo que cuando es imposible evitar el estrago de los años,

es dar prueba de talento el aceptarlo con agrado.

Sin embargo, la cequeteria nunca perdía sus derechos. Si la señora de Boiscoran no se rejuvenecía, envejecia á su gusto. Los pocos años que las mujeres, de ordinario se esfuerzan en disimular, ella se obstinaba en añadirlos á su edad. Tenia una afecion particular por peinarse abultando su cabello gris en derredor de sus sienes, frescas todavía como las de una muchaha. Apenas se ponía en ellos polvo.

Estaba tan descompuesta y tan terriblemente agitada al entrar al gabinete de su marido, que se conmovió él que desde hacia muchos años habia hecho una ley el no conmoverse de nada,

Abandonando el plato que estaba examinando:

—¿Qué pasa? preguntó con una voz inquieto: ¿qué ha sucedido?... .

—Una horrible desgracia.

—¿Ha muerto Santiago?... exclamó el viejo coleccionador.

La marquesa movió la cabeza.

—No, tal vez es más espantoso....

El viejo, que se habia enderezado á la vista de su mujer, se dejó caer pesadamente sobre su sillón.

--Dilo..... balbuceó, habla..... Tengo valor....

Ella le dió el papel azul que llevaba y lentamente:

--Mira, le dijo, el despacho que he recibido hace un instante del camarista de Santiago, nuestro viejo Antonio.

Con una mano temblorosa el marqués extendió el papel y leyó:

"Desgracia espantosa --El señor Santiago ha sido acusado de haber incendiado el castillo de Valpinson y asesinado al conde de Claudieuse. Cargos terribles contra él. Interrogado, apenas ha podido defenderse. Acababa de ser aprehendido y conducido á la prision. Desesperado. ¡Qué hace!...."

La marquesa habia temblado de que á su marido le causara un efecto espantoso aquel despacho, cuyo laconismo revelaban los terrores de Antonio.

Pero no hubo nada.

Con el aire más tranquilo colocó el despacho sobre la mesa, y alzó los hombros dijo:

--¡Eso es absurdo!

La señora de Boiscoran no pudo contenerse.

--No habeis comprendido, amigo mio..... comenzó.

El la interrumpió.

--He comprendido, dijo, que ha sido acusa-

do de un crimen que no puede haber cometido. ¡Es imposible que dudeis de él! ¡Qué madre sois, pues! Estoy por mi parte, os lo aseguro, perfectamente tranquilo. Santiago incendiario.... Santiago asesino.... Eso es estúpido.

--¡Ah! ¡no habeis leído el despacho! exclamó la marquesa.

--Perdonadme.

--¿No habeis visto que hay contra él cargos?....

--Si no hubieran encontrado cargos, es claro que no habrian podido detenerle. Es desagradable y aun penoso...

--Pero no se ha defendido, señor....

--¡Por cierto!.... ¡Créis que si mañana vienen á acusarme de haber robado la tienda de un joyero, me tomaria la pena de defenderme!....

--No habeis visto, pues, señor, que Antonio cree á nuestro hijo culpable....

--Antonio es un viejo tonto.... declaró el marqués.

Y sacando su cajita se llenó la nariz de tabaco.

--Por otra parte, razonemos, dijo. ¡No me habeis dicho que Santiago está enamorado de la joven Dionisia de Chandoré!....

--Como un loco, señor, como un niño....

--¡Y ella!....

—Adora á Santiago, señor.

—¡Bueno! ¡No me habeis dicho que el día de su matrimonio está tambien definitivamente fijado!....

—Dentro de tres días.

—¿Santiago no os ha escrito nada sobre este asunto?

—Una carta encantadora....

—¿En la que os anuncia su llegada?

—Sí, queria hacer él mismo sus preparativos de boda....

Con un movimiento de fingida tranquilidad, el marqués pegó en la tapa de su cajita.

—¿Y queréis, dijo, que un muchacho tal como nuestro hijo Santiago, un Boiscoran, enamorado, querido, que vá á casarse, que tiene la cabeza llena con la canastilla de boda, haya cometido un crimen abominable?... Eso no se discute, y la prueba es que quiero, si lo teneis á bien, entregarme tranquilamente á mi ocupacion.

Si la duda es contagiosa, la fé es comunicativa.

Poco á poco la marquesa de Boiscoran se tranquilizó, con la soberbia seguridad de su marido. La sangre subió á sus mejillas y la sonrisa á sus pálidos labios.

Y con una vez más firme:

—Puede ser, en efecto, dijo, que haya sido demasiado ligera en alarmarme.

El marqués aprobó con un gesto.

—Sí, mucho muy ligera, querida amiga, dijo. Aun entre nosotros, os encargo que no os envanzeis. ¡Cómo la justicia no habia de acusar á nuestro pobre Santiago, cuando sospecha de él su misma madre!

La señora de Boiscoran habia vuelto á tomar y á releer el despacho de Antonio.

—Y sin embargo, murmuré respondiendo á posteriores objeciones de su espíritu, ¿quién, pues, en mi lugar, no se habria espantado? Ese nombre de Cludieuse sobre todo....

¡Y bien! pero es el nombre de un gentil-hombre muy digno y muy leal, el mejor que yo sé, á despecho de sus costumbres de lobo marino.

—Han tenido varios disgustos.

—Necesariamente. Cludieuse es un furioso legitimista, y como tal, siempre habla con el mayor desprecio de todos nosotros, los que hemos sevido á la familia de Orleans.

—Santiago lo ha metido en un negocio judicial.

—En verdad que ha hecho bien, así como ha cometido en error en no llevar el proceso hasta el fin. Cludieuse ha tenido sobre el curso del río que nos separa, la Pibola, pre-

tensiones muy exorbitantes. No ha querido en todas las estaciones, según su gusto, retener las aguas, á riesgo de inundar los prados de Boiscoran que son más bajos que los suyos. Mi difunto hermano, que fué un ángel de paciencia y de dulzura, tuvo que pelear con ese déspota....

Pero la marquesa no estaba convencida.

—Hay otra cosa, dijo.

—¿Cuál?

—¡Ah! eso es lo que me pregunto.

—¿Santiago no es lo que ha dado á entender?

—No. Hé aquí lo que ha pasado. El año último, en la casa de la duquesa de Champdocs, tuve la ocasión de encontrar á la condesa de Claudieuse y á sus hijas. Es encantadora, y como dábamos un baile la semana siguiente, me vino la idea, y la puse en ejecución de invitarla. Rehusó con un tono de reserva tan glacial, que ya no daba lugar á insistir....

—Es que probablemente no tiene afección al baile, gruñó el marqués.

—Aquella misma noche le hablé de mi proceder á Santiago, se mostró muy descontento y me dijo, con un disgusto que apenas contenía su respeto, que había cometido yo un gran error, que tenía sus razones para no querer nada de comun con esa gente....

Tan perfecta era la seguridad del señor de

Boiscoran, que ya no escucha sino á medias, distraído, dirigiendo sus miradas á sus preciosas lozas.

La señora de Boiscoran no prosiguió.

—En fin, preguntó, ¿qué haremos?....

Tania tan poca costumbre de consultar á su marido, que éste se encontraba estupefacto.

—Lo importante, respondió, es sacar á Santiago de la prisión..... será preciso ver..... consultar....

Fueron interrumpidos por unos golpes rápidos y suaves dados en la puerta.

—Entrad..... exclamó el marqués.

Entró un criado llevando un gran sobre con este rubro: telegrafía privada.

—¡Vaya!..... exclamó el marqués, estaba bien seguro!.... ¡Hé aquí lo que nos vá á devolver el reposo al espíritu!....

El criado se había retirado; rompió el sobre.... Pero á la primera mirada que dirigió al despacho, la sonrisa se heló en sus labios, palideció y dijo solamente:

—¡Dios mio....

Rápida como el pensamiento, la señora de Boiscoran se apoderó del fatal papel.

Con un golpe de vista leyó:

«Venid pronto. Santiago preso é incomunicado, acusado de un crimen espantoso. Toda la ciudad dice que es culpable y él mismo lo

ha confesado. Es una infame calumnia. Su juez es su antiguo amigo que debía casarse con su prima Lavarande. Sólo sé que Santiago es inocente. Es una intriga abominable. El abuelo Chandoré y yo haremos imposibles. Vuestros recursos son indispensables. Venid, venid.

DIONISIA DE CHANDORÉ.

—¡Aht! ¡mi hijo está perdido! exclamó la marquesa de Boiscoran, anegada en lágrimas. Pero ya el marqués se había erguido bajo aquel terrible golpe.

—Y yo, dijo, ahora más que nunca diré como Dionisia, que es una arrojada joven: Sí, Santiago es inocente. Pero está en peligro, lo reconozco... es una peligrosa complicación la que trae un proceso criminal.... ¡Qué cosa no se le hace decir á un hombre incommunicado!

—¡Es preciso hacer algo!.... interrumpió la señora de Boiscoran medio loca de dolor.

—Sí, y sin perder un segundo.... Tenemos amigos..... Busquemos cuál de entre ellos nos servirá con más utilidad....

—Puedo escribir al señor de Margeril....

De pálido que estaba el marqués, se usó livido.

—¡Sois vos!... exclamó: ¡vos, quien se

atreve á pronunciar delante de mí ese nombre!....

—El es poderoso, señor; mi hijo está en peligro....

Con un gesto amenazador la detuvo el marqués.

—Quisiera mejor, exclamó con el acento del odio más atroz, quisiera mil veces dejar á mi hijo inocente, perecer en el cadalso, que deberle su vida á ese hombre....

La marquesa de Boiscoran parecía próxima á desmayarse.

—¡Dios mio! balbuceó ella, bien sabéis que no he sido sino una imprudente....

—¡Bastante!.... interrumpió duramente el marqués.

Y dominándose, gracias á un poderoso esfuerzo:

—Antes de intentar nada, es preciso saber con quién se cuenta, replicó. Esta tarde partireis para Sauveterre....

—¡Sola!....

—No. Os encontraré un consejero, un legista hábil y seguro.... un abogado que no sea hombre de política.... si es que queda alguno.... Os guiará allá, y me tendrá al corriente, para que pueda hacer algo según las circunstancias... Dionisia tiene razón: Santiago debe ser víctima de alguna tenebrosa in-

triga.... No importa, lo salvaremos.... Pero necesitamos calma.... mucha calma....

Y diciendo esto, llamó con tal violencia, que todos los criados acudieron azorados.

— Pronto, mandó el señor de Boiscoran, que vayan á buscar á mi abogado, el señor Chapelain.... que tomen un coche.

El criado que se encargó de la comision, lo hizo con tal diligencia, que veinte minutos despues, el señor Chapelain entró.

— ¡ Ah! tenemos necesidad de toda vuestra experiencia, mi digno amigo, le dijo el marqués. Tomad, leed esos despachos....

Muy felizmente el abogado supo guardar el secreto de sus impresiones, porque creia en la culpabilidad de Santiago, sabiendo muy bien con qué circunspeccion se dictan esas ordenes de arresto.

— Tengo el hombre que necesita la señora marquesa, dijo al fin.

— ¡ Ah!

— Un muchacho á quien su modestia siempre le ha impedido prosperar, por más que sea uno de los hábiles jurisconsultos que conozco, un admirable orador.

— ¿Cómo se llama?....

— Manuel Folgat.... O: lo voy á enviar....

Dos horas despues, en efecto, el protegido

del señor Chapelain franqueaba el dintel de la puerta de la gran casa de Boiscoran.

Era un hombre de treinta á treinta y dos años, muy moreno, con grandes ojos muy abiertos, en toda su fisonomía respiraba la inteligencia y la energia.

Estuvo con el marqués, el cual despues de haberle expuesto lo que sabia de la situacion de Santiago, le hizo conocer el terreno en que iba á proceder, diciéndole que aliados y adversarios encontraría en Sauveterre, recomendándole sobre todo, que se fiara del señor Seneschal, un viejo amigo de la familia personaje influyente y el más astuto de todos esos diplomáticos de subprefectura, que tienen sus puntos de contacto con Maquiavelo.

— Todo lo que sea humanamente posible hacer se hará, señor, dijo el abogado.

Aquella misma noche á las ocho y quince minutos, la marquesa de Boiscoran y Manuel Folgat tomaron asiento en un wagon del ferrocarril de Orleans.



El ferrocarril que une á Souveterre con la línea de Orleans, debe una legítima celebridad á una serie de curvas absolutamente inútiles, pero que son como un reto al buen sentido y que serían el teatro de accidentes cotidianos si se atrevieran á caminar en él, con una velocidad mayor de ocho á diez quilómetros por hora.

La estación, siempre con el objeto de proporcionar la más grande comodidad á los señores viajeros, se ha construido á una distancia de más de media legua de la ciudad, en el terreno de los jardines del señor Thibault, el primer banquero del Distrito.

Se llega por un lindo camino lleno de albergues y cabañas, las que, los días de mercado,

se llenan de campesinos que con el vaso en la mano y la boca llena de protestas de buena fé, roban á todo el que pueden.

Aun los días ordinarios éste camino está bastante frecuentado, porque el ferrocarril ha llegado á convertirse en objeto de paseo.

La gente vá y viene á la llegada y partida de los trenes, para ver la cara de los viajeros y después como epílogo discuten los motivos conocidos ó secretos que pueden haber determinado á tal ó cual señora ó señor, para hacer el viaje.

Eran las nueve de la mañana, cuando llegó al fin á Souveterre el tren que llevaba á la marquesa de Boiscoran y al abogado Folgat.

La marquesa estaba quebrantada por las fatigas y angustias de aquella noche, pasada toda entera en discutir los medios de salvar á su hijo, y tanto más abatida cuanto que el señor Folgat había procurado no dejarla conservar sus esperanzas.

El participaba, aunque sin dárselo á conocer, de las mismas dudas del señor Chapesain.

Lo mismo que el viejo, el joven abogado se decía que no se aprehende á un hombre, tal como Santiago de Boiscoran, sin las más fuertes razones, sin tener en la mano una de

esas pruebas que valen casi tanto como una certidumbre.

Muy pronto el tren fué conteniendo su paso.

— ¡Dios mío! dijo la marquesa de Boiscoran, con tal que Dionisia y el señor de Chandoré hayan tenido la idea de eviar un coche á esperarnos!...

— ¿Para qué, señora? preguntó el señor Folgat.

— Para llegar más pronto, señor, para ocultar á los ojos de todos, mi dolor y mis lágrimas más....

El joven abogado movió la cabeza.

— Lo que os guardareis de hacer, señora, dijo, si es que tengo en vuestras acciones alguna influencia....

Ella lo miró con aire de sorpresa.

— Quiero decir, insistió, que no es preciso que parezcáis evitar las miradas. Sería una falta inmensa, tal vez irreparable. ¿Qué pensarán si os ven desolada y con lágrimas? Creerán que estais segura de la culpabilidad de vuestro hijo, y los que ahora dudan, quedarán convencidos. Es necerio al primer golpe conquistar la opinion, porque ella es soberana, señora; sobre todo, en las pequeñas poblaciones, donde cada uno ve los defectos del vecino. La opinion se impone á todos, y cual-

quiera cosa que se diga ó que se haga, ella persegue á los jurados hasta en la sala de sus deliberaciones....

— Es verdad, murmuró la marquesa, eso no es sino mucha verdad....

— Entonces señora, en nombre de los intereses más sagrados, hacei un llamamiento á vuestra mayor energia, guardando en lo más profundo del alma vuestras maternales angustias, secai vuestras lágrimas y mostrad á todos una confianza soberbia. Que cada uno al veros, se diga: No, una madre no está así cuando su hijo es culpable.

La señora de Boiscoran se irguió.

— Teneis razon, señor, dijo, y os lo agradezco. Si, á mí me toca dejar admirar la á la opinion y así como deseaba encontrar desierta la estacion, ahora quiero verla llena de gente. Voy á haceros ver de lo que es capaz una mujer á quien sostiene el pensamiento de su hijo.

La marquesa de Boiscoran no era una mujercilla.

Sacando un peine de su saco de viaje, reparó el desorden de su peinado; y con algunos rápidos alios restableció la armonia de su "toilette;" sus facciones, gracias á una poderosa proyeccion de voluntad, recobraron su acostumbrada serenidad; hizo aparecer en

sus labios la sonrisa sin que se comprendiera el esfuerzo, y con la voz de un timbre puro y claro:

—Mirad me, señor, dijo. ¿Puedo presentar-me ahora!

El tren se detuvo en el andén de la estación.

El señor Folgat saltó ligeramenta en tierra y ofreciendo la mano á la marquesa para ayu-darla á bajar:

—Estad satisfecha, señora, le dijo, vuestro valor no quedará perdido: todo Sauveterre debe estar ahí

Aquello no era más que la verdad á medias.

Desde la víspera en la noche, se había esparcido la noticia—no se supò por quién—de que la madre del asesino, como caritativamente la llamaban ya, llegaría por el tren de las nueve y cada uno se había prometido así mismo, encontrarse como por casualidad, en la estación á su llegada.

Era una emoción que no podía descuidarse en una localidad en la que la conversación llevaba tres días de girar sobre el último negocio preparado por la sub prefecta.

De la impresión de la señora de Boiscoran al encontrarse frente á todos, nadie se había preocupado en lo más mínimo.

Es que la curiosidad en Sauveterre, tiene al ménos, el mérito de no ser hipócrita. Cada uno es sencillamente indiscreto sin el menor pudor. Se colocan muy cerca delante de vos, fijando sus ojos en los vuestros, esforzándose en descubrir el secreto de vuestra alegría ó de vuestro dolor.

Es preciso agregar que los espíritus estaban muy sublevados contra Santiago de Boiscoran.

Si solo tuviera en su contra el haber destruido á Valpinson y disparado dos tiros al señor de Claudieuse, hubiera sido bien poca cosa.

Pero el incendio había tenido consecuencias espantosas.

Dos hombres habían perecido y otros dos quedaron tan gravemente heridos, que se creía en el peligro de su muerte.

La víspera, habían visto un convoy sinietro atravesar la calle Nacional.

En un carro cubierto por un paño y cerca del cual caminaban dos padres, llevan los restos carbonizados, que ya no tenían forma humana, de Bolton el tambor y del pobre Gaillebault. En un coche que seguía iban los dos heridos; uno, el gendarme, iba impassible, el otro, el arrendatarfo, lanzaba gritos desgarradores.

Toda la ciudad había visto a la viuda de Guillebault dirigirse á la casa del corregidor, llevando en sus brazos al último niño y seguida de los otros cuatro, no llegando á los doce años el de mayor edad.

Atribuían todas estas desgracias á Santiago, á quien las gentes llenaban de maldiciones, y pensaban tal vez hacer llegar sus alaridos hasta su madre, la marquesa de Boiscoran.

— ¡Allí está!... ¡allí está! murmuró la turba al verla presentarse en el dintel de la estación, dando el brazo al señor Folgat.

No dijeron otra cosa, porque se quedaron sorprendidos de la seguridad de su actitud.

Dos corrientes dividieron entonces la opinión.

— ¡Es una descarada! pensaban los unos. Y los otros. — Está segura de la inocencia de su hijo.

Ella tenía, en todo caso, bastante sangre fría para disminuir la impresión que producía, y cuánta razón había tenido en seguir los consejos del señor Folgat. Su fuerza se había duplicado. Y distinguiendo entre la turba á algunas personas de su conocimiento, se adelantó hácia ellas y siempre sonriendo:

— ¡Y bien!... dijo, ¡sabéis lo que nos ha pasado! ¡Es inaudito! Hé aquí ahora la libertad de un hombre tal como mi hijo, á merced

de la primera sospecha impertinente que pasa por el cerebro de un juez. Ayer en la tarde recibí la noticia por telégrafo y he acudido con el señor que es uno de nuestros amigos y uno de los más notables abogados de París.

El señor Folgat frunció las cejas. Hubiera querido más mesura por parte de la marquesa. Sin embargo no podía impedirse de sostenerla.

— Esos señores del tribunal, pronunció con un tono de oráculo, puede ser que se arrepientan de haber sido tan ligeros.

Felizmente, un joven que llevaba por toda librea un casquete con galon de oro, se aproximó á la señora de Boiscoran.

— El coche del señor de Chandoré se encuentra allí, á las órdenes de la señora marquesa.

— Allá voy, amigo mío, dijo al joven.

Y saludando á sus conocidas de Sauveterre, con tono de seguridad:

— Excusadme de dejaros tan bruscamente, les dijo, pero el señor de Chandoré me espera. Creo que os veré pronto, tal vez esta misma tarde tenga el placer de haceros una visita... del brazo de mi hijo.

La casa Chandoré, para hablar como se acostumbra en Sauveterre, estaba construida del otro lado del Mercado Nuevo, casi en la cima de la calle de la Rampa, una calle que no era más practicable que una escalera, de la

cual el corregidor Seneschal no dejaba de pedir su compostura al Concejo municipal, que no dejaba también de rehusársela.

Era una construcción toda moderna, caprichosa, maciza y flanqueada de un pretensioso torrejon de techo puntiagudo, que el radical doctor Seigneboz llamaba, una perpetua amenaza del sistema feudal.

Es cierto que los Chandoré ostentaban en otro tiempo altas pretensiones nobiliarias, profesaban el más profundo desdén por todos aquellos que no han tenido sus antepasados en las Cruzadas, y sentían odio por todo lo que databa de la Revolución.

Pero si fueron poderosos, hacia bastante tiempo que habían dejado de serlo.

De esa gran familia, la más numerosa de Saintonge y de las más influyentes, solo quedaba un viejo, el barón de Chandoré, y una niña, su nieta, la prometida de Santiago de Boisecoran.

Dionisia era huérfana.

Apenas tenía tres años, cuando con cinco meses de intervalo perdió á su padre, matado en duelo á consecuencia de una discusión fútil, y su madre, una señorita de Lavarande, que no tuvo la energía de sobrevivir al hombre á quien había amado.

Eso fué en efecto para la niña una inmensa

desgracia; pero ni los cuidados ni la ternura le faltaron.

A ella le consagró su abuelo todas sus afecciones y todas sus esperanzas, y las dos hermanas de su madre, las señoritas de Lavarande, ya de cierta edad, tomaron la resolución definitiva de no casarse jamás, á fin de consagrarse más exclusivamente á su sobrina.

Desde esa época habían solicitado vivir con el señor de Chandoré.

Había rechazado bien lejos sus pretensiones declarando que su nieta, estando sola con él, pretendía guardarla para sí.

Le parecía ya un sacrificio bastante grande, agregaba, el permitir á las señoritas de Lavarande ocuparse de Dionisia y pasar con ella todos los días.

De esa diferencia debía nacer, y nació, en efecto, entre las tías y el abuelo, una rivalidad que se traducía por las más asombrosas exageraciones.

Se propusieron captarse, sin importarles los medios, el primer lugar en los afectos de la nieta, á quien disputaban una de sus caricias, comprándole bien caro sus sonrisas. A los cinco años Dionisia había tenido todos los juguetes que se habían inventado; á los diez estaba tan abastecida de ropa y alhajas, que no sabía dónde poner todo.

De la noche á la mañana, por decirlo así, habian visto al señor de Chandoré metamorfosearse. Brusco, severo, duro, había, sin transición, cambiado en un "papá consentidor." Había extinguido el brillo metálico de sus ojos, fijando en sus labios una perpetua sonrisa y á su voz esas inflexiones melindrosas que toman las amas de cria.

No se encontraba en las calles sino en carreras, por su nieta, de las pastelerías á los almacenes de juguetes.

Invitaba á sus amiguitas á organizar meriendas, les daba el aro ó el volante, y tomaba á su cargo el cuidarlas.

Dionisia fruncia el ceño y se estremecía. Tosía y se ponía pálido. Una vez se enfermó de sarampión, estuvo doce noches sin acostarse; hizo llegar médicos de París que se rieron en su cara.

¡Y bien! las señoritas de Laravande encontraron todavía medios de sobrepasar á las locuras del señor de Chandoré.

Si Dionisia aprendía alguna cosa, era porque lo quería absolutamente; á la menor señal de impaciencia, estaban dispuestas á despedir al maestro de escritura ó á la maestra de piano.

Alzando los hombros, todo Sauveterre asistía á ese espectáculo.

—¡Qué educación tan piadosa! decían las señoras de la alta sociedad. No teníamos idea de una debilidad semejante. Es un gran servicio el que hacen á esa niña.

Era seguro que con tan increíble consentimiento, aquella ciega sumisión y sus perpetuas adoraciones, corrían gran riesgo de hacer de Dionisia la más desagradable muchacha que se podía ver.

Nada de eso. Tenía inclinaciones naturales tan felices, que nada lograría pervertirlas. Por otra parte, fué tal vez preservada del peligro por su mismo exceso.

Cuando tuvo más edad decía riendo.

—El abuelo Chandoré, las tías Laravande y yo, no hacemos sino lo que quiero.

Aquello no era sino una gracejada. Jamás joven alguna recompensó con cualidades más raras y exquisitas las más puras aficiones.

Vivía, pues, feliz y satisfecha, y acababa de cumplir diez y siete años, cuando llegó el gran acontecimiento de su vida.

El señor de Chandoré encontró una mañana á Santiago de Boisecoran, cuyo tío había sido su amigo, y lo invitó á almorzar. Santiago aceptó la invitación y fué. La señorita Dionisia lo vió y . . . lo vió.

Desde aquel momento y por la primera vez, tuvo un secreto que no conocieron ni el abue-

lo Chandoré y las tías Lavarande, y durante dos años sus flores y sus pájaros fueron sus únicos confidentes de aquel amor que crecía en el fondo de su alma, dulce como el sueño, idealizado por la ausencia y poetizado por el recuerdo.

Porque Santiago estuvo dos años sin ver...

Pero el día en que vió claro, aturdido de su felicidad, desvanecido por las perspectivas que se le ofrecían, comprendió que su destino estaba fijado.

Entonces no vació: antes de un mes, su padre, el marqués de Boiscoran, hizo el viaje y Sauveterre para pedir la mano de la señorita Dionisia.

¡Ah! aquello fué un rudo golpe para el abuelo Chandoré.

Es verdad que no había dejado de pensar con frecuencia en el casamiento de su nieta, platicando algunas veces le decía á ella misma, que se hacía viejo y que sentiría el alivio de una gran inquietud el día que le encontrara un buen marido.

Pero hablaba de esa manera, como de una cosa muy lejana, como si hablara de morir, por ejemplo.

La petición del señor de Boiscoran le iluminó sus verdaderos sentimientos.

El pensamiento de dar á Dionisia, de verla

preferir á otro hombre, y después, tener niños de aquel hombre, le causaba horror. Por bien poco, hubiera rechazado al embajador.

Sin embargo, se contuvo y respondió que no podía contestar sin haber consultado la opinión de su nieta. Conservaba la esperanza de que ella rechazara aquella petición.

¡Pobre abuelo! A las primeras palabras que aventuró:

— ¡Qué felicidad! exclamó la joven. Pero ya me lo esperaba.

Sin duda para ocultar una ardiente lágrima que brotó de sus ojos, el señor de Chandoré inclinó la cabeza.

— Ese matrimonio se hará, pues, murmuró.

Entonces, un poco consolado por la alegría que había visto brillar en los ojos de su nieta, se reprochó su feroz egoísmo, maltratándose por no considerarse demasiado feliz cuando Dionisia estaba tan contenta.

Habían sido, pues, admitidas oficialmente las relaciones de Santiago, y la antevíspera del incendio de Valpinson, después de una acalorada deliberación, en que se había calculado el tiempo absolutamente necesario para hacer las compras y terminar la canastilla, el día de la boda quedó fijado irrevocablemente.

Así es que en plena dicha fué herida la señorita Dionisia, cuando supo al mismo tiempo

los crímenes de que acusaban á Santiago de Boiscoran y su aprehension.

Asombrada entonces, permaneci6 poco más de diez minutos sin conocimiento entre los brazos de sus tias y su abuelo espantados. Pero cuando volvi6 en sí:

— ¡Estoy loca, exclam6, para convencerme así! No es evidente su inocencia....

Entonces fué cuando dirigi6 un despacho al marqués de Boiscoran, comprendiendo que antes de intentar algo, era indispensable entenderse con la familia de Santiago.

Después pidi6 que la dejaran sola, y aquella noche la pas6 contando los minutos que la separaban todavia de la hora de la llegada del tren de Paris.

Desde las ocho baj6 ella misma á dar al criado la orden de enganchar y de partir para esperar á la marquesa de Boiscoran en la estacion, recomendándole sobre todo que regresara á escape.

En seguida se fué á esperar al salon, en donde se encontraban sus tias y su abuelo. Le hablaron, pero su atencion estaba en otra parte.

Muy pronto escuch6 el ruido de un coche que remontando la calle de la Rampa, se detenia delante de la casa.... Poniéndose en pie se lanz6 al vestibulo, exclamando:

— Ahí está la madre de Santiago.

III

Nunca, impunemente se violentan los más queridos sentimientos.

Cuando al fin pudo la marquesa de Boiscoran refugiarse en el coche enviado á su encuentro, se hallaba próxima á desfallecer, destrozada por los esfuerzos inauditos que habia hecho para demostrar á los despiadados curiosos de Sauveterre, una actitud asegurada y un rostro sonriente.

— ¡Qué horrible comedia!.... murmur6 dejándose caer en los cojines.

— Reconoced al menos, señora, que eso era necesario, pronunci6 el señor Folgat. Acabais de conquistar, tal vez, cien personas á vuestro hijo.

Ella no respondi6. Las lágrimas la ahogaban.

los crímenes de que acusaban á Santiago de Boiscoran y su aprehension.

Asombrada entonces, permaneci6 poco más de diez minutos sin conocimiento entre los brazos de sus tías y su abuelo espantados. Pero cuando volvió en sí:

— ¡Estoy loca, exclam6, para convencerme así! No es evidente su inocencia....

Entonces fué cuando dirigi6 un despacho al marqués de Boiscoran, comprendiendo que antes de intentar algo, era indispensable entenderse con la familia de Santiago.

Después pidi6 que la dejaran sola, y aquella noche la pasó contando los minutos que la separaban todavía de la hora de la llegada del tren de París.

Desde las ocho baj6 ella misma á dar al criado la orden de enganchar y de partir para esperar á la marquesa de Boiscoran en la estacion, recomendándole sobre todo que regresara á escape.

En seguida se fué á esperar al salon, en donde se encontraban sus tías y su abuelo. Le hablaron, pero su atencion estaba en otra parte.

Muy pronto escuch6 el ruido de un coche que remontando la calle de la Rampa, se detenia delante de la casa.... Poniéndose en pie se lanzó al vestibulo, exclamando:

— Ahí está la madre de Santiago.

III

Nunca, impunemente se violentan los más queridos sentimientos.

Cuando al fin pudo la marquesa de Boiscoran refugiarse en el coche enviado á su encuentro, se hallaba próxima á desfallecer, destrozada por los esfuerzos inauditos que habia hecho para demostrar á los despiadados curiosos de Sauveterre, una actitud asegurada y un rostro sonriente.

— ¡Qué horrible comedia!.... murmur6 dejándose caer en los cojines.

— Reconoced al menos, señora, que eso era necesario, pronunci6 el señor Folgat. Acabais de conquistar, tal vez, cien personas á vuestro hijo.

Ella no respondi6. Las lágrimas la ahogaban.

¡Cuánto hubiera dado por encontrarse sola en casa, para entregarse libremente á todas las cobardías de su dolor y de sus angustias maternas!

Nunca trayecto alguno le había parecido tan insoportablemente largo como el que separa la estación de la calle de la Rampa. Lanzado á todo escape, el caballo sacaba chispas con los cascos; le parecía que no avanzaba...

Al fin, el coche acabó por detenerse.

El criado ya había saltado á tierra, y daba vuelta al picaporte de la portezuela, diciendo:

— ¡Hemos llegado!

Ayudada del señor Folgat, bajó la señora de Boiscoran, y su pie tocaba apenas el piso de la calle, cuando la puerta de la casa se abrió y la señorita Dionisia se arrojó en sus brazos, tan muerta por la emoción, que á penas pudo decir:

— ¡Oh madre mía! madre querida, ¡qué horrible desgracia!...

En la sombra del corredor, caminaba el señor de Chandoré, que se había levantado al mismo tiempo que su nieta.

— ¡Entrad, dijo á aquellas infelices, no permanecáis allí...! Detrás de todos los postigos de las ventanas brillan ya los ojos que nos espían.

Entraron en el salón.

Positivamente el señor Folgat se encontraba embarazado de su persona.

Ninguno parecía apercibirse de su individuo.

Había seguido, sin embargo, y entró en el salón en donde de pie cerca de la puerta, contemplaba mudo las emociones de todos, observando alternativamente á la señorita Dionisia, al señor de Chandoré y á las señoritas de Lavarande.

La señorita Dionisia iba á cumplir los veinte años. No podía decirse que era notablemente hermosa, pero era difícil olvidarla cuando se le había visto una vez. Pequeña de estatura, era la gracia misma, y cada uno de sus movimientos traicionaba alguna rara y exquisita perfección.

Con sus cabellos negros, de una maravillosa abundancia; tenía los ojos azules y el tinte de una rubia de los pueblos del Norte, un tinte cuya deslumbrante blancura, hacía aparecer amaril las todas las comparaciones imaginadas por los poetas, el lirio, la nieve, la leche...

En ella todo expresaba una angelical dulzura y la más excesiva timidez. Sin embargo, los pliegues de sus labios y el movimiento de sus cejas dejaban sospechar una gran energía.

Al lado de ella el abuelo Chandoré admira-

ba por su elevada estatura y sus anchas y poderosas espaldas.

Setenta y dos años no habían abatido sus hombros de hércules, y parecía hecho para desafiar todas las tempestades de la vida.

Lo que había sobre todo de singular, era el tinte rojo color de ladrillo, uniformemente carmesí, un tinte de viejo jefe mohicano, que hacia parecer más dura y más cruda su barba, sus cejas y sus cabellos blancos.

Su fisonomía, á pesar de todo, expresaba una bondad casi infantil. Pero no era preciso verlo dos veces para comprender que era poco prudente fiarse de la sonrisa benigna que vagaba en sus carnosos labios. Y ciertas chispas que brillaban en el fondo de sus ojos grises, daban á entender, por ejemplo, que hubiera pasado un desagradable cuarto de hora entre sus manos el que se hubiera permitido ofender á la señorita Dionisia.

En cuanto á las tías Lavarande, largas y delgadas como una rama de sauce, pálidas, discretas, de una reserva y frialdad ultra-aristocrática, tenían esa fisonomía plácida y la expresión de sensibilidad propias de las solteras cuyo celibato no ha agriado sus ilusiones. Tenían una «toilette» absolutamente igual, según una costumbre de cuarenta años,

«toilette» de color indeciso, modesta como toda su persona.

Lloraban en aquel momento, y el señor Folgat se preguntaba de qué sacrificio no serían capaces para evitar las lágrimas de su sobrina. . .

¡—Pobre Dionisia! . . . murmuraban.

La joven las escuchó é irguiéndose de repente, y rompiendo el pesado silencio que reinaba desde hacia un rato.

—¡Pero nuestra conducta es indigna! . . . exclamó. ¡Qué diría Santiago, si desde el fondo de su prision le fuera posible el vernos! ¡Para qué afligirnos! ¡Es acaso culpable! . . .

Sus ojos brillaban de un modo extraordinario, su voz tenía vibraciones que turbaron el fondo del alma del señor Folgat.

—Puedo al ménos, hacerme justicia, prosiguió, por no heber dudado de él ni un segundo. ¡Cuánto me habría avergonzado la duda!

La tarde misma del incendio de Valpinson, Santiago me ha escrito una carta de cuatro páginas, que me ha enviado con uno de sus arrendatarios y que he recibido á las nueve de la noche. . . . Le enseñé á mi abuelo esa carta, la leyó y al momento ha exclamado que tenía yo mil veces razón y que jamás un hombre meditando un crimen habría escrito así.

—Lo he dicho y lo creo, aprobó el señor de

Chandoré, y todo hombre sensato estará de acuerdo conmigo, solamente....

Pero su nieta no dejó de acabar.

—Es, pues, evidente, interrumpió, que Santiago es víctima de alguna intriga abominable que debemos deshacer. Basta de llorar, es preciso que hagamos....

Y dirigiéndose á la señora de Boiscoran:

—Para ayudarnos en esa obra de salvacion, querida madre, es por lo que os he llamado....

—Y aquí me teneis, dijo la marquesa, no ménos segura que vos, querida niña, de la inocencia de mi hijo....

Sin duda estaba reflexionando el señor de Chandoré, porque interviniendo:

—¿Y el marqués? preguntó.

—Mi marido se quedó en Paris.

El viejo hizo un gesto de lo más significativo.

—¡Ah! ¡lo sabia bien!... exclamó. Nada lo conmoveria. Su hijo único es ebaramente acusado de un crimen, detenido, incomunicado en la prision.... Se le previene, creyendo que vá á acudir.... ¡Error! Que su hijo se las componga como pueda. El se quedó vigilando su loza.... ¡Ah! ¡si yo tuviera todavia mi hijo....

—Mi marido, señor, protestó la marquesa, cree que le es más útil á Santiago permane-

ciendo en Peris. Tal vez haya encargos que hacerle....

—No está ahí el ferrocarril....

—En fin, permaneció la señora de Boiscoran me ha confiado al señor....

Y mastrando al joven abogado, dijo:

—....El señor Manuel Folgat cuya experiencia, talento y adhesion nos son reconocidos....

Presentado ya con tal carácter, el señor Folgat se inclinó.

—Y tengo buena esperanza, dijo, tanto le habia ganado la confianza de la señorita Dionisia. Pero estoy de acuerdo con la señorita de Chandoré. Es preciso obrar sin perder un segundo. Ahora, antes de tomar una linea de conducta, tendré necesidad de conocer exactamente los hechos....

—Desgraciadamente nada sabemos, respondió el señor de Chandoré. Nada, sino que Santiago está incomunicado.

—¡Y bien! nos informaremos. ¿Conoceis la duda, á los magistrados de Sauveterref....

—Muy poco, con excepcion del procurador de la República....

—¿Y el juez encargado de la instruccion?

La mayor de las señoritas de Lavarande se irguió.

—Ese, exclamó, es el señor Galpin Davelire,

un mónstruo de hipocresía y de ingratitud. Se decía amigo de Santiago. Y en efecto, Santiago lo quería bastante, para habernos decidido á mi hermana y á mí, á conceder á ese juececillo la mano de una de nuestras primas, una Lavarande... ¡Pobre niña! cuando supo la espantosa verdad: Oh! Dios mío! exclamó, gracias por haberme evitado la vergüenza de ver la mujer de tal hombre!

—En efecto, agregó la otra vieja señorita, si todo Sauveterre cree á Santiago culpable, es que cada uno se ha dicho: el que es su juez es también su amigo.

El señor Fulgat inclinó la cabeza.

—Necesitaria noticias más precisas, dijo: el señor de Boiscoran me ha hablado del corregidor de la ciudad, el señor Seneschal.

El señor Chandoré saltó hácia donde estaba su sombrero.

—En efecto, exclamó, ese es nuestro amigo, y si alguno puede estar bien informado, es él. Vemos á buscarlo... Venid...

Efectivamente, el señor Seneschal era amigo de los Chandoré, lo mismo que de las Lavarande y los Boiscoran.

Por obgato que sea uno, no puede estar sin llegar á querer á las personas, de las que durante veinte años ha sido uno su confidante y su corregidor.

Mucho después de haber vendido su cargo, el señor Seneschal continuaba teniendo la confianza de sus antiguos clientes. Jamás habian tomado una determinacion grave sin haberle consultado. Se dirigian á su sucesor, pero consultando con él antes.

Los servicios, por otra parte eran recíprocos.

La clientela del abuelo Chandoré y del tío de Santiago, habia logrado llevar á más de un campesino aficionado á los pleitos, al estudio del señor Seneschal.

Su apoyo no le habia sido inútil, cuando presa del vértigo de la ambicion, se habia "sacrificado por su pueblo" solicitando la plaza de corregidor y el cargo de consejero general.

También, aquel digno y excelente hombre estaba consternado cuando en la mañana siguiente del incendio de Valpinson entró á Sauveterre.

Estaba tan contristado y descompuesto, que su mujer se alarmó.

—¡Gran Dios! Augusto, exclamó, ¿qué ha pasado?

Augusto era el nombre del señor Seneschal.

—¡Ha sucedido una cosa espantosa! respondió con un acento trágico que hizo estremecer á la señora de Seneschal.

Era una mujer de cuarenta á cincuenta años, muy morena, de corta estatura, gorda,

con un pecho que á duras penas podia sujetar con los corsés que le confeccionaban sus costureras, las señoritas Méchinot, las hermanas del escribano.

Jóven, habia tenido la belleza del diablo.

Conservaba al envejecer, unas mejillas encendidas como una imágen de Epinal, una selva de cabellos negros muy firme y unos dientes admirables.

No habia sido muy feliz.

Su vida se habia consumido con el deseo de tener un niño, que la dicha no le concedió.

—Lo que debe, decia, parecer inexplicable á las personas que nos conocen al señor Seneschál y á mi, es que ha pasado por uno de los más hermosos hombres de Sauveterre y yo he disfrutado siempre de una salud excepcional.

Y después, fueran ó no de su intimidad, se ocupaba con aquel motivo de los detalles más delicados, refiriendo sus decepciones y las de su marido, las perigrinaciones hechas por ella, el nombre de los médicos con los cuales habian consultado, cuántos meses habia pasado á la crilla del mar, alimentándose casi exclusivamente con pescado, que no le gustaba.

Nada habia logrado; sus esperanzas se desvanecieron con los años; se habia resignado y la peradumbre de sus deseos se convirtió

en una especie de melancolía que alimentaba con novelas y poesías.

Siempre tenia una lágrima para el momento de todos los infortunios y algunas palabras de consuelo para todos los dolores.

Su caridad era proverbial.

Jamás una mujer próxima á salir de su cuidado, se habia dirigido inútilmente á su corazón.

Aquello no le impedía ser una ama difícil de engañar, llevando á su casa en orden, dirigiendo una legía ó disponiendo una comida, mejor que cualquiera dama de Sauveterre.

Así es que con sollozos escuchó el relato que le hizo su marido de los acontecimientos de la noche,

Y cuando hubo concluido:

—Esa pobre Dionisia, dijo, puede morir de dolor. En tu lugar, iria al momento á la casa del señor Chandoré, y con las maneras más convenientes le haria saber esta funesta noticia...

—Me guardaré muy bien de hacerlo, exclamó el señor Seneschal, y te prohibo expresamente, que vayas....

Como no era un héroe de estoicismo, habria, si hubiese tenido valor, tomado el ferrocarril y caminado cien leguas, por no ser testigo del dolor del abuelo Chandoré y de las tias

Lavarande, sobre todo, de la desesperacion de Dionisia, á la que profesaba particularmente afeccion, cuidándola desde hacia muchos años y redondeando su dote con el mismo interes que si se tratara de su hija.

No sabia qué debía creer, é influenciado por la seguridad del señor Galpin Daveline y desorientado por el desencadenamiento de la opinion pública, llegaba á preguntarse si Santiago verdaderamente cometió los crímenes de que lo acusaban.

Sus ocupaciones, por fortuna, debian ser aquel dia muy numerosas para que lo dejaran entregarse á las reflexiones.

Tuvo que arreglar el tras porte de los restos informes del tambor Bolton y el pobre Guillebault.

Debía recibir á la madre del uno y á la mujer del otro, escuchar sus lamentaciones, procurando consolarlas; prometer á la primera una pequeña pensión, y afirmar á la segunda, que haria por obtener, para el mayor de sus hijos, una beca en el colegio de Sauveterre ó en el Seminario de Pons.

Le fué preciso además, dar sus órdenes, para que llevaran con todas las precauciones necesarias á los heridos del incendio, al gendarme y al campesino.

Después tuvo que buscar una casa para el

conde y la condesa de Claudieuse, y le costó mucho trabajo encontrarla.

En fin, una buena parte de la tarde la empleó en una violenta discusion con el doctor Seignebois.

El doctor pretendia, en nombre, de la ciencia ultrajada, ed nombre de la justicia y de la humanidad, reclamaba la prision inmediata Cocolé, ese miserable cuyo testimonio inconsciente habia sido la base de la prevencion. Exigia, golpeando con su puño la mesa, que aquel idiota epiléptico fuera conducido al hospital y secuestrado como medida administrativa, para ser ulteriormente sometido al exámen de hombres de saber.

Por mucho tiempo el corregidor habia resistido á esas pretensiones, que le parecian exorbitantes, pero el señor Seignebois habia hablado tan alto y tan firme, que al fin habia enviado dos gendarmes á Bréchy con órden de conducir á Cocolé.

Regresaron algunas horas después con las manos vacias. El idiota habia desaparecido. Nadie habia podido dar de él noticias en la poblacion.

—¿Encenrais eso natural? habia exclamado el doctor Seignebois, cuyos ojos brillaban bajo sus anteojos. Por lo que á mí me toca, veo la

prueba irrecusable del complot organizado para perder al señor de Boiscoran.

—Pero ¡con un diablo! estad tranquilo, respondió con fiama el señor Seneschal. Cocolé no está perdido, se le encontrará.

El médico se retiró sin insistir, pero antes de irse á su casa, fué al casino, y allí en presencia de más de veinte personas, dijo que habia adquirido la prueba de que Santiago de Boiscoran era víctima de sus opiniones avanzadas, que los monarquistas no le perdonaban el haber desertado de sus filas, y que ciertamente los jesuitas no eran extraños en aquel asunto.

Esa intervencion debia ser más perjudicial que útil á Santiago y los resultados no se hicieron esperar.

Aquella misma tarde cuando el señor Galpin-Daveline atravesaba la plaza del Mercado nuevo, fué silbado y lleno de ultrajes.

Como era natural, el juez de instruccion se puso furioso; se dirigió á la casa del corregidor y le participó el insulto hecho á la justicia en su persona, reclamando la más enérgica represion.

El señor Seneschal prometió tomar las medidas necesarias y se fué á la casa del señor Daubigeon, el procurador de la República, para ponerse con él de acuerdo.

Allí supo lo que habia pasado á Boiscoran y el resultado terrible del interrogatorio.

Regresó á su casa muy triste, desconsolado de la situacion de Santiago, muy inquieto del color político que tomaba aquel negocio.

Con tales preocupaciones habia pasado una mala noche, y se levantó de un humor tan detestable, que ni su mujer se habia permitido dirigirle la palabra.

Las cosas no estaban scabadas. A las dos en punto debia tener lugar el entierro de Bolton y de Guillebault, habiendo prometido al capitán Parenteau que asistiera, con su cinta de luto á la cabeza de una parte del consejo municipal.

Acababa de dar la orden de que prepararan su traje de ceremonia, cuando su criado le anunció la llegada del señor de Chandoré con otro señor....

—¡Solo eso me faltaba!.... exclamó.

Pero reflexionando:

—Tarde ó temprano la escena habia de tener lugar.... ¡Que entren!....

El señor Seneschal era demasiado bueno para conmovirse ántes de tiempo y de prepararse contra una desgarradora explosion de dolor.

Se quedó estuperfato del aire garboso con que el señor de Chandoré le presentó á su compañero.

—El señor Manuel Folgat, mi querido Seneschal, uno de los abogados de más renombre en París, que se ha dignado acompañar á la marquesa de Boiscoran, llegada esta mañana.

—Soy extranjero en esta población, señor corregidor, dijo el señor Folgat; ignoro las ideas, las costumbres, los usos, los intereses, las preocupaciones, todo en fin, y temeria cometer un gran disparate si no tuviera un consejero experimentado, hábil, seguro... los señores de Boiscoran y de Chandoré me han hecho confiar en que vos seriais ese consejero...

—Seguramente, señor, y de todo corazón, respondió el señor Seneschal, inclinándose visiblemente satisfecho de la deferencia del abogado de París.

Acercó unas sillas á sus huéspedes. También él tomó asiento y con el codo apoyado en el brazo de un sillón de cuero, se acariciaba con la mano su barba acabada de rasurar.

—El negocio es grave, señores, pronunció al fin.

—Una acusación criminal lo es siempre, dijo el señor Folgat.

—¡Demonio! señores, exclamó el señor de Chandoré, dudais, pues, de la inocencia de Santiago?...

El señor Seneschal no respondió, no. Se ca-

lló buscando esas atenuaciones convenientes de que le habló su mujer, la vispera.

—¡Cómo imaginarse, comenzó al fin, las ideas que pueden germinar en un cerebro de veinticinco años, exaltado por el recuerdo de ciertas ofensas!... La cólera es una péfila consejera.

El abuelo Chandoré no pudo escuchar más tiempo:

—De qué cólera me hablais, interrumpió, y cómo encontrarais sus huellas en este negocio de Valpinson... Solo veo el más cobarde de los crímenes, mucho tiempo premeditado y friamente ejecutado....

El corregidor inclinó gravemente la cabeza.

—No sabeis lo que ha pasado, dijo.

—Señor, dijo el señor Folgat, con la esperanza de saberlo, hemos venido á veros.

—Sea, dijo el señor Seneschal.

En seguida, con la lucidez de un viejo abogado que tenia la costumbre de desenredar los hilos más intrincados de un proceso, expuso los hechos de que habia sido testigo en Valpinson, y de lo que el procurador de la República le dijo haber pasado en Boiscoron.

Y terminando:

—En fin, concluyó, ¿sabeis lo que me ha di-

cho Daubigeon, de cuyo testimonio no sospecharéis! Me ha hablado en estos términos: "Daveline no podía ménos que hacer aprehender al señor de Boiscoran. ¿Es culpable? No sé qué pensar. Los cargos son terminantes, Jura, por su Dios, que es inocente; pero se rehusa á dar á conocer el empleo de la noche..."

El señor de Clандoré, un hombre tan robusto, pareció próximo á desfallecer, aunque su fisonomía conservaba los tonos carmesí, que ninguna emoción podía hacerle palidecer,

—¿Que va á decir Dionisia, Dios mío... murmuró

Después más alto, dirigiéndose al señor Folgat:

—Y sin embargo, dijo, Santiago tenía ciertamente proyectos para esa noche.

—¿Lo creéis, señor?

—Estoy seguro. Sin eso, habría estado en la casa como todas las noches, desde hacia un mes.... El mismo lo había dicho ántes en la carta que envié á Dionisia con uno de sus arrendatarios, esa carta es de la que os ha hablado... Escribió: "En el fondo de mi corazón maldigo el negocio que me impedirá pasar la noche cerca de vos, pero me es imposible retardarlo. Hasta mañana..."

—Lo veis.... exclamó el señor Seneschal.

—Tal es esa carta, continuó el viejo, que es imposible, lo repito, que un hombre meditando un odioso crimen, haya pensado en escribirla. Por lo tanto, á vos puedo confesarlo, cuando supe la funesta noticia, esa circunstancia de un negocio urgente me impresionó penosamente.

Pero el joven abogado parecia estar bien lejos de convencerse.

—Es claro, pronunció, que el señor de Boiscoran no quiere que se sepa á donde ha ido.

—Ha mentido, señor, insistió el señor Seneschal, ha comenzado por negar haber tomado el camino donde los testigos lo han encontrado.

—Naturalmente, porque quiere ocultar el lugar á donde fué.

—Sí, es verdad, ¡pero parece bien extraño!

—Todavía hay algo extraño.

—Dejarse acusar de asesinato ó incendio, cuando es inocente...

—Ser inocente y dejarse condenar es todavía más sério. Sin embargo, se sabe de algunos ejemplos.

El joven abogado se expresó con ese acento imperioso y breve que formaba parte de los privilegios de su profesion, y con tal certi

dumbre, que el señor de Chandoré pareció enacer á la vida.

El señor Seneschal parecia estar muy fastidiado.

—¿Que pensair, pues, señor! preguntó

—Que el señor de Boiscoran debe ser inocente, respondió el joven abogado,

Y sin dar lugar á que lo interrumpieran:

—Es, dije, la opinion de un hombre en cuyo juicio no influye ninguna consideracion. He llegado sin idea preconcebida, sin conocer al señor de Claudieuse ni al señor de Boiscoran. Se ha cometido un crimen, me dicen las circunstancias y al momento reconozco que las razones mismas que han hecho arrestar al acusado, me servirán para ponerlo en libertad.

—¡Oá!

—Voy á explicarme. Si el señor de Boiscoran es culpable, ha mostrado, por la manera con la cual recibió al señor Galpin-Daveline, un poder sobre sí increíble, y un incomparable talento de comediante, Entonces, si es culpable, es muy fuerte...

—Sin embargo...

—Permitidme. Si es culpable, ha dado pruebas en su interrogatorio, de una ausencia de sangre fría ineigne, y permitiéndome la fra

se, de una imbecilidad sia nombre... Entonces, si es culpable, es débil...

—Pero....

—Perdonadme, voy á terminar. ¿El mismo hombre puede ser á la vez tan fuerte y tan débil? Decidid. Hay todavía más. Si el señor de Boiscoran es culpable, á Charenton y no al presidio habrá que mandarlo, porque cualquiera que no sea loco, tira el agua donde se lavó las manos negras por el carbon y entierra en cualquier parte su fusil Klebb, que la prevencion ha blandido victoriosamente...

—Santiago está salvado!... exclamó el señor de Chandoré.

El señor Seneschal estaba ménos dispuesto á entusiasmarse.

—Eso es dudoso, dijo. Desgraciadamente se necesita otra cosa que una deducción, por lógica que sea, para los jueces que tienen las manos llenas de pruebas...

—Se encontrarán otras todavía más fuertes.

—¿Qué pensáis hacer?

—No lo sé.... Acabo de decir mi primera impresion; ahora, es preciso que estudie el negocio, que interrogue á las gentes, comenzando por el viejo Antonio...

El señor de Chandoré se habia levantado.

—Podemos estar en Boiscoran dentro de una hora, dijo. ¿Debo mandar á buscar mi cochef

—Lo más pronto será lo mejor, respondió el joven abogado.

Encomendado de esa comision el criado del señor Seneschal, estuvo de vuelta antes de un cuarto de hora, anunciando que el coche esperaba en la puerta.

Los señores de Chandoré y Folgat tomaron asiento, y mientras se instalaban:

—Sobre todo, recomendó el corregidor al abogado parisiense, sed prudente y circunspecto... Ya este negocio ha apasionado demasiado á la opinion... Se ha mezclado la política... Temo una manifestacion en el entierro de los bomberos; se ha anunciado que el doctor Seignebois pronunciará un discurso en el cementerio. Vamos, ¡buen éxito!

El cochero azotó al caballo, y mientras que el coche rodaba por el extenso boulevard de las Damas:

—No me explico, decía el señor de Chandoré, que Antonio no haya venido á encontrarme después de la prision de su amo. ¡Qué le habrá sucedido?

IV

El caballo del señor Seneschal era tal vez uno de los mejores de los alrededores, pero el del señor de Chandoré era todavía mejor.

En menos de cincuenta minutos franquearon los trece kilómetros que separan á Boiscoran de Sauveterre.

Cincuenta minutos, durante los cuales los señores de Chandoré y Folgat no cambiaron cincuenta palabras:

Cuando llegaron, el patio del castillo de Boiscoran estaba silencioso y desierto. Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas.

En los peldaños de la escalera estaba sentado un robusto joven campesino que á la vista de aquellas personas se levantó, llevando la mano á su gorra de lana.

—Lo más pronto será lo mejor, respondió el joven abogado.

Encomendado de esa comision el criado del señor Seneschal, estuvo de vuelta antes de un cuarto de hora, anunciando que el coche esperaba en la puerta.

Los señores de Chandoré y Folgat tomaron asiento, y mientras se instalaban:

—Sobre todo, recomendó el corregidor al abogado prisiense, sed prudente y circunspecto... Ya este negocio ha apasionado demasiado á la opinion... Se ha mezclado la política... Temo una manifestacion en el entierro de los bomberos; se ha anunciado que el doctor Seignebois pronunciará un discurso en el cementerio. Vamos, ¡buen éxito!

El cochero azotó al caballo, y mientras que el coche rodaba por el extenso boulevard de las Damas:

—No me explico, decía el señor de Chandoré, que Antonio no haya venido á encontrarme después de la prision de su amo. ¡Qué le habrá sucedido?

IV

El caballo del señor Seneschal era tal vez uno de los mejores de los alrededores, pero el del señor de Chandoré era todavía mejor.

En menos de cincuenta minutos franquearon los trece kilómetros que separan á Boiscoran de Sauveterre.

Cincuenta minutos, durante los cuales los señores de Chandoré y Folgat no cambiaron cincuenta palabras:

Quando llegaron, el patio del castillo de Boiscoran estaba silencioso y desierto. Las puertas y ventanas estaban herméticamente cerradas.

En los peldaños de la escalera estaba sentado un robusto joven campesino que á la vista de aquellas personas se levantó, llevando la mano á su gorra de lana.

—¿Dónde está Antonio? le preguntó el señor de Chandoré.

—Arriba, señor baron.

El viejo gentilhomme trató de abrir la puerta, que resistió.

—¡Oh! señor, Antonio está atrincherado por dentro, dijo el campesino.

—¡Singular idea! agregó el señor de Chandoré llamando con el puño de su bastón.

—¿Quién va!... exclamó la voz de Antonio.

—¡Soy yo, demonio! el baron de Chandoré. Con gran ruido fueron retiradas las barras, presentándose el viejo camarista.

Estaba pálido y descompuesto. El desorden de su barba, de sus cabellos y de su traje daba á conocer bastante que no se había acostado. Aquel desorden era muy significativo de parte de un hombre que, en todas circunstancias, ponía su amor propio en arreglarse irreprochablemente como un gentleman.

El señor de Chandoré se sorprendió mucho.

—¿Qué te pasa, mi buen Antonio? preguntó.

En lugar de responder, el viejo servidor hizo entrar al baron y á su compañero.

Después, cerrando las puertas y cruzándose de brazos,

—Tengo, respondió con acento extraño, miedo.....

El viejo gentilhomme y el abogado se miraron.

—Este desgraciado, pensaron, ha perdido el juicio.

Antonio comprendió, porque con mucha viveza:

—¡No! no estoy loco, dijo, aunque á decir verdad han pasado aquí tales cosas, que puede uno preguntarse si tiene todo su buen sentido!... Si tengo miedo, no faltan para ello motivos!...

—¿Dudarias de vuestro amo? preguntó el señor Folgat.

Fué tan amenazadora la mirada que el honrado criado dirigió al que le preguntaba, que en seguida intervino el señor de Chandoré.

—Mi querido Antonio, dijo, el señor es un amigo, un amigo adicto, un abogado llegado de Paris con la marquesa de Boiscoran para defender á Santiago. No solamente no debes desconfiar de él, sino que debes decirle todo lo que sepas, todo absolutamente, aun cuando...

El rostro del digno servidor se tranquilizó.

—¡Ah! el señor es abogado!... exclamó. Que sea bien venido. Ya puedo decir todo lo que tengo en el corazón... No, con seguridad creo que el señorito Santiago no es culpable,

es imposible que lo sea, es estúpido pensar en que pueda serlo.... Pero lo que creo, de lo que estoy seguro, es de que hay un complot para echarle la responsabilidad de los crímenes de Valpinson....

—¡Un complot!..... interrumpió el señor Esclat, ¿para qué, cómo, con qué objeto?....

—¡Ah!.... eso es lo que ignoro. Pero no me equivoco, y pensaríais como yo si hubiérais asistido al interrogatorio.... Fué espantoso, señores, fué increíble, hasta el punto que yo, estando como desvanecido, tuve un momento en que dudé de mi amo y le aconsejé que huyera.... No, jamás se han oído cosas parecidas. Todo estaba en su contra... Cada una de sus respuestas era como una confesión. Ha habido un crimen en Valpinson.... lo han visto ir y volver por senderos extraviados. Han prendido el fuego: el agua en que se lavó las manos estaba negra por el carbon. Han disparado dos tiros de fusil... han encontrado uno de sus cartuchos cerca del lugar donde el señor de Claudieuse ha sido herido. Entonces fué cuando comprendí que existía un complot. ¿Es posible, en efecto, que todas las circunstancias fueran tan exactamente ajustadas si no hubieran sido preparadas con tanta anticipación, calculadas y dispuestas?... Ese pobre señor Daubigeon tenía las lágrimas en

los ojos, y ese que "en todo se mezcla," Méchinot, el escribano, estaba también confundido. No había, al parecer, contento, más que ese maldito del señor Galpin-Daveline, pues él era el juez que interrogaba. ¡El, el amigo del señor! Un hombre que á cada momento venía aquí á comer nuestro pan, á dormir en nuestras camas, á tirarle á nuestra caza. Llegó á arrodillarse delante del señor, para obtener la mano de la sobrina de las señoritas de Lavarande. Entonces era "mi buen Santiago" por aquí, "mi querido Boiscoran" por allá, y tantas protestas de lisonjas de no acabar: pues llegó hasta el punto de decirme á mí mismo, repetidas veces, que una mañana encontraría los botines del señor limpiados por él. ¡Ah! él ha tomado su revancha ayer en la mañana, era necesario ver el aire con que le decía al señor: "Ya no somos amigos." ¡Bandido!.... no, no somos amigos; y si el buen Dios fuera justo, tendría en el vientre los dos tiros de fusil que han disparado sobre el señor de Claudieuse y no los podría digerir.

La impaciencia del señor de Chandoré era grande.

Antonio guardó silencio por un instante para tomar aliento.

—¿Por qué, dijo el baron, no habéis ido á contarme todo eso en seguida?

El viejo servidor se permitió alzar los hombros.

— ¡Acaso podía hacerlo! dijo. Cuando el interrogatorio hubo acabado, el Galpin ha puesto los sellos por todas partes, bandas de tela fijadas con cera, como se pone en casa de los muertos. ¡Oh! las han puesto en todas las aberturas, y en algunas hasta dos. En la puerta exterior han sido tres. Después me ha dicho que me constituía guardián, que tendría una retribución por eso; pero que el presidi me esperaba si alguno tocaba los sellos tan solo con la punta del dedo. Después de haber entregado al señor con los gendarmes, abajo, el Galpin partió, dejándome solo aquí, embotado como un hombre que hubiera recibido un martillazo en la cabeza. . . . Por lo tanto, habría ido á encontrar al señor barón, si no fuera por una idea que me ha venido y que me ha hecho estremecer.

El abuelo Chandoré dió con el pie en el suelo.

— ¡Al hecho! . . . dijo. ¡al hecho! . . .

— Voy á eso. Es preciso que los señores sepan que en el interrogatorio ha sido motivo de muchas preguntas el fusil Klebb, que el señor llevaba la noche del incendio. El Galpin ha manejado el fusil y luego ha preguntado al señor cuándo ha hecho fuego con él por la úl-

tima vez. El señor respondió que hacía cinco días. . . Comprendéis lo que digo: cinco días. Después, mi Galpin ha puesto el fusil en su lugar sin haberlo examinado.

— ¡Y bien? dijo el señor Folgat.

— ¡Y bien! señor, yo, Antonio, hablo la antevíspera—digo bien; la antevíspera había lavado y limpiado el fusil del señor . . .

— ¡Caracoles! . . . Exclamé el señor de Chandoré, ¿cómo no habías dicho eso antes, Antonio? . . . Si los cañones es án limpios, es la prueba irrecusable de que Santiago es inocente! . . .

El viejo servidor movió la cabeza.

— Es verdad, dijo, pero . . . ¿los cañones están limpios?

— ¡Oh!

— El señor pudo haberse equivocado en la fecha de su último tiro de fusil y entonces los cañones estarían engrasados, y en lugar de salvarlo mi declaración lo habría perdido definitivamente. . . . Antes de hablar, es preciso estar seguro.

— Si, aprobó el señor Folgat, habeis hecho bien en callar, y os aconsejaré demasiado que á ninguna persona del mundo le habléis de esta circunstancia, que puede llegar á ser para la defensa de un argumento decisivo.

— ¡Oh! me callaré la boca, señor, solamente

debeis comprender el mal efecto que me han causado esos sellos que me impiden el ir á asegurarme del estado del fusil.... ¡Oh! si me hubiera atrevido á romperlos....

—¡Desgraciado!

—He tenido la idea, pero me he contenido. Solamente que he pensado que esa idea otros podian tenerla. Los pícaros que han organizado ese complot abominable contra el señorito Santiago, son capaces de todo, ¿no es así?... ¿Porqué no habian de venir de noche á romper los sellos?... He colocado al quintero de guardia en el jardin, bajo las ventanas, he puesto á su hijo de servicio en el patio y yo he permanecido de centinela delante de los sellos, con armas en la mano.... ¡Los bandidos podrian venir y tendrian con quien hablar!

Aunque digan, los abogados valen más que su reputacion. El primero que derramare una lágrima en la representacion de un drama bien triste, será siempre un dramaturgo, un hombre del oficio que conoce todos los hilos y todos los secretos.

El abogado, tan acusado de excecpticismo es por excelencia crédulo y sencillo. Se apasiona sinceramente, y cuando piensa que representa la comedia, es de buena fé. Las más veces gana en su espíritu la causa detestable que defiende, y la pierde delante de los jueces.

De hora en hora, despues de su llegada á Sauveterre, el señor Folgat se habia penetrado de la inocencia de Santiago de Boiscoran, y el relato del viejo Antonio, no era para destruir sus convicciones.

No admitia la existencia de un complot. Pero no estaba lejos de creer en el audaz cálculo de algún pícaro, aprovechando las circunstancias conocidas por él solo, para hacer caer el castigo de su crimen sobre el señor de Boiscoran.

Tenia otras muchas explicaciones que preguntar, pero era difícil obtenerlas de Antonio en el estado febril de exaltacion en que se encontraba.

Interrogar á aquel hombre, por dispuesto que estuviera á hablar, no era fácil.

Si no se tiene en este caso una gran sangre fría, mucho cuidado y un método imperturbable, hay el gran peligro de pasar al lado del hecho más importante que recoger.

Despues de un momento:

—Mi buen Antonio, replicó el señor Folgat, no podré sino alabar bastante vuestra conducta en todo este negocio..... Estamos lejos de haber acabado. Solamente que como no he tomado nada desde ayer en Paris, y he oído dar las doce....

El señor de Chandoré se dió una palmada en la frente.

—¡Ah! ¡qué viejo tan olvidadizo soy!... interrumpió. ¡Cómo no os he ofrecido nada! Por lo tanto me excusareis, no es verdad, estando tan trastornado!... Antonio, ¿qué tienes que servirnos?

—El quintero tiene huevos, ganso en conserva, jamón....

Lo más pronto será lo mejor, dijo el joven abogado.

—¡Antes de veinte minutos los señores estarán á la mesa! exclamó el digno servidor.

Y se lanzó fuera, mientras el señor de Chandoré hacia entrar al señor Folgat en el salón.

El pobre abuelo hacia un llamamiento á toda su energía para guardar una continencia asegurada.

—Esta circunstancia del fusil, dijo, es la salvación; verdad?

—Tal vez, respondió el joven abogado.

Guardaron silencio: el abuelo pensaba en el dolor de su nieta, y maldecía el día en que abriendo su casa á Santiago, la habia abierto á tan crueles angustias; el abogado clasificando en su espíritu los hechos que habia recogido y preparando las preguntas que deseaba hacer todavía.

Estaban el uno y el otro tan profundamente sumergidos en sus reflexiones, que se estremecieron cuando Antonio se presentó diciendo:

—¡Los señores están servidos!

La mesa estaba colocada en el comedor, y habiendo tomado asiento los dos convidados, el honrado criado se quedó de pié, cerca de ellos, con la servilleta en el brazo, cuando el señor de Chandoré le interpeló:

—Poned otro cubierto, Antonio, dijo, y almorzad con nosotros....

—¡Oh!... señor, murmuró el pobre hombre, señor baron....

—Tomad asiento, insistió el señor de Chandoré; comiendo con nosotros hareis pasar el tiempo; un servidor como vos, forma parte de la familia....

Antonio obedeció, confuso, pero rojo de placer por el honor que se le hacia, porque el baron de Chandoré no pecaba por exceso de familiaridad.

El jamon y los huevos facilitados por el quintero estaban despachados.

—Ahora, replicó el señor Folgat, volvamos á nuestro negocio, vos, mi querido Antonio, con calma, recordad que si no conseguimos la libertad del señor Don Santiago, vuestras respuestas serán los elementos de mi defensa!

¿Cuáles eran las costumbres del señor de Bois-
coran?

—Aquí, señor, en verdad que no las tenía.
¡Veníamos tan rara vez y por tan poco tiempo!

—No importa, ¿cuál era su género de vida?

—Se levantaba tarde, se paseaba mucho, ca-
zaba algunas veces, dibujaba, leía.... porque
el señorito es un gran lector; ama tanto los li-
bros, como el señor marqués la porcelana....

—¿A quiénes recibía?

—Al señor Galpin Daveline con más fre-
cuencia; al doctor Saignebos, al cura de Bré-
chy y los señores Seneschal y Dabigeon....

—¿Cómo pasaba las noches?

—En la casa del señor baron de Chondoré,
que está aquí y puede asegurarlo.

—¿No tenía otras relaciones en la población?

—¿No le conociste alguna..... buena ami-
ga!....

Antonio hizo un gesto pudibundo.

—Oh!.... señor, pronunció, señor, no sa-
beis pues que el señor era prometido de la se-
ñorita Dienisia!....

El baron de Chandoré no había nacido ayer,
lo que se complacia en decir.

A pesar de lo muy interesado que estaba, se
levantó.

—Tengo necesidad de tomar el aire, dijo.

Y salió, comprendiendo que en su calidad
de abuelo de Dionisia, podía detener la verdad
en los labios de Antonio.

—Hé aquí á un hombre de *esprit*, pensó el
señor Folgat.

Y más alto:

—Puesto que estamos solos, mi buen Anto-
nio, replicó, hablemos claramente. ¿El señor
de Boiscoran tenía alguna querida en la pobla-
cion?

—No, señor.

—¿Ni la ha tenido nunca?

—Nunca. Os dirán tal vez que la tuvo en el
tiempo en que veía con placer á la Fougerou-
se, una gran rubia, la hija de un molinero que
vivía cerca de aquí, y en las mañanas venía
al castillo con más frecuencia de la que nece-
sitaba, ya con un pretexto, ya con otro.....
Pero eran puras niñerías. Por otra parte, han
pasado ya cinco años y desde hace tres, la
Fougerouse se casó con un salinero de los al-
rededores de Marennes.

—¿Estais bastante seguro de lo que decis?

—Como de que existo. Y el señor estaría
tambien seguro si conociera la población como
yo y la lengua infernal de la gente. No vale la
astucia que se tenga, ni las precauciones; de-
saffio á un hombre á que hable tres veces con

una mujer, sin que lo sepa todo el mundo. En París, no digo...

El señor Folgat fijó el oído.

—¿Ha tenido, pues, alguna cosa en París?... preguntó.

Pero Antonio vaciló.

—Es que, balbuceó, los secretos de mi amo no me pertenecen, y después del juramento que le he hecho....

—De vuestra franqueza depende tal vez la salvación de vuestro amo, interrumpió el joven abogado; estad seguro de que no os pesará el haber hablado....

Algunos segundos todavía el honrado servidor permaneció indeciso; después:

—¡Y bien! comenzó, el señor ha tenido, como suele decirse, una gran pasión....

—¿Cuándo?

—¡Ah! lo ignoro: ya había comenzado cuando entré al servicio del señor; lo que sé es que para recibir á la... persona, había comprado en Passy, en la esquina de la calle de las Vifias, en medio de un inmenso jardín, una hermosa casa que hizo amueblar magníficamente....

—¡Ah!...

—Es un secreto que ni el padre ni la madre del señor han conocido. Y si lo sé es porque el señor, un día que fué á esa casa, se cayó en

la escalera y se dislocó un pie y me hizo que fuera para curarlo. Probablemente compró la casa con su nombre, pero la ocupaba con otro. Se hacía pasar por un inglés, el señor Burnett, y era una criada inglesa quien le servía....

—Y.... la persona....

—¡Ah, señor!, no solamente no la conozco, pero ni sospecho quién pueda ser. ¡Ah señor, tomaba precauciones! Estando aquí para decirlo todo, confesaré que tuve la curiosidad de preguntar á la criada inglesa. Me respondió que no estaba más adelantada que yo, que sabía bien que era una dama, pero que no le había llegado á ver ni siquiera la punta de la nariz. El señor aprovechaba tan diestramente su tiempo, que siempre la criada estaba en la calle cuando la señora llegaba y volvía á salir. Cuando estaba en la calle, el señor y ella se servían solos. Si querían pasearse por el jardín, le daban á la criada una comisión de todos los diablos y la mandaban á Versailles ó á Fontainebleau.

Con un movimiento maquinal que le era familiar, el señor Folgat se arrancó un pelo de su negra barba.

En un instante creía haber encontrado á la mujer, esa inevitable mujer cuya inspiración siempre se encuentra en el fondo de todas las

acciones de un hombre, y hé aquí que decididamente desaparecía.

Porque era en vano que su espíritu alerta, buscara una relación cualquiera, posible si no probable, entre la misteriosa visita de la calle de las Vifias y los acontecimientos de que Valpinson había sido teatro, no descubría ninguna.

Un poco desalentado:

—En fin, mi buen Antonio, replicó, ¿esa gran pasión de vuestro amo, no existe ya sin duda?

—Evidentemente, señor, puesto que el señor Santiago iba á casarse con la señorita Dionisia.

La razón no era tal vez tan perentoria como se lo imaginaba el fiel servidor; pero el joven abogado no hizo ninguna observación.

—Y según vos, prosiguió, cuándo llegó á su fin esa pasión?

—Durante la guerra, el señor y la dama han debido haberse separado, porque él no se quedó en París. Mandaba una compañía de nuestros móviles y aun salió herido de la cabeza, lo que le valió la cruz....

—¿Posee todavía su casa de la calle de las Vifias?

—Lo creo.

—¿Por qué?

—Porque el señor y yo fuimos á pasar ocho días á París, después de los acontecimientos, y una tarde me dijo: La guerra y la Comuna me cuestan bastante. Mi casita ha recibido más de veinte bombas, y se han alojado alternativamente, franco-tiradores, comunistas y soldados. Las paredes están resentidas y no le queda un mueble intacto. Mi arquitecto me dice, comprendiendo todo, que necesitaría gastar más de cuarenta mil francos en reparaciones.

—¡Cómo!, reparaciones.... ¿Esperaba, pues todavía utilizar esa casa?

—En esa época, señor, no se arreglaba aún el casamiento.

—Sea, pero esa circunstancia tiende á probar que ha recibido en esa época á la dama misteriosa y que la guerra no había roto sus relaciones.

—Es posible.

—Y nunca os ha vuelto á hablar de esa dama?

—Jamás....

Se detuvo.

En el vestíbulo se escuchó la voz del señor de Chandoré, con esa afectación de un hombre que se hace anunciar.

Al momento apareció.

—A fe mía, señor, le dijo el joven Folgat in-

dicándole así que su presencia ya no tenía inconveniente, ya me disponía á ir en vuestra busca, temiendo os hubieseis incomodado....

—Os lo agradezco, respondió el viejo gentil hombre, el aire me ha compuesto.

Se sentó y el joven abogado se volvió hácia Antonio.

Volvamos, dijo, al señor de Boiscoran. ¡Cómo pasó el día que precedió al del incendio!

—Como todos los demás días.

—¿Qué hizo antes de salir?

—Comió como de costumbre, con buen apetito. En seguida subió á su departamento, en donde permaneció más de una hora. Bajó con una carta en la mano, que entregó á Miguel, el hijo del arrendatario, para llevarla á Sauveterre, á la señorita Chandoré.

—Precisamente. En esa carta el señor de Boiscoran decía á la señorita Dionisia que era retenido lejos de ella por un asunto imperioso....

—¡Ah!

—¿Tenéis una idea de lo que pueda haber sido ese negocio?

—Ninguna, señor, os lo juro.

—Sin embargo, veamos, ¿podía acaso sin razón el señor Boiscoran privarse del placer de pasar la noche en compañía de su prometida?....

—No, en efecto.

—No puede sin objeto haber dejado de seguir el camino real para lanzarse á través de los pantanos inundados y que lo hayan encontrado en medio del bosque,

El viejo Antonio literalmente se arrancaba los cabellos.

—¡Ah, señor!, exclamó, decís precisamente lo que decía el señor Galpin-Daveline.

—Y lo que dirá desgraciadamente cualquier hombre sensato.

—Lo sé, señor, lo sé demasiado. Y el señor Santiago lo ha sentido tanto, que ha tratado de inventar un pretexto. Pero jamás ha mentido, y teniendo tanto ingenio no ha encontrado sino un pretexto cuyo absurdo salta á los ojos. Dice que ha ido á Bréchy á ver á su comprador de madera....

—¡Y por qué no!... dijo el señor de Chandoré.

Antonio movió la cabeza.

—Porque, respondió, el comprador de madera de Bréchy es un ladrón, y como eso está á la vista de todo el mundo, el señor le volvió la espalda desde hace tres años. Es en Sauveterre donde vendemos nuestros cörtes.

El señor Folgat acababa de sacar de su bolsa una cartera y anotó ciertas indicaciones de

Antonio, fijando ya las principales bases de su defensa.

Hecho eso.

—Ahora, comenzó, llegamos á Cocolé.

—¡Ah! ¡el miserable! exclamó Antonio.

—¡Lo conocéis?

—¡Cómo no lo había de conocer, habiendo pasado casi toda la mayor parte de mi vida aquí, en Boiscoran, al servicio del difunto tío del señor!....

—¡Entonces, qué individuo es, decididamente?

—Un idiota, señor, como lo han dicho, un inocente que padece además, ataques de epilepsia.

—¡Con qué es notoriamente público el hecho de que es un imbécil?

—Sí, señor. Aunque algunas veces he oído que las gentes sostienen que no está tan desprovisto de sentido como se cree, y que hace, como dicen, el burro porque le den salvado...

Entonces el señor de Chandoré le interrumpió.

—Sobre ese asunto, dijo, el doctor Seignebos puede daros las noticias más precisas, porque ha tenido á Cocolé dos años en su casa.

—También tengo la intención de ver al doctor, respondió el señor Folgat, pero ante todo, es necesario encontrar á ese miserable idiota...

—Habeis escuchado al señor Seneschal, señor, ha puesto á los gendarmes en su persecucion.

El viejo Antonio se permitió hacer un gesto.

—Cuando los gendarmes aprehendan á Cocolé, declaró, es porque habrá querido dejarse aprehender.

—¡Queréis hacerme el favor de decirme por qué?

—Porque, señores, no hay otro como ese inocente, que conozca los recodos y rincones de la comarca, los agujeros, malezas y escondrijos, y que con la costumbre que ha tenido de vivir como un salvaje, con frutas, uvas y pájaros, puede en esta estacion permanecer tres meses sin aproximarse á una casa....

—¡Diablo! dijo el señor Folgat desorientado.

—Sólo conozco un hombre capaz de sacar del nido á Cocolé; el hijo de nuestro quintero, Miguel, el muchacho que habeis visto abajo...

—¡Qué venga!.... dijo el señor de Chandoré.

Llamado Miguel, no tardó en presentarse y cuando se le hubo explicado lo que se esperaba de él:

—Hay un medio, respondió, aunque tal vez no muy seguro. Si Cocolé no tiene la razon del hombre, en cambio no carece de la malicia de la bestia... En fin, se hará un ensayo.

Ya nada detenía en Boiscoran á los señores de Chandoré y Folgat.

Después de haber recomendado al viejo Antonio que vigilara bien los sellos y diera, si era posible, un vistazo al fasil de Santiago, cuando la justicia recogiera las piezas de convicción, subieron al coche.

Sonaban las cinco en la catedral de Sauverre, cuando llegaron á la calle de la Rampa.

La señorita Dionisia esperaba en el salon. Se levantó cuando entraron, pálida, con los ojos secos y brillantes....

—¡Cómo! ¡estás sola!... exclamó el señor de Chandoré, ¡te han dejado sola!

—No te enojes, abuelo. Acabo de separarme de la marquesa de Boiscoran que estaba exhausta de fatiga y queria reposar una hora, después de la comida.

—¡Y las tias Lavarande?

—Han salido, abuelo. Deben estar en este momento, en casa del señor Galpin Daveline....

El señor Folgat dió un salto.

—¡Oh!.... dijo.

—¡Pero es una pretension insensata.... exclamó el viejo gentilhombre.

Con una palabra le cerró la boca la joven.

—Soy yo, dijo, quien lo ha querido.



Si, el paso dado por las señoritas de Lavarande era insensato. En el estado en que se encontraban las cosas, ir á buscar al señor Galpin Daveline, era tal vez darle armas para arruinar á Santiago.

Pero la culpa era del señor de Chandoré ó del señor Folgat. Habian cometido una imperdonable imprudencia partiendo para Boiscoran, sin prevenir nada, sin otra precaucion que la de hacer decir por medio del criado del señor Seneschal, que estarian de regreso para la hora de la comida y que no se inquietaran.

¡Que no se inquietaran!.... ¡Y, era á la marquesa de Boiscoran y á la señorita Dionisia, á la madre y á la prometida de Santiago, á quienes se decía eso!....

Ciertamente, en el primer momento, las dos infortunadas conservaron una sangre f.ia

Ya nada detenía en Boiscoran á los señores de Chandoré y Folgat.

Después de haber recomendado al viejo Antonio que vigilara bien los sellos y diera, si era posible, un vistazo al fasil de Santiago, cuando la justicia recogiera las piezas de convicción, subieron al coche.

Sonaban las cinco en la catedral de Sauverre, cuando llegaron á la calle de la Rampa.

La señorita Dionisia esperaba en el salon. Se levantó cuando entraron, pálida, con los ojos secos y brillantes....

—¡Cómo! ¡estás sola!... exclamó el señor de Chandoré, ¡te han dejado sola!

—No te enojés, abuelo. Acabo de separarme de la marquesa de Boiscoran que estaba exhausta de fatiga y queria reposar una hora, después de la comida.

—¡Y las tías Lavarande?

—Han salido, abuelo. Deben estar en este momento, en casa del señor Galpin Daveline....

El señor Folgat dió un salto.

—¡Oh!.... dijo.

—¡Pero es una pretension insensata.... exclamó el viejo gentilhombre.

Con una palabra le cerró la boca la joven.

—Soy yo, dijo, quien lo ha querido.



Si, el paso dado por las señoritas de Lavarande era insensato. En el estado en que se encontraban las cosas, ir á buscar al señor Galpin Daveline, era tal vez darle armas para arruinar á Santiago.

Pero la culpa era del señor de Chandoré ó del señor Folgat. Habian cometido una imperdonable imprudencia partiendo para Boiscoran, sin prevenir nada, sin otra precaucion que la de hacer decir por medio del criado del señor Seneschal, que estarian de regreso para la hora de la comida y que no se inquietaran.

¡Que no se inquietaran!.... ¡Y, era á la marquesa de Boiscoran y á la señorita Dionisia, á la madre y á la prometida de Santiago, á quienes se decía eso!....

Ciertamente, en el primer momento, las dos infortunadas conservaron una sangre f.ia

relativa; cada una se esforzaba en dar á la otra el ejemplo del valor y la confianza. Pero á medida que transcurrían las horas, aumentaban sus angustias, y poco á poco su dolor se habia exaltado, comunicándose sus temores.

Se figuraban ver á Santiago, inocente, y sin embargo, tratado como los peores criminales, solo, en el fondo de un calabozo, entregado á las más terribles inspiraciones de la desesperacion. ¿Cuáles podían ser las reflexiones de él después de más de veinticuatro horas que llevaba de no tener noticias suyas?... ¿No debía creerse despreciado, abandonado, renegado?

—¡Esa idea es intolerable! exclamó al fin la señorita Dionisia. A todo precio, es preciso procurar verlo.

—¿Cómo? preguntó la señora de Boisecran,

—No lo sé, pero debe haber un medio. Hay cosas á las que no me habria atrevido sola; pero con vos, mi querida madre, puedo intentarlo. Vamos á la prision....

Rápidamente la señora de Boisecran se puso sobre los hombros la mantilla de viaje.

—Estoy lista, dijo, partamos!....

La una y la otra habia oido decir que Santiago estaba "incomunicado;" pero ni una ni

otra comprendían el real y espantoso significado de aquella expresion.

No tenían una idea de esa medida atroz y sin embargo, indispensable en el estado actual de nuestra legislacion, que suprime hasta cierto punto á un hombre, que lo encierra en una celda, solo, en frente del crimen de que está acusado, á la entera y absoluta discrecion de otro hombre, encargado de arrancarle la verdad.

Para ellas la incomunicacion no era sino la privacion de la libertad, la celda con su mobiliario siniestro, las rejas de las ventanas, los cerrojos de las puertas, el carcelero sonando su manajo de llaves á lo largo de los corredores, el soldado, de centinela en el patio...

—Es imposible, decia la marquesa de Boisecran, que no me permitan ver á mi hijo.

—Impeable, aprobó la señorita Dionisia. Y además, conozco al carcelero Blangin, pues su mujer en otro tiempo ha estado á nuestro servicio.

Teniendo, pues, una plena confianza, la joven con su frágil mano levantó el tosco martillo de la prision.

El mismo Blangin vino á abrir, y á la vista de aquellas pobres mujeres, un inmenso asombro se dibujó en su tosca fisonomia.

—Venimos á ver al señor de Boiscoran, dijo con resolucion la señorita Dionisia.

—¡Traen, pues, las señoras un permiso? preguntó el carcelero.

—Un permiso... ¿de quién?

—Del señor Galpin-Daveline.

—No tenemos el permiso.

—Entonces tengo el sentimiento de decir á las señoras que es imposible que vean al señor de Boiscoran. Está incomunicado y he recibido las órdenes más rigurosas...

La señorita Dionisia frunció el ceño.

—Vuestras órdenes, señor Blangin, interrumpió, no serán concernientes á la señora, que es la marquesa de Boiscoran...

—Mis órdenes conciernen á todo el mundo, señorita.

—¡Im! edireis que una madre desconsolada abraze á su hijo?...

—¡Eh!... ¡no soy, yo señorita...! Yo! ¿Qué soy yo? Nada, un cerrojo que la justicia pone ó quita á su gusto.

Por primera vez, la joven tuvo la idea de intentar conóverlo.

—Pero á mí, mi buen señor Blangin, ineistió con las lágrimas en los ojos, á mí no me rehusareis... ¿No me conocéis? ¡Vuestra mujer nunca ha llegado á hablaros de mí?

El carcelero estaba, en verdad, conmovido.

—Sé, respondió, todo lo que mi mujer y yo debemos á la señorita, pero... tengo mi consigna, y la señorita no querrá hacer perder su puesto á un pobre hombre...

—Si creéis perder vuestro puesto, señor Blangin, yo, Dionisia de Chandoré, os puedo garantizar otro que os producirá el doble...

—Señorita...

—¿Dudaríais de mi palabra, señor Blangin?...

—¡Dios me libre, señorita! Pero no se trata solamente de mi empleo... Si hago lo que me pedís, se me castigará muy severamente...

En el acento del carcelero, la señora de Boiscoran comprendió que la señorita de Chandoré nada obtendría.

—No insistáis, niña, salgamos...

—¡Qué!... sin saber nada de lo que pasa detrás de esos muros implacables, sin saber siquiera si Santiago está vivo ó muerto?...

Evidentemente, el corazón del carcelero era presa de un rudo combate.

De repente, con una voz breve, y arrojando en su rededor miradas inquietas:

—Hablar, dijo, me está prohibido; pero no importa.... No dejaré que os alejéis sin sa-

ber que el señor de Boiscoran disfruta de salud.

—¡Ah!

—Ayer, cuando lo trajeron, estaba como embotado.... Se arrojó sobre su cama de un modo brusco, y ha permanecido sin hacer un movimiento más de dos horas. Creo que lloró....

Un sollozo que no pudo dominar la señorita Dionisia hizo estremecer al buen Biangin.

—¡Oh! tened confianza, señorita, replicó bien pronto, ese estado no duró mucho tiempo. Pronto el señor de Boiscoran se levantó exclamando "¡Basta! he sido un estúpido para desesperarme así...."

—¡Lo habeis oido! preguntó la señora de Boiscoran.

—No personalmente. ¿Fue Frumencio Cheminot quien lo escuchó....

—¡Frumencio Cheminot!....

—Sí, uno de los detenidos. ¡Oh! un simple vagabundo, ménos pícaro que otros, que tiene la comision de subir á cuidar el postigo del señor de Boiscoran, sin perderlo de vista.... Es el señor Galpin-Daveline quien ha tenido la idea de esa precaucion, porque los acusados algunas veces, en el primer momento, si les llega la desesperacion y el disgusto

de la vida.... ¡una desgracia sucede en el momento!.... Frumencio impedirá la desgracia....

La señora de Boiscoran se estremeció de horror.

Mejor que todo, esa precaucion le daba la medida exacta de la mala situacion de su hijo.

—Por lo demás, prosiguió Biangin, no hay nada que temer. El señor de Boiscoran ha vuelto á la calma, está tranquilo y aun contento, si puedo expresarme así. Cuando se levantó esta mañana, después de haber dormido toda la noche como un lirón, me llamó para pedirme papel, tinta y pluma. Eso es lo que piden los prisioneros al segundo día. Tenia orden de dárselo y se lo di. Y cuando fui á llevarle el almuerzo, me dió una carta con la direccion de la señorita de Chandoré....

—¡Cómo! exclamó la señorita Dionisia, ¡tenéis una carta para mí y no me la habeis dado!.

—Es porque no existe en mi poder, señorita; la entregué, como era de mi deber, al señor Galpin-Daveline cuando vino con su escribano Méchinot, para interrogar al señor de Boiscoran....

—¡Y qué dijo?

—Rompió el sobre y leyó la carta, después la guardó en su bolsillo diciendo: «Bueno!»

Lágrimas, pero de cólera en esta vez, brotaron de los ojos de la señorita Dionisia.

—¡Qué vergüenza!... exclamó. ¡Leer ese hombre una carta que Santiago me dirige!... ¡Eso es infame!...

Y sin pensar en dar las gracias á Blangin, se tomó del brazo de la marquesa de Boisecoran, y hasta la casa ne pronunció una palabra.

—¡Ah! pobre niña, ¡nada has logrado! exclamaron las tías Lavarande cuando vieron entrar á su sobrina....

Pero cuando Dionisia les hizo saber todo:

—¡Y bien!... exclamaron, nosotras vamos á ver á ese juececillo, que antes de ayer nos hacia todavia bajamente la corte para obtener la dote de nuestra sobrina. Le diremos lo que ha hecho. Y si no obtenemos que nos devuelva á Santiago, impediremos al menos su triunfo y abatiremos su orgullo.

¡Cómo la señorita de Chandoré no habia de adoptar la idea de las tías Lavarande, un proyecto que daba á su cólera una satisfaccion inmediata y que servia á sus secretas esperanzas!

—¡Oh! sí, tenéis razon, queridas tías, exclamé. Pronto, sin perder un minute, partid.

Incapaces de resistir á aquellos acentos, se pusieron en camino sin atender á las tímidas objeciones de la marquesa de Boisecoran.

Solo que las buenas señoritas se equivocaron en cuanto á las disposiciones de espíritu del señor Galpin Daveline.

El expretendiente de su sobrina Lavarande, ne estaba sobre un lecho de rosas.

Al principiar aquel extraño negocio, se entregó á él, dominado por la fiebre, como si estuviera en la ocasion admirable que acechaba hacia tantos años, y que habia de abrir á fuerza las puertas, hasta entonces cerradas á su ambicion.

Después, ocupado del negocio, comenzada la indagacion, habia sido llevado por una corriente más rápida que la reflexion.

Así es que con una especie de satisfaccion mal sana, habia visto multiplicarse los cargos, hasta obligarlo á firmar una orden de prision contra su antiguo amigo.

Después, se habia cegado por las más halagadoras esperanzas. ¡No probaba las más altas facultades y un modo de saber hacer las cosas muy superior, aquella indagacion que en unas cuantas horas habia conducido á la justicia á descubrir un crimen casi inexplicable y á un culpable que nadie se hubiera atrevido á sospechar!....

Pero algunas horas más tarde, el señor Galpin-Daveline no veía los acontecimientos de igual modo. La reflexión lo hizo volver en sí, y comenzó á dudar de su habilidad, y se preguntó si no había obrado con demasiada precipitación.

Si Santiago era culpable, nada mejor. Después de condenado, es claro que el juez de instrucción conseguiría mejorar la situación del reo.

« Sí, pero... ¡si Santiago era inocente!... »

Aquella idea, levantándose por primera vez ante el señor Galpin-Daveline, le heló hasta la médula de los huesos.

¡Santiago inocente!

« Era la condenación de él, Galpin-Daveline, la pérdida de su porvenir, de sus esperanzas y de su carrera. »

¡Santiago inocente!...

« Era con seguridad, una desgracia. Lo retirarían de Sauveterre, donde le sería imposible permanecer después de lo que había pasado. »

« Pero aquello sería para relegarlo á un pueblo oscuro, sin tener jamás alguna esperanza de progreso. »

« En vano objetaba que no había hecho más que su deber. »

Le responderían, si se dignaban hacerlo,

que hay de esos deslumbrantes hechos faltos de destreza, uno de esos errores escandalosos que un magistrado no debe cometer y que para gloria de la justicia y en interés de la magistratura, tan violentamente atacada, vale más en ciertas circunstancias dejar al culpable impune, que aprisionar á un inocente.

Con tales angustias, las más crueles que podían desgarrar el corazón de un ambicioso, el señor Galpin-Daveline debía encontrar su camino lloero de espinas.

Desde las seis de la mañana estaba de pie.

A las once mandó buscar á su escribano Méchinot y juntos se dirigieron á la prisión, á fin de proceder á un nuevo interrogatorio.

Era en aquel momento en que habían enviado al juez de instrucción la carta dirigida por Santiago á la señorita Dionisia.

Era breve, y estaba en términos tales como pudiera escribirla un hombre demasiado inteligente para no comprender que no debe contar con el secreto de su correspondencia. No estaba ni cerrada, circunstancia que se había escapado al carcelero B angin.

« Dionisia, mi bien amada, escribía Santiago, el pensamiento del horrible pesar que me causo, es mi más cruel y tal vez mi único sufrimiento. ¡Dabo humillarme hasta jurar que soy inocente! No; ¡verdad! Soy víctima de un

fatal concurse de circunstancias; que la justicia ha debido equivocarse. Pero tranquilizaos y no estéis inquieta. Podré, en el momento dado, disipar este funesto error.

Hasta muy pronto....

SANTIAGO.”

—¡Bueno! había dicho, en efecto, el señor Galpin Daveline después de haber leído aquella carta....

Y sin embargo, le había hecho sentir un golpe en el corazón.

—¡Qué seguridad!... había pensado.

Por lo tanto, se encontraba un poco contrariado al subir la escalera de la prisión.

Santiago evidentemente no se había imaginado que su carta llegaría directamente á su destino; entonces había tenido tiempo de conjeturar que había escrito más bien para la justicia que para la señorita Dionisia.

La ausencia del sobre daba á aquella presunción cierto apoyo.

—En fin, eso es lo que vamos á ver, se decía el señor Galpin Daveline mientras que Blanjin le abría la celda del prevenido.

Pero encontró á Santiago como si estuviera libre en su castillo de Boiscoran, altivo y aun burlon.

Imposible era sacarle algo. Asediado por las

preguntas, se encerraba en el silencio más absoluto y respondía que necesitaba reflexionar.

El juez de instrucción se volvió á su casa.

La actitud de Santiago lo confundía.

—¡Ah!... si pudiera retroceder. Pero no podía hacerlo ya, había quemado sus naves y estaba condenado á ir hasta el fin.

Para salvar su porvenir, era preciso que Santiago fuera culpable, que se llevara al Tribunal de Assises y que resultara condenado. Era absolutamente preciso. Era una cuestión de vida ó muerte.

Hé aquí cuáles eran precisamente sus reflexiones cuando fueron á comunicarle que las señoritas de Lavarande pretendían hablarle.

Se irguió como si fuera de una pieza, y en menos de un segundo se sublevó su espíritu, abrasando todas las conjeturas imaginables. ¿Qué podían querer aquellas dos solteras?

—Que entren, dijo al fin.

Entraron orgullosas, altivas, rehusando el sillón que les aproximaba el magistrado.

—No esperaba el honor de vuestra visita, señoritas, comenzó.

La mayor de las tías Lavarande, la señorita Adelaida, le cortó la palabra.

—Lo concibo, dijo, después de lo que ha pasado....

Y en seguida con una energía de devota hi-

riendo al impío, se puso á reprocharle lo que llamaba su infame traición. ¡Cómo! tomar él parte contra Santiago, su amigo, un hombre que se había ocupado en proporcionarle el favor de una alianza inesperada.... Por el solo hecho de sus esperanzas de matrimonio, formaba en cierto modo parte de la familia. ¡Dónde había nacido pues, para olvidar que entre parientes, aun odiándose á muerte, se deben ayuda y protección cuando se trata de defender ese patrimonio sagrado que se llama el honor! ...

Aturdido como un transeunte que desde un quinto piso recibe una lluvia de piedras, el señor Galpin Daveline conservaba bastante su sangre fría para preguntarse si no había algún partido que sacar de aquel incidente extraordinario. ¡Era imposible el retroceder!....

Después de que la señorita Adelaida calló, pretendió justificarse, manifestando en hipócritas metáforas el dolor de que estaba poseído, jurando que no había podido impedir los acontecimientos, que ahora estimaba á Santiago más que nunca....

—Si lo queréis tanto, interrumpió la señora Adelaida, ponédlo en libertad....

—¡Eh!..... ¿caso puedo hacerlo, señorita?....

—Entonces dad á su familia el permiso de verlo....

—La ley me lo impide. Si es inocente, que se disculpe. Si es culpable, que lo confiese. En el primer caso, quedará libre. En el segundo, recibirá á las visitas que le convengan....

—Y es también por amistad por lo que os habeis permitido ver una carta de Santiago á su prometida....

—He cumplido con uno de los deberes más penosos de mi profesión, señorita....

—¡Ah!.... ¿Y esa profesión os impide darnos la carta que habeis leído?....

—Sí... Pero es la puedo comunicar.

La sacó de un expediente, en efecto, y la más joven de las tías, la señorita Isabel, la copió con lápiz.

Hecho eso, se retiraron casi sin saludar....

El señor Galpin Daveline estaba ébrio de cólera.

—¡Ah!... viejas hechiceras, exclamó, vuestra petición me prueba que estais lejos de creer en la inocencia de Santiago.... ¿Porqué tiene su familia tanto empeño en llegar hasta él?... Sin duda para proporcionarle el medio de sustraerse, por medio del suicidio, al castigo de su crimen.... Pero por Dios que no será eso, porque sabré impedirle.

¡De qué sirve el recriminarse por un hecho

consumado, contra el cual nada se puede. . . . A pesar de lo contrariado que estaba el señor Folgat al hacerle saber la señorita Dionisia la petición de las tías Lavarande, evitó el darlo á conocer.

—¡No debía tener su sangre fría para todo, en medio de aquella familia tan cruelmente herida! . . .

Por otra parte, el señor de Chandoré disimuló mal su disgusto.

Y en despecho de su respeto por la voluntad de la señorita Dionisia, dijo:

—Es verdad, querida hija, no digo que has cometido un error. . . . Sin embargo, concédes á tus tías, sabes que son poco conciliadoras. . . . Son capaces de exasperar al señor Galpin Daveline. . . .

—¡Qué importa? . . . interrumpió altivamente la nieta. La circunspeccion se emplea para los culpables, y repito que Santiago es inocente. . . .

—La señorita tiene razon, aprobò el señor Folgat que pareció así respetar como toda la familia, el ascendiente de la señorita Dionisia. Cualquiera cosa que puedan hacer ó decir las señoritas de Lavarande, no empeorará la situacion. El señor Galpin Daveline no será ni más ni menos que un encarnizado enemigo.

El abuelo Chandoré tuvo un sobresalto.

—Sin embargo. . . . comenzó.

—¡Oh! . . . no es á él á quien me refiero, interrumpió el joven abogado, sino á la institucion de la que él soporta la fatalidad. ¡Es posible que un juez de instruccion permanezca absolutamente imparcial en ciertas causas retumbantes como ésta, en que arriesga en cierto modo su porvenir! . . . Ciertamente puede ser uno magistrado integro, incapaz de prevaricar, estrechamente apegado á su deber, pero es hombre y tiene intereses! . . . La secretaria de justicia se disgusta con ver indagaciones que acaban por la absolucion del acusado. El juez á quien se recompensa no es siempre aquel que mejor descubre la verdad en un negocio tenebroso. . . .

—Pero el señor Galpin Daveline era nuestro amigo, señor. . . . si eso es lo que me espanta. ¡Cuál será su situacion el día que se reconozca al señor de Boiscoran inocente! . . .

—¡En fin! . . . vamos á saber lo que han hecho las tías Lavarande.

Entraron en efecto muy satisfechas de su expedicion, agitando triunfalmente la copia de la carta de Santiago.

Aquella copia la tomó la señorita Dionisia, y mientras se ponía á leerla á solas, la señorita Adelaida refería lo de la entrevista, diciendo cuán firme y desdefiosa había estado y

cuán humilde y arrepentido le había parecido el señor Galpin Daveline en su actitud.

—Porque estaba azorado, replicaron al mismo tiempo las viejas señoritas, aniquilado, consternado....

—Si, acabais de dar un buen golpe, gruñó el señor de Chandoré y os recomiendo que os mostreis vanidosas....

—Las tias se han portado bien, declaró la señorita Dionisia. Ved ahora lo que me dice Santiago. Es preciso y claro. ¡Qué podemos temer despues de esta última frase: 'Estad sin inquietudes.... Podré, en el momento dado, disipar ese funesto error....'

Habiendo tomado y leído la copia, el señor Folgat inclinó la cabeza.

—No era necesaria esa carta, pronunció, para fijar mi opinion. En el fondo de este negocio hay un secreto que ninguno de nosotros ha penetrado. Solamente el señor de Boiscoran es bastante temerario para jugar así en un proceso criminal. ¡Que no se hubiera disculpado en el acto! Lo que era fácil ayer, puede llegar á ser difícil mañana é imposible dentro de ocho dias....

—Santiago, señor, exclamó la señorita Dionisia, es un hombre muy superior para que no se sujete absolutamente á lo que ha dicho....

La señora de Boiscoran que entraba, impidió al abogado responder.

Dos horas de reposo habian devuelto á la desgraciada una parte de su energía y de su presencia de ánimo acostumbrado, y venia á pedir que se enviara un telegrama á su marido.

—Es al menos lo que se puede hacer, murmuró el señor de Chandoré, aunque en verdad es bien inútil. ¡Boiscoran no se ocupa de su hijo, á fé mia!.... ¡Ah!.... si se tratara de una loza rara ó de un plato que faltara á su coleccion, esa sería otra historia....

El despacho, bastante reducido, fué enviado al telegrafo, precisamente cuando llegó un criado á anunciar que la comida estaba servida.

Aquel acto fué menos triste de lo que se hubiera supuesto. Es verdad que cada uno tenia su corazon oprimido, pensando que en aquel mismo momento un carcelero servía á Santiago, lo acostumbrado en la prision. La señorita Dionisia no pudo contener una lágrima viendo al señor Folgat en el lugar destinado á su prometido....

Pero nadie, menos el joven abogado, creia que Santiago estuviera verdaderamente en peligro.

El señor Seneschal, por ejemplo, que llegó en

el momento en que se servía el café, participó de una manera manifiesta, de las mismas ansiedades del señor Folgat.

El excelente corregidor venía de recoger noticias de su amigo, y les dijo cómo había pasado el día.

El entierro de los bomberos se había verificado sin ruido, pero con una profunda emoción. Las manifestaciones que se tenían no habían dado señal de vida, y el doctor Seignebos no había tomado la palabra en el cementerio.

—Manifestaciones y discursos hubieran sido, por otra parte, mal acogidos, agregó el señor Seneschal, porque había tenido el dolor de ver comprobado que la inmensa mayoría de los habitantes de Souveterre, creía firmemente en la culpabilidad del señor de Boiscoran.

En varios grupos había escuchado á las gentes decir: "Y sin embargo, vereis que no sale condenado. Un pobre diablo que hubiera cometido ese abominable crimen, con seguridad sería decapitado. Pero él, el hijo del marqués de Boiscoran.... vereis como lo declaran inocente."

El rodar de un coche que se detuvo á la puerta de la calle, le cortó el uso de la palabra.

—¿Qué es eso?... dijo la señorita Dionisia poniéndose de pié.

Se escuchaba en el corredor un ruido de voces y de pasos, era algo producido como efecto de una lucha y casi inmediatamente después se abrió la puerta del comedor y se presentó el hijo del quintero de Boiscoran, Miguel, exclamando:

—¡Es un hecho; lo tengo, aquí lo traigo!...

Y al mismo tiempo empujó á Cocolé que se debatía gruñendo y arrojando en su derredor las miradas extraviadas de la béstia cogida por sorpresa.

—¡A fé mia, muchacho! exclamó el señor Seneschal, habeis sido más hábil que los gendarmes.

La manera con que guiño un ojo Miguel, probaba que estaba satisfecho al ver que su fé en la habilidad de la gendarmería, no era ilimitada.

—Cuando prometí al señor baron, dijo, desanidar á Cocolé, ya tenía mi idea. Sabía que en las temporadas en que acostambraba esconderse como una béstia pestilente que es, se iba á una especie de agujero que él se ha formado entre las rocas, en la parte más espesa del bosque de Rochepommier. Es la casualidad la que me ha hecho descubrir su escondite, porque podía pasarse cien veces al frente ó por arriba, sin que se sospechara que allí existía. Así es que cuando el señor baron me dijo que el "ino-

cente" había desaparecido, pensé y me dije: Es seguro que se oculta en su agujero, vamos á ver.... Sólo que puedo decir que me costó trabajo sacarlo: el pícaro no quería venir, y defendiéndose me mordió una mano, como un perro rabioso que es...

Al efecto, Miguel agitaba su mano izquierda que tenía envuelta con un lienzo ensangrentado.

—Para hacer venir á mi idiota, prosiguió, he tenido toda una historia. Me he visto obligado á amarrarle las manos y á llevarlo á la casa de mi padre. Allí lo subimos á nuestro cabriolé, y hélo aquí..... ¡Mirad qué lindo muchacho!.....

Estaba feo en aquel momento, su semblante lívido, lleno de manchas rojas, sus labios colgantes cubiertos de barba, sus miradas embotadas.

—¡Por qué no querías venir? le preguntó le señor Seneschal.

El idiota pareció no comprender.

—¡Por qué has mordido á Miguel? insistió el corregidor.

Cocelé no no respondió.

—¡Sabes que el señor de Boisecoran está preso á causa de lo que has dicho?....

Tampoco respondió.

—¡Ah! no vale la pena interrogarlo....dijo

Miguel, Aunque insietierais hasta mafia, era más fácil que le secarais el alma del cuerpo, que una palabra de la boca.

—Tengo.... tengo hambre.... tartamudeó Cocolé.

El señor Folgat hizo un gesto de indignación.

—¡Y pensar, murmuró, que la declaración de semejante sér, es sobre la que se basa una acusación capital!

El abuelo Chandoré parecía bastante embarazado.

—Con todo eso, ¿qué vamos hacer de ese miserable idota?

—Yo mismo voy al instante, respondió el señor Seneschal, á conducirlo al hospital y á prevenir de su hallazgo al doctor Seignebo y al procurador de la República.

El doctor Seignebo tenía incontestablemente sus ridiculeces, y todas las burlescas aventuras que le atribuían sus enemigos, no eran ni para imaginarse.

Tenia en todo caso esa cualidad que ha llegado á hacerse rara, profesar por su "arte," como él decía, un respeto que rayaba en fanatismo.

La Facultad, según él, era impecable y espontáneamente le atribuía la infabilidad que se le niega al Papa. Confesaba en la intimi-

dad, que algunos de sus colegas tartamudeaban ya por la edad, pero jamás hubiera permitido á un profano emitir delante de él aquella irreverente opinion.

En el momento en que un hombre estaba proveido de aquel famoso diploma que confiere el derecho de vida y muerte, aquel hombre, á su modo de ver las cosas, debía ser para el vulgo un personaje adusto. Era un crimen, á sus ojos, el no someterse ciegamente al mandato de un médico.

De allí en su obstinacion en darle en la cabeza al señor Galpia-Daveline con sus penosas contradicciones y la sranqueza con la cual habia rogado á los "efiores de la justicia" procedieren fuera de la recámara donde cuidaban *su* enfermo.

—Porque esos diablos, habia dicho, matarian á un hombre, para encontrar los medios de hacer cortar la cabeza á otro....

Y en seguida, tomando sus pinzas, su bisturí y su esponja, se habia puesto á la obra y con la ayuda de la señora de Claudieuse comenzó de nuevo á extraer los granos de plomo que habian desgarrado las carnes del conde.

A las nueve habia acabado.

—No pretendo haber extraido todo, declaró modestamente, pero si quedan todavia algu-

nos granos, están fuera de mi alcance y es preciso esperar á que algunos síntomas me revelen su presencia.

Por lo demás, asi como lo habia previsto, la situacion del conde parecia muy empeorada. A su primera exaltacion habia sucedido una postacion tan grande que parecia insensible á todo lo que pasaba en derredor de su lecho.

La fiebre traumática comenzaba á manifestarse por ligeros estremecimientos y dada la constitucion del conde era natural preever que el dia no trascurriria sin que el delirio se apoderara de su cerebro.

—He considerado sin embargo el peligro como insignificante, dijo el señor Seignebois á la condesa, despues de haberle hecho notar para que no se alarmara, todos los accidentes que podian sobrevenir y de haberle recomendado, sobre todo que nadie se aproximara al lecho de su marido, y el señor Galpia Daveline menos que cualquier otro.

La recomendacion no habia sido inútil, porque casi en el mismo instante un labriego fué á anunciar que una persona de Sauveterre desaba hablar al señor de Claudieuse.

—Que veaga, respondió el doctor. Soy yo quien va á recibirlo.

Era un tal Tétard, antiguo escribano que

había vendido su estudio para dedicarse al comercio de piedras.

Solo que además de haber sido antiguo oficial ministerial y comerciante, según las cartas que llevaba el dicho Têtard, era el representante de una compañía de seguros contra incendios.

Con a aquel último carácter se atrevió á presentarse, declarando á la condesa que deseaba hablar á su marido.

Había oído decir que los edificios de Valpinso y asegurados por su compañía, scaban de ser destruidos y que el incendio lo había causado á sabiendas el señor de Boiscoran, queriendo sobre aquel asunto conferenciar con el señor de Claudieuse. Léjos de él, protestaba, el pensamiento de declinar la responsabilidad de su compañía; solamente quería reservarse para ella el recurso contra el señor Boiscoran, que poseyendo una fortuna, sería condenado á pagar el siniestro del cual había sido autcr. Pero eran necesarias ciertas formalidades que venia á arreglar con el señor Claudieuse, para tomar de acuerdo con él, Têtard, las medidas.

—Y yo, os recomiendo me mostreis los talones... exclamó el doctor Seignebois con voz tonante, pues os encuentro demasiado atrevido para hablar así del nombre del señor de Boiscoran....

El señor Têtard se fué sin decir una palabra, y emocionado por aquel incidente, el doctor examinó á la hija más pequeña de la señora de Claudieuse, á la que ella veló en el momento de la catástrofe, y que estaba decididamente mejor.

Después de aquello nada más le detenía en Valpinson.

Guardó cuidadosamente en su estuche los granos de plomo extraídos de las heridas del conde; después llevando á la señora de Claudieuse hasta el dintel de la pobre habitación:

—Antes de alejarme, señora, dijo, tengo que preguntaros qué pensais de los acontecimientos de anoche....

Más pálida que un muerto, la desgraciada mujer no parecia estar en pie sino por un milagro de energia. En ella solo sus ojos tenían vida, pues brillaban con una luz extraordinaria.

—¡Eh!.... lo sé acaso, señor, respondió con voz débil. ¡Puedo, después de tan rudas pruebas, tener bastante cabeza para reflexionar....

—¡Sin embargo, habeis interrogado á Cocolé.

—¡Cómo no lo habia de interrogar para descubrir la verdad!...

—¡Y el nombre que pronunció no os dejó estupefacta!...

—Dabéis haberlo visto, señor...

—Lo ví y por eso insisto en saber vuestra opinión sobre el estado mental de Cocolé.

—El desgraciado es idiota, señor, ¿no lo sabéis?

—Lo sé y por eso me he sorprendido de vuestra insistencia para hacerlo hablar. Pensais, pues, que en despecho de su inbecilidad habitual, puede tener alguna luz de razon....

—Acababa un momento antes de arrancar á mis hijas de las llamas...

—Eso prueba su adhesión por vos.

—Me está reconocido en efecto, como podría estarlo un animal á quien hubiera recogido consagrándole mi cuidado....

—Sea... Y por lo tanto su accion demuestra más que un instinto puramente bestial...

—Es posible. ¡Ha llegado á sorprender en Cocolé ciertos brillos de inteligencia.

Habiéndose quitado sus anteojos de oro, el doctor se los colocó de nuevo con furor.

—Es una lástima, gruñó, que uno de esos brillos no le hayan iluminado cuando vió al señor de Boiscoran prender el fuego preparándose á asesinar al señor de Claudieuse.

Como si se sintiera próxima á desfallecer, la señora de Claudieuse se apoyó en el marco de la puerta.

—Es precisamente, murmuró ella, á la emoción que resintió viendo las llamas y escuchando las detonaciones de fuego, á lo que atribuye que haya despertado la razon de Cocolé....

—¡Es posible!.. dijo el doctor, ¡es posible!

Y colocándose los anteojos:

—Eso, añadió, es lo que decidirán los peritos, al examen de los cuales va á someterse á ese miserable imbécil....

—Cómo, ¿van á examinarlo?...

—Sí, muy de cerca, señora, os lo prometo... Por ahora, tengo el honor de desiros hasta la vista, porque volveré aquí esta tarde si no os decidis á instalaros en Sauveterre, lo que desde luego desearia, porque vuestro marido y vuestra hija están muy mal en esta cabaña.

Y diciendo esto, se puso un ligero sombrero de anchas alas.

El doctor Seigneboz regresó á Sauveterre y se fué derecho á pedir imperiosamente al señor Seneschal el arresto de Cocolé.

Desgraciadamente, los genlarmes habían buscado en vano, y el señor Seigneboz, que veía el desagradable aspecto que iba tomando el negocio de Santiago, comenzaba á impacientarse horriblemente, cuando el sábado, á las diez de la noche, el señor Seneschal entró en su casa exclamando:

—¡Cocolé ha sido encontrado!....

De un salto el doctor se puso de pie, con el baston en la mano y el sombrero en la cabeza, preguntando:

—¿Dónde está?

—En el hospital, donde yo mismo lo he instalado en una pieza aislada...

—Voy corriendo.

—¿Cómo! ¡á esta hora!

—¡No soy uno de los médicos del hospital, para tener el derecho de que me abran, tanto de noche como de día?....

—Las hermanas estarán acostadas....

El doctor cambió por lo menos diez veces de resolucion, alzando los hombros.

—Es justo, dijo, seria un sacrilegio turbar su sueño á esas hermanas, á esas queridas hermanas como las llamáis vosotros!.... ¡Ah! señor corregidor, ¿cuándo adoptaremos, pues, la medicina laica, cuándo sustuiremos á vuestras santas hijas con buenos y fuertes enfermeros?

El señor Seneschal habia tenido sobre aquel asunto demasiadas discusiones con el doctor para entablar una nueva discusion. Se calló é hizo bien, porque el doctor Seignettes volvió á sentarse diciendo:

—¡En fin!.... lo dejaremos para mañana.

VI

“El hospital de Sauveterre, dice la *Guia Joanne*, es, á pesar de sus reducidas proporciones, uno de los mejores establecimientos hospitalarios en toda la extension del departamento de Les Deux Charentes. La capilla y los nuevos departamentos son debidos á la piadosa munificencia de la condesa de Maupaisan, viuda del ministro de Luis Felipe.”

Pero lo que no dice Joanne, es que el hospital debe al señor Seneschal la fundacion de tres lechos para las mujeres grávidas.

Igualmente se cuenta entre lo último construido, los dos pabellones que flanquean la gran puerta.

Uno de esos pabellones, el de la derecha, está ocupado por el portero, el señor Vaudevin, un viejo soberbio que, en otro tiempo, estuvo de alabardero de la catedral, y todavía re-

—¡Cocolé ha sido encontrado!....

De un salto el doctor se puso de pie, con el baston en la mano y el sombrero en la cabeza, preguntando:

—¿Dónde está?

—En el hospital, donde yo mismo lo he instalado en una pieza aislada...

—Voy corriendo.

—¿Cómo! ¡á esta hora!

—¡No soy uno de los médicos del hospital, para tener el derecho de que me abran, tanto de noche como de día?....

—Las hermanas estarán acostadas....

El doctor cambió por lo menos diez veces de resolucion, alzando los hombros.

—Es justo, dijo, seria un sacrilegio turbar su sueño á esas hermanas, á esas queridas hermanas como las llamáis vosotros!.... ¡Ah! señor corregidor, ¿cuándo adoptaremos, pues, la medicina laica, cuándo sustuiremos á vuestras santas hijas con buenos y fuertes enfermeros?

El señor Seneschal habia tenido sobre aquel asunto demasiadas discusiones con el doctor para entablar una nueva discusion. Se calló é hizo bien, porque el doctor Seignettes volvió á sentarse diciendo:

—¡En fin!.... lo dejaremos para mañana.

VI

“El hospital de Sauveterre, dice la *Guia Joanne*, es, á pesar de sus reducidas proporciones, uno de los mejores establecimientos hospitalarios en toda la extension del departamento de Les Deux Charentes. La capilla y los nuevos departamentos son debidos á la piadosa munificencia de la condesa de Maupaisan, viuda del ministro de Luis Felipe.”

Pero lo que no dice Joanne, es que el hospital debe al señor Seneschal la fundacion de tres lechos para las mujeres grávidas.

Igualmente se cuenta entre lo último construido, los dos pabellones que flanquean la gran puerta.

Uno de esos pabellones, el de la derecha, está ocupado por el portero, el señor Vaudevin, un viejo soberbio que, en otro tiempo, estuvo de alabardero de la catedral, y todavía re-

cuenda con mucho agrado aquella época en que con su magnífico garbo, su uniforme colorado, sus bordados de oro, su alabarda y su baston con puño de plata, contribuía á las pompas del cu to.

Aquel portero, el domingo en la mañana, poco antes de las ocho, estaba fumando su pipa en el patio, cuando vió llegar al doctor Seignebo.

El doctor caminaba con un paso más apresurado que el de costumbre, con el sombrero hasta los ojos, señal de borrasca, y las manos sumerjidas, hasta los codos, en sus bolsas.

En lugar de entrar como todos los días, antes de su visita, á la pieza de la hermana farmacéutica, se dirigió en el acto á la habitación de la hermana superiora.

Allí, después de un ligero saludo:

—Han debido, hermana mia, comenzó, traer anoche un enfermo, un idiota, de nombre Cocolé....

—En efecto, doctor.

—¿Dónde lo habéis colocado?

—El mismo señor corregidor lo ha hecho instalar en una recamarita que está enfrente de la lencería.

—¿Y cómo se ha portado?

—Muy bien.... La hermana vigilante no lo ha oído moverse.

—Gracias, hermana mia, dijo el señor Seignebo.

Y ya se disponía á salir, cuando la hermana superiora lo detuvo.

—¿Vais á subir á visitar á ese desgraciado señor doctor? preguntó.

—Sí, hermana mia, ¿por qué?

—Porque no podéis verlo.

—¿Que no puedo!....

—No, hemos recibido del señor procurador de la República la orden de impedir que cualquiera que sea, sin exceptuar á la hermana que lo cuida, se acerque á Cocolé. Cualquiera que sea, doctor, aun el médico, salvo un caso de urgencia bien entendido....

—¡Ah! teneis esa orden, dijo sonriendo con burla, y bien, yo declaro que la tomo por nada y no la obedezco. ¡Impedirme el acceso á mi enfermo!.... ¡Habrás visto eso!.... Que el señor procurador de la República, mande, ordene y disponga en su palacio de justicia, nada mejor. ¡Pero aquí, en mi hospital!.... Hermana mia, voy á subir á la habitación del Cocolé....

—Doctor, no entrareis, hay un gendarme de guardia en la puerta....

—¿Un gendarme!....

—Que nos ha llegado esta mañana con la consigna más severa....

Por un instante el doctor permaneció como aturrido... Pero de repente, con una violencia extraordinaria, y con una fuerza de voz capaz de hacer temblar los vidrios:

—¡Es un procedimiento desconocido, exclamó, un abuso de poder intolerable!...¡Y por los cien mil truenos del cielo! teniendo la razón, me han de hacer justicia, aun cuando para ello tenga que llegar hasta Thiers....

Y sin saludar en esta vez, se lanzó fuera, atravesó el patio y como una saeta se dirigió á la casa del señor procurador de la República....

En aquel mismo instante, el señor Daubigeon se levantaba, disgustado porque habia pasado una mala noche á causa de estar horriblemente preocupado con el asunto de Bois-coran, como se ha dicho ya.

Era porque casi participaba de la convicción del señor Galpin-Daveline.

En vano recordaba el noble carácter de Santiago, su admirable lealtad, su sentimiento tan vivo por el honor.... allí estaban las pruebas flagrantes, indiscutibles.

Quería dudar, pero la desapiadada experiencia le gritaba que el pasado de un hombre no responde de su porvenir. Por otra parte, lo mismo que varios criminalistas, pesaba, sin atreverse mucho á decirlo, que varios

grandes culpables obran bajo el imperio de una especie de vértigo y que es así como se explica la estupidez, casi la sencillez de ciertos crímenes, cometidos por personas de una inteligencia superior.

—¡No importa! Desde su regreso de Bois-coran, habia permanecido obstinadamente encerrado y se prometió el no salir en todo el día aun cuando rompieran la campanilla de su casa.

Un instante después, el doctor Seignebois entró como una bomba.

—Y así lo que os trae, exclamó el Sr. Daubigeon, Venis por esa orden que he dado relativa á Cocolé....

Es la verdad, señor, esa orden es una injuria....

—Me ha sido pedida formalmente por el señor Galpin Daveline....

—Y no se la habeis rehusado, señor. En consecuencia á vos solo hago responsable. Sois el procurador de la República, es decir el jefe del Tribunal y superior del señor Galpin....

El señor Daubigeon inclinó la cabeza.

—En eso estais equivocado, doctos, dijo. El juez de instruccion no depende de mí ni del tribunal. El es en cierto modo independiente aun del procurador general, que puede

muy bien hacerle advertencias, pero no trazarle una línea de conducta. El señor Galpin Daveline en tanto que sea juez de instrucción, ejerce en parte una jurisdicción y está armado de poderes casi ilimitados.... Mejor que nadie un juez de instrucción puede decir con el poeta: "Así lo quiero y ordeno y basta mi voluntad."

Hoc volo, sic jubeo, sit pro ratione voluntas....

Positivamente el señor Seigebos se sentía desarmado por el acento del señor Daubigeon.

—Así es que, dijo, el señor Galpin tiene el derecho de privar á un enfermo de los cuidados de su médico....

—Bajo su reponsabilidad, sí. Pero no es esa su intención. Tiene el propósito de convocaros oficialmente, aunque sea hoy domingo, para asistir ahora en la mañana á un nuevo interrogatorio de Cocolé.... Estoy sorprendido de que no hayáis recibido su cita ó que no le hayáis visto en el hospital á la hora de vuestra visita....

—Entonces, voy corriendo, exclamó el médico.

Y se fué precipitadamente, en lo que hizo muy bien, porque en el dintel del hospital se encontró frente al señor Galpin-Daveline, el

cual llegaba con paso solemne, acompañado de su inevitable escribano Méchinot.

—Llegáis con oportunidad, señor doctor, comenzó el juez....

Pero á pesar de lo rápido que había sido el camino del doctor, había tenido tiempo para reflexionar con calma. En lugar, pues, de comenzar con recriminaciones:

—Sí, ya lo sé, respondió con un tono políticamente burlesco. Es con motivo de ese pobre diablo el que hayáis dado un gendarme para cuidarlo. Podemos subir, estoy á vuestras órdenes....

La pieza en que habían colocado á Cocolé era extensa, blanqueada con cal, teniendo como únicos muebles una cama, una mesa y dos sillas. La cama era buena, pero el idiota había levantado el colchon y las ropas, acostándose vestido sobre las tablas.

Así lo encontraron el médico y el juez. Se levantó al verlos, pero al apercibir al gendarme, dió un grito é hizo un movimiento para ocultarse bajo la cama.

Fué aquello tan manifiesto que el señor Galpin-Daveline mandó al gendarme que saliera. Entonces se acercó.

—No tengas miedo, muchacho, dijo á Cocolé, no te haremos mal. Solamente que es pre-

ciso que respondas. ¿Te acuerdas de lo que pasó la otra noche en Valpinson?...

Cocolé se rió, con esa risa nerviosa particular de los idiotas, pero no respondió.

Todo fué en vano durante una hora, el juez varió sus preguntas rogando, amenazando y prometiendo alternativamente, invocando aun el recuerdo de la señora de Claudieuse, no le arrancó una sílaba.

Agotada su paciencia:

—Vámonos, dijo al fin; ese miserable es decididamente todavía menos que un bruto.

—¿Acaso no era menos que un bruto, señor, preguntó el doctor, cuando os designó al señor de Boiscoran?

Pero el juez pareció no comprender, y al momento de dejar á Cocolé:

—O; hago saber que espero vuestro informe, doctor, dijo al médico.

—Antes de cuarenta y ocho horas tendré el honor de remitíroslo, respondió el señor Seignebo.

Y en el momento de alejarse:

—Creo, además, gruñó el doctor, que ese informe podrá disgustaros, señor juez...

El señor Galpin-Daveline se hubiera montado en cólera si hubiera sospechado la verdad.

El informe del señor Seignebo estaba listo

y si no le remitía inmediatamente al juez de instrucción, era porque calculaba que retardándolo, le sería fácil trastornar el plan de la prevención.

—Puesto que voy á guardarlo todavía dos días, pensaba regresando á su casa, ¿por qué no se lo he de comunicar á ese abogado llegado de París con la señora de Boiscoran? Nada me impide que sepa, puesto que en su turbación ese pobre Galpin se ha olvidado por completo de exigirme juramento...

Pero se interrumpió.

¿Tenia ó no el derecho, según el código que rige á la medicina legal, de dar conocimiento de una pieza de la instrucción al abogado del detenido?

Aquella pregunta le turbaba, porque si se envanecía de no creer en Dios, creía firmemente en sus deberes profesionales y se hubiera hecho partir en pedazos antes que faltar á sus obligaciones médicas.

—Mi derecho es claro, gruñó, é indiscutible. Solo el juramento compromete. Los textos son precisos y formales. Tengo las sentencias de la Corte de casacion de 27 de Noviembre y 27 de Diciembre de 1828, las de 13 de Junio de 1836, de 9 de Mayo de 1844 y de 26 de Junio de 1863.

El resultado de aquella deliberacion fué que

el señor de Seignebo, después de almorzar, se metió el informe en la bolsa, y sin desviarse se fué á la calle de la Rampa, á la casa del señor de Chandoré.

Las tías Lavarande y la señora de Boiscoran se habían ido á la misa mayor, en donde por política creían deber mostrarse, estando solamente en el salón la señorita Dionisia, el abuelo Chandoré y el señor Folgat.

Grande fué la sorpresa del viejo gentil-hombre al ver aparecer al doctor.

Es verdad que el doctor Seignebo era su médico, pero había entre ellos tales divergencias de opiniones, que jamás, fuera de los casos de enfermedad, se visitaban.

—Si me veis, dijo el doctor, atravesar el dintel de vuestra casa, es porque sobre mi alma y mi conciencia creo que el señor de Boiscoran es inocente.

Por solo aquellas palabras la señorita Dionisia le hubiera dado un abrazo, y tal fué su reconocimiento que se apresuró en adelantar un sillón, diciéndole con su más dulce voz:

—Sentaos, pues, os lo ruego, querido doctor.

—Gracias, dijo bruscamente, muy obligado...

Y dirigiéndose más particularmente al señor Folgat:

—Mi convicción, dijo volviendo á su tema, es que el señor de Boiscoran es víctima del valor que ha tenido de afirmar en alta voz sus opiniones republicanas. Porque vuestro futuro nieto, es republicano, señor baron....

El abuelo Chandoré no pestañeó.

Si hubiera dicho que Santiago había sido miembro de la Comuna, es probable que hubiera permanecido callado.

Dionisia lo amaba.

Con eso bastaba.

—Pues bien, prosiguió el doctor, soy radical, yo, señor....

—Folgat, dijo el abogado.

—Sí, señor Folgat, soy radical y es de mi deber defender á un hombre cuya religion politica se aproxima á la mia. Es por lo que vengo á someteros mi informe medical, á fin de que saqueis partido para la defensa del señor Boiscoran y me deis á conocer vuestras ideas....

—¡Ah! Es un inmenso servicio, exclamó el joven abogado.

—Pero entendámonos, dijo severamente el médico. Una vez que hablo de adoptar las ideas que podais tener, es en tanto que no hieran para nada á la verdad. Para arrancar á mi hijo del cadalso, si es que tuviera alguno, no mancharía mis labios con una mentira

que sería un atentado á la magestad de mi profesion....

Habia sacado el informe del bolsillo de su leviton, y le puso sobre la mesa, diciendo:

—Volveré por él mañana temprano. De aquí á allá, tenéis tiempo de meditarlo. Solamente quiero señalaros la parte esencial, el punto culminante, atreviéndome á expresar así.

En todo caso, se expresaba con una especie de vacilacion, mirando con fijezá á la señorita Dionisia, como para hacerle comprender que estaria muy contento si ella se retiraba.

Viendo que no se movia:

—Una discusion médico-legal, dijo, nada debe interesar á la señorita....

—¡Eh, señor, interrumpió la joven, ¡cómo no he de estar ¡apasionadamente interesada, cuando se trata del hombre de quien debo ser esposa!....

—Es que las señoras son, en general, muy impresionables, dijo de un modo político el doctor, muy sensibles....

—No tengais cuidado, doctor. Per la salvacion de Santiago sabré mostrar una energia viril.

El doctor conocia demasiado á la señorita Dionisia, para comprender que no se alejaría.

—¡Como gustéis! gruñó.

Y volviéndose hácia el Sr. Folgat:

—Lo sabeis, dijo, dos tiros de fusil han disparado al Sr. de Claudieuse. El primero que le alcanzó en el costado, se le esparció en forma de abanico; el segundo que le hirió entre el cuello y la espalda, le pegó de lleno....

—Lo sé, dijo el abogado.

—La diferencia de los efectos, prueba que esos dos tiros se los han disparado á distancias desiguales, el segundo más cerca que el primero....

—Lo sé, lo sé....

—Permitidme.... Si recuerdo estos detalles es porque tienen su valor. Llamado á media noche cerca del señor de Claudieuse, procedí inmediatamente á la extraccion de los granos de plomo. Mientras que operaba, llegó el señor Galpin-Daveline. Creí que iba á pedirme le enseñara los plomos extraídos, pero no tuvo esa idea, porque su cerebro estaba al revés. No pensaba sino en el culpable, en su culpable.... No le recordé el a, b, c, de su profesion, porque no es de mi incumbencia. El médico debe obedecer los mandatos de la justicia, pero no ir más adelante....

—¡Y entonces!

—Entonces, el señor Galpin partió para Boisecoran y continué mi trabajo. Extraje cin-

cuenta y siete granos de plomo de las llagas del costado y ciento nueve de las heridas de la espalda y el cuello. ¡En todo esto, sabéis lo que he descubierto!

Se detuvo, observando el efecto de sus palabras; y cuando le pareció que la atención estaba muy excitada:

—He descubierto, replicó, que el plomo de las dos heridas no es igual....

Los señores de Chandoré y Folgat lanzaron á un mismo tiempo una igual exclamación:

—¡Oh!

—El plomo del primer tiro, continuó el señor Seignebois, que fué el que alcanzó el costado, es de unos perdigones infinitamente pequeños. El plomo de las heridas de la espalda, es al contrario de un número mucho mayor; es, el que creo emplean para la liebre.... Por otra parte, tengo las muestras.

Y diciendo esto, desplegó un pedazo de papel blanco en donde se encontraban diez ó doce granos de plomo, manchados con sangre coagulada y cuya diferencia de tamaño saltaba á la vista.

El señor Folgat parecía confundido.

—¡Ha habido, pues, dos asesinos!.... murmuró.

—Pienso todavía más, dijo el señor de Chandoré, que el asesino, como muchos caza-

dores, tenía un cañon cargado para los pajarillos y otro para la liebre ó el conejo.

—En todo caso, replicó el señor Folgat, eso aleja toda idea de premeditación. No se carga con perdigones un fusil cuando se vá á matar á un hombre....

Y habiendo dicho bastante, acerca de lo que pensaba, el doctor Seignebois se levantó para retirarse, cuando el señor de Chandoré le pidió noticias del señor conde de Claudieuse.

—No está bien, respondió el doctor; el cambio de lugar, á pesar de las precauciones tomadas, lo ha fatigado muchísimo. Porque está en Sauveterre desde ayer, instalado provisionalmente en una casa que el señor Seneschal le he alquilado en la calle Mautrec. Toda la noche ha tenido el delirio, y cuando me presenté en su casa esta mañana, creo que no me reconoció.

—¡Y la condesa!..... preguntó la señorita Dionisia.

—La señora de Claudieuse, señorita, está también enferma como su marido, y si me hubiera escuchado, se habría puesto en cama. Pero es una mujer de energía no comun, y por otra parte, en su afecion por el conde, hace uso de una fuerza de resistencia inconcebible.

Y hablando de este modo se dirigió á la puerta.

—Per lo que toca á Cocclé, agregó, el exámen de su estado mental podría muy bien revelar particularidades de las que no se ha hecho caso. . . . Pero volveremos á platicar más tarde. . . . Mientras tanto, señorita y señores. . . . tengo el honor de saludaros. . . .

—¿Y bien? . . . preguntaron la señorita Dionisia y el señor Chandoré luego que oyeron cerrarse la puerta de la calle á la salida del doctor Seignebo.

Pero ya se habia enfriado el entusiasmo del señor Folgat.

—Antes de decir algo, respondió prudentemente, necesito estudiar el informe de ese digno médico. . . .

Desgraciadamente aquel informe no contenia nada que no hubiera dicho ya el señor de Seignebo.

Era en vano que el joven abogado perdiera la tarde buscando la manera de sacarle partido.

Descubria, es verdad, argumentos que serian de un gran valor para la defensa, si el señor de Boiscoran se encontrara en el Tribunal de Assises, pero no hallaba un medio natural de hacer cesar los efectos de la prevencion.

Toda la casa estaba bajo el imperio de una decepcion, cuando al dar las cinco el viejo Antonio llegó de Boiscoran. Parecia bastante triste.

—He sido relevado de mis funciones, dije; hará unas dos horas que el señor Galpin llegó á levantar los sellos. Iba acompañado de su escribano Méchinot y condujo al señorito Santiago custodiado por dos gendarmes. Abierta la habitacion, ese fanesto Galpin hizo reconocer al señorito las ropas que llevaba la noche del incendio, sus botas, su fusil Klebb y el agua de la cubeta. Terminado que fué el reconocimiento, el agua la han cambiado á una gran vasija que sellada ha sido entregada á un gendarme. En seguida, colocaron en un baúl los efectos del señor, su fusil, varios paquetes de cartuchos; en fin, diversa cosas que el juez llamó piezas de conviccion. El baúl ha sido sellado como la vasija y llevado al coche, y el Galpin partiò diciéndome que estaba libre.

—Y Santiago, preguntó vivamente la señorita Dionisia, ¿qué actitud tenia? . . .

—El señor, señorita, sonreia con aire de desprecio. . . .

—¿Le habeis hablado? preguntó el señor Folgat.

—Imposible, señor, el Galpin no me lo ha permitido.

—Y.... ¿habeis tenido tiempo de examinar el fusil?

—Apenas he podido dirigir un golpe de vista al rastrillo.

—¿Y qué habeis visto?....

La frente del fiel servidor se nubló todavía más.

—He visto, respondió con una voz sorda; que he hecho bien en callarme.... El rastrillo estaba negro por la pólvora. prueba de que el señor ha tirado despues de que limpié ese maldito Kabb....

El abuelo Chandoré y el señor Folgat se cambiaron una desconsolada mirada.

Era una esperanza más que perdía.

—Ahora, prosiguió el joven abogado, ¿decidme cómo cargaba el señor de Boiscoran su fusil?....

—Lo cargaba con cartucho, señor, naturalmente. Habia recibido, creo, dos mil con el fusil, los unos con bala, los otros con municiones, para animales monteses y otros con plomo de todos los números. En esta época, en que la caza es continua, el señor no tiraba sino á los conejos ó pejarillos de paso, que como sabeis, hay en los pantanos. Per eso cargaba uno de los cañones con plomo de grueso

calibre y el otro con pequeños perdigones....

Pero se detuvo, espantado por el efecto que habian producido sus palabras.

—¡Eso es horrible!.... exclamó la señorita Dionisia, me parece que todo está en nuestra contra.

El señor Folgat no le dió tiempo de explicarse demasiado.

—Mi buen Antonio, preguntó, ¿el señor Galpin-Daveline ha tomado todes los cartuchos de vuestro amo?

—No, en verdad, señor.

—¡Y bien! volved al instante á Boiscoran, y traednos tres ó cuatro cartuchos de plomo de cada número.

—Quedad tranquilo, dijo el buen hombre, que no tardaré mucho tiempo.

Se fué bajo aquella promesa, y lo hizo en efecto con tal diligencia, que al sonar las siete, en el momento en que la familia acababa de cenar y se reunia en el salon, reapareció poniendo sobre la mesa un tosco paquete de cartuchos.

Los señores de Chandoré y Folgat hicieron abrir luego algunos, y desde el séptimo ú octavo, encontraron dos números de plomo que parecian exactamente iguales á las muestras que les habia dejado el doctor.

— ¡Es una fatalidad inconcebible! . . . murmuró el viejo gentilhombre.

El mismo joven abogado, parecía próximo á perder el valor.

— ¡Es una locura, pronunció, querer encontrar la inocencia del señor Boiscoran, antes de poder comunicarse con él. . . .

— ¡Y si se pudiera mañana? preguntó la señorita Dionisia.

— Entonces, señorita, nos daría la llave del problema que en vano tratamos de resolver, ó en último caso nos diría en qué sentido debemos dirigir nuestros esfuerzos. Pero no hay que pensarlo, el señor de Boiscoran está incomunicado y, podéis crearlo, el señor Galpin-Daveline ha tomado todas sus precauciones para que la incomunicación no sea violada. . .

— ¡Quién sabe! interrumpió la joven.

Y en seguida, llevándose al señor de Chandoré á un saloncito de juego, cuyas puertas se abrían sobre el gran salón:

— Buen papá, preguntó, ¿soy rica? . . .

En su vida se había ocupado de aquello, é ignoraba hasta cierto punto el valor del dinero.

— Si eres rica, hija mía, respondió el viejo gentilhombre.

— ¿Qué es lo que tengo?

— Posees de tu pertenencia, es decir de la he-

rencia de tu madre y de tu pobre padre, veintiseis mil francos de renta ó sea un capital de más de ochocientos mil francos.

— ¡Y es mucho?

— Lo bastante para que seas una de las más ricas herederas de Saintonge; porque tienes además de tu fortuna actual, esperanzas considerables.

La señorita Dionisia estaba tan preocupada con su idea, que no protestó.

— ¡Qué llaman comodidad en Sauveterre? prosiguió.

— Eso depende, hija mía, y si quieres decirme. . . .

Ella lo interrumpió dando con el pie en el suelo.

— Nada, dijo, te ruego que me respondas.

— ¡Y bien! pero en nuestra pequeña población con una renta de cuatro á ocho mil francos. . .

— Pongamos seis.

— Sea. Con una renta de seis mil francos se tiene una comodidad honorable.

— ¡Y qué, tanto capital se necesita para tener seis mil libras de renta?

— Al cinco por ciento, se necesitan ciento veinte mil francos.

— ¡Es decir un poco más de la octava parte de mi fortuna?

Justamente.

No importa. Comprendo que esa debe ser una fuerte cantidad; ¡y te sería muy difícil, buen papá, reunirlos de aquí á mañana!

—No, porque tengo muchas obligaciones de ferrocarriles, al portador, y esos títulos al portador son una moneda corriente....

¡Ah! es decir que si diera á alguno ciento veinte mil francos de esos títulos, no tendría más dificultades que si fueran ciento veinte mil francos en billetes de banco....

—Tú lo has dicho.

La señorita Dionisia se sonrió, llegando al fin.

—Siendo así, replicó, te ruego, buen papá, me des ciento veinte mil francos en títulos al portador.

El viejo gentilhomme dió un salto.

—Te chanceas, exclamó. ¿Qué quieres hacer? Sí, te chanceas seguramente....

—Al contrario, nunca te he hablado con más seriedad, pronunció la joven con un tono del que no había que dudar. Te conjuro, mi buen papá, en nombre del afecto que me tienes, me des esos ciento veinte mil francos esta misma noche, al instante..... ¡Vacilas! ¡Oh! Dios mío! ¿es tal vez la vida lo que me rehusas!...

El señor de Chandoré no vaciló más.

—Puesto que lo quieres.... dijo, voy á subir á buscártelos.

Ella batió palmas de alegría.

—Eso es, dijo, ve pronto y vistete, porque es preciso que salga y que me acompañes.

Y volviendo cerca de las tías Lavarande y la señora de Boiscoran:

Me excusareis si os dejo, dijo, pero tengo que salir....

—¡A esta hora!.... interrumpió la tía Isabel, ¿á dónde vas?....

—A la casa de mis costureras, las señoritas Méchinot, necesito un vestido....

—¡Dulce Jesús!.... exclamó la tía Adelaida, esta niña pierde el seso....

—Te aseguro que no, tía.

—Entonces voy á ir contigo.

—No, tía, iré sola si te parece.... Es decir sola con mi buen papá.

Y como el señor de Chandoré reapareció con los bolsillos llenos de títulos, el sombrero en la cabeza y el baston en la mano, ella se tomó de él, diciendo:

—Vamos, ven, buen papá, tenemos mucha prisa....



VII

De rodillas que estuviera el señor de Chandoré ante la voluntad de su nieta, ante los menores deseos de aquella niña, en la que sobrevivían todas sus afecciones despedazadas por la muerte y sus supremas esperanzas, no dejó de pensar mucho cuando subió á tomar de su bufete aquella fortuna que se le había pedido.

Tan luego como estuvieron fuera de la casa:

—Ahora que ya estamos solos, mi querida hija, comencé, ¿no me dirás para qué quieres tanto dinero?

—Ese es mi secreto respondió.

—¿Y no tienes bastante confianza en tu abuelo para decírselo, querida?...

Se detuvo. Ella lo hizo seguir.

—Lo sabrás todo, prosiguió la joven, antes de una hora. Pero.... ¡oh! no te enojas buen papá.... Tengo un proyecto que comprendo es demasiado loco. Si te lo dijera, querrías tal vez impedírmelo, y si tu negativa traía una desgracia á Santiago, no sobreviviré yo á su desgracia, y cuáles no serían tus pesares cuando pensaras: "¡Si la hubiera dejado hacer, sin embargo!...."

—¡Dionisia, niña cruel!...

—Por otro lado, prosiguió, si no llegas á trastornar mis proyectos, disminuirás ciertamente mi valor, y lo necesito bastante, abuelo, para atreverme á lo que intento.

—Es que, querida niña, perdona que te lo repita, ciento veinte mil francos..... es una cantidad muy fuerte, y hay muchas gentes valerosas y hábiles que trabajan y se privan toda su vida sin poder llegar jamás á reunirlos.

—¡Ah! tanto mejor, interrumpió la joven; tanto mejor mil veces. ¡Puede, en efecto, ser esa fortuna bastante tentadora para que no la rehusen!....

El abuelo Chandoré comenzaba á comprender

—Con todo eso, dijo, ¿no me dirás á dónde me conduces?

—A la casa de mis costureras.

—¿A la casa de las señoritas Méchiné?

—Sí.

—No las encontraremos, agregó. Hoy es domingo y deben estar en la iglesia rezando por...

—Las encontraremos, buen papá, porque cenar siempre á las siete y media, á causa de su hermano, el escribano Debemos apresurarnos.

El viejo gentilhomme se apresuraba bien, solo que la calle de la Rampa se encontraba lejos de la plaza del Mercado Nuevo.

Porque era en la plaza del Mercado Nuevo donde vivian las hermanas Méchinot, en una casa suya—casa que debia realizar el sueño de sus dias y la pesadilla de sus noches.

En el año que precedió á la guerra, adquirieron aquel inmueble, por consejo de su hermano y á medias con él, subiendo la suma total á cuarenta y siete mil francos, comprendidos los rélitos.

Fué un brillante negocio, porque el cuarto bajo y el primer piso estaban alquilados en dos mil trescientos francos por año al más rico tendero ó almacenista de Sauveterre.

Las Méchinot no creyeron cometer una imprudencia consagrando á aquella adquisicion diez mil francos, consiguiendo pagar el resto en tres años.

El primer año todo fué bien. Pero sobrevino la guerra y sus desastres, las rentas del

hermano y las hermanas se agotaron, y reducidos á los emolumentos del empleo del escribano, tuvieron que imponerse las más rudas privaciones y aun pedir prestado para hacer frente á sus compromisos.

Con la paz, el dinero volvió á entrarles y nadie dudaba en Sauveterre que saldrian de sus apuros, siendo el hermano el más industrioso de los hombres y las hermanas las que tenian la clientela de las damas más distinguidas de los alrededores...

—Buen papá, están en casa, declaró la señorita Dionisia al llegar á la plaza.

—¿Lo crees?

—Estoy segura. Veo la luz en sus ventanas. El Sr. de Chandoré se detuvo.

—¿Qué debo hacer ahora? preguntó.

—Vas, abuelo, á darme los titulos que tienes en tu bolsillo y á esperarme, paseando de un lado á otro, mientras subo á la casa de las señoritas Méchinot... Te diria que subieras; pero tu presencia causaria sospechas... Por otra parte, si el negocio marcha mal, viniendo de una joven no tendrá consecuencias...

El viejo gentilhomme ya no tenia dudas.

—No lo conseguirás, mi pobre niña; dijo.

—¡Oh! Dios mío!... dijo con eniendeo apenas sus lágrimas, ¿por qué desalentarme!...

El viejo gentilhomme no respondió.

Ahogando un suspiro, sacó los títulos que la señorita Dionisia mal que bien colocó en todos sus bolsillos y en un pequeño saco que llevaba en la mano.

—Vamos, hasta luego, abuelo; dijo cuando acabó.

Y ligera como un pájaro, franqueó la calle y subió á la casa de sus costureras....

Las dos hermanas y el hermano acababan en aquel momento una cena compuesta exclusivamente de un pedazo de puerco frío y una ensalada muy cargada de vinagre,

A la inesperada llegada de la señorita de Chandoré, se pusieron en pié.

—Vos, señorita, exclamó la mayor de las costureras, vos....

Todo lo que habia en ese vos, la señorita Dionisia lo comprendió demasiado. Significaba, ayudando la entonación: ¡Cómo! vuestro prometido está acusado de un crimen abominable; hay contra él cargos concluyentes, está preso ó incomunicado, todo el mundo dice que lo llevarán al Tribunal de Assises y que saldrá condenado, sia embargo, estais aquí....

Pero la señorita Dionisia tenia en los labios la sonrisa que se habia impuesto.

—Sí, soy yo, respondió. Tengo absoluta necesidad de dos vestidos para la próxima se-

mana, y vengo á suplicaros que me enseñeis las muestras.

Siempre, por consejo de su hermano, las señoritas Méchinot se habian arreglado con un almacén de Burdeos, que les confiaba muestras de todos sus géneros y que les pagaba una utilidad por los efectos que vendian.

—Estoy con vos, señorita, respondió la hermana mayor; permitidme solamente encender una lámpara, porque casi nada se ve.

Y mientras arreglaba el aparato y le cortaba la mecha.

—¿No vas ahora á tu Orfeon? preguntó á su hermano.

—Esta noche, no, respondió.

—Sin embargo, te esperarán.

—No, porque he avisado. Tengo dos mapas que poner sobre la piedra para su impresión y dos copias muy interesantes que acabar para el tribunal.

Y al decir esto, dobló su servilleta y encendió una bujía.

—Buenas noches, dijo á sus hermanas, porque ya no nos veremos ahora.

E inclinándose profundamente ante la señorita de Chandoré, salió con la bujía en la mano.

—¿A dónde va vuestro hermano? preguntó vivamente la señorita Dionisia.

—A su habitacion. Su recámara está enfrente de ésta, del otro lado de la escalera.

La señorita Dionisia estaba más roja que el fuego.... Iba, pues, á dejar escapar la ocasion que debía servir á sus esperanzas! Reuniendo todo lo que habia en ella de energia:

—A propósito, exclamò, tengo que decir dos palabras á vuestro hermano, mis queridas señoritas.... Esperadme, volveré al instante.

Y se lanzó fuera, dejando á las costureras asombradas de estupor y preguntándose si el golpe que la habia sobrecojido no turbaria su razon.

El escribano estaba todavia sobre la mesa de la escalera, buscando en su bolsillo la llave de la habitacion.

—Es preciso que os hable, le dijo al instante la señorita Dionisia.

Fué tan grande la admiracion de Méchinot, que no encontró qué responder. Solo hizo un movimiento coma para volver á la pieza de sus hermanas....

—No; en vuestra habitacion, dijo la joven; es necesario que no puedan oirnos.... Abrid, señor, pero pronto; pueden venir.

El hecho era que estaba de tal manera aturdidido, que tardó más de medio minuto en introducir la llave en la cerradura.

En fin, estando la puerta abierta, se hizo á

un lado para que la señorita Dionisia pasara primero.

Pero ella:

—No, dijo, entrad....

Obedeciò. Ella lo siguió y una vez en la pieza, cerró la puerta, empujando una colanilla que habia apercibido....

El escribano Méchinot era conocido en Sauveterre por su aplomo.

La señorita de Chandoré era la misma timidez; por nada, se ponía colorada hasta en lo blanco de los ojos y perdía la voz.

Y sin embargo, no fué la joven la que se quedó suspensa en aquel momento.

—Sentaos, señor Méchinot, dijo, y escuchadme.

Puso la bujía sobre la mesa y se sentó.

—Me conoceis, ¿no es verdad? comenzó la señorita Dionisia.

—Ciertamente, señorita.

—¿Pero acaso ignorais que mi matrimonio con el señor Santiago de Boiscoran, está arreglado?

Como si hubiera sido movido por un resorte el escribano se enderezó dándose en la frente un furioso pufetazo.

—¡Ah! qué animal soy, exclamó, ¡comprendo!....

—Sí, eso es, continuó la joven, vengo á

hablaros del señor Boiscoran, mi prometido, mi esposo!...

Se detuvo, y durante más de un minuto Méchainet y ella quedaren frente á frente, silenciosos é inmóviles, con los ojos fijos; él como preguntando lo que ella iba á proponerle; ella, tratando de adivinar aquello á que debía atreverse.

—Debeis, pues, comprender que sufro, señor, replicó al fin; desde hace tres dias que el señor de Boiscoran está preso, acusado del más cobarde de los crímenes.

—¡Oh! sí, lo comprendo, exclamó el escribano.

Y llevado por su emocion:

—Pero puedo afirmar, prosiguió, que yo que he asistido á toda la instruccion y con la experiencia de los negocios criminales, creo que el señor de Boiscoran es inocente. Esa no es, lo sé, la opinion del señor Galpin Daveline, ni del señor Dauvigeon, ni de los señores del tribunal, ni de la ciudad entera, me importa! es la mía. Sabedlo, he estado allá, cuando han ido á aprehender al señor de Boiscoran al saltar del lecho. — ¡Y bien! nada alteró su voz, cuando exclamó: "¡Eh! ¡es el querido Daveline!" entonces me dije: "¡Este hombre no es culpable!"

—¡Oh!... señor, balbuceó la señorita Dionisia, gracias, gracias.....

—No hay por qué darme las gracias, señorita, porque el tiempo lo ha hecho más que afirmar mi conviccion. ¡Jamás un culpable ha llegado á tener la actitud del señor de Boiscoran! Esperad, que eso no es todo: cuando fuimos á levantar los sellos, era necesario verle, circunspecto, digno, respondiendo friamente á las preguntas que se le dirigian. Hasta el punto de no poder contenerme de decir al señor Galpin Daveline lo que pensaba, Me respondió que era yo un nécio. ¡Y bien? yo, soy tengo que él es... perdon!... que él es quien se equivoca. Mientras más estudio al señor de Boiscoran, más me convengo de que le basta decir una palabra para justificarse.

La señorita Dionisia escuchaba con una atencion tan profunda que casi se olvidaba de lo que la habia llevado á la casa del escribano.

—Así es que, dijo, ¡el señor de Boiscoran no os parece muy afectado?

—Mentiria, señorita, si os dijera que no está triste. Pero lo que es inquieto, no lo está. Pasado el primer aturdimiento, su sangre fria no se ha desmentido, es en vano que despues de tres dias el señor Galpin Daveline agote

todo lo que tiene de penetración y de sagacidad....

Pero se detuvo en el acto, como un hombre ébrio, que recobrando de repente su lucidez reconoce que el vino le ha soltado mucho la lengua.

— ¡Dios mío! ¡qué es lo que he dicho! exclamé. En nombre del cielo, señorita, no repitais á nadie lo que acaba de arrancarme mi respetuosa simpatía.

Para la señorita Dionisia había llegado el momento decisivo.

— Si me conociérais mejor, señor, pronunció, sabriais que podeis contar con mi discreción. No os arrepintais de haber llevado, por vue tra confianza, algun consuelo á una horrible desgracia. No os arrepintais, porque...

Su voz se debilitaba, tuvo que hacer un esfuerzo para agregar:

— Porque vengo á pedir os más todavía, ¡oh, sí, mucho más!...

Méchinot se había puesto espantosamente pálido.

— Ni una palabra más, señorita, interrumpió violentamente, sólo vuestra esperanza es una injuria. Ignorais, pues, lo que es mi profesión y que por juramento estoy obligado á ser tan mudo como las celdas donde se encierra á los prisioneros. ¡Yo, un escribano, en-

tregar el secreto de una instrucción criminal!...

La señorita Dionisia temblaba como la hoja, pero su espíritu permanecía claro y sereno.

— ¡Dejaríais tal vez, dijo, perecer á un infortunado?...

— ¡Señorita!...

— ¡Dejarías condenar á un inocente cuando os era posible disipar con una palabra el espantoso error de que es víctima? Me diríais: «Es desgraciado, pero he jurado callar...» y lo veríais con una conciencia tranquila subir al cadalso!... ¡No, eso no es posible! ¡eso no es verdad!....

— O, lo he dicho, señorita, creo que el señor de Boisecoran es inocente....

— ¡Y rehusais ayudarme á hacer brillar su inocencia!..... ¡Oh, Dios mío! ¡Qué idea se forman, pues, los hombres del deber!... ¡Cómo conmoveros, cómo conmoveros! Es preciso recordar lo que deben ser las torturas de ese hombre honrado, acusado de un infame asesinato! ¡Debo deciros mis mortales angustias, las vuestras, las de sus amigos, las de sus parientes, las lágrimas de su madre, mi dolor, siendo su prometida!... Sabemos que es inocente, y sin embargo, no podemos probarlo, por falta de un amigo que tenga piedad de nosotros....

En su vida el escribano habia oido tales acentos.

Impresionado hasta lo más íntimo del alma:

—¡Qué quereis, pues? dijo estremeciéndose.

—¡Oh! muy poca cosa, señor, muy poca...

Que hagais llegar diez líneas al señor de Bois-coran, nada más diez líneas, y que despues nos traigais su respuesta....

La audacia de la proposicion llenó de espanto al escribano.

—¡Jamás! pronunció.

—¿Permanecereis, señor, sin tener compasion?

—Eso seria traicionar el honor....

—Y dejar condenar á un inocente, ¿qué sería, pues?

La angustia de Méchainet era visible. Aturdido, trastornado, no sabia qué resolver, ni qué contestar....

En fin, un motive para poder rehusar se presentó oportunamente á su espíritu.

—Y si fuera descubierto, baluceó, seria para perder mi empleo, arruinar á mis hermanas, cortar mi porvenir....

Con una mano calenturienta, la señorita Dionisia sacó de sus bolsillos y arrojó en montones sobre la mesa los títulos que le habia dado su abuelo....

—Hay aquí ciento veinte mil francos.... comenzó.

Violentemente el escribano se echó hácia atrás,

—¡Dinero! exclamó, ¿me ofrecéis nada?

—¡Oh! no os ofendais, replicó la joven con un acento capaz de conmover á las piedras. ¿Podria ofenderos cuando os pido más que vida? Hay servicios que con nada se pagan. Pero si los enemigos del señor de Bois-coran llegan á saber que nos habeis ayudado, se volverá contrá vos su cólera....

Maquinalmente el escribano se desataba su corbato.

La lucha en su interior debía ser terrible....

Se ahogaba.

—¡Ciento veinte mil francos! dijo con voz ronca.

—¡No es bastante! insistió la joven. Sí, tenéis razon, ¡es bien poco! pero tengo más, tengo el doble á vuestra disposicion....

Pálido, con lo ojos extraviados, Méchainet se habia aproximado, y con un gesto convulsivo manejaba aquellas masas de títulos, repitiendo:

—¡Seis mil libras de renta!... ¡seis mil libras de renta!...

—No, el doble, dijo la señorita Dionisia, y al mismo tiempo nuestro reconocimiento, nuestra sincera amistad, toda la influencia de las familias reunidas de Chandoré y de Boiscoran, es decir, la fortuna, la consideración, una envidiable situación....

Pero ya, gracias á una poderosa proyección de voluntad, el escribano había recobrado la posesión de sí mismo.

—Basta, señorita, dijo, ¡basta! ...

Y con una vez resuelta, aunque temblando todavía.

—Recojed ese dinero, continuó. Cuando se hace lo que pedis, cuando se traiciona el deber, si obra uno por influencia del dinero, es el último de los miserables... Si no hay otro móvil que una convicción sincera y el interés de la verdad, se puede pasar por un loco, siendo al menos digno de las gentes honradas... Recojed esa fortuna, señorita, que ha hecho vacilar un instante la conciencia de un hombre honrado... Haré lo que deseéis, pero... por nada...

Si el abuelo Chandoré se impacientaba de dar vueltas en la plaza del Mercado Nuevo, las hermanas Méchiné, en su taller, encontraban el tiempo todavía más largo.

... ¿Qué será? se preguntaba la una á la otra,

¿qué será lo que la señorita de Chandoré puede haber dicho á nuestro hermano?

Y al cabo de diez minutos, su curiosidad irritada por las conjeturas más insensatas, convirtiéndose en un suplicio que no podían soportar más, las decidió á ir á llamar á la puerta de la pieza del escribano.

—¡Ah! dejadme tranquilo, les gritó irritado por haberlo interrumpido.

Pero reflexionando corrió á abrir y más dulcemente:

—Volveos á vuestra pieza, dijo á sus buenas hermanas, y si queréis evitarme uno de los más graves disgustos, á nadie le hableis de la entrevista que la señorita de Chandoré y yo hemos tenido en este momento.

Dispuestas á obedecer, las dos hermanas se retiraron, pero no tan violentamente que no hubieran tenido tiempo de apereibir los títulos que la señorita Dionisia había arrojado sobre la mesa y que eran obligaciones del ferrocarril de Paris-Lyon-Mediterráneo. Porque precisamente las señoritas Méchiné conocían aquellas obligaciones por haber poseído ocho en otro tiempo, ántes de comprar la casa.

Su ardiente deseo de saber se complicaba á la vez con un vago terror, y luego que volvieron á entrar en su habitación:

- ¿Has visto? preguntó la menor.
 —Sí, son títulos, respondió, la otra.
 —Había bien quinientos ó seiscientos....
 —Tal vez más.
 —Es decir, para una suma considerable.
 —Enorme.
 —¡Qué significará eso, santa Virgen! á qué debemos atenernos!....
 —Y nuestro hermano que nos ha recomendado el secreto?....
 —Estaba más blanco que su camisa y espantosamente turbado.
 —La señorita de Chandoré lloraba como una Magdalena...
 Era la verdad.

Mientras que habia dudado del resultado, la señorita Dionisia habia estado sostenida por la idea de que la salvacion de Santiago dependia del valor de ella, su prometida, y de su presencia de ánimo.

Segura del resultado, no necesitaba ya dominar su emocion, y despedazada por el esfuerzo, se dejó caer en una silla derramando abundantes lágrimas.

Habiendo vuelto á cerrar su puerta, el escribano la consideró un momento y más dueño de sí de lo que habia sido hasta entonces:

—Señorita, comenzó....

Pero al sonido de su voz ella se irguió, y tomándole las manos que tuvo un momento entre las suyas:

—¡Cómo daros las gracias, señor, exclamó, cómo probaros la inmensidad de mi reconocimiento!....

Si le hubiera venido al escribano la idea de desdecirse, ella se la habria robado, tan irresistiblemente estaba dominado por su encanto.

—No hablemos de eso, dijo con la brusquedad de las gentes que tratan de disimular su emocion....

—No hablaré más, señor, dijo dulcemente la joven; pero quiero, sin embargo, deciros que ninguno de nosotros olvidará jamás la deuda que hemos contraído hoy. El inmenso servicio que vais á hacernos no carece de peligros, me habeis dicho. Cualquiera que se presente, recordarlo bien en este momento, tenéis en nosotros los más adictos amigos....

La interrupcion de las hermanas Méchinot habia producido el efecto de devolver al escribano una buena parte de su sangre fria.

—Espero bien que no me sucederá una desgracia, dijo; sin embargo, señorita, no debo ocultaros que el servicio que voy á tratar de haceros, presenta muchas más dificultades de lo que se cree....

—¡Dios mío! murmuró la señorita Dionisia....

—El señor Galpin Daveline, prosiguió el escribano, no tiene tal vez una inteligencia superior, pero conoce su deber y es de lo más fino y excesivamente desconfiado. Ayer, todavía, me decía que no se le oculta que la familia del señor de Boiscoran intentaría lo imposible para sustraerlo á la acción de la justicia. De allí provienen las combinaciones incesantes, la más absoluta desconfianza y un lujo de precauciones de que no se tiene idea. Y la desconfianza lo haría capaz de poner su cama delante de la puerta donde está preso don Santiago....

—Ese hombre nos odia, señor Méchinot.

—No, señorita, no; pero es ambicioso, cree que su carrera depende del resultado de esta instrucción, y tiembla de que su prevenido vuelva ó se lo quiten....

Muy perplejo evidentemente, Méchinot acariciaba su oído con sus propias palabras.

—¿Cómo voy á componérmelas, continuó, para hacer llegar un billete al señor de Boiscoran? Si estuviera advertido, nada más fácil, pero no es así. Además, es tan desconfiado como el señor Daveline. Teme siempre que le tiendan un lazo y se cuida mucho. ¿Si le hiciera una señal me comprendería? ¿Y si le hi-

ciera una señal, el señor Daveline, que tiene muy buena vista, no lo comprendería también?

—No estáis, pues, nunca solo con el señor Boiscorain, señor?....

—Jamás, ni un segundo, señorita. Siempre entro y salgo de la prisión acompañando al juez de instrucción. Me diréis que al salir como paso detrás de él, puedo dejar caer perfectamente el billete... Pero cuando salimos, el carcelero, que tiene buenos ojos, está allí. Tendría también el temor de los excesos de prudencia del señor de Boiscoran. Viendo que le llegaba de aquella manera un billete, sería muy capaz, sin abrirlo, de remittrselo inmediatamente al señor Galpin Daveline.

Se detuvo, y después de un momento de reflexión:

—Lo más seguro, replicó, sería tal vez ponerse de acuerdo con el carcelero Blangin ó con un detenido encargado de servir de espía del señor de Boiscoran.

—¡Frumencio Cheminot! dijo vivamente la señorita Dionisia.

La más extraordinaria sorpresa se vió dibujada en la fisonomía del escribano Méchinot.

—¿Sabéis su nombre? dijo.

—Lo sé, porque Blangin me ha hablado de

ese prisionero, cuyo nombre me hizo efecto el día en que la señora de Boiscoran y yo, ignorando lo que era la incomunicación, fuimos á la cárcel pretendiendo ver á Santiago.

El escribano hizo un gesto de despecho.

—Ahora, dijo, me explico los terrores del señor Daveline. Tuvo noticia de vuestra pretensión, y por eso se imaginó que queriais extraer al prisionero.

Pronunció entre dientes algunas palabras todavía que la señorita Dionisia no entendió; después, accidiéndose:

—¡No importa! pronunció, procederé según las circunstancias. Escribid vuestra carta, señorita, ahí tenéis tinta y papel....

Por toda respuesta, la joven se sentó frente á la mesa de Méchainet, pero en el momento de tomar la pluma:

—¡El señor de Boiscoran tiene libros en su prisión! preguntó.

—Sí, señorita. Al pedirlos, el señor Daveline en persona fué á buscarlos á la casa del señor Daubigeon, algunos tomos de versos y varias novelas de Cooper....

Una gozosa exclamación de la señorita Dionisia lo interrumpió.

—¡Oh, Santiago! exclamó, ¡gracias por haber contado conmigo!....

Y sin fijarse en el profundo asombro de Méchainet, escribió:

“Estamos seguros de vuestra inocencia, y sin embargo, nos encontramos desesperados. Vuestra madre está aquí con un abogado de París, el señor Folgat, muy adicto á nuestros intereses. ¿Qué debemos hacer? Dadnos vuestras instrucciones. Podéis contestar sin temor, porque tenéis «nuestro» libro.

DIONISIA.”

—Leed, señor, dijo al escribano luego que hubo terminado.

Pero él, en lugar de hacer uso del permiso, dobló el billete que ella le dió y lo metió en una cubierta que cerró.

—¡Oh, qué bueno sois! murmuró la joven conmovida por aquella delicadeza.

—No, respondió, busco sencillamente el modo de hacer lo más honrosamente posible una acción.... deshonrosa. Mañana, señorita, espero tener una respuesta.

—Volveré á buscarla....

Méchainet se estremeció.

Guardaos bien de ello, señorita. Las gentes de Sauveterre son bastante ingeniosas para comprender que la «toilette» no os ha de preocupar en este momento, y vuestras visitas aquí parecerían sospechosas. Dejadme el cui-

dato de hacer llegar á vuestras manos la respuesta del señor de Boiscoran.

Mientras que la señorita Dionisia escribía, Méchinot había hecho un paquete con los títulos que le había llevado. Al entregárselos, le dijo:

— Tomad, señorita, si necesito dinero para Blangin ò para Frumencio Cheminot, os lo haré saber.... Ahora, partid... Es inútil que veáis á mis hermanas. Me encargo de explicarles vuestra visita.

VIII

— ¡Qué puede haberle sucedido á Dionisia, que no ha vuelto! murmuraba el abuelo Chandoré dando vueltas á la plaza del Mercado Nuevo, consultando su reloj por la vigésima vez.

Durante mucho tiempo, el temor de disgustar á su hija y el miedo de ser regañado, o hicieron estarse en el lugar en que ella le había mandado esperar; pero al fin, seriamente atormentado:

— ¡Ah! por mí fe, suceda lo que suceda, dijo, voy á arriesgarme...

Atravesó la calzada que separa la plaza de las casas y se metió en el largo pasadizo de la habitacion de las hermanas del escribano Méchinot.

dado de hacer llegar á vuestras manos la respuesta del señor de Boiscoran.

Mientras que la señorita Dionisia escribía, Méchinot había hecho un paquete con los títulos que le había llevado. Al entregárselos, le dijo:

— Tomad, señorita, si necesito dinero para Blangin ò para Frumencio Cheminot, os lo haré saber..... Ahora, partid... Es inútil que veáis á mis hermanas. Me encargo de explicarles vuestra visita.

VIII

— ¡Qué puede haberle sucedido á Dionisia, que no ha vuelto! murmuraba el abuelo Chandoré dando vueltas á la plaza del Mercado Nuevo, consultando su reloj por la vigésima vez.

Durante mucho tiempo, el temor de disgustar á su hija y el miedo de ser regañado, o hicieron estarse en el lugar en que ella le había mandado esperar; pero al fin, seriamente atormentado:

— ¡Ah! por mí fe, suceda lo que suceda, dijo, voy á arriesgarme...

Atravesó la calzada que separa la plaza de las casas y se metió en el largo pasadizo de la habitacion de las hermanas del escribano Méchinot.

Ya se disponía á poner el pie en el primer peldaño de la escalera, cuando vió una luz en lo alto.

Escuchó casi al momento la voz de su nieta, y reconoció su ligero paso.

—¡Al fin!... pensó.

Y listo como un colegial que oye llamar á su maestro, temblando de ser cogido en flagrante delito de inquietud, volvió á su lugar.

La señorita Dionisia volvió casi al mismo tiempo y le saltó al cuello.

—Buen papá, dijo haciendo sonar sus frescos labios sobre las toscas mejillas, te traigo tus títulos.

Si alguna cosa debía asombrar al señor de Chandoré, era el encontrar en el mundo un ser bastante duro, cruel y bárbaro para resistir á las súplicas y á las lágrimas de la señorita Dionisia—sobre todo á las lágrimas y á las súplicas acompañadas de ciento y veinte mil francos.

Con todo eso.

—Te habia dicho, querida hija, dijo tristemente, que no conseguirias...

—Y te equivocaste, buen papá, y te equivocaste todavía, he conseguido.

—Sin embargo, puesto..... que traes el dinero.

—Es que he encontrado un hombre honra-

do, abuelo, un hombre de corazón. ¡Pobre muchacho! ¡á qué prueba he sujetado su probidad!... porque está muy apurado, lo sé de buena fuente, desde que compró en compañía de sus hermanas su casa. Era más que una esperanza, era evidentemente la fortuna lo que le ofrecí. También era preciso ver brillar sus ojos y temblar sus manos, mientras miraba estos títulos que estuvo tocando. ¡Y bien! los ha rehusado, buen papá, los ha rehusado. No admite ninguna recompensa por el grandísimo servicio que va á prestarnos....

El señor de Chandoré aprobó con la cabeza.

Tienes razón, hijita, ese escribano es un honrado hombre que acaba de adquirir derechos eternos á nuestra gratitud....

—Conviene agregar, replicó la señorita Dionisia, que he estado con un valor extraordinario. Nunca me hubiera creído capaz de tanta audacia. ¡Que ne hubieras estado oculto en un rincón, para verme y escucharme! He llorado bien un poco, pero después, cuando obtuve lo que quería....

—¡Oh! querida, querida niña! murmuró el viejo conmovido.

—Es que mira, no pensaba sino en el peligro de Santiago y en la gloria de mostrarme digna de él que ha sido tan valeroso. Espero que estará contento de mí....

Será un señor muy descontentadizo si no lo está... exclamó el señor de Chandoré.

Pero era bajo los árboles de la plaza del Mercado Nuevo donde estaban platicando el abuelo y la nieta y ya varios paseantes habían encontrado el modo de pasar tres ó cuatro veces cerca de ellos con el oído muy atento, fieles á esa discrecion encantadora que es una de las diversiones de Sauveterre.

Pero precaviéndose por las prudentes recomendaciones de Méchinot, la señorita Dionisia no tardó en apercibirlo.

—Nos escuchan, dijo á su abuelo, ven, te diré todo en el camino.

Y en efecto, caminando le refirió hasta los menores detalles de su entrevista y el viejo gentil hombre declaró no saber en verdad qué debía admirar más, si su presencia de ánimo ó el desinterés de Méchinot.

—Razon de más, concluyó la joven, para no aumentar los peligros á que va á exponerse ese honrado hombre. Le he prometido una discrecion absoluta y cumpliré mi promesa. Si quieres creerme, buen papá, no diremos nada á las tías ni á la señora de Boiscoran.

—Confiesa desde luego, que lo que quieres es salvar á Santiago tú sola....

¡Ah! ¡si lo pudiera!... Desgraciadamente es necesario poner al señor Folgat al tanto de

la confidencia, porque no podremos pasarnos sin sus consejos.

Así fué hecho. Las tías Lavarande y la marquesa de Boiscoran se contentaron con la explicacion bastante inverosímil que de su salida les dió la señorita Dionisia.

Y algunas horas más tarde la joven, los señores Folgat y el señor de Chandoré, tuvieron una conferencia en el gabinete del baron.

Más que el señor de Chandoré todavía, el joven abogado llegó á sorprenderse de la concepcion de la señorita Dionisia y de su atrevimiento para ejecutarla. Nunca la hubiera sospechado capás de semejante pretension, siendo tan joven y conservadno aún las gracias sencillas y la timidez de la infancia.

Quise cumplimentarla, pero ella:

—¿En donde esta mi mérito? interrumpió vivamente. ¿A qué peligro me he expuesto?

—A un peligro muy real, señorita, os lo aseguro.

—¡Bah!... dijo el señor de Chandoré.

—¡Corromper á un funcionario, prosiguió el señor Folgat, es grave! Hay en el Código Penal cierto artículo, 179, nada agradable que pone en la misma condicion al corruptor y al corrompido.

—¡Y bien! ¡tanto mejor! exclamó la señori-

ta Dionisia, si el pobre Méchinot vá á la cárcel, lo acompañaré.

Y sin fijarse en la expresion de disgusto de su abuelo:

—En fin, señor, dijo al señor Folgat, su deseo está ya realizado. Ahora vamos á tener noticias positivas del señor de Boiscoran, nos dará sus instrucciones....

—Puede ser, señorita....

—¡Cómo! puede ser.... Habéis dicho delante de mí....

—Os he dicho, señorita, que sería inútil, tal vez imprudente, intentar algo sin saber la verdad. ¡La sabremos! ¿Creis que el señor de Boiscoran, que tiene tantas razones para desconfiar de todo, la dirá en una respuesta que tiene que pasar por muchas manos antes de llegar á las vuestras....

—La dará, señor, sin restricciones, sin temor, sin peligro....

—¡Oh!....

—Mis medidas están tomadas.... Lo veis.

—Entonces no tenemos más que esperar.

¡Ay! sí, era necesario esperar y eso era lo que desconsolaba á la señorita Dionisia. Apenas durmió. La mañana del día siguiente fué un prolongado suplicio. Cada vez que sonaba la campanilla, se estremecía y corría á ver..

En fin á las cinco de la tarde viendo que nadie habia llegado:

—No será para hoy, dijo. ¡Dios mío! con tal que ese pobre de Méchinot no se haya dejado sorprender

Y tal vez para escapar á las observaciones de sus temores, consintió en acompañar á la efiora de Boiscoran á una visita.

—¡Ah! ¡si hubiera sabido!....

No habian pasado diez minutos de su salida cuando uno de esos muchachos que se encuentran á toda hora del día vagando por las plazas de Sauveterre, se presentó llevando una carta con la direccion de la señorita Dionisia.

Se la llevaron al señor de Chandoré que, esperando la hora de la comida, daba una vuelta en el jardín acompañado del señor Folgat.

—¡Una carta para Dionisia! exclamó el viejo gentil-hombre, luego que el criado se hubo alejado, es la respuesta que esperamos....

Rompió el sobre atrevidamente.

¡Ah! fué una operacion inútil. El billete encerrado en la cubierta, estaba concebido así:

31: 9, 17, 19, 23, 25, 28, 32, 101, 102, 129, 137, 504, 515—37: 2, 3, 4, 5, 7, 8, 10, 11, 13, 14, 24, 27, 52, 54, 118, 119, 120, 200, 201—41: 7, 9, 17, 21, 22, 44, 45, 46....

Habia dos páginas escritas así.

—Tomad, señor, á ver si podeis comprender, dijo el señor de Chandoré, dando aquella respuesta al señor Folgat.

Positivamente el joven abogado procuró hacerlo. Pero después de cinco minutos de inútiles esfuerzos:

—Comprendo, dijo, que la señorita de Chandoré tenía razon al decirnos que sabíamos la verdad... el señor de Boiscoran y ella se han entendido antes por medio de una clave...

El abuelo Chandoré levantó las manos hacia el cielo.

—Ved lo que son las nietas, dijo, ¡vedlas!.. Estamos á su discrecion, porque solo ella puede traducir ese papel de magia,

Si acompañando á la marquesa de Boiscoran á la casa de la señora Seneschal, la señorita Dionisia, esperaba disipar los tristes presentimientos de que estaba poseida, vió fracasar su esperanza.

La excelente mujer del corregidor no era de esas que pueden dar valor á la hora en que se sienten desfallecer.

Solo habia sabido arrojarle alternativamente en los brazos de la señora de Boiscoran y la señorita de Chandoré, repitiéndoles con entrecortados sollozos, que las tenía á la una por

la más desgraciada de las madres y á la otra por la más infortunada de las novias.

—¡Esta mujer cree, pues, que Santiago es culpable? pensaba no sin sulfurarse la señorita Dionisia.

Pero no fué eso todo.

Al regresar, como á la mitad de la calle Mautrec, no lejos de la casa donde estaban provisionalmente instalados el conde y la condesa de Claudieuse, oyeron á un muchacho que gritó:

— ¡Mamá, ven á ver á la madre y á la novia del asesino!....

La pobre joven volvió, pues, más afligida de lo que se fué, cuando su recamarera que evidentemente espiaba su regreso, le dijo que el abuelo y el señor Folgat la esperaban en el gabinete del baron.

Sin darse tiempo ni para quitarse el sombrero, corrió y al entrar:

—Aquí está la respuesta, le dijo el señor de Chandoré, presentándole la carta de Santiago.....

No pudo contener un grito de alegría, y con gesto rápido, tomó la carta y la llevó a sus labios, repitiendo:

—¡Estamos salvados, estamos salvados!...

El señor de Chandoré sonrió por lo contenta que estaba su nieta.

—Solamente, señorita misteriosa, replicó, teniais á lo que parece, grandes secretos que cambiar con el señor de Boiscoran, porque habeis adoptado una clave ni más ni menos que si fuerais conspiradores. El señor Folgat y yo hemos perdido nuestro latin....

Sólo entonces recordó la joven la presencia del abogado de Paris, y más roja que una amapola:

—Ultimamente, dijo, Santiago y yo, no sé con qué motivo, tuvimos la ocasion de hablar de medios imaginados para corresponderse secretamente, y me enseñó este. Se escoje una obra cualquiera y cada uno de los dos correspondientes toma un ejemplar de la misma edicion. El que escribe busca en su ejemplar las palabras que necesita y las indica con cifras. El que recibe la carta, con las cifras encuentra las palabras. Así es que en la carta de Santiago, los números seguidos de dos puntos, indican una página y los otros números el orden de las palabras escojidas en esa página.

—¡Eh! ¡eh!..... dijo el abuelo Chandoré; ¡yo hubiera buscado mucho tiempo!....

—Es muy sencillo, continuó la señorita Dionisia, muy conocido y sin embargo muy seguro. No es posible que un extraño adivine el libro escojido para la correspondencia. Hay además otros medios para desorientar á los

indiscretos. Se conviene por ejemplo en que nunca las cifras tengan su valor, ó tambien que ese valor varíe segun el día en que se escribe la carta, el primero, segundo, tercero ó último de la semana. Así es que hoy es lunes, primer día, ¿no es así? ¡Pues bien! de cada número de la página debo retirar el 1 y agregar ese 1 á cada número de la carta.

—¿Y puedes reconocerlo dijo el señor Chandoré.

—Seguramente, buen papá. Desde que Santiago me explicó este sistema, lo he ensayado con exactitud. Escogiamos un libro que amo mucho. *El Lago Ontario*, de Cooper, y nos hemos divertido escribiéndonos cartas. ¡Oh!... se emplea mucho tiempo porque es una operacion larga y como no siempre se encuentra la palabra que se necesita emplear, es indispensable entonces designarla letra por letra...

—¿Y el señor de Boiscoran tiene *El Lago Ontario* en su prision? preguntó el señor Folgat.

—Sí, señor, lo he sabido por el señor Méchinnet. El primer cuidado de Santiago desde que lo incomunicaron ha sido el de pedir algunas novelas de Cooper, y el señor Galpin-Daveline, que es tan astuto, tan penetrante y tan desconfiado, ha ido personalmente á buscarlas. Santiago contaba conmigo, señor.....

—Entonces, mi querida hija, vas á cumplirnos al gusto de descifrarnos ese enigma, dijo el señor de Chandoré.

Y luego que ella salió:

—¡Cuánto lo ama, murmuró, cuánto ama á Santiago!... Si le aconteciera una desgracia, señor, ella se moriría....

El señor Folgat no respondió.

Trascurrió cerca de una hora antes que la señorita Dionisia, encerrada en su recámara, acertando á unir todas las palabras designadas por las cifras de Santiago de Boiacoran, volviera á presentarse.

Pero cuando hubo acabado, al reaparecer en el gabinete de su abuelo, la más profunda desesperación se leía en su rostro juvenil.

—¡Esto es horrible!... dijo.

La misma idea, como una aguda flecha, atravesó el espíritu del señor de Chandoré y el joven Folgat.

¡Santiago al fin confesaba!...

—Tomad, leed, les dijo la señorita Dionisia dándoles su traducción.

Hé aquí la carta de Santiago:

“Mucho agradezco vuestra carta, mi bien amada Dionisia.

“Un presentimiento me la habia anunciado y por eso me he procurado *El Lago Ontario*.

“Demasiado comprendo vuestro dolor al ver

que mi detencion se prolonga y no me disculpo. He guardado silencio, porque esperaba que las pruebas de mi inocencia llegarían de fuera. Reconozco que esperar todavía sería insensato, y tendré que hablar. Hablaré. Pero lo que tengo que decir es tan grave, que guardaré silencio hasta que me sea permitido consultar con un hombre de toda mi confianza. Es más que prudencia lo que necesito ahora, es habilidad. Hasta este momento, apoyado en mi inocencia, permaneci tranquilo. Mi último interrogatorio acaba de abrirme los ojos, mostrándome lo inmenso del peligro que corro.

“Mis angustias serán espantosas hasta el día en que pueda ver á un abogado. Dad las gracias á mi madre por haber traído uno. Espero que me perdonará el dirigirme desde luego á otro que no sea él. Tengo necesidad de un hombre que conozca á fondo nuestra población y sus costumbres.

“Es al señor Merguis á quien elije, y os encargo que le advirtais que esté dispuesto para el día en que terminada la instruccion deje de estar incomunicado.

“Hasta entonces nada puede hacerse, sólo que se obtenga, si es posible que se retire mi negocio á G. D. para confiarlo á otro.

“Ese hombre se conduce indignamente. Me

cree en lo absoluto culpable y cometería un crimen para acusarme de él, pues no perdoné ni un medio para hacerme caer en la red que me ha tendido.

—Me cuesta mucho trabajo conservar mi calma todas las veces que veo entrar en mi prision á ese juez que se llamó mi amigo.

—¡Ah, queridos! ¡expío cruelmente una falta que hasta ahora tengo la conciencia de no haber cometido!

—Y vos, mi única amiga, nunca me perdonareis los horribles tormentos que os causo...

—Tendría todavía mucho que deciros, pero el detenido que me ha entregado vuestro billete me ha dicho que me apresure bastante y tardó mucho en unir las palabras...

S...."

Terminada la lectura de aquella carta, los señores Folgat y Chandoré volvieron tristemente la cabeza, temiendo tal vez que la señorita Dionisia leyera en sus ojos el secreto de sus pensamientos.

Pero comprendió demasiado lo que significaba aquel movimiento.

—¿Dudais, pues, de Santiago, abuelo? exclamó:

—No, murmuró débilmente el señor de Chandoré, no....

—Y vos; señor Folgat, no os refriareis,

porque Santiago quiera consultar con otro abogado?

—Sería yo el primero, señorita, en aconsejarle que vea á una persona de la poblacion...

La señorita Dionisia necesitó de toda su energía para contener sus lágrimas.

—Sí, esa carta es terrible, dijo; pero cómo no había de ser!.... No comprendéis que Santiago está desesperado, y que su razon no está segura después de tantas torturas inmerecidas?....

Algunos ligeros golpes dados en la puerta la interrumpieron.

—Soy yo, dijo la voz de la señora de Boiscoran.

El abuelo Chandoré, el señor Folgat y la señorita Dionisia se consultaron un momento con la mirada.

Al fin:

—La situacion es demasiado grave, pronunció el abogado, para que la madre del señor de Boiscoran no sea consultada.

Y se levantó para abrir.

Mientras tenían la conferencia la señorita Dionisia, su abuelo y el señor Folgat, un criado había llegado cinco ocasiones á decirles á través de la puerta cerrada con cerrojo, que la sopa estaba en la mesa.

—Está bien, habían dicho á cada vez.

Pero como no llegaban á bajar, la señor de Boiscoran llegó á comprender que pasaba alguna cosa extraordinaria.

Ahora bien, ¿qué podía ser aquella cosa para que tuvieran tanto misterio? ¡No habían de ocultar, pensaba, un acontecimiento feliz! . . .

Así es que con la más firme resolución de hacerse abrir, subió á llamar al gabinete del señor Chandoré.

Y luego que le abrió el señor Folgat, al entrar:

—¡Quiero saber! . . . dijo.

La señorita Dionisia le respondió:

—Cualquier cosa que suceda, señora, recordad que una sola palabra de lo que voy á confiaros arrancada á vuestro dolor ó alegría, bastará para perder á un hombre honrado con el cual hemos contraído una de esas deudas que no se pagan jamás. He conseguido que nos ponga en correspondencia con Santiago . . .

—¡Dionisia! . . .

—Le he escrito, madre mía, y acabo de leer su respuesta. . . . leedla.

Sobrecogida por una especie de delirio, la marquesa de Boiscoran se arrojó sobre la carta que le entregaba la joven. . . .

Pero á medida que iba leyendo, se podía ver que, á cada línea, su sangre se iba retirando de

la cara, sus labios palidecían, sus ojos se velaban, el aire faltaba á su pecho comprimido.

Al acabar, la carta se escapó de sus desfallecidas manos, y se dejó caer pesadamente en un sillón, balbuceando:

—¡Para qué luchar, puesto que estamos perdidos!

Soberbio fué el gesto de la señorita Dionisia y admirable el acento con que exclamó.

—¡Por que no decís en seguida, madre mía, que Santiago es un incendiario y un asesino?

Y sacudiendo la cabeza con un movimiento de indomable energía, con los labios temblorosos, pasó en su derredor una deslumbrante mirada de cólera y desdén.

—¡Quedaré, pues, sola, dijo, para defenderlo, habiendo contado con tantos amigos en sus días prósperos! ¡Sea!

Ménos conmovido, como era natural, que el señor de Chandoré y la señora de Boiscoran, el señor Folgat fué el primero en contestar:

—Seremos dos en todo caso, señorita, interrumpió; porque sería imperdonable el que me dejara influenciar por esa carta. No tuviera excusa, sabiendo por experiencia lo que vuestro corazón ha adivinado. La prisión preventiva tiene angustias que disuelven los caracteres más vigorosamente templados. Los días se

hacen interminables y las noches tienen terrores sin nombre. El inocente en la celda de incomunicación cree llegar á ser culpable, lo mismo que el hombre más sano de espíritu siente su cabeza turbada en el departamento de los locos....

La señorita de Chandoré no lo dejó proseguir.

—Esto es, señor, exclamó, lo que sentía, lo que no hubiera sabido expresar como vos....

Avergonzados de su desfallecimiento, el señor de Chandoré y la marquesa de Boiscoran se esforzaron en luchar contra la duda espantosa que hacía un momento los había llenado de terror.

—En fin, ¿qué partido tomar? dijo con débil voz la marquesa.

—Vuestro hijo nos los indica, señora, respondió el abogado de París; tenemos que esperar el fin de la instrucción.

—Perdonad, dijo el señor de Chandoré, podemos obtener en cambio de juez....

El señor Folgat movió la cabeza.

—Desgraciadamente, dijo, ese es un sueño irrealizable. No se recusa como á un jurado á un juez de instrucción ejerciendo sus funciones.

—Sin embargo....

El legislador ha querido, según la energía

expresión de Ayrault, que nadie pueda prevalecer contra el juez de instrucción, cortándole el camino ó enervando su poder. El artículo 542 del Código de instrucción criminal es terminante....

—Y.... ¿qué dice ese artículo? preguntó la señorita Dionisia.

—Dice en sustancia, señorita, que la recusación propuesta por un prevenido contra un juez de instrucción, constituye una demanda de reclamo por causa de sospecha legítima, demanda respecto á la cual solo toca á la corte de casación el fundarla, porque el juez de instrucción, en los límites de su competencia, constituye por sí solo una jurisdicción.... No sé si me explico con claridad....

—¡Oh! con mucha, declaró el señor de Chandoré. Solo que como Santiago lo desea....

—Es verdad, señor; pero el señor de Boiscoran no sabe....

—¡Perdonad! Sabe que el juez es su mortal enemigo....

—Sea. ¿A qué debemos atenernos? ¿Pensais, pues, que la demanda de reclamo impedirá al señor Galpin-Daveline continuar el procedimiento? No. La seguirá hasta que decida la corte de casación. Es verdad que hasta entonces está impedido de dar una orden definitiva, pero el señor de Boiscoran debe desearla, por

que el primer efecto de esa orden será el de levantar la incomunicación, permitiéndole entonces ver á su abogado.

—Eso es atroz... murmuró el señor de Chandoré.

—Sí, es atroz en efecto, pero es la ley.

Dichosos son aquellos que jamás en su vida, ya tratándose de ellos ó de otro sér, han tenido la ocasion de abrir ese libro formidable que se llama el Código y de buscar con el corazon oprimido por una inexplicable ansiedad, el artículo fatídico é inexorable de que depende su destino...

Pero pasado un momento, la señorita Dionisia reflexionó.

—Os he comprendido, señor, dijo al joven abogado, y mañana serán sometidas vuestras objeciones al señor de Boiscoran....

—Y sobre todo, insistió el abogado, explicadle bien que nuestro modo de obrar, en el sentido que indica, se volvería contra él. El señor Galpin-Daveline es nuestro enemigo, pero no podemos fundar contra él un agravio positivo. Nos responderá siempre: «Si el señor de Boiscoran es inocente, por qué no habla....»

Aquello era lo que no queria admitir el señor de Chandoré.

—Sin embargo, comenzó, si tenemos elevadas influencias....

—¿Las tenemos?

—Seguramente. Boiscoran cuenta con amigos que han permanecido muy poderosos bajo todos los gobiernos. Estaba bastante ligado en otro tiempo con el señor de Margeril.

Muy significativo fué el gesto del señor Folgat.

—¡Diablo! interrumpió, si el señor de Margeril quisiera ayudarnos.... Pero es un hombre poco accesible....

—Se le puede en todo caso telegrafiar á Boiscoran... Puesto que se ha quedado en Paris para lo que se necesite, ahora se presenta la ocasion.... Le escribiré esta misma tarde.

Desde que el nombre de Margeril había sido pronunciado, la marquesa de Boiscoran se puso pálida hasta donde no era posible más.... A las últimas palabras del viejo gentilhombre, se irguió y vivamente dijo:

—No le escribais, señor, sería inútil, no lo quiero....

Era evidente su turbacion, que los demás quedaron confundidos.

—¿Boiscoran y el señor de Margeril están, pues, disgustados? preguntó el señor de Chandoré.

—Sí.

—Pero se trata de salvar á Santiago, madre mia, exclamó la señorita Dionisia.

¡Infeliz!... la pobre mujer no podía decir qué sospechas habían turbado la vida del marqués de Boiscoran, ni de qué manera tan cruel pagaba la madre en aquel momento unas imprudencias de la esposa.

—Si es preciso absolutamente, dijo con voz ahogada, si ha de ser ese nuestro recurso supremo... soy yo quien irá á ver al señor Margeril...

Sólo el señor Folgat tuvo la sospecha de los dolorosos recuerdos que aquel hombre despertaba en el alma de la señora de Boiscoran.

Así es que interviniendo:

—En el estado actual de la causa, declaré, mi opinión es que esperemos el fin de la instrucción. Sin embargo, puedo equivocarme y antes de contestar á don Santiago, deseo que el abogado que nos ha designado sea consultado.

—Ese es ciertamente el partido más cuerdo, aprobó el señor de Chandoré.

Y llamando á un criado, le mandó que fuera á la casa del señor Mergis á suplicarle que pasara despues de su comida,

La elección de Santiago de Boiscoran habia sido feliz...

El señor Magloire Mergis, conocido más bien con el nombre del señor Magliori, pasaba en Sauveterre por el más hábil y elocuente abo-

gado, no solo en el departamento sino en todas las dependencias de Poitiers.

Tenía además, lo que era bien raro y por otro lado glorioso, una reputación intachable y bien merecida de integridad y de honor.

Era bien sabido que nunca habia consentido en defender una causa equívoca y se citaban de él hechos heróicos, tales como el de arrojar á la puerta por las espaldas al cliente bastante mal avisado, que llegaba con el dinero en la mano, á suplicarle se encargara de un negocio de mala ley.

No era nada rico, y conservaba á los cincuenta y cinco años que tenía, las costumbres modestas y frugales de un principiante sin fortuna.

Casado joven el señor Magloire, habia perdido á su mujer despues de algunos meses de enfermedad y jamás se habia consolado de aquella pérdida.

Despues de más de treinta años la herida no habia cicatrizado, y siempre fiel, en ciertas épocas se le veía atravesar la ciudad con un gran bouquet en la mano y encaminarse al cementerio.

Los burlistas de Sauveterre, que de todo se reían, no se habian atrevido á hacerlo de él, tan grande así era el respeto que imponía ese hombre honrado, de fisonomía tranquila y se-

rena, de ojos claros y altivos, de labios finamente dibujados, verdaderos labios de orador, que traducían alternativamente la piedad ó la cólera, la burla ó el desden.

Lo mismo que el doctor Seigneboz, el señor Magloire era republicano, y en las últimas elecciones del imperio, los bonapartistas habían tenido que recurrir á increíbles esfuerzos, al apoyo de la administración, á un sin número de maniobras desleales para impedirle la entrada en la Cámara.

Con todo eso, nada hubieran logrado sin el concurso del señor de Claudieuse, que aunque no los quería, sin embargo había determinado á un gran número de electores á que se abstuvieran.

Tal era el hombre que á las nueve de la noche, accediendo á la invitación del señor de Chandoré, se presentó en la calle de la Rampa.

La señorita Dionisia, su abuelo, la marquesa de Boiscoran y el señor Folgat lo esperaban. . . .

Los saludó con un aire afectuoso, pero á la vez tan triste, que la señorita Dionisia recibió un golpe en el corazón.

Creyó comprender que el señor Magloire no estaba lejos de creer en la culpabilidad de Santiago de Boiscoran.

Y no se equivocó, porque el señor Magloire

no tardó en darle á entender, con mucho cuidado sin duda, pero muy claramente.

Habiendo pasado el día en Palacio, había recogido la opinión de los miembros del tribunal, y esa opinión estaba lejos de ser favorable al inculpado.

En tales condiciones, prestarse á los desecns de Santiago y entablar contra el señor Galpin-Daveline una demanda para que pasara la instrucción á otro juez, era una imperdonable falta. . . .

—La instrucción duraría años, exclamó la señorita Dionisia, puesto que el señor Galpin-Daveline pretende obtener de Santiago la confesión de un crimen que no ha cometido.

El señor Magloire movió la cabeza.

—Creo al contrario, señorita, respondió, que la instrucción terminará pronto. . . .

—Si Santiago guarda silencio, sin embargo.

—El mutismo de un detenido, ya sea por capricho ó por obstinación, no podrá entorpecer la marcha del procedimiento. Si en vez de producir su justificación se rehusa á hacerlo, la justicia va más lejos.

—Sin embargo, señor, cuando un detenido tiene razones.

—Nunca hay razones que valgan para dejarse acusar injustamente. Sin embargo, el caso está previsto. El prevenido queda en libertad.

de no contestar á la pregunta que le embaraza: "Nemo tenetur prodere se ipsum." Pero confesad que rehusarse á responder autoriza al Juez á considerar como decisivos los cargos sobre los cuales el acusado no se explica.....

Mientras mayor era la calma del célebre abogado de Sauveterre, con excepción del señor Folgat, mayor era el espanto de sus auditores.

Y escuchando las expresiones técnicas que empleaba, se sentían helados hasta la médula de los huesos, como los amigos de un herido que observan al cirujano preparando sus bisturis.

Así pues, señor, preguntó con débil voz la señora de Boiscorán, ¿la situación de mi hijo os parece grave?.....

—La creo peligrosa, señora.

—Pensais con el señor Folgat que cada día que transcurre aumenta el peligro que corre...

Estoy demasiado seguro. Y si el señor de Boiscorán es realmente inocente.....

—¡Ah, señor! interrumpió la señorita Dionisia, señor, ¿podeis hablar así, vos que sois amigo de Santiago?.....

Fué con un aire de conmiseración profunda y bien sincera, con el que el señor Magloire consideró un momento á la jóven.

Después:

—Precisamente por ser un amigo, señorita, respondió, debo deciros la verdad. Sí, conozco y aprecio las altas cualidades del señor de Boiscorán, lo he querido, lo quiero... pero no es con el corazón, sino con la cabeza, con la que es preciso examinar la situación... Santiago es un hombre que será juzgado por otros hombres. Se tienen de su culpabilidad indicios materiales, palpables, tangibles... ¡Qué pruebas podeis ofrecer de su inocencia!... ¡Pruebas morales?.....

—¡Dios mío!..... murmuró la señorita Dionisia.

—Pienso, pues, como mi honorable colega.....

—.... Creo firmemente que si el Señor d Boiscorán es inocente, ha adoptado un sistema deplorable... ¡Ah!... si por fortuna tiene una cohartada, que se apresure á ponerla en ejecución. Que no deje que el procedimiento llegue á la Cámara del Tribunal de Justicia. Una vez allí, tiene tres cuartas partes de las probabilidades en su contra para salir condenado....

Positivamente el carmesí de las mejillas del señor de Chandoré, palideció.

—Y sin embargo, exclamó, Santiago no cambiará de plan, eso es seguro para el que conoce su inútil porfía.

—Desgraciadamente su resolución está tomada, dijo la señorita Dionisia, y el señor Magloire, que lo conoce bien, no podrá menos de juzgarlo así por esa carta que nos ha escrito.

Hasta entonces, nada había sido dicho que pudiera hacer sospechar al abogado de Sauverre el medio empleado para comunicarse con el prisionero.

Le enseñó la carta; era necesario ponerlo al tanto de la confidencia y por eso lo hizo la señorita Dionisia.

Se asombró por lo pronto y no tardó en fruncir las cejas.

—Eso es imprudente, murmuró cuando supo todo, muy atrevido. . . .

Y mirando al abogado Folgat:

—Nuestra profesión, continuó, tiene ciertas reglas de las que siempre es desagradable . . . el apartarse. Corromper á un escribano, aprovecharse de su debilidad y de sus sentimientos piadosos . . .

El abogado de París se había puesto colorado imperceptiblemente.

—Nunca habría yo aconsejado tal imprudencia, dijo; pero en el momento en que se ha cometido, creo que no debo rehusarme á aprovecharla antes de que se recurra á otro medio peor que merezca más severamente el vituperarse.

El señor Magloire no respondió, pero después de haber leído la carta de Santiago:

—Estoy á las órdenes del señor de Boisecoran, dijo, y luego que termine la incomunicación me le presentaré. Creo, como la señorita Dionisia, que se obstinará en guardar silencio. Sin embargo, puesto que tenéis un medio de hacerle llegar una carta . . . ¡Entonces bien! me aprovecharé también de la imprudencia cometida . . . Suplicadle en interés suyo, en nombre de lo que haya para él de más querido, que hable, que se disculpe, que se explique . . .

Y saludando el señor Magloire, se retiró precipitadamente dejando consternado á su auditorio; tan visible así había sido, que su rápida salida tenía por objeto ocultar la penosa impresión que le causó la carta de Santiago.

—¡Es verdad! . . . dijo el señor de Chandoré, vamos á escribirle, pero será cosa inútil. . . . Esperará el fin de la instrucción.

—¡Que sea! . . . murmuró la señorita Dionisia.

Y después de un instante de meditación:

—Siempre se puede hacer la prueba repitió. Y sin dar más explicaciones, se fué corriendo á su recámara á escribir este lacónico billete: «Es preciso que os hable. Nuestro jardín tiene una puertecita que dá sobre la callejuela de

la Caridad, donde os espero. Aun cuando recibais tarde estas líneas, haced por venir.

Dionisia."

Después de haber colocado el billete en una cubierta, llamó á la aya que la habia educado, y hechas todas las recomendaciones que la prudencia pudo inspirarle:

—Urge, le dijo, que el señor Méchinét, el escribano, reciba esta carta esta misma noche: ¡vete pronto!

IX

Después de veinticuatro horas Méchinét estaba tan cambiado, que sus hermanas no lo reconocian.

Un momento después de haber salido la señorita Dionisia, ellas fueron á encontrarlo, esperando que les haría saber al fin, lo que significaba aquella misteriosa entrevista; pero á las primeras palabras:

—¡Eso no os importa! exclamó con un acento que hizo estremecer á las dos costureras. ¡A nadie le importa!

Y al quedarse solo, muy aturdido de la aventura, pensaba en los medios de cumplir su promesa sin comprometerse.

Esto no era fácil.

Llegado el momento decisivo, reconoció que jamás lograría hacer llegar á Santiago de Bois-coran el billete que quemaba su bolsillo, sin

la Caridad, donde os espero. Aun cuando recibais tarde estas líneas, haced por venir.

Dionisia."

Después de haber colocado el billete en una cubierta, llamó á la aya que la habia educado, y hechas todas las recomendaciones que la prudencia pudo inspirarle:

—Urge, le dijo, que el señor Méchinét, el escribano, reciba esta carta esta misma noche: ¡vete pronto!

IX

Después de veinticuatro horas Méchinét estaba tan cambiado, que sus hermanas no lo reconocian.

Un momento después de haber salido la señorita Dionisia, ellas fueron á encontrarlo, esperando que les haría saber al fin, lo que significaba aquella misteriosa entrevista; pero á las primeras palabras:

—¡Eso no os importa! exclamó con un acento que hizo estremecer á las dos costureras. ¡A nadie le importa!

Y al quedarse solo, muy aturdido de la aventura, pensaba en los medios de cumplir su promesa sin comprometerse.

Esto no era fácil.

Llegado el momento decisivo, reconoció que jamás lograría hacer llegar á Santiago de Bois-coran el billete que quemaba su bolsillo, sin

que lo percibirían los ojos de lince del señor Galpin-Daveline.

Le fué, pues, forzoso, después de grandes vacilaciones, recurrir á la complicidad del hombre que servía á Santiago, de Frumencio Cheminot, en fin.

Por otra parte, era un buen diablo aquel pobre hombre, cuyo vicio principal era una incurable pereza, no teniendo sobre la conciencia sino ligeros delitos de vagabundo.

Quería á Méchinot, el cual en sus arrestos anteriores en la prisión de Sauveterre, le había dado algunas veces tabaco y unos centavos para comprar vino.

Así es que nada objetó á la proposición que le hizo el escribano de llevar la carta al señor de Boiscoran y traer la respuesta.

Aceptó fiel y honradamente la comisión.

Pero de que todo se hubiera arreglado en esta vez, no se deducía que Méchinot estuviera más tranquilo.

Se sentía dominado por los remordimientos, pensaba en sus deberes traicionados, se estremecía al encontrarse á merced de un cómplice.

¿Qué faltaba para que fuera descubierto? Una indiscreción, una maldad, una desgraciada casualidad.

¿Qué sucedería entónces?

Destituido, perdería sucesivamente todos sus empleos. Le serían retiradas la confianza y la consideración. Adiós de sus sueños ambiciosos, de sus ilusiones de fortuna, de la esperanza de llegar á una bonita posición para lograr un casamiento ventajoso.

Y sin embargo, ¡extraña condición! Méchinot no retrocedía de lo que había hecho y se encontraba dispuesto á volverlo á hacer.

Tales eran sus disposiciones cuando la aya de la señorita Chandoré le llevó la carta de su ama.

—¡Todavía más!... exclamó.

Y cuando hubo recorrido las pocas líneas:

—Decid á la señorita de Chandoré que estoy y sus órdenes, respondió persuadido de que algún acontecimiento desagradable le había sobrenenido.

No había pasado todavía un cuarto de hora, cuando salió con toda clase de precauciones para hacer perder la pista á los curiosos y se dirigió á la callejuela de la Caridad.

La puestecita del jardín estaba entreabierta y no tuvo mas que empujarla para dentro.

Aunque no había luna, la noche estaba muy clara: á algunos pasos de distancia, bajo los árboles reconoció á la señorita Dionisia y avanzó...

—Escuchadme, señor, comenzó, de haberme atrevido á mandaros á buscar. . . .

Todas las angustias de Méchinot se disiparon.

No pensaba mas que en lo extraño de la situación. Su vanidad se deleitaba viendo que era el confidente de aquella joven, la más noble, la más hermosa y la rica heredera de la población.

—Haceis bien en mandarme si puedo seros útil, señorita, dijo.

En pocas palabras lo puso al tanto de todo, y cuando le preguntó su opinión:

—Pienso como el señor Folgat, respondió, que el pesar y el aislamiento comienza á producir un efecto desastroso en la moral del señor de Boiscoran. . . .

—Sí, ¡es para volverse loco! . . . murmuró la jóven.

—Creo con el señor Magloire, prosigió el escribano, que obstinándose en callar el señor de Boiscoran, empeora su situación. Tengo la prueba. El señor Galpin-Daveline tan inquieto los dos primeros días, ha recobrado su seguridad. El procurador general le ha escrito para felicitarlo por su energía.

—Y ahora. . . .

—Ahora, señorita, será necesario determinar al señor de Boiscoran á que hable. Siento

bastante que su resolución esté tan firmemente tomada, pero si le escribís, puesto que podéis hacerlo. . . .

—Una carta sería inútil.

—¡Sin embargo! . . .

—Os digo que es inútil. Sólo encuentro un medio. . . .

—Empleadlo muy pronto, señorita, interrumpió el escribano, no perdais un minuto, apénas hay tiempo. . . .

A pesar de lo clara que estaba la noche, Méchinot no pudo ver la palidez de la joven.

—¡Y bien! replicó ella, es preciso que llegue hasta donde está el señor de Boiscoran, que lo vea, que le hable. . . .

Supuso que iba á saltar, lanzando una exclamación.

—En efecto, dijo con el tono más tranquilo; ¿pero cómo?

—Blangin el carcelero y su mujer, á penas tienen para vivir con lo de su empleo. ¿Por qué no les he de ofrecer en cambio de una entrevista con el señor de Boiscoran, algo para que se establezcan en el campo? . . .

—¿Por qué no? dijo el escribano.

Y después más bajo, respondiendo á las objeciones de su experiencia:

—La prisión de Sauveterre, prosiguió, no se parece á esas casas de detención de las granjas

ciudades... Los prisioneros son escasos, la vigilancia es nula. Cerradas las puertas, Blangin es el amo....

—¡Iré á buscarlo mañana!... declaró la señorita Dionisia.

Se trataba de una pendiente en la que no era posible detenerse. Cediendo la primera vez á las sugerencias de la señorita Dionisia, Méchinnet, á su pesar, estaba ganado para lo de adelante.

—No, no ireis, señorita, dijo. No sabríais, no, demostrar á Blangin que ningún peligro corre, ni excitar convenientemente sus convicciones. Seré yo quien le hable.

—¡Oh! señor, exclamó la señorita Dionisia, señor, como nunca...

—¿Cuánto puedo ofrecer? interrumpió el escribano.

—Todo lo que juzgueis conveniente, todo...

—Ahora, señorita, hasta mañana, aquí, á la misma hora que hoy os traeré la respuesta...

Y se alejó, dejando á la señorita Dionisia tan llena de esperanza, que todo el resto de la noche, hasta que se acostó, y el día siguiente, las tías Lavaranda y la señora de Boiscoran, á las que nada había confiado, no cesaban de preguntarse:

—¿Qué es lo que tiene, pues, esta chiquilla? Pensaba que si la respuesta era favorable,

antes de las veinticuatro horas vería á Santiago, y se decía:

—Con tal de que el Sr. Méchinnet sea exacto. Y lo fué.

A las diez en punto, como la víspera, empujó la puertecita y al momento:

—Lo conseguí, dijo.

Tan violenta fué la emoción de la Srita. Dionisia, que hubo de apoyarse en un árbol.

—Blangin consiente, prosiguió el escribano. Le he prometido dieciseis mil francos. Tal vez sea mucho.

—Es demasiado poco....

—Exije que le sean remitidos en oro.

—Los tendrá.

—En fin, pone á la entrevista condiciones que tal vez os pueden parecer muy duras, señorita....

Ya la joven se había repuesto.

—Decidlas, señor.

—Tomando todas sus precauciones, Blangin quiere evitar el caso de que pudiera ser descubiertó. Escuchad cómo ha arreglado las cosas. Mañana á las seis de la tarde, pasaréis delante de la prisión. Se abrirá la puerta presentándose en ella la mujer de Blangin, á quien conoceis, porque ha estado á vuestro servicio. Si no os saluda, continuad vuestro camino, porque se habrá presentado algún impedimen-

to. Si os saluda, llegad sola á donde está ella y os conducirá á una piecésita que depende de su habitación. Allí permaneceréis hasta la hora, necesariamente bastante avanzada, en que crea Blangin poderos conducir sin peligro á la celda del señor de Boiscoran. Terminada la entrevista volveréis á la piecésita, donde una cama estará preparada y pasaréis allí el resto de la noche. . . . Ya veis la terrible condición, no podeis salir de la prisión sino de día.

Era terrible, en efecto.

Pero después de un momento de reflexión:

—¡No importa!. . . . dijo la señorita Dionisia. Acepto. Decid á Blangin, Sr. Mechinet, que todo está convenido!. . . .

Que la señorita Dionisia aceptara todas las condiciones del carcelero Blangin, nada mejor, ni más natural.

Obtener el consentimiento del Sr. de Chandoré debía ser lo más difícil.

La pobre joven lo comprendió tan bien que por la primera vez se sintió emocionada delante de su abuelo; vaciló, preparó sus frases, buscó sus palabras.

Pero fué en vano que con un arte del cual la víspera no se hubiera creído capaz, mostrara su extraña pretensión, luego que se hubo explicado:

—¡Jamás! exclamó el señor de Chandoré, ¡jamás! ¡jamás! . . .

Jamás, era positivo, el viejo gentilhombre se había expresado con aquella autoridad decisiva.

Jamás había fruncido tanto el ceño.

Jamás, á una petición de su hija, había respondido no sin que su mirada afirmara que sí.

—¡Imposible! . . . pronunció todavía con un tono que no parecía admitir réplica.

Ciertamente, en aquellas dolorosas circunstancias, no había vacilado en manifestar de un modo bien claro á la señorita Dionisia todo lo que de él podía esperar. Con el dedo y la mirada siempre le había impuesto su voluntad ella. Según lo que le indicaba, él respondía: sí, no, puede ser, ¿Qué no hubiera dicho todavía?

Sin preguntarle para qué los quería, la señorita Dionisia le había pedido ciento veinte mil francos, y se los dió, aun cuando fuera una gruesa suma para cualquiera población, enorme para Sauveterre, inmensa para un viejo que la había economizado peso á peso.

Estaba dispuesto á dar otra cantidad igual ó doble, sin más explicaciones.

Pero que la señorita Dionisia dejara la casa paterna una tarde, á las seis, para entrar al día siguiente. . . .

—¡Eso es lo que no puedo sufrir! . . . repitió.

Pero que la señorita Dionisia pasara la noche en la prisión de Sauveterre, para tener una entrevista con su prometido, prisionero y acusado de asesinato é incendio, la noche entera, sola, á la absoluta discreción de un carcelero, de un hombre duro, ávido y grosero...

—¡Eso es lo que no permitiré! . . . , exclamaba todavía el viejo gentilhomme.

Tranquila la señorita Dionisia, había dejado pasar la tempestad.

Y cuando su abuelo se detuvo:

—¿Y si es preciso, sin embargo? dijo.

El señor de Chandoré alzó los hombros.

—¡Si es preciso, insistió ella con fuerte tono, para determinar á Santiago á renunciar á un plán que lo pierde, para determinarlo á hablar antes de que termine la instrucción?

—No te toca desempeñar á tí ese papel; hija mía, dijo el señor de Chandoré.

—¡Oh! . . .

—Ese papel es de su madre, la marquesa de Boiscoran. Lo que Blangin consiente en arriesgar por tí, lo arriesgará por ella al mismo precio. Que la señora de Boiscoran vaya á pasar la noche á la prisión, lo aprobaré; que vea á su hijo, es cumplir con su deber . . .

—No es ella quien cambiará la resolución de Santiago . . .

—¿Y crees tener sobre él más influencia que su madre?

—No es la misma cosa, buen papá . . .

—No importa . . .

Aquel "no importa" pronunciado por el señor de Chandoré, no era ménos resuelto que su "imposible," pero discutía.

Y discutir, era exponerse á ser vencido por las objeciones de la adversaria.

—No insistas, querida hija, replicó; mi partido está irremisiblemente tomado, te juro . . .

—No jures, buen papá, interrumpió la joven.

Y tan resuelta era su actitud y tan firme su acento, que el viejo gentil-hombre permaneció un instante aturdido.

—Si no quiero, sin embargo . . . replicó.

—Consentirás, buen papá; no pondrás á tu nieta, que tanto te ama, en la dolorosa necesidad de desobedecerte por la primera vez de su vida . . .

—Porque por la primeaa vez, en efecto, no hago la voluntad de mi nieta . . .

—Buen papá, déjame decirte . . .

—Escúchame antes, pobre hija mía, déjame mostrarte á cuáles peligros, á cuáles desgracias te expondrás . . . Ir á pasar la noche á

esa prisión, sería arriesgar, ¡entiéndelo bien! tu honor de señorita, esa flor que la malediscencia marchita, que es la dicha y el reposo de toda tu vida....

—El honor y la vida de Santiago están en peligro....

—¡Pobre imprudente! ¿Sabes acaso si no será él el primero en reprocharte duramente tu acción?

—¡El!

—Los hombres son de tal manera, que se irritan por los más grandes sacrificios...

—Sea. Sufriré un poco menos con los injustos reproches de Santiago, que no cumpliendo con mi deber.

La desesperación dominaba al señor de Chandoré.

—¡Y si rogara, Dionisia, replicó, en lugar de mandar?... ¡Si tu viejo abuelo te conjurara de rodillas para que renunciaras á ese funesto proyecto?...!

—Me causarías una pena espantosa, buen papá, é inútilmente, porque resistiría á tus ruegos como resisto á tus órdenes....

—Implacable!..... exclamó el viejo, ¡es implacable!....

Y de repente, cambiando de tono:

—No obstante, soy quien manda, exclamó.

—¡Buen papá, por favor!...

—Y puesto que nada tengo que arreglar contigo, es al escribano Méchainet á quien me dirigiré, es á Blangin á quien haré conocer mi voluntad.

Mas blanca que el mármol, pero con la mirada brillante, la señorita Dionisia retrocedió un paso....

—Si haces lo que me dices, abuelo, interrumpió ella, si rompes mi última esperanza....

—¡Y bien!....

—Mañana, te lo juro por la memoria de mi madre, entraré á un convento y no me volverás á ver más en la vida; no, sólo después de que muera, lo que no tardará en suceder....

Con un movimiento de desesperación, el señor de Chandoré levantó los brazos hacia el cielo y con una ronca voz:

—¡Oh, Dios mío!.... exclamó, ¡ved á nuestros hijos y ved lo que nos espera á los viejos! Nuestra existencia entera la pasamos en cuidar por ellos, hemos estado de rodillas delante de todas sus fantasías, han sido nuestro deseo más querido y nuestra mejor esperanza; lo mismo que les hemos dado nuestra vida día á día, quisieramos darles nuestra sangre, gota á gota; son todo para nosotros y creemos que nos aman!.... ¡Pobres locos!.... Un día pasa un joven, frívolo, burlón, de mirada interesante, con algunas palabras amorosas en los lá-

bios y todo se acabó, nuestra hija ya no nos pertenece, ya no nos conoce ... Muere en tu rincón, viejo ...

Y sucumbiendo á su emoción, lo mismo que la encina herida por el hacha, el viejo gentil hombre vaciló dejándose caer pesadamente en un sillón.....

—¡ Ah!.... es espantoso, murmuró la señorita Dionisia, es espantoso lo que decís, abuelo, ¿dudar tú de mí!....

Y arrodillándose, lloró, rodando sus lágrimas sobre las manos del viejo gentil hombre....

A aquella sensación se puso en pié, intentando el último esfuerzo.

—¡ Desgraciada! replicó, y si Santiago es culpable y al presentártelo, te hace la confesión de su crimen ...

La señorita Dionisia movió la cabeza.

—Es imposible, dijo, y sin embargo si así fuera, debería ser castigada como él, porque comprendo que habiéndolo querido él, habría sido su cómplice....

—¡ Está loca! suspiró el señor de Chandoré volviendo á caer sobre su sillón, ¡ está loca!...

Pero estaba vencido y al día siguiente, á las cinco de la tarde, con el corazón desgarrado por un horrible dolor, bajaba la calle de la Rampa dando el brazo á su nieta.

La señorita Diouisa había escojido la más

sencilla y obscura de sus «toilettes», y el saquito que llevaba en el brazo, encerraba y no diez y seis, sino veinte mil francos en oro.

Como era natural, fué necesario poner al tanto de la confidencia á la señora de Boiscoran, á las tías Lavarande y al señor Folgat, y ante el profundo estupor del señor de Chandoré, nadie arriesgó una objeción.

Hasta la calle de la prisión, el abuelo y su nieta no cambiaron una palabra.

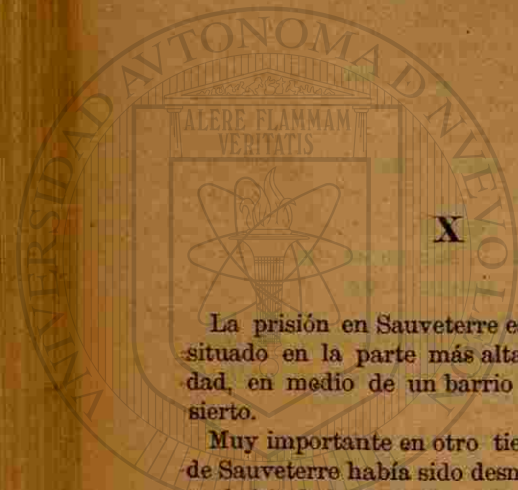
Pero al llegar allí:

—Veo á la muger de Blangin en su puerta, buen papá, dijo la señorita Dionisia; pongamos mucha atención....

Al aproximarse, saludó la Blangin.

—Vamos, el momento ha llegado, dijo la joven.... Hasta mañana, buen papá, sobre todo vuelve pronto y no te inquietes.

Y reuniéndose á la mujer del carcelero, desapareció en el interior de la prisión.



La prisión en Sauveterre está en el castillo situado en la parte más alta de la vieja ciudad, en medio de un barrio pobre y casi desierto.

Muy importante en otro tiempo, el castillo de Sauveterre había sido desmantelado durante el sitio de la Rochela, no quedando ya sino unos restos malamente restaurados, terraplenes cuyos fosos han sido cegados, una puerta con un campanario encima, una capilla convertida en almacén militar, en fin, dos torres macizas unidas por un inmenso edificio cuya parte baja está abovedada.

Nada más triste que aquellas ruinas, rodeadas de una pared tapizada de yedra; jamás se sospecharía á los que estaban destinadas sin el soldado que noche y día hace en la puerta de entrada su monótona guardia,

Seculares olmos sombrean los inmensos patios, y sobre las plataformas y en las grietas de las paredes florecen las madreselvas y lilas en suficiente cantidad para causar la alegría de cien prisioneros.

Pero los prisioneros faltan en esa poética prisión.

—Es una jaula sin pájaros, solía decir el carcelero con tono melancólico.

Se aprovechaba para cultivar legumbres á lo largo de los jardincitos, y la posición era tan buena, que siempre fué el primero en Sauveterre que cosechaba chícharos.

Se aprovechó también—con consentimiento de la autoridad—para formarse en una de las torres un bonito alojamiento, que se componía de dos piezas en el piso bajo y de una recámara en el piso superior á donde se subía por una estrecha escalera practicada en el espesor de la pared.

Fué á esa recámara á donde el carcelero, con la prontitud del miedo, hizo entrar á la señorita Dionisia.

La pobre joven sofocada, sintiendo que su corazón latía violentamente dentro del pecho, á penas entró se dejó caer en una silla...

—¡Santo Dios! exclamó la carcelera, ¿os encontráis, pues, mal, mi querida señorita?... Esperadad, voy á bajar para traer os vinagre..

—Es inútil, dijo la señorita Dionisia con débil voz; quedaos aquí cerca de mí, mi buena Coleta, quedaos!...

Fuerte y robusta comadre de cuarenta y cinco años, morena como el pan bazo, con un espeso vello negro sobre el lábio superior, la Blangin se llamaba Coleta.

—Pobre señorita, replicó, os parece chistoso el encontraros aquí...

—Sí, muy chistoso, ciertamente. ¿Pero dónde está vuestro marido?

—Abajo, haciendo la guardia, señorita. No tardará en subir.

Muy pronto, en efecto, se escucharon fuertes pisadas en la escalera, y Blangin apareció pálido y con la mirada turbada como un hombre que acaba de correr un gran peligro.

—Ni visto ni conocido, dijo, nadie sospecha nada. Solo temía á ese malvado del centinela; pero en el momento en que la señorita llegaba, conseguí llevarlo detrás de la pared ofreciéndole un traguito. Comienzo á creer que no perderé mi empleo.

La señorita Dionisia comprendió que aquella frase no era más que un plan.

—¡Y qué importa vuestro empleo! dijo afectando una alegría que estaba muy lejos de sentir; puesto que es un asunto convenido el que os asegure una cosa mejor. ...

Y abriendo su saco, colocó sobre la mesa los rollos que contenía.

—¡Ah, es oro! dijo Blangin con la mirada deslumbrada.

—Sí. Cada uno de esos rollos contiene mil francos, y son diez y seis. ...

Una tentación irresistible contrajo las mejillas del carcelero.

—¿Se puede ver? preguntó.

—Ciertamente, respondió la joven, verificadlo. ...

Ella se equivocó.

¡Blangin no pensaba en verificarlo verdaderamente!

Lo que quería, era recrear su vista con el oro, escuchar su sonido, tenerlo en las manos.

Con un gesto ardoroso, desgarró las envolturas y se puso á hacer caer las monedas en cascadas sobre la mesa, y á medida que crecía el montón palidecían sus labios y brotaba como perlas el sudor de sus sienes.

—¡Todo eso es mío!... dijo con risa estúpida.

—Sí, es vuestro, respondió la señorita Dionisia.

—No me figuraba el bulto que pudiera hacer la suma de diez y seis mil francos. ¡Qué hermoso es el oro! ¡Míralo, pues, mi buena mujer!

Pero la carcelera volvió la cabeza.

Estaba tan ávida como su marido y más conmovida que él, pero al fin era mujer y sabía disimular.

—¡Ah, querida señorita! replicó la carcelera; jamás mi marido ni yo hubiéramos pedido dinero por haceros un servicio, si sólo tuviéramos que pensar en nosotros. ¡Pero tenemos hijos!...

—Vuestro deber es preocuparos de vuestros hijos, dijo la señorita Dionisia.

—Sé bien que diez y seis mil francos es una fuerte cantidad.... La señorita siente tal vez el darnos tanto dinero....

—Lo siento bien poco, interrumpió la joven, con la mejor voluntad agregaré todavía algo más.

Y mostró cuatro rollos que le quedaban todavía en el saco.

—¡Entonces, en efecto, al diablo el empleo... exclamó Blangin.

Y embriagado por la vista y el contacto del oro:

—Estáis en vuestra casa, señorita, y el carcelero y su mujer están á vuestras órdenes. ¿Qué deseáis? Hablad. Tengo nueve prisioneros, sin contar al señor de Boiscoran y á Chemi nct. ¿Queréis que los ponga en libertad?...

¡I langin!... dijo severamente su mujer.

—¡Cómo!... ¿No soy dueño de soltar á los prisioneros?

—Antes de hacer alarde de vanidad, procura hacer á la señorita el servicio que está esperando de tí.

—Es justo.

—Entonces, insistió la prudente carcelera, oculta ese dinero que nos traiciona.

Y sacando del armario una media de lana, se la dió á su marido que deslizó en ella los diez y seis mil francos, menos una docena de monedas que guardó en su bolsa para tener á la mano una prueba material de su nueva fortuna.

Y después de hacer aquello, cuando la media estuvo completamente llena, la guardó en el fondo del armario debajo de un montón de sábanas.

—Ahora bajemos, ordenó la carcelera á su marido. Todavía pueden venir, y si no vas á abrir cuando llamen, entrarán en sospechas..

Como esposos bien avenidos, Blangin obedeció sin replicar, y entonces la carcelera se propuso distraer á la señorita Dionisia.

Esperaba con fundamento, decía, que su querida señorita le haría el honor de aceptar alguna cosa.

Aquello la sostendría, y por otra parte le ayudaría á pasar el tiempo, porque á pens-

eran las siete y hasta después de las diez no podía conducirla Blangin sin peligro á la celda del señor de Boiscoran.

—Pero he comido, objetó la señorita Dionisia, nada necesito.

La carcelera insistió más y más. Recordaba bien, gracias á Dios, los gustos de su querida señorita; por lo mismo le habia preparado un caldo exquisito y una crema incomparable.

Y hablando de ese modo, se dirigió á la mesa, con la idea de que aun á riesgo de una indisposicion, la señorita Dionisia debia comer cumpliendo así con una de las tradiciones de Saintonge.

Al menos la fastidiosa solicitud de aquella mujer, tuvo la ventaja de impedir que la señorita Dionisia se entregara á sus dolorosas pensamientos.

La noche habia llegado.

Sonaron las nueve y después las diez.

En seguida se escucharon los pasos de la ronda que iba á relevar á los centinelas.

Un cuarto de hora después reapareció Blangin llevando una linterna en una mano y un gran manójo de llaves en la otra.

—He mandado á Cheminot que se acueste, dijo, la señorita puede venir.

La señorita Dionisia ya estaba de pie.

—Vamos, dijo sencillamente,

Y siguiendo al carcelero, atravesó interminables corredores, después una inmensa sala abovedada, donde se podían escuchar los pasos como en una iglesia, luego una larga galería ...

Al fin, mostrando una puerta maciza, cuyas hendiduras dejaban penetrar algunos rayos de luz. ...

—¡Aquí es! dijo Blangin.

Pero la señorita Dionisia lo tomó de un brazo, y con voz apenas perceptible:

—Esperad un momento, dijo.

Era porque se encontraba próxima á sucumbir por tantas emociones sucesivas.

Era porque sentía que sus piernas flaqueaban.

Solo su espíritu conservaba siempre una admirable energía, pero la materia escapaba á su voluntad y le faltaba hasta cierto punto. ...

—¿Os sentís indispuesta, señorita? preguntó el carcelero. ¿Qué tenéis?

Ella le pidió á Dios que le diera valor y fuerzas.

Concluido su ruego:

—Entremos, dijo.

Y con un gran ruido de llaves y cerrojos, Blangin abrió la puerta del señor Santiago de Boiscorán

Ya no eran los días, sino las horas, las que

contaba Santiago de Boiscorán, desde que estaba preso é incomunicado.

Había sido inscrito en el registro de la cárcel la mañana del viernes 23 de Junio, y era ya la noche del miércoles 28.

Llevaba, pues, ciento treinta y dos horas en las que, según la expresión de Ayrault, había estado "viviendo apartado del mundo de los vivos y encerrado en la tumba."

Así es que cada una de aquellas ciento treinta y dos horas había dejado sobre su frente la huella de un mes.

Viéndole pálido y enflaquecido, con el cabello y la barba en desorden, con los ojos brillantes por la fiebre como carbones mal apagados, á penas se reconocería al dichoso y satisfecho castellano de Boiscorán, ese Benjamín del destino á quien todo había sonreído, altivo y excéptico joven, que desde lo alto de su pasado desafiaba el porvenir.

Es que todos los suplicios imaginados por las sociedades obligadas á defenderse, no son tan espantosos como "la incomunicación." Nada como ella enerva tan prontamente la energía, desarticula la voluntad y abate las más indomables organizaciones.

Es que no hay una lucha más conmovedora que la que se formaliza entre un detenido, inocente ó culpable, y un juez inexorable ó ele-

mente; donde se ve un hombre sin defensa, debatirse contra otro armado de un poder discrecional.

Si los grandes dolores no tuvieran su pudor, la señorita Dionisia se habría informado de Santiago.

Nada le era más fácil.

Y si se hubiera informado, habría sabido por Blangin que cuidaba y espiaba al señor de Boiscorán, y por la carcelera que preparaba su comida, por qué fases había pasado desde su arresto.

Aniquilado en el primer momento, no tardó en reponerse; el viernes y sábado se mostró tranquilo y lleno de confianza, platicador y casi alegre.

El domingo le había sido fatal.

Conducido á Boiscorán entre dos gendarmes para que se levantaran los sellos en su presencia, había sido en el trayecto del camino, colmado de injurias y maldiciones por las gentes que lo habían reconocido, y regresó mortalmente triste.

Durante toda la mañana del lunes, había sido torturado por el juez de instrucción, y después de seis horas de interrogatorio, cuando le llevaron la comida, dijo que su salud no resistiría y que valdría más que lo matasen en el acto.

El martes había recibido la carta de la señorita Dionisia, y la contestó.

Aquello había sido motivo de una extrema agitación, y durante una parte de la noche, Framencio Cheminot lo había visto pasearse en la celda con los gestos é imprecaciones incoherentes de un loco.

Esperaba una palabra para el miércoles.

Esa palabra no había llegado, y cayó en un glacial entorpecimiento, del que no pudo sacarlo el señor Galpin-Daveline.

No había tomado en todo el día más que una taza de caldo y un poco de café.

A la salida del juez se sentó, apoyando los codos en la mesa, en frente de la ventana, permaneciendo inmóvil como una estatua, con la boca entreabierta, la mirada extraviada y tan profundamente sumergido en sus recuerdos, que no se movió cuando le subieron la luz.

Continuaba en la misma actitud, cuando un poco después de las diez oyó correr los cerrojos de su puerta.

Ya había tenido tiempo en la prisión para conocer las costumbres.

Sabía á qué horas le llevaban la comida, en qué momento iba Cheminot á arregarla de la celda y cuándo debía esperar que se presentara el juez de instrucción.

Llegada la noche, se perturbaba hasta el día siguiente.

De consiguiente, una visita tan á deshoras anunciaba indudablemente un acontecimiento insólito—la libertad tal vez, esa visita que imploran todos los prisioneros.

Santiago se levantó.

Y cuando distinguió en la sombra la ruda fisonomía de Blagin:

—¿Qué es lo que me quieren? preguntó vivamente.

Blagin saludó.

Era un carcelero muy cortés.

—Señor, respondió, os traigo á una persona. . . .

Y haciéndose á un lado, dejó el paso libre á la señorita Dionisia, ó mejor dicho, la impulsó hacia el centro de la pieza, porque tal parecía como que había perdido la facultad de moverse.

—¡Una persona. . . . repitió el señor de Boiscoran.

Habiendo levantado el carcelero su linterna, el desgraciado pudo reconocer á su prometida.

—Vos aquí! exclamó.

Y se echó hacia atrás, temblando de ser víctima de su sueño, de ser el juguete de una de esas espantosas alucinaciones que preceden

á la locura y que se apoderan de los cerebros enfermos como las lechuzas en medio de las ruinas.

—Dionisia! murmuraba todavía! Dionisia!

Como se trataba, no de su vida, en la que no pensaba, sino en la de Santiago, la pobre joven no podía articular una sola palabra, tal era la emoción que estrechaba su garganta y contraía sus labios.

—El carcelero se apresuró á responder por la joven.

—Sí, agregó, la señorita de Chandoré. . . .

—A esta hora en una prisión!

—Tenía alguna cosa importante que comunicaros, y por eso ha venido á buscaros. . . .

—Oh Dionisia, incomparable amiga! balbuceó Santiago.

—He consentido, prosiguió Blangin con tono paternal, en introducirla secretamente.

¡Es una gran falta la que he cometido, y si llega á saberse! ¡Pero se puede ser un buen carcelero y tener corazón como todo el mundo! . . . Si digo esto al señor, es porque la señorita podía olvidar el preveniros. . . Si el secreto no fuera bien guardado, perdería mi empleo, y soy un pobre hombre que tiene mujer é hijos. . . .

—¡Sois el mejor de los hombres! exclamó el señor de Boiscoran, bien lejos de suspo-

ner el precio de la sensibilidad de Blangin, y el día en que me encuentre libre, os probaré que no habeis servido á ingratos!

—Estoy á vuestras órdenes, señor, dijo modestamente el carcelero.

Pero poco á poco la señorita Dionisia recobró la posesión de sí misma.

—Dejadnos, amigo mío, dijo dulcemente á Blangin.

Y luego que se hubo retirado, sin dejar al señor de Boiscoran el tiempo de pronunciar una palabra:

—Santiago, murmuró, mi abuelo me ha dicho que viniendo á veros, sola, en secreto y de noche, me expongo á que disminuya vuestro afecto y estimación. . . .

—¡Ah! . . . no lo habeis creído, ¿verdad?

—Mi abuelo tiene más experiencia que yo, Santiago. . . Sin embargo, no he vacilado y por eso me veis aquí; estoy dispuesta todavía á arriesgar otros peligros, porque se trata de vuestro honor, que es el mío, de vuestra vida, que es la mía, de nuestro porvenir, de nuestra dicha, de todas nuestras esperanzas aquí en la tierra!

Una alegría delirante había comenzado á transfigurar el semblante del prisionero.

—¡Gran Dios! . . . exclamó, un momento co-

mo este, me recompensa muchos años de tortura. . . .

Pero la señorita Dionisia se había jurado al llegar á la prisión que nada le haría prescindir de su propósito,

—Invoco la memoria de mi madre, continuó Santiago, para convenceros de que jamás he dudado ni un segundo de vuestra inocencia. . . .

El desgraciado hizo un gesto de desconuelo.

—¡ Vos! dijo; pero los otros, pero el señor de Chandoré. . . .

—Estaría aquí, si él os creyera culpable? . . . Mis tías y vuestra madre están también seguras de vos, como yo misma. . . .

—¡ Y mi padre? no me habeis hablado de él en vuestra carta. . . .

—Vuestro padre se ha quedado en París para el caso de que tenga que hacer allí alguna cosa. . . .

Santiago de Biscoran movió la cabeza.

—Estoy preso en Sauveterre, murmuró, acusado de un crimen atroz, y mi padre se queda en París. . . . ¡Entonces es verdad que no me ha amado! . . . Siempre he sido un buen hijo, y hasta esta espantosa catástrofe, no ha tenido motivo para quejarse de mí. . . . No, mi padre no me quiere. . . .

La señorita Dionisia no pudo dejarlo extrañarse así.

—¡ Escuchadme, Santiago, interrumpió, escuchadme por lo que ariesgo con este modo de proceder tan grave y que tanto me cuesta! . . . He venido en nombre de todos nuestros amigos, en el del señor Folgat, ese abogado de París que vuestra madre ha traído consigo y á quien no conocéis; también en nombre del señor Magloire, en quien tenéis tanta confianza.

Todos están de acuerdo. Habéis adoptado un plan espantoso. Os obstináis en callar y eso es correr voluntariamente al abismo. Escuchad bien lo que os digo: si esperáis para disculparos á que la instrucción sea terminada, estáis perdido. El día en que el Tribunal de Justicia tenga en su poder el proceso, es en vano el que habléis. Será ya demasiado tarde, é iréis, siendo inocente, á hacer aumentar la lista deplorable de los errores judiciales. . . .

Fué en silencio y con la frente inclinada hacia el suelo, como para ocultar su palidez, la manera con la cual Santiago de Boiscorán había escuchado á la señorita de Chandoré.

Y cuando ella se detuvo, palpitante:

—¡ Ay de mí! . . . murmuró, todo lo que acabáis de decir, me lo habia dicho yo mismo. . . .

— ¡Y os habéis llamado!

— Me he llamado.

— ¡Ah! es que no sospecháis el peligro que corréis, Santiago, es que no sabéis

El la interrumpió con un gesto y con voz sorda:

— Sé, pronunció, que es el cadalso lo que arriesgo ó el presidio.

La Srta. Dionisia estaba petrificada de horror.

¡Pobre joven!

Se habia imaginado que bastaba presentarse para triunfar de la obstinación del señor de Boiscorán, y que después de haberlo escuchado estaría tranquila. Pero en lugar de eso

— ¡Desgraciado! exclamó, esas espantosas ideas os han venido y persistiréis en guardar silencio!

— Es preciso.

— Eso es imposible ¡No habéis reflexionado!

— ¡Que no he reflexionado! replicó.

Y más bajo:

— ¡Qué creéis, pues, que he hecho, después de ciento treinta horas mortales de estar solo en esta prisión, solo en frente de una acusación terrible y de las más espantosas eventualidades!

— Hé ahí la desgracia, Santiago, habéis si-

do víctima de vuestra imaginación! ¡Quién en vuestro lugar no lo hubiera sido! El señor Folgat me lo decía todavía ayer: no hay hombre que después de cuatro días de incomunicación, conserve su sangre fría. El dolor y la soledad son malas consejeras. Santiago, volved en vos, escuchad á vuestros amigos más queridos que por medio de mi voz os transmiten sus consejos Santiago, vuestra Dionisia os conjura, hablad

— No puedo.

— ¡Por qué?

Esperó algunos segundos, y como Santiago no respondía:

— El primero de los deberes, insistió no sin cierta sombra de pesadumbre, ¿no es, pues, cuando uno es inocente, hacer brillar esa inocencia?

Con un movimiento desesperado, el prisionero estrechó su frente con sus crispadas manos.

Inclinándose hacia la señorita Dionisia, tan cerca, que sentía su aliento en los cabellos:

— ¡Y cuando no se puede, dijo, y cuando no se puede hacer brillar la inocencia!

La señorita Dionisia retrocedió pálida como si fuera á morir, bamboleándose hasta el punto de verse reducida á apoyarse en la pared, y fijando sobre Santiago de Boiscorán mi-

radas en las que aparecía todo el espanto de su alma:

—¡Qué decís, Dios mio! balbuceó.

El desgraciado reía, con esa risa siniestra que es la última expresión de un desesperado.

—He dicho, respondió, que hay circunstancias fatales que confunden la razón; coincidencias inauditas, que hacen dudar de sí mismo. He dicho que todo me acusa, que todo me oprime, que todo testimonio está en mi contra. He dicho además que si estuviera en el puesto del señor Galpi-Daveline, y él estuviera en el mio, procedería ciertamente como él!...

—¡Es la locura.... exclamó la señorita de Chandoré.

Pero Santiago de Boiscorán no la escuchó.

Todas las pesadumbres de los días pasados le subían á la garganta; se animaba; sus mejillas se coloreaban.

Y siempre con más viveza en jadeantes frases:

—¡Hacer brillar su inocencia!... prosiguió. ¡Ah! es bastante aconsejar... ¡Pero cómo?... No, no soy culpable; pero un crimen se ha cometido y por ese crimen se necesita un culpable para la justicia!... Si no soy yo el que le ha tirado al señor de Claudieu-se, é incendiado á Valpinson, ¿quién ha sido, pues?... ¡En dónde estabais, me han dicho,

en el momento del atentado?... ¿Dónde estaba?... ¡Puedo acaso decirlo!... ¡Disculparme es acusar!... ¡Y si me equivoco! ¡Y si no equivocándome, soy incapaz de demostrar la realidad de mis acusadores!... ¿El asesino, el incendiario, no ha tomado acaso todas sus medidas para escapar del castigo y hacerlo caer sobre mi cabeza?... ¡Me lo habian advertido!... ¡Hay odios que meditan esas execrables venganzas!... ¡Ah! si uno supiera y pudiera prever!... ¡Cómo luchar!... Y yo, que el primer día me decía: «Una imputación semejante no será escuchada, es una nube que un soplo disipará!...» ¡Miserable loco!... ¡La nube se ha convertido en avalancha y puedo ser despedazado!... ¡No soy un niño ni un cobarde y he caminado siempre derecho hacia los fantasmas... He medido el peligro; ¡qué inmenso me parece!...

La señorita Dionisia se estremecía.

—¡Qué haremos! exclamó.

En esta vez, el señor de Boiscorán la escuchó y tuvo vergüenza de su debilidad. Pero antes de que pudiera dominar su turbación:

—¡Qué importan, replicó la joven, esas vanas consideraciones!... Sobre los cálculos más hábiles y los planes mejor combinados, está la verdad invencible é inmutable!...

Es preciso decir la verdad, Santiago, sin reserva, sin restricciones, sin vacilar! . . .

—Eso no es posible! murmuró el infortunado.

—¿Es acaso tan espantosa?

—Es inverosímil.

No sin susto lo consideraba la señorita Dionisia.

Ella no encontraba en él ni la expresion del semolante, ni su mirada, ni el timbre de su voz.

Se aproximó y tomando su mano entre las suyas, tan blancas como tan pequeñas:

—Pero á mí, dijo, á mí, que soy vuestra amiga, ¿podéis decirme esa verdad! . . .

Santiago sintió estremecerse, y retrocediendo:

—A vos menos que á otro. . . . respondió.

Y comprendiendo lo que la heriría aquella respuesta:

—Sois demasiado pura, agregó, para tan vergonzosas intrigas. . . . ¡No quiero que sobre vuestro traje de boda se arroje una mancha de ese inmundo lodo en que me han precipitado!

¿Se dejó engañar ella?

No, pero tuvo el valor de aparecer como si lo hubiera sido.

—Sea, prosiguió la señorita Dionisia; pero esa verdad será preciso que la digáis tarde ó temprano. . . .

—¡Sí, al señor Magloire! . . .

—¡Y bien! . . . Santiago, lo que le habéis de decir, escribídselo; aquí hay plumas y tinta, seré fiel portadora de esa carta. . . .

—¡Hay cosas que no pueden escribirse, Dionisia! . . .

Se sintió vencida, comprendiendo que no dominaría aquella glacial voluntad, y sin embargo:

—¡Pero si os suplicara, Santiago, replicó, en nombre de nuestro pasado y de nuestro porvenir, en nombre de ese amor único y eterno que me habéis jurado! . . .

—¡Queréis, pues, interrumpió, hacer todavía mil veces más atroces mis horas de prisión? . . . ¿Queréis quitarme lo que todavía me queda de fuerza y de valor? . . . ¡Ya no tenéis en mí ninguna confianza! . . . No queréis tener crédito en mí durante algunos dias.

Se detuvo.

Llamaron á la puerta, y casi al momento:

—El tiempo corre, exclamó Blangin por el postigo; quiero estar abajo cuando se releven á los centinelas. Corro un gran peligro. . . . Soy un pobre padre de familia. . . .

—Alejaos, Dionisia, dijo vivamente Santiago, alejaos. . . . El pensamiento de que pudieran tal vez sorprenderos aquí, me horripa.

Apesar del peligro que corría de ser sorprendida, la señorita de Chandoré habría pagado por saberlo. Sin embargo, no resistió. . .

Presentó su frente á Santiago, que imprimió en ella un beso, y más muerta que viva, deteniéndose contra las paredes, volvió á la recamarita del carcelero.

Le habían preparado una cama, en donde se arrojó sin desvestirse, permaneciendo allí inmóvil, como si no tuviera vida, sumergida en un desfallecimiento que le quitaba hasta la facultad de sufrir. . . .

Serían las ocho de la mañana, cuando sintió que la tomaban de un brazo.

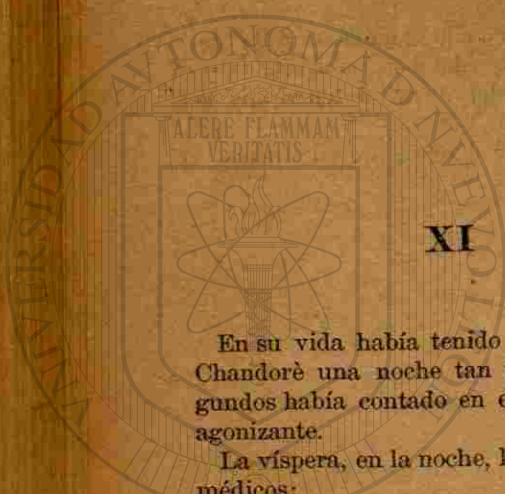
—Querida señorita, le decía la carcelera, el momento sería muy propicio para que os retirarais. . . . Se admirarán tal vez de veros sola en las calles; pero dirán que regresáis de la misa de siete. . . .

Sin decir una palabra, la señorita Dionisia se levantó de la cama, y con una vuelta de mano reparó el desorden de su *toilette*.

Después, Blangin, que venía inquieto para ver si se decidía á salir:

—Tomad, le dijo ella dándole un rollo de á mil francos que quedaba en su saco; esto es para que os acordéis de mí, si tengo que volver á necesitaros. . . .

Y dejando caer el velo sobre su rostro, salió. . . .



XI

En su vida había tenido el señor barón de Chandorè una noche tan terrible, cuyos segundos había contado en el pulso de su hijo agonizante.

La víspera, en la noche, le habían dicho los médicos:

—Si pasa esta noche, puede salvarse.

Al amanecer, su hijo había lanzado el último suspiro.

Y bien, para el viejo gentilhombre apenas aquella noche fatal había tenido más angustias que esta última que pasó toda entera fuera de la casa su querida nieta Dionisia.

Sabía que Blangin y su mujer eran buenas gentes, á pesar de su avaricia y de su disposición al lucro; sabía también que Santiago de Boiscorán era un hobre de honor....

¡No importaba!....

Toda la noche, su viejo ayuda de cámara escuchó sus paseos de uno á otro extremo de su recámara, y desde la siete de la mañana estaba en el dintel de la puerta, dirigiendo una mirada inquieta á lo lejos de la calle.

Como á la las siete y media fué á unírsele el señor Folgat, pero a penas se dignó darle los buenos dias, y en verdad que nada oyó de todo lo que le dijo el abogado para inspirarle confianza.

Hasta que al fin:

—¡Allí viene!.... exclamó el viejo.

Y no se equivocaba.

La señorita Dionisia acababa de dar vuelta á la esquina de la calle de la Rampa.

Caminaba con demasiada precipitación, como si sintiera que se le acabaran las fuerzas antes de llegar....

Con una especie de alegría feroz, el abuelo Chandorè se adelantó hacia donde venía la joven y la estrechó entre sus brazos repitiendo:

—¡Oh Dionisia, mi hija muy querida! cuánto he sufrido con tu tardanza!.... ¡Pero todo está ya olvidado, ven, ven pronto!....

Y tomándola del brazo, la condujo inmediatamente al salón y la sentó con muchísimo cuidado en un sofá.

En seguida se arrodilló delante de ella, riendo de felicidad.

Pero cuando le tomó las manos:

—¡Tus manos esten ardientes! exclamó. ¡Tienes fiebre!....

Y la miró.

La joven acababa de levantarse el velo.

—Estás pálida como la muerte, continuó el señor de Chandoré, tienes los ojos rojos é hinchados.

—He llorado, buen papá, respondió dulcemente.

—¡Llorado! ... ¡Por qué ...

—¡Ay de mí!... ¡No he conseguido lo que quería!

Como si hubiera sido movido por un resorte, el señor de Chandoré se enderezó exclamando:

—¡Por el santo nombre de Dios!... nadie ha oído cosa semejante desde que el mundo es mundo!... ¡Cómo! ¡has ido, tú, Dionisia de Chandoré, á buscarlo á su prisión, á suplicarle!

—Y él ha permanecido inflexible, sí, buen papá. No hablará antes de que termine la instrucción ...

—Entonces nos hemos equivocado por completo; ese muchacho no tiene corazón ni alma ...

Aunque penosamente la señorita Dionisia se levantó.

¡Ah! ... no le acuséis, mi buen papá, interrumpió, no le acuséis, ¡Es tan desgraciado!....

—En fin, ¿qué dice, qué razones da ...

—Dice que la verdad es de tal manera inverosímil, que ciertamente se rehusarán á creerlo y que se perderá si habla antes de que termine la incomunicación, estando privado de la asistencia de un defensor. Dice, que su horrible situación es el resultado de una execrable venganza. Dice, que cree conocer al culpable, y puesto que está obligado á defenderse, lo acusará....

Testigo silencioso hasta aquel momento, el señor Folgat se aproximó.

—¡Estáis segura, señorita, preguntó, de que el señor de Boiscorán se ha expresado así?

—¡Oh! ... muy segura señor, y aun cuando viviera miles de años, no olvidaría ni la expresión de su mirada, ni el timbre de su voz. ...

El señor de Chandoré no permitió que lo interrumpieran más.

—Pero á tí, replicó, á tí, querida hija, Santiago ha debido decirte alguna cosa más exacta.

—Nada.

—¡No le has preguntado, pues, cuál es esa verdad inverosímil?

—¡Oh! ¡sí!....

—¿Y qué dijo?

—Ha exclamado que era, sobre todo á mí, á quien no podía decirle, que sería la última persona del mundo á quien se lo diría. . . .

—Ese hombre merecería ser quemado á fuego lento! gruñó el señor de Chandoré.

Y después, en alta voz:

—Y todo eso, querida hija, preguntó, ¿no te parece bien extraordinario, bien raro? . . .

—Todo eso me parece espantoso. . . .

—Comprendo. . . .

—Comprendo. . . . ¡Pero qué piensas de la conducta de Santiago?

—Pienso, buen papá, que procede así porque no puede hacerlo de otra manera. Santiago es un hombre muy superior por la inteligencia y el valor, para equivocarse torpemente. Siendo el único que la sabe, sólo él puede ser buen juez de su situación. Más que nadie debo respetar sus razones. . . .

Pero el viejo gentilhomme no se creía obligado á respetarlas, y aquella resignada respuesta de su nieta acabó de desesperarlo, é iba á decir todo su pensamiento, cuando ella se levantó, no sin esfuerzo.

—Me siento hecha pedazos, buen papá, dijo con voz expirante; permítame, te lo ruego, que me retire á mi recámara. . . .

Y dejó el salón en efecto; el señor de Chan-

doré la siguió hasta la puerta, y se quedó allí hasta que la vió subir la escalera, del brazo de su recamarera.

Y volviendo á donde estaba el Sr. Folgat:

—Me la matarán, señor, exclamó, con una explosión de cólera y desesperación espantosas para un hombre de su edad. He visto en sus ojos, á través de sus lágrimas, la mirada que tenía su madre, cuando después de la muerte de su marido, mi hijo me decía: «No le sobreviviré.» En efecto, no le sobrevivió. . . . Y entonces, yo, viejo, quede sólo con esta nieta que puede tener el germen del mal espantoso que se llevó á su madre. . . . ¡Sólo! después de que hace veinte años contengo el aliento, para escuchar si respira siempre con el mismo hálito igual y puro. . . .

—Hacéis mal en alarmaros, comenzó el señor Folgat.

El abuelo Chandoré movió la cabeza, impacientemente.

—No, dijo, puede que mi hija esté afectada del corazón. . . . ¡No acabáis de verla, más blanca que la cera, y de escuchar su voz sin vida y sin calor? . . . ¡Dios poderoso! quedaré, pues, único de los míos en esta tierra! . . . ¡Dios mío! ¡qué falta me castigas en mis hijos! ¡Por piedad, llámame delante de tu tribunal primero que á la que ha sido la alegría de mi

vida!... ¡Y no poder hacer nada para conjurar la desgracia! ¡Viejo inepto y estúpido! ¡Ah! ¡ese Boiscorán!... ¡Y si fuera, sin embargo, culpable! Si ese hombre á quien Dionisia ama es un asesino!... ¡Ah! ¡miserable!... ¡compraría el empleo de verdugo para que pereciera por mis manos!

Profundamente conmovido, el señor Folgat detuvo con el gesto al señor de Chandoré.

—No oprimáis al señor de Boiscorán, cuando todo lo oprime, señor, pronunció. De todos nosotros él es quien está sufriendo las más crueles pruebas, porque es inocente.

—¿Lo creéis todavía así?

—Más que nunca. En lo poco que ha hablado, ha dicho bastante á la señorita Dionisia para demostrarme la justicia de mis conjeturas, probándome que había tocado con el dedo el punto preciso....

—¿Cuándo?

—El día en que fuimos juntos á Boiscorán, señor baron....

El señor Chandoré quiso recordar.

—No me acuerdo... comenzó.

—Y sin embargo, insistió el abogado, salisteis para permitir al viejo Antonio á quien preguntaba, contestará con más libertad. ...

—¡Es verdad!... interrumpió el señor de

Chandoré, ¡mucha verdad!... Entonces suponéis....

—Creo que mi punto de partida era exacto, sí, señor. Tratar de buscar el por qué es lo que no haré. El señor de Boiscoran nos dice que la verdad es inverosímil: en vano, pues, pudiera yo hacer conjeturas. Solo que, como estamos con las manos amarradas hasta el fin de la instrucción aprovecharé el tiempo para interrogar á gentes de la población, que contestarán tal vez mejor que Antonio. Teneis entre vuestros amigos personas que deben estar bien informadas, el señor Senechal, el doctor Seignebos...

Por lo que toca al último, el señor Folgat no tuvo que esperar mucho tiempo, porque en el momento en que su nombre era pronunciado, le decía al criado en el corredor: "Soy yo, Seignebos, el doctor Seignebos..."

Y casi en el acto entró como una tromba, en el salón.

Llevaba entonces cuatro días el doctor Seignebos de no haberse presentado en la calle de la Rampa.

Porque no había ido personalmente á recoger el informe y los granos de plomo que había confiado al señor Folgat, sino que mandó á su criado, excusándose por la importancia y

multiplicidad de sus ocupaciones de la medicina.

En efecto, aquellos cuatro días casi se los había pasado en el hospital, en compañía de uno de sus colegas, médico bastante notable, enviado por el tribunal para proceder, juntamente con el doctor Seignebos al exámen profundísimo del estado mental del idiota Cocolé.

—Ese perito es el que me traen, exclamó al entrar, ese perito, á quien si no ponemos de acuerdo, está á punto de arrebatár al señor de Boiscoran el modo mas bueno y seguro de salvarse....

Después de lo que había sucedido á la señorita Dionisia, ni el señor de Chandoré, ni el señor Folgat daban gran importancia al estado de Cocolé.

Aquella palabra de salvarse les hizo fijar el oído.

No hay circunstancias indiferentes en un proceso criminal.

—¿Hay algo de nuevo, doctor? preguntó el abogado.

El médico comenzó por cerrar con mucho cuidado las puertas y poniendo sobre la mesa su bastón y su sombrero de anchas alas:

—No, nada hay de nuevo, respondió. Continúan las cosas del mismo modo, con el propósito de perder al señor de Boiscoran y para lo-

grarlo no retroceden ante ningún medio....

—¿Quiénes? preguntó el señor de Chandoré.

El doctor alzó desdeñosamente los hombros,

—¿Teneis, verdaderamente, que preguntarlo todavía? respondió. Los hechos, sin embargo, hablan demasiado alto. Por lo demás, escuchad. En nuestra profesión, como en otras varias, se encuentran, tengo el dolor de confesarlo, cierta clase de médicos que no están á la altura de su gran misión y que para hablar con claridad son unos burros aparejados....

Por grave que fuera la situación, el señor Folgat tuvo trabajo para contener una sonrisa, tales eran las singularidades del doctor.

—Pero hay algunos de esos burros, prosiguió, que por el espesor de sus pezuñas y lo largo de sus orejas, sobrepasa con mucho á los demás. ¿Pues bien! ese es el que el Tribunal ha escogido para que proceda en mi compañía.

Sobre ese capítulo, era prudente contener la verba del doctor Seignebos.

—Sed breve.... dijo el señor de Chandoré.

—Lo seré, señor; mi docto colega está absolutamente persuadido de que su misión de médico legista consiste únicamente en aprobarlo todo y decir *amén* á todas las antífonas de la prevención. «Cocolé es idiota» declara perentoriamente el señor Galpin-Daveline. «Es ó debe serlo,» responde mi docto colega. «Si ha

hablado acerca del crimen, es porque ha recibido una inspiración del cielo," vuelve á decir el juez de instrucción. "Evidentemente, concluye el colega, ha tenido una inspiración del cielo." En fin, esta es la conclusión del informe de ese sábio doctor: Cocolé es un idiota que ha sido providencialmente iluminado por un destello de razón. No lo ha escrito en estos términos, pero lo mismo dá.

Se había quitado los anteojos y se los volvió á colocar con una especie de rabia.

—¿Pero cuál es vuestra opinión, doctor? preguntó el señor Folgat.

Con un gesto solemne, el señor Seignebos acabó de colocarse los anteojos con frialdad.

—Mi parecer, respondió, lo he desarrollado largamente en mi informe, tengo la opinión de que Cocolé no es idiota.

El señor de Chandoré dió un salto, tan monstruosa así le había parecido la proposición.

Conocía á Cocolé. Lo había visto cruzar por las calles de Sauveterre, durante los diez y ocho meses que aquel miserable había estado curándose en la casa del doctor.

—¿Cómo. . . . Cocolé no está idiota? repitió.

—No, declaró perentoriamente el señor Seignebos, y para adquirir la certidumbre, no hay más que examinarlo. ¿Tiene la fisonomía larga y aplastada, la boca desmesurada, la piel

roja y curtida, los labios gruesos, los dientes careados y los ojos hundidos? ¿Su deformada cabeza se balancea sobre uno y otro hombro, demasiado pesada para el cuello? ¿Tiene el talle disforme y la columna vertebral desviada? ¿Le encontráis un vientre voluminoso y flojo, las manos toscas y cargadas hácia atrás, las piernas chuecas, las articulaciones de un espesor insólito? . . . Señores, esos son los principales caracteres de un idiota. ¿Los encontráis acaso en Cocolé? Veo en él un muchacho de salud de hierro, con sus manos muy derechas, que salta como un mono á los árboles para arrancar los nidos y que franquea los fosos de diez piés de ancho. . . . En verdad que no pretendo que tenga una inteligencia normal, pero sostengo que es preciso clasificarlo entre los imbéciles aquellos que tienen ciertas facultades que pueden desarrollarse, á pesar de la ausencia de algunas otras facultades hasta cierto punto más esenciales.

Si el señor Folgat escuchaba con todas las muestras de un poderoso interés, no lo hacía menos el señor de Chandoré.

—Entre un idiota y un imbécil. . . . comenzó.

—¿Hay un abismo! exclamó el señor Seignebos.

Y en seguida, con una volubilidad torrencial:

—El imbécil, prosiguió, guarda todavía algunos fragmentos de inteligencia. Sabe hablar, expresar sus sensaciones, traducir sus necesidades. Asocia las ideas, compara sus impresiones, tiene memoria y adquiere experiencia, es capaz de la astucia y del disimulo. Odia, ama ó teme. Si no es muy sociable, siempre es accesible á las sugerencias de otro. Se llega á ejercer sobre él de un modo notable, un dominio absoluto. La inconsistencia de sus designios es característica, y sin embargo, después de una obstinación inexpugnable se aferra á una idea con un capricho extraordinario. En fin, los imbéciles, precisamente á causa de esa semi-lucidez, son frecuentemente peligrosos. Entre ellos se encuentran casi todos esos monomaniáticos que la sociedad está obligada á secuestrar por no saber cómo refrenar sus instintos. . . .

—¡Muy bien! . . . aprobó el señor Folgat, que encontraba en aquellas palabras los elementos de una defensa, ¡muy bien!

El doctor se inclinó.

—Tal es Cocolé, pronunció. ¿Se desprende de esto el que lo considere responsable de sus actos? No en verdad. Pero resulta también que

puedo ver en él un testigo falso, aleccionado para perder, un hombre bastante honrado.

Era claro que tal idea no agradaba al señor de Chandoré.

—En otra vez, mi doctor, habeis dicho eso. . .

—Dije precisamente lo contrario, señor, respondió no sin dignidad el doctor Seignebois. No había estudiado bastante á Cocolé y fui su víctima, lo que no tengo inconveniente en confesar. Pero de mi confesión precisamente, he sacado una prueba de la astucia y de la perversidad de ese semi-idiota y de su aptitud para proseguir un designio. Después de un año de experiencias, he abandonado á Cocolé, declarando que tenía la creencia de que era incurable. La verdad es que el no quería que lo curaran. Los campesinos, listos y sospechosos observadores, no se han equivocado. Casi todos han declarado que Cocolé es más pícaro que animal. Eso es exacto. Ha probado que exajerando su imbecilidad, que, lo repito, exitosamente, lograba vivir sin trabajar. Instalado en la casa del señor de Claudieuse, ha tenido el arte de mostrar de un modo exacto que tiene bastante inteligencia para hacerse soportable, obteniendo el mejor trato posible, sin tener que ocuparse de ningún trabajo.

—En una palabra, dijo el señor de Chandoré,

siempre incrédulo, Cocolé es un gran comerciante ...

—Bastante grande, para haberme engañado, si señor, repitió el doctor.

Y dirigiéndose al señor Folgat:

—Todo eso, replicó, lo había dicho á mi docto colega antes de conducirlo al hospital. Fuimos á encontrar á Cocolé obstinado más que nunca en el mutismo del que no había podido sacarlo el señor Galpin-Daveline. Nuestros esfuerzos para hacerle hablar siquiera una palabra, fracasaron, aunque para mí, es evidente que ha comprendido. Quería recurrir á ciertos artificios, muy lícitos según yo, que se emplean para descubrir á los simuladores, mi colega se ha opuesto y ha sido apoyado en su resistencia, no sé con qué derecho, por el juez de instrucción. Entonces pedí que hicieran presentarse á la señora condesa de Claudieuse, y que le suplicaran que interrogara á Cocolé, ella que posee el talento de hacerlo hablar: ... El señor Daveline no lo permitió. Ya podeis ver cómo estamos ...

— Sucede muy á menudo que dos médicos encargados de un exámen médico-legal, difieren totalmente en su parecer.

La justicia tendría mucho que hacer si pretendiera ponerlos de acuerdo.

En este caso, se nombra sencillamente un tercer perito cuya opinión decida.

Así había de suceder necesariamente en el caso de Cocolé.

—Y no menos innecesariamente el tribunal que me adjuntó un primer burro, concluyó el señor Seignebos, me adjuntará un segundo. Los dos se entenderán como borricos en feria, y quedaré con la fama de ser un ignorante y un presuntuoso.

Agregó que si se presentaba, en casa del señor de Chandoré era con objeto de que le prestaran ayuda.

Pedia que las familias de Boiscoran y de Chandoré pusieran en juego todas sus relaciones, haciendo valer sus influencias para obtener que una comisión de médicos extraños á la población, parisien: es si era posible, se encargara de examinar á Cocolé dando un fallo sobre su estado mental.

—A hombres esclarecidos, dijo, puedo muy bien demostrarles que la imbecilidad de ese triste sujeto es en parte simulada y que su obstinado mutismo es un plan para evitar palabras comprometedoras.

Ni el señor de Chandoré, ni el señor Folgat contestaron desde luego.

Meditaban.

— ¡Dijeos, insistió el señor Seignebos el ocado.

del silencio de ambos. fijaos, os lo ruego, en que si mi opinión triunfa como tengo el derecho de esperar, el negocio tomará en el acto una nueva faz.

¡Ah! sí, seguramente, las bases de la acusación podían por consiguiente cambiar de aspecto y aquello era lo que preocupaba fuertemente al señor Folgat.

—Eso es lo que hace, comenzó, que me pregunte si no será más perjudicial que util al señor de Boiscorán demostrar la falacia de Cocolé....

El doctor Seignebois dió un salto.

—¡Diablo! quisiera saber....

—Nada más sencillo, respondió el abogado. El idiota Cocolé es tal vez el más grave embarazo de la prevención y el más sólido argumento de la defensa. ¿Qué puede responder el señor Galpin-Daveline, cuando el señor de Boiscorán le reproche el basar una acusación sobre las palabras incoherentes de un desgraciado que carece de toda inteligencia y que por lo mismo es irresponsable?

—¡Ah! permitidme..... exclamó el señor Seignebois.

Pero el señor de Chandoré no perdía ni una sílaba.

—Permitidme, doctor, interrumpió. Ese argumento de la imbecilidad de Cocolé, es el que

habeis invocado desde el primer día, en el que parece que debíais de una manera decisiva que no había necesidad de buscar otro....

Antes de que el médico hubiera encontrado una respuesta, el señor Folgat prosiguió:

—Que se pruebe al contrario, que Cocolé tiene verdaderamente conciencia de sus palabras y todo cambia, teniendo el derecho la prevención, apoyada en un fallo de la Facultad, de decir al señor de Boiscorán: «No hay que negar, os han visto, hay un testigo.»

Era preciso que aquellas consideraciones hicieran vivamente efecto en el señor Seignebois, porque guardó silencio más de diez segundos, colocándose con aire pensativo sus anteojos de oro. Iba pues á hacer un mal á Santiago de Boiscorán pretendiendo servirle....

Pero no era un hombre que dudara mucho tiempo de sí mismo.

—No discutiré, señores, replicó con tono seco. Sólomente os haré una pregunta: ¿creéis ó no en la inocencia de Santiago de Boiscorán?

—Creemos en ella, absolutamente, respondieron los señores de Chandoré y Folgat.

—Entonces, señores, me parece que no corremos peligro, tratando de desenmascarar á un miserable pícaro....

El jóven abogado no estaba de acuerdo con aquella opinión.

—Demostrar que Cocolé tiene conciencia de lo que dice, replicó, sería funesto, si no se puede probar al mismo tiempo que ha mentido y que su acusación le ha sido sugerida. ¿Podemos probarlo? ¿Puede establecerse que si se obstina en no contestar á las preguntas que se le hagan, es que tiene miedo á las consecuencias de su falso testimonio?

El doctor no pudo escuchar más tiempo.

—¿Todos esos son argumentos de abogado! exclamó de un modo cortés. Solo conozco una cosa, la verdad....

—No es bueno decirla siempre, murmuró el abogado.

—¿Sí, señor, siempre!... respondió el médico, siempre que se pueda. Soy amigo del señor de Boiscorán, pero lo soy también de la verdad. Si Cocolé es un miserable trapacero como tengo la convicción, nuestro deber es desenmascararlo.

Lo que no decía el señor Seignebos—y tal vez no se lo confesaba—es que entre Cocolé y él había un negocio personal. Pensaba que Cocolé le había pegado un chasco y que ahora se le presentaba la oportunidad de tomar la revancha de las pullas que le había hecho sufrir cruelmente aun cuando no lo demostrara. Desenmascarar á Cocolé, era vengarse y hacer

caer sobre sus enemigos el ridículo en que lo habían puesto.

—Así es, replicó, que mi partido está tomado y á pesar de lo que decidais, señores, voy desde hoy á ponerme en campaña para obtener, si es posible, el nombramiento de una comisión.

—Tal vez sería prudente, objetó el señor Folgat, reflexionar antes de hacer algo; por ejemplo, consultar con el señor Magloire...

—No tengo necesidad de consultar con el señor Magloire, cuando el deber habla...

—Bien podeis concedernos veinticuatro horas....

El doctor Seignebos frunció su espeso ceño.

—Ni una hora, exclamó, me voy en el acto á la casa del señor Daubigeon, el procurador de la República....

En seguida, tomando su sombrero y su bastón, saludó y salió muy disgustado, sin dignarse responder al abuelo Chandoré que le pedía noticias del señor Claudieuse; cuya situación, según lo que decían en la ciudad, lejos de mejorar empeoraba de día en día.

—El diablo cargue con ese viejo original!... exclamó el señor de Chandoré antes de que el médico dejara el corredor.

Después, dirigiéndose al señor Folgat:

—En verdad, debo convenir, agregó, que ha-

beis dispensando un frío acogimiento á las noticias que nos ha traído....

—Es precisamente porque son demasiado graves, contestó el abogado, yo hubiera querido que me dejaran el tiempo de reflexionar. Cocolé representando la imbecilidad ó al menos exagerando su falta de inteligencia..... viene á confirmar lo que decía ayer el señor de Boiscorán á la señorita Dionisia. Es la prueba de un odioso y premeditado asesinato, de una execrable venganza, meditada y preparada durante mucho tiempo. Es el nudo del negocio evidentemente....

El señor de Chandoré se quedó pensativo.

—¿Cómo!.... exclamó, ¿esa es vuestra opinión y habeis vacilado en apoyar las pretensiones del señor Seignebo, que es un hombre arrojado decididamente?....

El joven abogado inclinó la cabeza.

—Si quería aventajar veinticuatro horas, es porque creo indispensable el consultar con el señor de Boiscorán. ¿Podía decirselo al señor Seignebo? ¿Tengo el derecho de dar á conocer el secreto de la señorita Dionisia?....

—Es verdad, murmuró el señor de Chandoré, es verdad....

Pero para escribir al señor de Boiscorán, la asistencia de la señorita Dionisia era indispensable y no fué sino despues de medio día cuan-

do apareció muy pálida, pero armada visiblemente de una nueva energía.

El señor Folgat dictó las preguntas que se habían de hacer al prisionero; ella se ocupó en traducirlas y como á las cuatro de la tarde, la carta fué llevada al escribano Méchinot.

La respuesta llegó la tarde del día siguiente.

«El doctor Seignebo debe tener razón, mis queridos amigos, escribía Santiago. Tengo demasiadas razones para estar seguro de que la imbecilidad de Cocolé es un partido simulado y que su deposición le ha sido sugerida. Sin embargo, os ruego no hagais diligencia alguna para provocar una nueva indagación medical.

«La menor imprudencia puede tal vez perderme.

«En nombre del cielo, esperad para proceder á que termine la instrucción, que está ya muy próxima, según me dijo Galpin-Daveline»....

En familia fué leída aquella respuesta y su concisión resignada arrancó á la señora marquesa de Boiscorán un grito de desesperación.

—Lo obedeceremos, pues, exclamó, pero cuando es evidente que se pierde, el desgraciado se obstina de ese modo....

La señorita Dionisia se levantó.

—Solo juez de su situación, pronunció, San-

tiago tiene el derecho de mandar y nosotros el deber de obedecer.... Apelo al señor Folgat.

Con un gesto significó su aprobación el abogado.

—Se ha hecho todo lo que era posible.... dijo. Ahora, no tenemos más que esperar.

XII

Desde la noche famosa del incendio de Valpinson, Sauveterre no se habia vuelto á fastidiar.

Desde entonces Sauveterre tenia para ocuparse, una cuestión palpitante, de un interés siempre renovado, inagotable, fecundo en discusiones y conjeturas: el negocio Boiscorán.

—¿En qué estado se encuentra el negocio? se preguntaban unos á otros despues de saludarse.

Y cuando el señor Galpin-Daveline se dirigía del palacio á la prisión, al recorrer con paso solemne y porfiado la calle Nacional, veinte personas asechando detrás de sus ventanas, querían sorprender en su fisonomía el secreto de la instrucción.

Solo sorprendían las huellas de la más viva

tiago tiene el derecho de mandar y nosotros el deber de obedecer.... Apelo al señor Folgat.

Con un gesto significó su aprobación el abogado.

—Se ha hecho todo lo que era posible.... dijo. Ahora, no tenemos más que esperar.

XII

Desde la noche famosa del incendio de Valpinson, Sauveterre no se habia vuelto á fastidiar.

Desde entonces Sauveterre tenia para ocuparse, una cuestión palpitante, de un interés siempre renovado, inagotable, fecundo en discusiones y conjeturas: el negocio Boiscorán.

—¿En qué estado se encuentra el negocio? se preguntaban unos á otros despues de saludarse.

Y cuando el señor Galpin-Daveline se dirigía del palacio á la prisión, al recorrer con paso solemne y porfiado la calle Nacional, veinte personas asechando detrás de sus ventanas, querían sorprender en su fisonomía el secreto de la instrucción.

Solo sorprendían las huellas de la más viva

inquietud y una palidez cada día más visible.

Algunas veces se decían:

—Vereis cómo ese pobre señor Galpin acabará por enfermarse de tiricia.

Por trivial que fuera la expresión, traducía exactamente las sensaciones del magistrado.

Aquel negocio de Boiscorán le había venido como una llaga, cuya irritación nada puede calmar.

—He perdido el sueño, decía al procurador de la República.

El excelente señor Daubigeon, que tenía todas las penas del mundo en moderar los ardores de su celo, solo á medias lo compadecía.

—¿Quién tiene la culpa? respondía. Pero quiere uno adelantar y la inquietud sigue muy de cerca á la fortuna en creciente:

Crescentem sequitur cura pecuniam

Majorunquē fames....

—¡No he hecho más que cumplir con mi deber! exclamaba el juez de instrucción, y si volviera á comenzar, procedería del mismo modo.

Por lo tanto, cada día le aclaraba con una luz más triste su falsa situación.

La opinión pública que tan hostil le era al señor de Boiscorán, en nada favorecía al señor Galpin-Daveline.

En lo general se creía en la culpabilidad de

Santiago, y se pedía contra él todo el rigor de las leyes; pero por otro lado se admiraban de que el señor Galpin-Daveline hubiera aceptado aquella misión tan cruel de juez de instrucción.

El hecho de instruir contra un antiguo amigo una causa, de buscar la prueba de sus crímenes, de arrastrarlo ante la corte de Assises, es decir, al presidio ó al cadalso, tenía como un reflejo de traición que sublevaba las conciencias.

Bastaba la manera con que las gentes le rendían un saludo ó lo evitaban, para que el magistrado pudiera darse cuenta del sentimiento de que era objeto.

Su cólera aumentaba contra Santiago y al mismo tiempo crecía su propia inquietud.

Es verdad que había recibido felicitaciones del procurador general, ¿pero quién puede estar seguro del resultado de una instrucción, mientras el culpable no ha confesado?

Cierto es que los cargos que se levantaban contra Santiago eran tan concluyentes, que la decisión del tribunal de justicia no podía ser sospechosa.

Pero sobre el tribunal de acusación estaba el jurado.

—Y en suma, amigo mío, objetó el procura-

dor de la República, no tenéis un solo testigo ocular.

—Tengo á Cocolé, interrumpió el señor Daveline.

—¿Han decidido los médicos que no es idiota?

—No. El señor Seignebo es el único de esa opinión.

—¿Al menos por ahora, Cocolé consiente en repetir su testimonio?

—No.

—¿Así es que en realidad no contais con nadie!...

¡Ah! sí. El señor Daveline lo comprendía demasiado.

Por eso eran sus angustias.

Mientras más estudiaba á su detenido, más le encontraba una actitud enigmática y amenazadora que nada bueno presagiaba.

—¿Tendrá una coartada? pensaba. Guardará en reserva, hasta el último momento, uno de esos medios imprevistos que desmoronan la base de la prevención y cubren de ridículo al magistrado instructor?...

Cuando tales ideas le venían, por inverosímiles que fueran, hacían brotar gotas de sudor de sus sienes y trataba como un negro á su pobre escribano Méchiné.

Aquello no era todo. Por retirado que vi-

viera, despues de aquel negocio, le llegaban los ecos de la calle de la Rampa.

En verdad que estaba á mil leguas distante de figurarse que habian estado en inteligencia con su detenido, inteligencia proporcionada por Méchiné, su propio escribano. Habría alzado los hombros, si hubieran llegado á decirle que la señorita Dionisia había pasado una noche en la prisión y hecho una visita á Santiago.

Pero siempre oía decir algo de las esperanzas y proyectos de los parientes y amigos de Santiago; con un secreto terror se los representaba poderosos por la fortuna y la honorabilidad, apoyados en altas relaciones, queridos y estimados de todos.

Sabía que en derredor de la señorita Dionisia se agrupaban hombres inteligentes y adictos, el abuelo Chandoré, el señor Seneschal, el doctor Seignebo, el señor Magloire y en fin, ese abogado que la marquesa de Boiscorán había traído de París, el señor Folgat.

—Dios sabe lo que intentarán, pensaba, para sustraer al culpable de la acción de la justicia.

Así es que podemos decir que nunca una instrucción fué conducida con un ardor tan apasionado y un celo tan meticuloso.

Cada uno de los puntos contenidos en la

prevención, fué para el señor Galpin-Daveline el objeto de una laboriosa indagación. En menos de quince días, sesenta y siete testigos desfilaron en su gabinete. Hizo comparecer á la cuarta parte de la población de Bréchy. De buena gana habría citado á todos los habitantes.

¡Inútiles esfuerzos!...

Después de trascurridas varias semanas de excesivas investigaciones, la instrucción continuaba en el mismo punto; el misterio permanecía aún impenetrable.

El detenido no había disipado uno solo de los poderosos cargos que pesaban sobre él, pero el juez no había podido recoger una nueva prueba que agregar á las que había reunido desde el primer día.

Sin embargo, era preciso acabar.

Por el excesivo calor de un medio día del mes de Julio, los transeúntes de la calle Nacional creyeron notar que el señor Daveline parecía estar más inquieto que de costumbre. Y no se equivocaban.

Después de una larga conferencia con el procurador de la República y el presidente del tribunal, el juez de instrucción había tomado su partido.

Luego que llegó á la prisión, se hizo conducir á la celda de Santiago de Boiscorán, y ve-

lando su emoción con una inflexibilidad mayor de la que acostumbraba:

—Mi penosa misión toca á su fin, señor, comenzó; la instrucción de que estoy encargado va á cerrarse. Mañana, las pruebas del proceso con un estado de las piezas que han servido de convicción, serán transmitidas al señor procurador general, para someterlas al tribunal de acusación.

Santiago no pestañeó.

—¡Bien! dijo sencillamente.

—¡No teneis nada que agregar, señor, insistió el juez.

—Nada, sino que soy inocente.

Apénas pudo el señor Daveline contener un movimiento de impaciencia.

—Entonces, probadlo, dijo. Entonces, destruid los cargos que os acusan, que os atormentan, que hacen que para mí, para la justicia y para todo el mundo seais culpable. Vamos, hablad, explicad ahora vuestra conducta.

Santiago guardó obstinadamente silencio.

—¿Vuestra resolución está bien tomada? replicó todavía el juez; ¿nada queréis decir, señor?....

—¡Soy inocente!...

El señor Galpin-Daveline comprendió que no valía la pena insistir.

—A contar desde este momento, señor, dijo,

vuestra incomunicación está levantada. Podéis recibir en la sala de la prisión las visitas de vuestra familia. El defensor que designéis, será admitido en vuestra celda para conferenciar con vos....

—¡Al fin!.... exclamó Santiago con una explosión de alegría. Y al momento:

—¿Me es permitido escribir al señor Chandoré?

—Sí, respondió el juez, y si queréis escribir inmediatamente, mi escribano se encargará de hacer llegar vuestra carta esta misma tarde..

En el instante mismo Santiago de Boiscorán se aprovechó de la ocasión y lo hizo muy pronto, porque el billete que escribió y entregó á Méchainet solo contenía dos líneas:

«Espero al señor Magloire mañana á las nueve»

S.

Desde el día en que comprendieron que un falso modo de proceder podía ser de las más funestas consecuencias, los amigos de Santiago de Boiscorán se abstuvieron escrupulosamente de tomar parte.

¡Además, de qué hubiera servido moverse!

Sobre su sola petición el doctor Seignebois había sido en parte escuchado, porque el tribunal había designado para decidir el estado

mental de Cocolé, á un médico de París, un célebre alienista.

Era un sábado, cuando el doctor Seignebois llegó triunfante á la calle de la Rampa á anunciar la feliz noticia. El martes siguiente volvió pálido de cólera á referir el chasco que había llevado.

—¡Hay burros en París como en otras partes! exclamó con una voz que hacía vibrar los cristales del salón de Chandoré, ó tal vez en estos tiempos de cobarde egoísmo y ávido servilismo, los hombres independientes no se encuentran ni en París ni en provincia. Esperaba á un sabio inaccesible á todas las mezquinas consideraciones, y me envían á un farsante que se vería desconsolado de causar desagrado á los señores del tribunal... ¡Ah! ¡la sorpresa es cruel! ...

Y quitándose y poniéndose como de costumbre los anteojos:

—Estaba informado, prosiguió, de la llegada de un colega de la capital, y fui en persona á recibirlo á la estación del ferrocarril. El tren llegó, é inmediatamente distinguí á mi hombre entre la turba. Hermosa cabeza circundada por cabellos grises, mirada sutil, labios melosos y barlones... ¡Es él! me dije. ¡Hum! Tenía algo del tipo del pisaverde, muchas decoraciones en el ojal de la levita, las pati

llas recortadas como el césped de mi jardín, y en lugar de anteojos fijos, un impertinente binóculo... pero nadie es perfecto. Me aproximé, le dije mi nombre, nos dimos un estrechón de manos, lo invité á almorzar, aceptó, y pronto nos vimos juntos en mi mesa, y mientras elogiaba mi vino de Burdeos, le expuse metódicamente el negocio. Terminado el almuerzo quiso ver á Cocolé; nos dirigimos al hospital, y allí, en seguida, después de un rápido golpe de vista: «Este muchacho, exclamó, es verdaderamente el tipo más completo de idiota que he llegado á ver en mi vida!»... Un poco desconcertado, procuré explicarle otra vez el negocio; se rehusó á escucharme. Le supliqué que viera nuevamente á Cocolé, y me envió á paseo. Lastimado en mi amor propio, le pedí entonces me explicara el testimonio tan claro del idiota la noche del crimen. Me respondió en són de chanza que no lo explicaba. Quise discutir y me aplazó para el tribunal.... ¿Sabéis dónde comió en la tarde? En el hotel, con nuestro colega de la capital del departamento. Allí determinaron de común acuerdo, rendir un informe en que ponen á Cocolé en la más perfecta imbecilidad que se puede uno imaginar...

Y paseándose por el salón con grandes pasos, sin escuchar nada, continuó:

—¡Pero el señor Galpin-Daveline se equivocó al cantar victoria!... ¡No se ha dicho todo!... No se engaña de esa manera al doctor Seignebos.... He dicho que Cocolé es un inmundo canalla, miserable simulador, un falso testigo, y lo probaré..... Boiscorán puede contar conmigo....

Se interrumpió á sí mismo, y colocándose delante del señor Folgat:

—Y si he dicho que Boiscorán puede contar conmigo, agregó, es porque tengo mis razones. Me han ocurrido singulares sospechas, señor abogado, muy singulares....

El señor Folgat, la señorita Dionisia y la marquesa de Boiscorán le suplicaron con insistencia que se explicara; pero declaró que el momento no había llegado todavía y, que por otra parte, no estaba bastante seguro....

Y escapó, jurando que estaba muy ocupado, que había abandonado á sus enfermos desde hacía cuarenta y ocho horas, siendo esperado también por la señora condesa de Claudieuse, cuyo marido iba de mal en peor.

—¿Qué sospechas puede tener ese viejo original?... preguntó el abuelo Chandoré una hora después de que había salido el médico.

El señor Folgat pudo haber respondido de que esas sospechas verosíblemente no eran

otras que las mismas suyas, pero más precisas entonces y apoyadas en indicios positivos.

Pero para qué decir nada, puesto que toda investigación era sospechosa, y una sola palabra, imprudentemente pronunciada, podía ser la voz de alerta.

Para qué turbar con esperanzas, tal vez destruidas en el acto, la sombría tristeza de aquellos largos días, que uno tras de otro habían trascurrido en espera de la buena voluntad del señor Galpin-Daveline.

Ya en aquel momento las noticias de Santiago de Boiscorán eran escasas. Los interrogatorios no se habían verificado sino con grandes intervalos. Méchiné se estaba hasta cuatro y cinco días sin llevar carta.

—Es la más intolerable de las agonías.... no cesaba de repetir la señora marquesa de Boiscorán.

La hora del desenlace había llegado.

La señorita Dionisia se encontraba una tarde sola en el salón, cuando creyó reconocer en el vestíbulo la voz del escribano Méchiné.

Salió precipitadamente.

No se había equivocado.

—¡Ah! ¡la instrucción ha terminado! exclamó, comprendiendo bien que sólo aquel grave acontecimiento podía decidir á Méchiné á

mostrarse en pleno día en la calle de la Rampa....

—En efecto, señorita, respondió el escribano, y con la orden del señor Daveline os traigo este billete del señor de Boiscorán....

Lo tomó ella y lo leyó con un golpe de vista, y olvidando todo, media loca de contento, corrió hacia donde estaba su abuelo y el señor Folgat, gritando á un mismo tiempo á un criado que fuera á buscar al señor Magloire.

Antes de que hubiera trascurrido una hora, llegó el primer abogado de Sauveterre, y cuando le entregaron el billete en que lo llamaban:

—He prometido mi asistencia al señor de Boiscorán, dijo con un tono embarazoso, tal vez no le sea útil.... Estaré mañana con él, al abrirse la prisión, y vendré á daros cuenta de nuestra entrevista.

No pudieron sacarle más, era evidente que no creía en la inocencia de su cliente; cuando hubo salido:

—Santiago es un loco, exclamó el señor de Chandoré, confiando á quien duda de él su defensa.

—El señor Magloire es un hombre honrado, buen papá, dijo la señorita Dionisia, y si pensara comprometer á Santiago, se retiraría.

Por lo que toca á eso, sí: el señor Magloire era un hombre honrado y todavía bastante ac-

cesible á los sentimientos tiernos, para que lo aterrorizara la idea de ver prisionero, acusado de un crimen odioso, y acusado con justicia, según pensaba, á un hombre á quien había querido, y á quien quería todavía, á pesar de todo.

No durmió en toda la noche, y cada uno pudo fijarse en su fisonomía inquieta, cuando atravesó la ciudad en la mañana del día siguiente para dirigirse á la prisión.

El carcelero Blangin lo esperaba.

—¡Ah! venid pronto, señor, dijo, el detenido está loco de impaciencia.

Lentamente, y con un sordo latido de corazón, el célebre abogado subió la estrecha escalera. Atravesó la inmensa galería. Blangin le abrió una puerta.... Estaba ya en la celda de Santiago de Boiscorán.

—¡Al fin estáis aquí! exclamó el desgraciado joven, arrojándose al cuello del señor Magloire. ¡Al fin, veo el rostro de un amigo y estrecho su mano leal!.... ¡Ah, he sufrido cruelmente! ¡tan cruelmente, que me admiro de que mi razón haya podido resistir! ¡Pero estáis aquí, cerca de mí, me he salvado!....

Si el abogado se callaba, era porque estaba asombrado de ver las huellas del dolor marcadas en la fisonomía tan noble y tan inteligente de Santiago, el desorden de sus facciones, el

brillo delirante de sus ojos y la risa convulsiva que vagaba en sus labios.

—¡Desgraciado! murmuró al fin.

Santiago se equivocó, y debía equivocarse en el sentido de aquella exclamación. Retrocedió más blanco que la cera.

—¡Me creéis culpable! exclamó.

—Creo, mi pobre amigo, que todos os acusan.... respondió el abogado.

Una expresión de indecible desesperación contrajo el semblante de Santiago.

—En efecto, interrumpió con una terrible carcajada, es preciso que los cargos sean concluyentes, puesto que han convencido á mis amigos más queridos.... También porque me he callado, el primer día.... ¡El honor!.... ¡Espantosa fullería!.... Y sin embargo, víctima de una inconcebible venganza, me callaría todavía si sólo se tratara de la vida. Pero se trata de mi honor y el de los míos, de la vida de Dionisia.... Hablaré. A vos, Magloire, diré la verdad, puedo disculparme con una palabra....

Y tomando el puño del señor Magloire, se lo estrechó como si tratara de rompérselo.

—Con una palabra, dijo con voz sorda, voy á explicaros todo: he sido el amante de la condesa de Claud euse.

XIII.

A no estar tan profundamente turbado, Santiago de Boiscoran hubiera reconocido con cuanta cordura había escogido, para declararse en confesión, al célebre abogado de Sauveterre.

Un extraño, el señor Folgat, por ejemplo, le habría escuchado sin pestañear: no hubiera visto en la revelación sino el hecho mismo, y no le hubiera dado más que su impresión personal.

Pero con el señor Magloire al contrario, tuvo la impresión de todos los habitantes de la ciudad.

Y el señor Magloire, al haber escuchado la declaración de que la condesa de Claudieuse había sido su querida, hizo un gesto de reprobación y exclamó:

—¡Eso es imposible!

Aquella expresión no sorprendió á Santiago. Había sido el primero en decir que rehusarían creerlo cuando confesara la verdad, y aquella convicción había contribuido mucho á detener la confesión en sus labios.

—Es inverosímil, lo sé, dijo, y sin embargo, es la verdad....

—¡Las pruebas!.... interrumpió el señor Magloire.

—No tengo pruebas.

La expresión triste y benévola de la fisonomía del abogado de Sauveterre, cambió por completo.

Tenía el asombro y la indignación en la mirada obstinada que fijaba en el prisionero.

—Hay cosas, replicó, que es muy temerario el decir las, cuando no se tienen las pruebas. Reflexionad....

—Mi situación es la que me obliga á decirlo todo....

—¿Por qué habéis esperado tanto tiempo?

—Esperaba que me evitaran el llegar á este horrible extremo....

—¿Quién?

—La señora de Claudieuse.

El señor Magloire fruncía más y más el ceño.

—No soy sospechoso de parcialidad, pronunció. El señor conde de Claudieuse puede ser el

único enemigo que tengo en la población; pero es un enemigo encarnizado, irreconciliable. Para impedirme llegar á la Cámara y quitarme votos, ha descendido á cometer actos poco dignos de un caballero. No lo quiero. Pero la justicia me obliga á declarar altamente que considero á la señora condesa de Claudieuse como la más elevada, la más pura y la más noble manifestación de la mujer, de la esposa, de la madre de familia ...

Una sonrisa amarga crispaba los labios de Santiago.

—Y sin embargo, he sido su amante, dijo.

—¿Cuándo? ¿Cómo? La señora de Claudieuse vivía en Valpinson y vos estábais en París....

—Sí, pero todos los años la señora de Claudieuse iba á pasar el mes de Septiembre á París y yo venía varias veces á Boiscoran.

—¿Es difícil que no se haya llegado á traslucir algo de tal intriga!

—Era porque tomábamos nuestras precauciones.

—¿Y nunca lo ha sabido alguno?

—No....

Pero Santiago se irritó al fin de la actitud del señor Magloire. Olvidada que había previsto demasiado las terribles sospechas de que era objeto.

—¿Por qué todas esas preguntas? exclamó. ¿No me creéis? Sea. Dejadme al menos que intento el convenceros. ¿Queréis escucharme?

El señor Magloire acercó una silla y se sentó, pero no como es costumbre, sino montado como en un caballo, cruzando los brazos sobre el respaldo.

—Os escucho, dijo.

Lívido un momento antes, el semblante de Santiago de Boiscoran se puso como la púrpura. La cólera brillaba en sus ojos.

—Tratarlo de aquella manera!

Jamás la altivez del señor Galpin-Daveline lo había ofendido tanto como aquella condescendencia friamente desdeñosa del señor Magloire.

El pensamiento de mandarlo salir pasó por su espíritu.... ¿Pero y después?.... Estaba condenado á apurar hasta la última gota el cáliz de las humillaciones.... Porque era necesario salvarse ante todo, retirarse del abismo....

—Os mostrais duro, Magloire, pronunció con un tono de resentimiento difícilmente contenido, y me haceis sentir sin piedad el horror de mi situación.... ¡Oh!; no os excuseis.... ¡Para qué!.... Dejadme hablar.

Dió maquinalmente algunos pasos en su cel-
14.—TOM. I.

da, pasando y repasando la mano sobre su frente como para enlazar sus recuerdos.

Después con un acento más calmado:

—Fué, comenizó, en los primeros días de mes de Agosto de 1866, en que vine á pasar algunas semanas al lado de mi tío, cuando ví por la vez primera á la condesa de Claudieuse.

El conde de Claudieuse y mi tío se encontraban entonces mal, siempre con motivo de ese desgraciado curso de las aguas que atraviesan nuestras propiedades y á un amigo de ambos, el señor de Besson, se le metió en la cabeza la de reconciliarlos y los decidí á encontrarse en una comida que se dió en su casa.

Mi tío me llevó consigo. La condesa acompañó á su marido.

Acababa yo de cumplir veinte años y ella tenía veintiseis.

Al verla, quedé mudo de admiración.

Me parecía que nunca hasta entonces había encontrado una mujer tan perfectamente bella y graciosa, ni contemplado un rostro tan encantador, unos ojos tan hermosos y una sonrisa tan dulce.

Ella me pareció hacerme caso, no le dirijí la palabra, y sin embargo sentí en mí como el presentimiento de que esa mujer representaría un papel importante en mi vida y un papel fatal. . .

Pero fué la impresión tan viva, que saliendo de la casa donde comimos, no pude contenerme de decir algo de eso á mi tío. Se puso á reír, me respondió que era un necio y que si alguna vez mi existencia había de ser turbada por una mujer, no lo sería por la condesa de Claudieuse.

En la apariencia tenía mil veces razón. Apenas podíamos imaginarnos un acontecimiento que de nuevo me acercaría á la condesa. La tentativa de reconciliación del señor de Besson había fracasado completamente, la condesa de Claudieuse se quedó en Valpinson y despues del siguiente día me volví á París.

Partí, sin embargo, preocupado, y el recuerdo de la comida del señor de Besson palpitaba todavía en mi espíritu, cuando un mes despues en París, encontrándome en una *soirée* en la casa del señor de Chalusse, el hermano de mi madre, me pareció reconocer á la señora de Claudieuse. . . .

Era ella en efecto. La saludé. Y viendo por la manera con la cual contestaba mi saludo que me reconocía, temblando todo me acerqué á ella y me permití sentarme á su lado. . . .

Me contó que estaba por un mes en París, como todos los años, en la casa de su padre, el marqués de Tassar de Bruc. Que había ido á aquella *soirée* casi á la fuerza, que nada se di-

vertía, detestando el mundo. No bailó y me quedé platicando con ella hasta el momento en que se retiró....

Al dejarla me sentía locamente enamorado y sin embargo no traté de volverla á ver.... Fué todavía la casualidad la que volvió á reunirnos.

Un día en que tenía un negocio en Melun, llegué á la estación cuando el tren iba á partir y apenas tuve el tiempo necesario para meterme en el wagon más próximo á la entrada.....

¡En aquel wagon estaba la señora de Claudieuse....

Solo recuerdo de todo lo que me dijo, que se dirigía á Fontainebleau á la casa de una de sus amigas, en la cual pasaba todas las semanas el martes y el sábado. Que generalmente tomaba el tren de las nueve...

Era un martes, y durante los tres días que siguieron, se libraron en mí los más extraños combates.

Estaba apasionado de la condesa, y sin embargo me causaba miedo....

Pero mi mala estrella la llevó, y el sábado siguiente, á las nueve de la mañana llegué á la estación de Lyon.

La señora Claudieuse me lo confesó despues; me esperaba.

Luego que me vió me hizo una seña, y cuando abrieron las puertas fui á sentarme en el mismo departamento en que ella se encontraba.....

Escuchándolo, hacia ya un momento que el señor Magloire se agitaba sobre su silla con todas las señales de la más extrema impaciencia.

No conteniéndose más, al fin:

—¡Es demasiado inverosímil!.... exclamó.

Santiago de Boiscorán no respondió desde luego.

Al remover de aquella manera las cenizas de su pasado, se estremecía turbado por emociones indecibles.

Estaba como herido de estupor, al sentir que subía á sus labios el secreto tanto tiempo oculto en lo más profundo de su corazón, de sus amores extinguidos....

Había amado despues de todo, y había sido amado.

Hay sensaciones íntimas que nada puede renovarlas jamás y que nada sería capaz de borrarlas....

El enternecimiento lo dominó, las lágrimas humedecieron sus ojos....

Por lo tanto, como el célebre abogado de Sauveterre repetía su exclamación, diciendo todavía:

—¡No, eso no es creíble!....

—No pidió que me créais, amiga mio, dijo dulcemente Santiago, deseo tan solo que me escuchéis....

Recobró toda su energía contra el desfallecimiento que lo embargaba.

—Ese viaje á Fontainebleau, decidió de nuestro destino.

Otros muchos siguieron despues.

La señora de Claudieuse pasaba el día en la casa de su amiga, y yo vagaba durante largas horas entre la selva.

Pero en la tarde nos encontráramos en la estación.

Nos colocáramos en un cupé que me reservaban desde Lyon, volvíamos juntos á París y la acompañaba en coche hasta la calle de la Ferme-de-Mathurins, donde vivía el señor marqués de Tassar de Bruc, su padre....

Por fin, una tarde salió como de costumbre de la casa de su amiga de Fontainebleau... pero no regresó á la casa de su padre sino al siguiente día....

—¡Santiago! interrumpió el señor Magloire tan descompuesto como si hubiera escuchado una blasfemia, ¡Santiago!....

El señor de Boiscorán no vaciló.

—¡Oh! dijo, sé y siento lo que debe pareceros mi conducta, Magloire. Pensais que no de-

be haber excusa para el hombre que traiciona la confianza de la mujer que se entrega á él! Escuchad ántes de juzgarme.

Y con un acento más firme.

—Entonces, prosiguió, me consideraba el más dichoso de los hombres y mi corazón se llenaba de dañosas vanidades, pensando que me pertenecía aquella mujer tan bella y cuyo immaculado renombre se encontraba por encima de todas las calumnias.

Acababa de anudar al derredor de mi cuello una de esas cuerdas fatales que solo la muerte puede cortar, y en mi completa insensatez, me felicitaba.

Tal vez me haya amado verdaderamente entonces.

No calculaba al menos y trastornada por la sola, por la única pasión de su vida, me descubrió hasta las más sombrías profundidades de su alma....

Entonces, no pensaba todavía en ponerse en guardia contra mí y en plegarme á todo lo que era obra de su voluntad; me dijo el secreto de su matrimonio, que en otro tiempo había dejado estupefacta á la población....

Habiendo presentado su dimisión el marqués de Bruc, su padre, no tardó en cansarse de vivir en la ociosidad y en irritarse por la mezquindad de su fortuna. Se había lanzado

en atrevidas especulaciones; había perdido todo lo que poseía y comprometido su honor.

Lleno de desesperacion, devorado por los remordimientos y temores, pensaba en el suicidio, cuando de improviso cayó en su casa uno de sus antiguos compañeros de promoción, el conde Claudieuse.

En un momento de expansion, el señor de Tassar de Bruc le confesó todo, y entonces le juró arrancarlo de aquel abismo de vergüenza.

Aquello era hermoso y grande.

Debía costarle una suma considerable.

Son raros los amigos de la infancia, dispuestos á arruinarse por afecto á otro.

Desgraciadamente el conde de Claudieuse no supo ver al héroe que se anunció al principio.

Habiendo visto á la señorita Genoveva de Tassar de Bruc, se desvaneció ante su belleza; presa de una de esas pasiones que nadie domina, olvidando que ella tenía veinte años y él iba á cumplir cincuenta, hizo comprender á su amigo que estaba siempre dispuesto á prestarle el servicio prometido, pero que queria en cambio la mano de la señorita Genoveva.

Aquella misma tarde, el gentilhombre agobiado, entró en la recámara de su hija y con las lágrimas en los ojos, le expuso su horrible situación.

Ella no vaciló.

—«Ante todo, dijo á su padre, salvemos el honor que vuestra muerte no rescataría. El señor de Claudieuse es un cruel loco que se olvida de que tiene treinta años más que yo. Desde este momento lo desprecio y lo odio. Decidle que estoy dispuesta á ser su mujer.»

Y como su padre, extraviado por el dolor, exclamara que nunca el conde aceptaría tal consentimiento:

—«Oh! estad tranquilo, le respondió,—eso es lo que me ha dicho al menos—sabré sacrificarme, y vuestro amigo no habrá hecho compra por engaño. Pero conozco lo que valgo, y por grande que sea el servicio que os hace, reflexionad bien que nada le debeis...»

Antes de quince dias, en efecto, la señorita Genoveva había dejado sospechar al conde de Claudieuse que podía amarlo, y un mes más tarde fué su mujer.

El conde, por su parte, hizo más de lo que había prometido y desplegó la más habil delicadeza para que nadie sospechara la ruina del señor de Tassar de Bruc. Le había enviado doscientos mil francos para arreglar sus negocios, había reconocido á su joven esposa una dote de cincuenta mil escudos, la cual no había recibido, y en fin se empeñó en dar al señor y la señora de Bruc diez mil libras de ren-

ta para mientras vivieran, se había desprendido de más de la mitad de su fortuna....

En esta vez el señor Magloire no pensó en volver á protestar.

Inquieto en su silla, con las pupilas dilatadas por el estupor, estaba como un hombre que se pregunta si está despierto ó es juguete de una pesadilla.

— ¡Es inconcebible, murmuró, es inaudito!..

Santiago se animaba poco á poco.

— Eso es, presiguió, lo que la señora de Claudieuse me contó en las primeras horas de embriaguez. Cuando fué dueña de sí misma, me lo volvió á referir friamente como la cosa más natural del mundo.

«Es verdad, decía ella, que el señor de Claudieuse nunca tuvo que arrepentirse de haberme comprado. Si él ha sido generoso, yo he sido leal. Mi padre le debe la vida, pero le he dado años de una felicidad que no se había hecho para él. Si no ha tenido amor, en cambio no le ha faltado una divina comedia con apariencias más deliciosas que la realidad.»

Y como no podía disimular mi admiración:

— Solamente, agregó riendo, he llevado en la venta una restricción mental. Me reservaba tomar, cuando llegara mi vez, mi parte de felicidad aquí en la tierra. Esa parte sois vos, Santiago. No creais que me turba algún re-

mordimiento. Mientras mi marido se crea feliz, estaré dentro de los términos del contrato....»

Hablaba ella en aquella época así, Magloire, y el hombre más experimentado se habría sentido lleno de espanto.... Pero era un niño y la amaba con toda mi alma, admiraba su genio y me prendaba de sus sofismas....

Una carta del conde de Claudieuse nos despertó de nuestro sueño.

Imprudente por la primera y última vez de su vida, la condesa había permanecido en París tres semanas más del tiempo convenido, y su marido inquieto le hablaba de que iba á buscarla.

«Es necesario volver á Valpinson, me dijo, porque no quiero sacrificar nada del renombre que he conquistado. Mi vida, la vuestra, la de mi hija, todo lo sacrificaré sin vacilar por mi reputación de mujer honrada.»

Estábamos entonces—¡ah! las fechas han quedado en mi memoria como grabadas en bronce—estábamos, digo, á 12 de Octubre.

— No podría, me dijo, permanecer más de un mes sin veros. De hoy en un mes, es decir el 12 de Noviembre, á las tres de la tarde en punto, encontráos en el bosque de la Rochepommier, en la encrucijada de los Hombres Rojos.... Allí estaré....»

Y se fué, dejándome sumergido en un éxtasis que me impedía sufrir el efecto de nuestra separación.

El pensamiento de ser amado por tal mujer, me llenó de un excesivo orgullo, y me evitó, debo confesarlo, innumerables disgustos.

La ambición me destrozaba el corazón pensando en ella.

Quería trabajar, distinguirme, conquistar una superioridad cualquiera....

—Quiero que esté satisfecha de mí, me dije, porque es vergonzoso no ser nada á mi edad, más que el hijo de un padre rico....

Ya el señor Magloire se había levantado diez veces de su silla, moviendo sus labios como si quisiera hacer alguna objecion.

Pero se prometió así mismo el no interrumpir á Santiago, y sabía cumplir su palabra.

—Sin embargo, continuó el señor de Boiscorán, la fecha fijada por la señora condesa de Claudieuse se aproximó. Partí para Boiscorán, y el día convenido, un poco antes de la hora indicada, llegué á la encrucijada de los Hombres Rojos.

Si llegué retardado, cosa que me causó mucha pena, fué porque conocía imperfectamente el bosque de la Rochepommier y porque el lugar escogido por la condesa para nuestra ci-

ta, se encontraba en lo más espeso de la arboleda.

El tiempo era de un rigor extraordinario por la estación.

Había caído mucha nieve la víspera, los senderos estaban todos blancos y un áspero viento Norte sacudía los copos de nieve de que estaban cargados los árboles.

A lo lejos, distinguí á la condesa de Claudieuse, caminando con una especie de impaciencia febril, en un estrecho espacio en que el terreno estaba seco y al abrigo del viento por las enormes piedras de las rocas.

Llevaba un traje de seda granate, muy largo, una manteleta de paño guarnecida de pieles y una toca de terciopelo parecida al traje.

En tres saltos llegué á donde ella se encontraba.

Pero no sacó la mano de su manguillo para tendérmela, y sin permitir que me excusara de mi retardo:

—¿Cuándo habéis llegado á Boiscorán? me preguntó con tono seco.

—Ayer en la tarde.

—¿Qué niño os hacéis!.... exclamó dando con el pie en la tierra. ¡Ayer en la tarde!.... ¿Y con cuál pretexto?

—No necesito pretexto para venir á visitar á mi tío.

—«Y no se ha sorprendido de veros llegar á su casa, en esta estación, con un tiempo semejante?»

—«Pero... sí, un poco, repliqué neciamente, incapaz como lo era de disimular la verdad.»

Su descontento se redobló.

—«Y cómo, replicó, os encontráis aquí? ¿Conocíais, pues, esta encrucijada?»

—«No, me la hice indicar.»

—«¿Por quién?»

—«Por un criado de mi tío; pero como sus indicaciones no eran tan claras para que no equivocara el camino...»

Me miró sonriendo de un modo tan irónico, que me cortó la palabra.

—«Y todo eso os parece sencillo! interrumpió ella. ¿Creéis que van á encontrar muy natural en Boiscorán el veros llegar como una bomba, y en seguida poner os á buscar la encrucijada de los Hombres Rojos? ¿Quién sabe si no os han seguido! ¿quién sabe si detrás de cualquiera de esos árboles no hay dos ojos que nos espían!»...

Y como al hablar mirara en su derredor con la más viva expresión de inquietud, no pude contenerme de decirle:

—«¿Qué teméis? ¡No estoy aquí!»...

Me parece verla todavía con el modo con que se quedó observándome.

—«No tengo miedo de nada, entendedlo bien, me dijo, de nada en el mundo... sino de ser, no comprometida, pero siquiera sospechada. Me agrada proceder como lo hago, y me conviene tener un amante. Pero no quiero que lo sepan. Solo si supieran lo que hago, es cuando consideraría que hacía mal. Entre mi reputación y mi vida, no escogería lo segundo. Voy hasta tal grado, que si debiera ser sorprendida con vos, preferiría que fuera por mi marido más que por un extraño. Ninguna afección tengo por el señor de Claudieuse, y nunca le perduraré nuestro casamiento, pero ha salvado el honor de mi padre, y debo guardar el suyo intacto. Es mi marido, y además el padre de mi hija, llevo su nombre y pretendo que sea respetado. Moriría de dolor y de vergüenza si tuviera que dar mi brazo á un hombre que fuera acogido con sonrisas mal disimuladas. Las mujeres son cobardemente estúpidas, no comprendiendo que sobre ellas recae el desprecio y el ridículo bestialmente injusto cuando no saben precaverse del hombre á quien traicionan. No, no amo al señor de Claudieuse, á vos, Santiago, os adoro... Pero entre vos y él, recordad que no vacilaría un segundo, y que por evitarle la sombra de una sos-

pecha, aunque tuviera que despedazar mi corazón, con la sonrisa en los labios sacrificaría vuestra vida y vuestro honor...

Quise replicar.

—Basta, dijo. Cada minuto que pasemos es una imprudencia más. ¿Qué pretexto vais á darle á vuestro viaje á Boiscorán? ...

—No lo sé ... respondí.

—Es preciso pedir dinero á vuestro tío, cierta cantidad para pagar deudas. Se disgustará tal vez, pero se explicará vuestra repentina pasión de viajar en el mes de Noviembre. Vamos, adiós»....

Absorto y confundido:

—¿Cómo! ... exclamé, sin volver á vernos, después de tanto tiempo»....

—En este viaje, respondió, sería una insignia locura. Esperad, sin embargo... Quedaos en Boiscorán hasta el domingo. Vuestro tío nunca falta á la misa mayor; acompañadle. Pero tened cuidado, sed dueño de vos mismo, evitad una mirada. Una imprudencia, una debilidad, y os despreciaré»....

Santiago detuvo sus palabras, buscando en la fisonomía del señor Magloire un reflejo de sus impresiones y pensamientos.

Pero el célebre abogado permanecía impassible; y suspirando, continuó:

—Si he entrado en tales detalles, Magloire,

es porque necesito que sepáis qué clase de mujer es la condesa de Claudieuse, para que comprendáis su conducta.

No había cometido una traición, ya lo veis; ella misma me señalaba el abismo en que debía rodar....

¡Ay de mí!.... lejos de espantarme los lados sombríos de aquel extraño carácter, exaltaron mi pasión. Admiré su aire imperioso, su atrevimiento é imprudencia, su ausencia de toda moral que contrastaba extrañamente con su terror á la opinión.

—Así es, me dije con una fiereza imbecil, así es una mujer fuerte.

Debió quedar contenta de mí en la misa mayor de Bréchy, porque supe contener hasta un estremecimiento al verla y saludarla, pasando tan cerca de ella que mi mano tocó su vestido.

Además, la obedecí escrupulosamente.

Pedí seis mil francos á mi tío, que me los dió sonriendo, porque era el más generoso de los hombres, pero diciéndome casi al mismo tiempo:

—Ya me figuraba que no habías venido á Boiscorán sólo para recorrer el bosque de Rochepommier».

Aquella fútil circunstancia debía contribuir

también para redoblar mi admiración por la señora de Claudieuse.

Igualmente había previsto la admiración de mi tío, en la que ni siquiera había pensado yo.

—Tiene el genio de la prudencia, pensé.

Sí, en efecto, lo tenía; también el del cálculo, pues no tardé mucho en tener de ello una prueba.

Al llegar á París encontré una carta suya, que no era sino una larga paráfrasis de sus recomendaciones en la encrucijada de los Hombres Rojos.

Aquella carta fué seguida de otras varias, recomendándome por su amor que las guardara, teniendo todas en uno de sus ángulos un número de orden.

La primera vez que volví á verla:

—¿Para qué son esos números? le pregunté.

—Mi querido señor Santiago, me contestó, una mujer debe saber cuántas cartas escribe á su amante... Hasta este instante debéis haber recibido nueve....

Eso pasaba en el mes de Mayo de 1867, en Rochefort, á donde había ido para asistir al acto de botar al agua una fragata, á donde fui por orden suya, habiendo pasado juntas algunas horas.

Me puse á reír como un necio de aquella idea

de la contabilidad epistolar, y no volví á pensar en ello.

Tenia entonces otras preocupaciones.

Me había hecho notar que el tiempo pasaba, á pesar de la tristeza de nuestra separación, y que el mes de Septiembre, su mes de libertad, llegaría bien pronto.

¿Quedaríamos reducidos, como el año precedente, á los viajes á Fontainebleau, tan peligrosos á pesar de tantas precauciones?.... ¿Por qué no buscar una casa aislada en un barrio desierto?....

Cada uno de sus deseos era una orden. La generosidad de mi tío era inagotable. Compré una casa....

Al fin, á través de las explicaciones de Santiago de Boiscorán, aparecía una circunstancia que iba tal vez á ser el principio de una prueba.

Entonces se estremeció el señor Magloire, y vivamente:

—¡Ah! ¿comprásteis una casa? interrumpió.

—Sí, una linda casa, con un gran jardín, calle de las Viñas en Passy....

—¿Y os pertenece todavía?

—Sí

—Tenéis por consecuencia los títulos.

Santiago hizo un gesto de desconsuelo.

—En esto todavía, dijo, la fatalidad está en

contra mía. Hay toda una historia en el negocio de esa casa. . . .

Más pronto de lo que se había iluminado la fisonomía del abogado de Sauveterre, se puso sombría-

—¡Ah! hay una historia, dijo, ¡ah! ¡ah!

—Apenas era mayor de edad, replicó Santiago, cuando quise comprar una casa. Temí encontrar dificultades, tuve miedo de que mi padre llegara á saber alguna cosa; en fin tenía que elevarme hasta la sabia prudencia de la señora de Claudieuse. Rogué, pues, á uno de mis amigos, un caballero inglés, el señor Francis Burnett, que hiciera esa adquisición á su nombre. Consintió de buena voluntad. En el acto, una vez que la recibió y fué registrada, me remitió los títulos con una cláusula en la cual constaban mis derechos. . . .

—¡Muy bien! pero entonces. . . .

—¡Oh! Esperad. No llevé esos títulos á la habitación que ocupaba en la casa de mi padre. Los deposité en el cajón de un mueble de mi casa en Passy. Cuando estalló la guerra, no pensé en recogerlos. Dejé á Paris antes del sitio, lo sabéis bien, puesto que mandaba una compañía de móviles del Departamento. Durante los dos sitios, mi casa fué sucesivamente ocupada por las guardias nacionales, por los

soldados de la Comuna y por las tropas regulares. Cuando volví, encontré las cuatro paredes clareadas por los proyectiles; todos mis muebles habían desaparecido, y con ellos mis títulos. . . .

—¿Y sir Francis Burnett?

—Dejó la Francia en el momento de la invasión, é ignoro lo que ha llegado á ser de él. Dos de sus amigos de Inglaterra á los cuales he escrito, me contestaron, uno que debía encontrarse en Australia, y el otro que lo creía muerto.

—¿Y no habéis hecho ninguna diligencia para asegurar la propiedad de un inmueble que os pertenece legítimamente?

—Ninguna, hasta ahora.

—Es decir, que según vos, hay en París una casa sin propietario, olvidada de todo el mundo, aun del receptor. . . .

—¡Perdonad! Las contribuciones han sido siempre puntualmente pagadas, y todo el barrio me conoce como propietario. Sobre la personalidad es lo que hay error. Me apoderé con toda confianza de la de mi amigo. Para los vecinos, para los abastecedores de ese barrio, para los obreros y emprendedores que he empleado, para el tapicero y el jardinero, soy sir Francis Burnett. Id á preguntar por Santiago de Boiscorán á la calle de las Viñas, y os res-

ponderarán: «No lo conocemos.» Preguntad por sir Burnett, y os dirán: «¡Ah! ¡muy bien!» y os trazarán mi retrato.

El señor Magloire movió la cabeza con aire poco convencido.

—Entonces, respondió, ¿confesáis que la señora condesa de Claudieuse fué á esa casa de Passy?

—Más de cincuenta veces en tres años.

—Siendo así, la conocen allí.

—No.

—Sin embargo....

—Paris no es Sauveterre, Magloire, allí nadie se preocupa de lo que hace, dice ó piensa el vecino. La calle de las Viñas es muy desierta, y la condesa tomaba para llegar y volverse las más hábiles precauciones....

—Sea, admito eso para el exterior. ¿Pero para el interior? Teníais á alguno para guardar y vivir en esa casa que no habitábais y para que os sirviera cuando ibais á ella.

—Tenía una criada inglesa.

—¡Y bien! debe haber conocido á la señora de Claudieuse.

—¡Oh!

—Cuando la condesa debía venir ó cuando salía, así como las veces que queríamos pasearnos en el jardín, enviaba á esa mujer á alguna parte. La mandaba hasta Orbano para

deshacernos de ella durante veinticuatro horas. En ese tiempo estábamos en el piso superior y nosotros mismos nos servíamos....

El señor Magloire estaba visiblemente en un suplicio.

—Os habeis equivocado sin duda, replicó. Los criados son curiosos y ocultarse de ellos, es provocar su curiosidad hasta la locura. Esa criada debe haberos espiado. Debe haber encontrado el medio de ver á la mujer que recibíais. Se le puede preguntar. ¿Está siempre á vuestro servicio?...

—No. Me dejó desde la guerra.

—¿Para irse á dónde?

—Supongo que á Inglaterra.

—De suerte que es preciso renunciar á encontrarla.

—Lo creo.

—Renunciamos, pues. ¿Pero vuestro camarista? El viejo Antonio tiene toda vuestra confianza; ¿no le habeis dicho nunca nada?

—Nunca. Sólo una vez le hice ir á la calle de las Viñas, y eso fué porque cayéndome en la escalera, me disloqué un pié.

—De suerte, que os es imposible probar que la señora de Claudieuse ha ido á la casa de Passy. ¿No teneis ni una prueba ni un testimonio de su presencia?

—Antes he tenido esas pruebas. Había lle-

vado ella diversos pequeños objetos de uso, que desaparecieron durante la guerra....

—¡Ahí! sí, dijo el señor Magloire, siempre la guerra.... ella responde de todo.

Jamás ninguno de los interrogatorios del señor Galpin-Daveline había llegado á serle tan penoso á Santiago de Boiscorán, como aquella série de rápidas preguntas que traicionaban una desconsoladora incredulidad.

—No os he dicho, Magloire, replicó, que la señora de Claudieuse tenía el génio de la circunspección. Es fácil ocultarse cuando se puede arrojar el dinero sin contarlo.

¡Es posible que saqueis un crimen de no tener pruebas que facilitar!... ¡El deber de un hombre de honor no es el de hacer todo lo posible para preservar de la sombra de una sospecha la reputación de la mujer que él se fía! He cumplido con mi deber y cualquiera cosa que suceda, no me arrepiento. ¡Podía prever acontecimientos inauditos?... ¡Podía prever que llegaría un día fatal, en que tendría yo, Santiago de Boiscorán, que denunciar á la condesa de Claudieuse y que tendría que verme reducido á buscar contra ella pruebas y testimonios!...

El célebre abogado de Sauveterre movió la cabeza.

Y en lugar de responder:

—Continuad, Santiago, dijo con voz alterado, continuad...

Sobreponiéndose al desaliento que lo embargaba:

—Fué el 2 de Septiembre de 1867, continuó Santiago de Boiscorán, cuando por la primera vez la señora de Claudieuse entró en aquella casa de Passy, comprada y decorada para ella, y durante las cinco semanas que permaneció en París aquel año, fué casi diariamente á pasar allí algunas de expansión.

Disfrutaba en la casa de sus parientes de una independencia tan absoluta, que no tenía igual. Confaba á su madre, la marquesa de Tassar de Bruc, su hija —por que en esa época solo tenía una hija— y quedaba libre para salir é irse á donde mejor le parecía.

Cuando quería una libertad todavía mayor, se iba á visitar á su amiga de Fontainebleau, y en cada vez aprovechaba veinticuatro ó cuarenta y ocho horas en el viaje.

Por mi parte, para no ser molestado por las atenciones de la familia, ostensiblemente me iba para Irlanda, yendo á fijar mi residencia á la calle de las Viñas.

Esas cinco semanas pasaron como un sueño, y sin embargo, debo decir, que la separación no me fué tan dolorosa como lo sospechaba.

—¡El prisma no se había roto!

Peró siempre encontraba humillante el estar obligado á ocultarme. Comenzó á cansarme esa existencia de precauciones incesantes, se me hacia tarde para abandonar la personalidad de mi amigo Francis Burnett y recobrar la mía.

Por otra parte, nos habíamos jurado la señora de Claudiense y yo, que nunca trascurriría un mes sin que pasáramos juntos algunas horas, y ella había inventado diversas estratagemas para que estuviéramos sin peligro.

Una desgracia de familia vino precisamente, en esa época, á servir á nuestros proyectos.

El hermano mayor de mi padre, ese tío indulgente que me había dado para comprar mi casa de Passy, murió, legándome toda su fortuna.

Propietario de Boiscorán, iba yo á tener razones poderosas para vivir en el distrito, ó en todo caso de venir aquí sin que nadie se inquietara por lo que venía á hacer.

XIV

Era un hecho manifiesto que Santiago de Boiscorán deseaba concluir cuanto ántes, llegando á lo de la noche del incendio de Valpinson, y saber al fin por el célebre abogado de Sauveterre lo que debía esperar ó temer.

Después de un momento de silencio, porque le faltaba la respiración, y de dar algunos pasos en su celda:

—¿Pero para qué son tantos detalles, Magloire? dijo con tono amargo. ¿Tendréis la fé que os falta después de que os haya enumerado una á una mis entrevistas con la señora condesa de Claudiense, y dado á conocer hasta sus más insignificantes palabras?...

Llegamos muy pronto á calcular tan exacta y profundadamente nuestro modo de proce-

—¡El prisma no se había roto!

Peró siempre encontraba humillante el estar obligado á ocultarme. Comenzó á cansarme esa existencia de precauciones incesantes, se me hacia tarde para abandonar la personalidad de mi amigo Francis Burnett y recobrar la mía.

Por otra parte, nos habíamos jurado la señora de Claudiuse y yo, que nunca trascurriría un mes sin que pasáramos juntos algunas horas, y ella había inventado diversas estratagenas para que estuviéramos sin peligro.

Una desgracia de familia vino precisamente, en esa época, á servir á nuestros proyectos.

El hermano mayor de mi padre, ese tío indulgente que me había dado para comprar mi casa de Passy, murió, legándome toda su fortuna.

Propietario de Boiscorán, iba yo á tener razones poderosas para vivir en el distrito, ó en todo caso de venir aquí sin que nadie se inquietara por lo que venía á hacer.

XIV

Era un hecho manifiesto que Santiago de Boiscorán deseaba concluir cuanto ántes, llegando á lo de la noche del incendio de Valpinson, y saber al fin por el célebre abogado de Sauveterre lo que debía esperar ó temer.

Después de un momento de silencio, porque le faltaba la respiración, y de dar algunos pasos en su celda:

—¿Pero para qué son tantos detalles, Magloire? dijo con tono amargo. ¿Tendréis la fé que os falta después de que os haya enumerado una á una mis entrevistas con la señora condesa de Claudiuse, y dado á conocer hasta sus más insignificantes palabras?...

Llegamos muy pronto á calcular tan exacta y profundadamente nuestro modo de proce-

der, que nos encontramos frecuentemente sin peligro alguno.

No, decíamos al despedirnos ó ella me escribía: «Tal día, á tal hora, en tal lugar.» Y por lejano que estuviera el día, por incómoda que fuera la hora, por larga que fuera la distancia, nos encontrábamos allí.

Había llegado muy pronto á conocer los alrededores de aquí, mejor que los más viejos moradores, y nada nos servía tanto como el saber todos los retiros ignorados.

La condesa, por su lado, no dejaba trascurrir tres mes sin encontrar un motivo urgente para ir á la Rochela ó á Angulema, y de París salía yo para ir á encontrarla.

Nada la detenía.

Estando en cinta, porque en ese año de 1867 tuvo su segunda hija, sin embargo no le impidió sus viajes.

Es verdad que mi vida la pasaba en los caminos, y que á cada momento, cuando nadie lo esperaba, desaparecía semanas enteras.

Hé aquí la explicación de ese carácter vagabundo, del cual se burlaba mi padre, y vos mismo, Magloire, me habeis reprochado en otro tiempo....

—¡Es verdad! aprobó el abogado, lo recuerdo....

Santiago no se dió por entendido de su aprobación.

—Mentiría, prosiguió, si dijera que esa vida me disgustaba. No. El misterio y el peligro se añadían al atractivo de nuestros amores. Los obstáculos irritaban mi pasión. Encontraba algo de sublime en el hecho de que dos seres inteligentes, consagrarán exclusivamente todo lo que tenían de inteligencia, á proseguir y ocultar una peligrosísima intriga.

Mientras más me constaba la veneración de que era objeto la condesa de Claudieuse en estos lugares, más pruebas adquiría de la habilidad de su disimulo y de lo profundo de su perversidad, y más me envenecía de verla así.

El orgullo en ardientes soplos me subía al cerebro, cuando al presentarme los domingos en Bréchy solamente por ella, la veía pasar tranquila y serena, con la imponente seguridad de llevar por todas partes puro su renombre....

Me reía de la sencillez de aquellos inocentes que se inclinaban tan bajo, creyendo venerar á una santa, y con una satisfacción idiota me felicitaba de ser el único que conocía á la verdadera Condesa de Claudieuse, que tomaba tan alegremente su revancha en nuestra casa de la calle de las Vifias.

Pero tales delirios no podían durar....

No tuve necesidad de mucho tiempo para convencerme de que me había proporcionado un amo que era más exigente é imperioso que hubiera existido jamás.

Hasta cierto punto había dejado yo de pertenecerme. Había llegado á ser para ella un objeto y no debía vivir, respirar, pensar ú obrar sino por ella. ¡Nada le importaban mis repugnancias ni mis gustos! Ella quería y con eso bastaba. Me escribía: «Venid» y era preciso que corriera al instante. Me decía: «Marchaos» y tenía que alejarme lo más pranto posible.

Al principio, acepté con alegría el despotismo de su amor, pero poco á poco me fatigó aquella abdicación perpetua de mi voluntad. Me quejaba de no poder disponer de mí, de no atreverme á proyectar algo con veinticuatro horas de anticipación. Comenzaba á sentir que se estrechaba la sogá que me había pasado al derredor del cuello.

Me vino la idea de huir.

Uno de mis amigos iba á emprender un viaje al rededor del mundo, que debía durar diez y ocho meses ó dos años y tuve deseo de partir en su compañía.

¿Qué me detenía? Estaba por mi posición y mi fortuna en la más absoluta independencia.

¿Por qué no había de realizar aquell'a inspiración?...?

¡Ah! porque.... el prisma no se había roto todavía. Era porque si maldecía la tiránica influencia de la señora de Claudieuse, me estremecía aún cuando oía pronunciar su nombre. Era porque si pensaba huir, una sola de sus miradas removía mi sangre dentro de las venas. Era porque estaba atado á ella por los mil hilos de la costumbre y de la complicidad, aquellos hilos que más ténues al parecer que un hilo de la Virgen, son más duros para romperse que el cable de un buque.

Sin embargo, aquella idea fué causa para que por primera vez pronunciara delante de ella la palabra separación, preguntándole lo que haría si llegara á dejarla.

Me miró con un aire singular y después de un momento:

—¿Eso es serio? me preguntó. ¿Es un preludio?

No me atreví á ir más lejos y esforzando una sonrisa:

—No es mas que una broma, respondí.

—Entonces, no hablemos más. Si llegárais á ese extremo ya veríais lo que haría.

No insistí más, pero su mirada quedó en mi espíritu y me hizo comprender que estaba ligado á ella más estrechamente de lo que suponía.

Por esa razón, el romper vino á ser mi idea fija.

—¡Y bien! ¡era preciso romper! exclamó el abogado.

Santiago de Boiscorán movió la cabeza.

—Es fácil aconsejar, respondió. Lo intenté y no pude. Diez veces llegué cerca de la señora de Claudieuse resuelto á decirle: «No nos veremos más,» diez veces en el último momento, me faltó el valor.

Ella me irritaba, casi llegué á odiarla, ¡pero podía acaso olvidar cuanto la había amado y todo lo que había arriesgado por mí!...

Después, ¿porqué no le he confesado? me causaba miedo.

Su carácter inflexible que tanto había admirado en otro tiempo me espantaba, y me estremecía sobrecogido de vagas y siniestras aprensiones, pensando en todo aquello de que era capaz.

Era pues, presa de las más espantosas perplejidades, cuando mi madre me habló de un casamiento que soñaba para mí hacía mucho tiempo.

Ese podía ser el pretexto que no había sabido encontrar. En todo caso pedí que se me dejara reflexionar. En la primera vez que me encontré con la señora de Claudieuse, armádomeme de todo mi valor:

—«Sabeis lo que pasa, le dije, mi madre quiere casarme.»

Se puso más pálida que la muerte y fijando bien en mí sus ojos, como si esperara leer en el fondo de mi alma:

—«Y vos, me preguntó, qué queréis?»

—Yo, respondí riendo de un modo forzado, nada quiero por el momento. Pero tarde ó temprano será necesario pasar por eso. El hombre necesita un hogar, con afecciones que el mundo reconozca....»

—«Y yo, interrumpió, ¿qué soy, pues, para vos?....»

—«Vos, exclamé, vos, Genoveva, os amo con toda la fuerza de mi alma, pero un abismo nos separa, sois casada.»

Me seguía mirando, siempre con obstinación.

—«En otros términos, replicó, me habeis amado para pasar el tiempo.... He sido la distracción de vuestra juventud, la poesía de vuestros veinte años, esa novela de amor que todo hombre quiere tener.... Pero os volveis grave, necesitais afecciones serias y me abandonais. Sea. ¿Pero qué será de mí si os casais?»

Yo sufría cruelmente.

—«Teneis vuestro marido, balbució, vuestras hijas....»

Ella me detuvo.

—Eso es, dijo; volveré á vivir en Valpinson, en ese lugar lleno de vuestros recuerdos, donde cada sitio hará que me acuerde de nuestras citas, cerca de mi marido á quien he traicionado y de mis hijas de las que una es vuestra. Eso no es posible, Santiago ...»

Estaba lleno de valor en aquel momento.

—Sin embargo, dije, es posible que me case. ¿Qué hareis?...

—«Oh! poca cosa, me respondió. Remitiré todas vuestras cartas al conde de Claudieuse.»

Después de treinta años que hacía defensas en los tribunales el señor Magloire, nunca había oído tan extrañas confidencias.

Jamás sus ideas habían sido tan trastornadas como en aquel momento.

—Eso es para confundir el espíritu, murmuró.

Pero ya Santiago había proseguido.

—¿La amenaza de la condesa de Claudieuse era seria? No lo dudaba. Afectando sin embargo una gran calma:

—No hareis eso, la dije.»

—Sobre todo lo que tengo en el mundo de querido y de sagrado, me respondió, lo haré.»

Muchos meses han trascurrido después de esa escena. Magloire, muchos acontecimientos se han sucedido y sin embargo me parece que fué ayer.

Veo todavía á la condesa más blanca que un espectro, siempre escucho su voz extremeceadora y casi textualmente os repito sus mismas palabras

—«Ah! mi resolución os admira, Santiago continuó con ardientes frases. Lo concibo. Las mujeres que faltan á sus deberes, no están acostumbradas á que sus amantes cuenten con ellas. Hay traiciones y se callan. Hay abandono y se resignan. Hay sacrificios y ocultan sus lágrimas, porque llorar sería confesar la falta. Por otra parte, ¿quién las defendería si dejaran sospechar su desesperación? ¿No es el abandono el castigo previsto? Así es que entre los hombres, y hay algunos bastante indignos y cínicos para confesarlo, queda convenido que una mujer casada es una querida cómoda, de la que nunca hay que temer los celos, y que se puede dejar como se ha tomado, en un momento de capricho. ¡Ah! ¡qué cobardes somos!... Si tuviéramos valor, pensarían mucho antes de apoderarse de la mujer de otro! ¿Pero lo que las otras no se atreven á hacer lo he de intentar yo?... No se dirá que nuestra común falta se dividirá en dos partes, que vos recogeréis todo el beneficio y yo soportaré todo el castigo... ¡Cómo! ¿vos, mañana, estareis libre para correr en pos de nuevo, amores y de volver á comenzar vuestra vida, y yo me

quedaré sólo, en el fondo del abismo de la vergüenza, desgarrada por el pesar y roída por el remordimiento?... ¡No seré en vuestro pasado sino un sueño encantador y seréis en el mío un recuerdo espantoso!... ¡No! ¡no!... ¡Alianzas como las muestras remachadas por años de complicidad, no se rompen de esa manera!...

«Me perteneceis, sois mío, os defenderé contra todo, solo con las armas que tengo á mi disposición!... Os he dicho que tenía á mi reputación en más que á mi vida, pero no le he dicho que aprecio la vida!... Casaos..... La víspera de vuestro matrimonio todo lo sabrá mi marido.... ¡No sobreviviré á la pérdida de mi honor, pero al menos quedaré vengada! Si escapais al odio del conde de Claudieuse, vuestro nombre quedará unido á una de esas historias tan trágicas, que pesará sobre toda vuestra vida....»

Así era la manera cómo se explicaba. Magloire, y con demostraciones tales, que me parece bastante difícil daros sobre ellas una idea.

¡Era absurdo lo que ella decía, era insensato!

¡Pero la pasión no es absurda é insensata! Aquello no era, por otra parte, una inspiración violenta de su orgullo herido, era aquella una venganza con la cual me amenazaba.

En la precisión de sus frases, en la seguridad

de sus golpes, me era imposible no reconocer un proyecto madurado durante mucho tiempo, cuyo espantoso resultado había calculado y en el cual se fijaba irrevocablemente.

Estaba lleno de terror.

Y como guardaba un sombrío silencio:

—«Y bien! me preguntó friamente.»

Ante todo, necesitaba ganar tiempo.

—«Y bien! respondí, no me explico vuestra cólera. Ese matrimonio de que acabo de hablaros, nunca ha existido sino en la imaginación de mi madre....»

—«Es verdad! me preguntó.»

—«Os lo afirmo.»

Y examinándome con mucha sospecha:

—«Vamos! os creo, dijo al fin dejando escapar un prolongado suspiro. Pero estais ya prevenido. Ahora, desechemos esas desagradables ideas.»

Ella podría hacerlo fácilmente, pero yo no. Me separé de ella con la rabia en el corazón. Así, pues, la condesa había dispuesto de mí. Tenía para la vida, alrededor del cuello, esa cuerda fatal cuyo peso se hacía cada día más insoportable.

Pensaba que á la menor tentativa hecha por mí para romperla, debía esperar un escándalo abominable y alguna de esas aventuras sinietras que llegan á despedazar á un hombre.

¿Podía al menos esperar que llegaría á hacerla escuchar la razón?

No, estaba de ello seguro.

Sabía demasiado que perdería mi tiempo tratando de recordarle que no era tan culpable como había querido decirlo, y demostrarle que su venganza afectaría más que á mí todavía, á su marido y á sus hijos, que si tenía que reprocharle al conde de Claudieuse las condiciones de su casamiento, sus hijas eran inocentes.

Pero en vano me empeñaba en buscar una salida á aquella horrible situación.

Por mi honor, Magloire, había momentos en que estaba tentado de llevar á cabo el casamiento ó inventar algo parecido para determinar á la condesa á proceder, para obligarla á cumplir esas amenazas siempre suspendidas sobre mi cabeza.

No temo el peligro, pero saber que existe y esperarlo con los brazos cruzados, me es insupportable. Es preciso que lo afronte.

La idea de que la señora de Claudieuse se valdria del conde para contenerme, me trastornaba. Me parecía ridículo é innoble á la vez, que hiciera de su marido el gendarme de su amante. ¡Pensaba, pues, que me causaba miedo! . . . ¡Ah! cómo le habría escrito todo, si aquel denunció no me hubiera parecido odioso!....

Mi madre, sin embargo, me había preguntado el resultado de mis reflexiones con motivo del casamiento de que me había hablado y fué con un vivo tinte de rubor en el rostro con el que le respondí que decididamente no quería casarme todavía, que me encontraba muy joven para aceptar la responsabilidad de una familia.

Era la verdad; pero aun cuando no lo hubiera sido, era menester decirselo así.

Hé aquí á qué punto había llegado, repitiéndome que era necesario acabar y fluctuando entre resoluciones contrarias cuando la guerra estalló.

Mis opiniones, más todavía que mi edad, me hicieron soldado.

Corrí á Boiscorán. Acababan de organizar los móviles del Departamento, me nombraron su capitán, y en seguida nos fuimos á unir al ejército del Loira.

En la disposición de espíritu en que me encontraba, la guerra no podía aterrorizarme; toda emoción me parecía buena, con tal que pudiera proporcionarme el olvido.

Mi mérito, pues, fué grande por haber mostrado algun valor.

Por lo tanto, como las semanas trascurrían y despues los meses, sin que hubiera oido hablar de la condesa de Claudieuse, me vino la

secreta esperanza de que me olvidaría y que el tiempo y la ausencia ejercerían su acción, quedándose ella resignada.

Terminada la guerra, volví á Boiscorán, y lo mismo que en los meses trascurridos, la condesa no me dió señales de vida.

Comencé á tranquilizarme y á recobrar la posesión de mí mismo, cuando un día el señor de Chandoré me encontró y me invitó á comer.

Acepté, y entonces ví allí á la señorita Dionisia.

Hacia mucho tiempo que la conocía y su recuerdo no había tal vez dejado de contribuir á apartarme de la señora condesa de Claudieuse.

Peró siempre había tenido la prudencia de huirla, temblando por el temor de atraer sobre ella alguna siniestra venganza.

Aproximado á ella por su abuelo, no tuve ya el valor de alejarme.

El día en que me pareció leer en sus hermosos ojos que me amaba, tomé mi resolución y me dije que me atrevería á todo.

Peró cómo expresar mis angustias, Magloire, y con qué ansiedad preguntaba yo cada noche al volver á Boiscorán:

—¿No han traído carta?

No había venido nada.

Y sin embargo, era imposible que la conde-

sa de Claudieuse no hubiera oído hablar de mi casamiento.

Mi padre había ido á pedir la mano de Dionisia; me la concedieron, había sido admitido oficialmente para hacerle la corte; únicamente faltaba fijar el día de la ceremonia....

¡Aquella calma me asombraba!

Fatigado, jadeante, Santiago de Boiscorán se había detenido, apoyando las dos manos en su pecho, como para comprimir los desordenados latidos de su corazón.

Tocaba ya á lo último.

Y sin embargo, en vano había esperado del abogado de Sauveterre, una palabra ó una demostración de estímulo.

El señor Magloire permanecía impenetrable; su fisonomía estaba impasible como una máscara de plomo.

En fin, con un gran esfuerzo:

—Sí, continuó Santiago, aquella calma me parecía presagiar la tempestad. Ser amado de Dionisia era demasiada felicidad.

Esperaba un estallido, una catástrofe, alguna cosa funesta.

Lo esperaba de una manera tan positiva, que acabé por decidir en mí mismo, que era de mí deber confesarlo todo al señor de Chandoré. Lo conocéis, Magloire. Ese viejo gentilhomme, es la mas pura, la más respetable ex-

presión del honor, Podía confiarle mi secreto tan impunemente, como en otras veces en mis horas de delirio, entregaba al viento de la noche el nombre de Geneveva.

¡Ay de mí! por qué he vacilado, combatido y tardado tanto....

Una palabra pronunciada entonces, me hubiera salvado, y no estaría aquí acusado de un crimen atroz siendo inocente y reducido á veros dudar de mis palabras.

Pero la fatalidad pesa sobre mí.

Después de haber contenido durante toda una semana mis confesiones, una noche con motivo de una palabra de Dionisia, á propósito de presentimientos, me dije, muy decidido á cumplir con mi palabra: Será para mañana.

Y al día siguiente, en efecto, partí de Bois-corán más temprano que de costumbre y á pie, porque tenía que dar órdenes á una docena de obreros que trabajaban en mis viñas.

Me fui por los campos, para que el camino fuera más corto. ¡Ay de mí! ¡ningún detalle ha escapado de mi memoria! Dadas mis órdenes, acababa de tomar el camino real, cuando encontré al viejo cura de Bréchy que es mi amigo.

—«Necesito, me dijo, que me acompañeis. Puesto que vais á Sauveterre, no os alejará

demasiado tomando el camino que pasa por Valpinson y los bosques de Rochepommier.»

¡De qué depende el destino, sin embargo!..

Acompañé al cura y no lo dejé sino en ese lugar en que la vereda se cruza con el camino real y que en los alrededores se conoce con el nombre del «Cruceiro de los Mariscales.»

Encontrándome sólo, apreté el paso, y ya casi había atravesado el bosque, cuando de repente, á veinte pasos de mí, viniendo en sentido inverso, reconocí á la condesa de Claudiuse....

Por grande que fuera mi asombro, proseguí mi camino, dispuesto á contentarme con saludarla sin dirigirle la palabra.

Así lo hice y ya había pasado cuando escuché que me llamaba:

—«Santiago!...»

Me detuve, mejor dicho, me sentí clavado en aquel lugar por el efecto de aquella voz, que por tanto tiempo habia ejercido sobre mi alma un imperio absoluto.

Entonces ella se aproximó. Estaba todavía más asombrada que yo, su mirada vacilaba, sus labios temblaban.

—«Y bien! me dijo, no es una ilusión, esta vez os casais con la señorita de Chandoré.»

Habia pasado el tiempo de las contemplaciones.

—«Sí, respondí.»

—«¡Ahora, es ya una verdad, replicó, que todo queda terminado! Sería en vano queo s recordara aquellos juramentos de un eterno amor que me jurásteis en otro tiempo, allí bajo ese grupo de encinas, enfrente de ese admirable horizonte.... Son los mismo árboles y el mismo paisaje, soy la misma mujer.... solo vuestro corazón ha cambiado....»

No respondí.

—«La amais, pues, mucho? insistió.»

Seguía guardando obstinadamente silencio.

—«Os comprendo, dijo, os comprendo demasiado. ¡Y ella, Dionisia? Os ama hasta el punto de no saberlo disimular. Detiene á su amigas para hacerles saber su casamiento y les participa cuánta dicha siente.... ¡Oh! sí, es muy dichosa en efecto!.... Ese amor que era mi vergüenza es su gloria... Yo estaba reducida á ocultarlo como un crimen y ella se enanece de él como de una virtud.... Las convenciones sociales son absurdas é inicuas, pero es bien loco el que trata de sustraerse á ellas....»

Las primeras lágrimas que le he visto derramar, brillaron entre sus largas pestañas.

—«No ser ya nada para vos, replicó, nada!.... ¡Ah! ¡he calculado demasiado!.... ¡Recordáis que al día siguiente de la muerte

de vuestro tio, siendo ya rico, me propusisteis la fuga? Rehusé. Defendía mi renombre, tenía sed de consideraciones. Creía que podía dividirse la vida en dos partes; consagrando una al placer y la otra á la hipocresía del deber. Pobre loca!.... Y sin embargo, hace mucho tiempo que he adivinado vuestra lasitud. ¡Os conocía muy bien! Vuestro corazón era para mí como un libro abierto en donde leía vuestros más secretos pensamientos. Entonces podía reteneros todavía. Debí haberme hecho humilde, previsora, sumisa.... En lugar de eso, pretendí imponerme....»

Un espasmo le cortó la palabra.

Despues, bruscamente:

—«Y vos, me preguntó, ¿sois dichoso al menos?»

—«No puedo serlo completamente, sabiendo que sois desgraciada.... respondí. Pero no hay dolor que el tiempo no cicatrice, olvidadéis....»

—«¡Jamás! exclamó.»

Y bajando la voz:

—«Puedo olvidaros, prosiguió, cuando sin cesar encuentro vuestra mirada en los ojos de la más pequeña de mis hijas?.... El señor de Claudieuse es más afectuoso con ella que con la mayor.... ¡Imagináis lo que sufro cuando la tiene sobre sus rodillas, cuando la acaricia,

cuando la abraza?... Comprenderéis que violencia debo hacerme para no arrancársela, exclamando: ¡Eh! no ves que esa no es tuya!... ¡Ah! el crimen es espantoso. ¡Dios mío! ¡pero qué castigo!...

Algunas gentes se aparecieron á lo lejos del camino.

—«Reponeos, la dije.»

Dominó su emocion.

Aquellas gentes pesaron saludándome políticamente.

Después de un momento:

—«En fin, replicó, ¿cuándo es el casamiento?»

Me estremecí, al ver que se adelantaba á la explicación.

—«Todavía no está fijado el día, dije. ¿No debía veros antes? Me habéis hecho en otra vez ciertas amenazas...»

—«¿Y teníais miedo?»

—«No. Creía conoceros bastante, para estar seguro de que no querrais castigar como un crimen en mí el haberos amado. Tantos acontecimientos han sobrevenido desde el día en que me amenazásteis...»

—«Sí, muchos acontecimientos en efecto, interrumpió. Mi pobre padre es incorregible. Una vez más se ha expuesto locamente, y de nuevo mi marido ha debido sacrificar una gruesa suma para salvarlo. ¡Ah! el señor de

Claudieuse posee un noble corazón y es muy triste que yo sea la única para quien le haya faltado la generosidad. Cada una de esas buenas acciones con las cuales me colma y ananada, es para mí un nuevo agravio... pero al aceptarlas, me quité el derecho de herirlo con un golpe más terrible que el de la muerte... Podeis casaros con Dionisia; Santiago, nada tenéis que temer de mí...»

¡Ah! no esperaba tanto, Magloire.

Loco de contento, tomé su mano, y llevándola á mis labios:

—«Sois la mejor de las amigas, exclamé.»

Pero vivamente, y como si mis labios la hubieran quemado, retiró su mano.

—«No, eso no, dijo palideciendo.»

Y dominando apenas su turbación:

—«Sin embargo, es preciso que nos veamos todavía otra vez. ¿Tenéis mis cartas, no es verdad?»

| «Todas.

—«¡Muy bien! Necesito que me las traigais... Pero á dónde y cómo? Me es difícil ausentarme; en este momento, la más joven de mis hijas... la nuestra, Santiago, está muy enferma... Sin embargo, es preciso acabar... Veamos, ¿estáis libre el jueves?... Sí... En ese caso, la noche del jueves, cosa de las nueve, estad en Valpinson... Me encontraréis del

otro lado de las bodegas, á la entrada del bosque, cerca de las viejas torres del antiguo castillo que mi marido ha hecho reparar.

—¿Será eso prudente?... pregunté.

—Jamás me he entregado á la casualidad, me respondió, y sobre todo en esos momentos cómo me había de faltar la prudencia!... Tened confianza en mí!... Vamos, es preciso separarnos, Santiago. Hasta el jueves, y sed exacto.

.... ¡Era, pues, libre? ¡La cadena se había roto, y volvía á ser dueño de mí mismo!

Lo creí así, y en el delirio de mi libertad, perdoné á la señora condesa de Claudieuse todas las amarguras que me había causado en un año. ¿Qué digo?

Entonces me acusé de injusto y cruel.

La admiraba viéndola inmolarsé por mi felicidad.

Hubiera querido, en la efusión de mi reconocimiento, arrodillarme á sus pies y besarlos.

Confiar mi secreto al señor de Chandoré era ya inútil.

Podía volver á Boiscorán.

Como estaba á la mitad del camino, lo continué, y cuando llegué á Sauvéterre, mi rostro reflejaba tan claro el contento de mi alma, que Dionisia me dijo:

—¿Os pasa alguna cosa feliz, Santiago?... ¡Oh, sí, muy feliz!

Por la primera vez respiraba cerca de ella libremente. Me estaba permitiendo amarla sin temor de que mi cariño le fuera fatal.

Esa seguridad duró poco.

Reflexionando, no tardé en admirarme de la cita singular que la señora de Claudieuse me había dado.

Todo el día del jueves fui acometido por los más tristes presentimientos. Si hubiera sabido cómo hacer prevenir á la condesa, ciertamente que no habría asistido á la cita. Pero no tenía medio alguno para advertírselo.

La conocía bastante para comprender que faltarle á la palabra sería meterse en dificultades.

Cené, sin embargo, á mi hora acostumbrada, y cuando acabé, subí á mi habitación, en donde le escribí á Dionisia que no me esperara esa noche, porque estaría retenido lejos de ella por un negocio de la mayor importancia.

Entregué esa carta al hijo de mi quintero, Miguel, recomendándole que la llevara en el acto.

Hecho eso, reuní todas las cartas de la señora condesa de Claudieuse, en un paquete que me coloqué en el bolsillo.

Tomé mi fusil y salí.

Serían las ocho, poco más ó menos.
Había mucha luz todavía....

El señor Magloire daría ó no fe á la relación de Santiago de Boiscorán, pero estaba manifiestamente interesado hasta un punto extremo.

Había aproximado su silla.

A cada instante se le escapaban sordas exclamaciones.

—En cualquiera otra circunstancia, continuó Santiago, habría tomado para llegar á Valpinson uno de los dos caminos ordinarios. Lleno de desconfianza como estaba, no pensé sino en ocultarme, y me fui á través de los pantanos. Estaban en parte anegados, lo sabía, pero contaba con que el agua no me detendría, fiado en el perfecto conocimiento del terreno y en mi agilidad.

Me dije que por allí no sería ciertamente visto, y que con nadie me encontraría....

Me equivoqué. Al llegar á los derrames de la Seille y en el momento de atravesarlos, me encontré frente al muchacho Ribot, hijo de un arrendatario de Bréchy.

Pareció de tal manera quedar sorprendido al verme en aquel lugar, que me creí obligado á explicarle mi presencia; mi turbación me volvió estúpido, le dije que tenía un negocio

en Bréchy, y que si atravesaba por los pantanos era por tirarle á los pájaros del agua.

—Si es así, dijo sonriendo, no hacemos la misma caza.»

Se alejó, pero me dejó vivamente contrariado aquel encuentro. Dando á todos los diablos al muchacho Ribot, continué mi camino; que iba siendo más y más difícil y peligroso.

Hacia tiempo que habían sonado las nueve, cuando llegué á los alrededores de Valpinson.

La noche estaba muy clara, y tuve que redoblar mis precauciones.

El lugar escogido por la condesa para nuestra cita, se encontraba distante más de doscientos metros de las habitaciones y de las granjas, abrigado por las bodegas y próximo al bosque.

Llegué por la parte del bosque.

Ocultado por los árboles, exploré el terreno, y no tardé en apercibir á la señora de Claudiuse, de pie, cerca de una de las viejas torres.

Estaba vestida con una bata de muselina, clara, que podía distinguirse muy bien desde lejos.

No descubriendo nada sospechoso, avancé, y luego que ella me vió:

—Hace cerca de una hora que os espero, me dijo.»

Le expliqué las grandes dificultades del camino por donde tuve que atravesar, y en seguida:

—¿Pero dónde está vuestro marido? le pregunté.

—«Está acostado sufriendo de su reumatismo.

—«No se asombrará de vuestra ausencia?

—«No. Sabe que debo velar á la más pequeña de mis hijas. . . He salido por la puertecita del lavadero» . . .

Y sin dejarme replicar:

—«Pero dónde están mis cartas? continuó.

—«Aquí están, dije dándoselas.»

Las tomó con un movimiento nervioso y diciendo á media voz:

—«Eran veinticuatro.»

Y sin importarle la injuria que me hacía, se puso á contarlas.

—«Están completas, dijo al acabar.

—«Y aquí están las vuestras, agregó.»

Pero no me las dió.

—«Vamos, declaró, á quemarlas.»

Me estremecí de sorpresa.

—«Habéis reflexionado, exclamé, aquí, á esta hora. . . La llama atraerá á alguno.

—«¿A quién? ¿Qué teméis? Además, vamos á

entrar en el bosque. . . . Vamos, dadme los cerillos.»

Busqué inútilmente en todos mis bolsillos.

—«No tengo, respondí.

—«Eso no es posible en un consumado fumador, que ni en mi presencia renunciaba á sus puros. . . .

—«Olvidé mi cajita ayer, en la casa del señor de Chandoré.»

Dió violentamente con un pie en la tierra.

—«Puesto que es así, voy á entrar á tomarlos. . . .

Era aquello un retardo y una nueva imprudencia.

Comprendiendo que era preciso pasar por lo que quería:

—«Es inútil, le dije, esperad.»

Hay un medio conocido entre los cazadores, de reemplazar los cerillos. Lo puse en ejecución. Saqué de mi fusil un cartucho y le extraje la carga de plomo, que reemplacé con un pedazo de papel. Apoyando en seguida mi arma contra la tierra para ahogar la explosión, inflamé la pólvora.

Teníamos fuego y lo comuniqué á las cartas.

Y algunos minutos después, no quedaban sino restos ennegrecidos que con mis manos esparcía en el viento.

Inmóvil como una estatua, la señora condesa de Claudieuse presenciaba mi proceder....

—Mirad, pues, prosiguió lo que queda de cinco años de nuestra vida, de nuestros amores y de nuestros juramentos.... ¡Cenizas!»...

No respondí sino con una exclamación equívoca.

Tenía ansia por retirarme.

Ella lo comprendió demasiado, y de un modo violento:

—«Decididamente os causo horror, exclamó.

—«Acabamos, dije, de cometer una imprudencia inaudita....

—«¡Eh! ¿qué importa!»

Después, con voz sorda:

—«La felicidad os espera, agregó, y una nueva vida llena de embriagadoras promesas; por eso es natural que os cause miedo... Yo, cuya vida ha acabado y que nada tengo que esperar, habiéndome matado hasta la esperanza, nada tengo que temer....

—«Os arrepentís tal vez de vuestra generosidad, Genoveva! dije con tono dulce....

—«Tal vez!.... respondió con un acento que me hizo estremecer. He sido muy débil y cobarde.... ¡Cuánto os habéis de reír de mí... ¡Es una cosa muy miserable ver á una

mujer abandonada, que se resigna y que llora!....

Después, con brusquedad:

—«¡Confesad, replicó, que jamás me habéis amado!....

—«¡Ah!.... sabéis bien lo contrario.

—«Sin embargo, me abandonáis.... por otra, ¡por esa Dionisia!...

—«Estáis casada, y no podéis ser mía.

—«Entonces, si fuera libre..... Si estuviera.... viuda....

—«Seriais mi mujer, lo sabéis bien»....

Con un gesto de marcado extravío, levantó los brazos al cielo, y con una voz que parecía llegar hasta el castillo:

—«¡Su mujer!.... exclamó. Si estuviera viuda sería su mujer.... ¡Oh, Dios mío!.... felizmente esa espantosa idea no me vino tarde!....

Como de una pieza, al oír aquellas palabras, el célebre abogado de Sauveterre se puso en pié, y plantándose delante de Santiago de Boiscorán, y envolviéndolo con una de esas miradas que tratan de penetrar á lo más profundo de las conciencias:

—«Y después? preguntó.

Para conservar todavía algunas apariencias de sangre fría, Santiago tenía que recurrir á toda su voluntad.

—En seguida, respondió, intenté lo imposible para calmar á la señora de Claudieuse, para conmovérla y devolverle los sentimientos generosos de los días pasados... Estaba trastornado hasta el punto de no poder ver más claro en mí.... La odiaba mortalmente, y sin embargo, no podía evitarme el compadecerla.... Soy hombre, y no hay uno que no se sienta conmovido de ser el objeto de tales quejas y de una desesperación tan espantosa... ¡Acaso sé todo lo que la dije? Se trataba de mi felicidad y de la de Dionisia... ¡No soy un héroe de novela! Fui un cobarde, me humillé, supliqué, mentí... Juré que era mi familia sobre todo la que quería mi casamiento... Esperaba á fuerza de palabras cariñosas, endulzar la pesadumbre de mi abandono... grosero!....

Ella escuchaba más fría que un témpano de nieve, y cuando me detuve:

—“¿Es á mí á quién contais todo eso? dijo con una risa siniestra, ¡Vuestra Dionisia!.... ¡Eh! Si yo fuera una mujer como las otras, guardaría silencio por este instante, pero antes de un año os vería rendido á mis pies.”

¿Había acaso reflexionado después de nuestro encuentro en el camino real? ¿Era acaso la convulsión suprema de la pasión en el mo-

mento en que se rompían nuestros últimos lazos?....

Yo quería hablar más, pero con tono bastante brusco:

—“¡Oh!... ¡basta! interrumpió; ¡evitadme al menos la ofensa de vuestra conmiseración.... Veré.... — Nada os prometo.... ¡Adios!...”

Y huyó hácia el castillo, y yo me quedé de pié, anonadado por el estupor, preguntándome si ella iría á confesárselo todo al conde de Claudieuse.

En aquel mismo instante, maquinalmente quité de mi fusil el cartucho quemado y lo reemplacé con uno nuevo....

Después, como nada tenía que esperar, me alejé á grandes pasos.

—¿Qué hora era? preguntó el señor Magloire.

Me sería imposible precisarla. Hay tormentos durante los cuales se pierde toda noción del tiempo. Tomé para volver por los bosques de Rochepommier...

—No visteis nada.

—No.

—¿Ni oído?

Nada.

—Por lo tanto, según vuestro relato, no po-

dáis estar lejos de Valpinson cuando comenzó el incendio....

—Es verdad, en campo raso hubiera ciertamente apercibido las llamas.... Pero estaba bajo el bosque, cuyos árboles me tapaban el horizonte....

—¿Y esos mismos árboles han impedido que las detonaciones de los tiros de fusil disparados sobre el señor de Claudieuse llegaran hasta vos?...

—Podieran haber contribuido. Pero no era necesario. Caminaba con un viento que soplabo ya con violencia y está probado que en tales condiciones, no se oye á cincuenta metros la explosión de una arma de caza....

Apenas podía el señor Magloire reprimir sus movimientos de impaciencia. Y sin apercibirse que estaba más severo que el juez de instrucción:

—¿Así es que, replicó el señor Magloire, creéis que vuestro relato responde á todo?

—Creo que mi relato es la expresión de la más escrupulosa verdad y explica los cargos formulados contra mí por el señor Galpin-Daveline.... Explica cómo tuve que ocultar mi visita á Valpinson, cómo fui encontrado á la ida y al regreso en las horas que correspondían á las del incendio; como en fin mi primer movimiento ha sido de negarlo todo—...

Explica además, por qué la envoltura de uno de mis cartuchos ha sido recogido cerca de las ruinas y porqué el agua en que me lavé las manos se encontraba negra....

Parecía que nada debía quebrantar las convicciones del abogado de Sauveterre.

—¿Y al día siguiente, preguntó, cuando fueron á arrestaros, cuál ha sido vuestra primera impresión?...

—Pensé inmediatamente en lo de Valpinson....

—¿Y cuando os hicieron saber el crimen que se había cometido?...

—Me dije que la señora de Claudieuse había querido quedarse viuda.

Toda la sangre afluyó al rostro del señor Magloire.

—¡Desgraciado!.... exclamé, ¿os atreveis á acusar á la condesa de Claudieuse de semejante crimen!....

La cólera rindió las fuerzas de Santiago.

—¿A quién acusaré pues! respondió. Un crimen se ha cometido y en tales condiciones, que no puede ser otro que ella ó yo. Soy inocente, entonces ella es la culpable....

—¿Por qué no habeis dicho todo eso desde el primer día?

Santiago alzó los hombros.

...¿Cuántas veces, dijo con un tono de amar-

ga ironía, y bajo cuántas fórmulas será necesario que os exponga mis razones?

Si me callé el primer día, era porque aún ignoraba las circunstancias del crimen y porque me repugnaba acusar á una mujer que ha sido mi querida y á quien la pasión ha vuelto criminal; es en fin, porque aun cuando me encontraba comprometido, no me creía en peligro.... Más tarde guarde silencio, porque esperaba que la justicia sabría descubrir la verdad, ó que la señora de Claudieuse no podría soportar la idea de verme acusado, siendo inocente.... Después, en fin, cuando reconocí el peligro, he tenido miedo de la verdad....

La honradez del abogado parecía sobresaltada.

—¡Mentís, Santiago! interrumpió, y voy á decirlo por qué habeis callado.... Era difícil encontrar una novela que se ajustara á todas las circunstancias de la prevención.... Pero sois un hombre de recursos, habeis buscado y encontrado.... Nada falta á vuestra relación, nada.... más que la verosimilitud. Me diréis que la señora de Claudieuse ha robado su deslumbrante renombre y que ha sido cinco años vuestra querida—pudiera consentir en creerlo.... —Pero [que ella con su mano haya incendiado su casa y que se haya arma-

do con un fusil para disparar sobre su marido, eso sí que jamás me hareis admitirlo....

—Sin embargo, es la verdad....

—No, porque el testimonio del señor de Claudieuse es exacto, ha visto á su asesino, es un hombre el que ha tirado sobre él....

—Y quién os asegura que el señor de Claudieuse no sepa todo y que quiera salvar á su mujer perdiéndome.... Eso sería una venganza, eso....

La objeción confundió un momento al abogado pero se repuso pronto.

—¡Ah!... callaos, exclamó, ó probad...

—Todas las cartas han sido quemadas.

—Cuado ha sido uno cinco años el amante de una mujer, siempre quedan algunas pruebas,

—Ya lo veis que no es así.

—No os obstineis, pronunció el abogado.

Y con una voz que alteraba la emoción y la edad:

—¡Desgraciado!.... agregó, no comprendéis pues, que por escapar del castigo de un crimen, cometeis otro mil veces mayor....

Santiago se retorció las manos.

—¡Es para volverse loco!.... decía.

—En cuanto á mí, siendo vuestro amigo, os creería, prosiguió el señor Magloire, ¿pero de que os serviría?..... ¡Os creerán los de-

más!... F áos, voy á deciros todo mi pensamiento: aun estando seguro de la verdad de vuestro relato, jamás sin pruebas arreglaría en ese sentido mis medios de defensa ... Defender eso que habeis dicho, escuchadlo bien, sería perderos.

Sin embargo, será necesario defenderlo, porque es la verdad ...

—Entonces, interrumpió el señor Magloire, buscareis otro defensor ...

Y se dirigió á la puerta para retirarse.

—¡Dios poderoso!—exclamó Santiago abatido, me abandona....

—No, respondió el abogado, pero no sabría discutir con vos en el estado de excitación en que os encontrais.... Reflexionad.... Volveré mañana....

Salió, y Santiago de Boiscorán se dejó caer como una masa sobre una de las sillas de la prisión.

—¡Es un hecho, balbuceó, estoy perdido!...

Fin del tomo primero.



DIRECCIÓN GENERAL DE BIBLIOTECAS

